Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia

John Taylor

ENSEÑANZAS DE LOS PRESIDENTES DE LA IGLESIA

JOHN TAYLOR

Publicado por
La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días
Salt Lake City, Utah, E.U.A.

Se agradecerán los comentarios y las sugerencias que desee hacer sobre este libro. Tenga a bien enviarlos por correo a: Curriculum Planning, 50 East North Temple Street, Floor 24, Salt Lake City, UT 84150-3200, USA.

Correo electrónico: cur–development@ldschurch.org

Tenga a bien anotar su nombre, su dirección y el nombre de su barrio y de su estaca. No olvide indicar el título del libro. Haga constar sus comentarios y sus sugerencias con respecto a las virtudes del libro y a los aspectos en los que podría mejorarse.

© 2002 por Intellectual Reserve, Inc.
Todos los derechos reservados
Impreso en los Estados Unidos de América

Aprobación del inglés: 1/00
Aprobación de la traducción: 1/00
Traducción de *Teachings of Presidents of the Church: John Taylor*
Spanish

Índice de temas

Título	Página
Introducción	V
Reseña histórica	VIII
Vida y ministerio de John Taylor	XIII
1 El origen y el destino del género humano	1
2 El Evangelio eterno	12
3 "Amarás a tu prójimo como a ti mismo"	22
4 La obediencia, un deber sagrado	34
5 La expiación infinita de Jesucristo	43
6 El poder de la Expiación con respecto a nosotros, personalmente	54
7 La integridad	65
8 Nuestro deber misional	74
9 José Smith, el Profeta de la Restauración	87
10 La importancia de la educación	98
11 El hallar regocijo en la vida	109
12 El día de reposo es un día santo	119
13 El sacerdocio: el gobierno y el poder de Dios	131
14 Las responsabilidades y el orden del sacerdocio	142
15 El albedrío y la responsabilidad	154
16 Fortalezcamos nuestra relación con Dios	161
17 La revelación por medio del Espíritu Santo	171
18 El servicio en la Iglesia	180
19 Las bendiciones temporales y la ley del diezmo	192
20 El templo, la puerta de la exaltación	202
21 Fortalezcamos la familia	212
22 El ser perfeccionados por las tribulaciones	222
23 La verdad eterna	232
24 El reino de Dios	244
Lista de pinturas	255
Índice	256

John Taylor fue ordenado apóstol en 1838 y fue sostenido como el tercer Presidente de la Iglesia en 1880.

Introducción

Cada capítulo de este libro contiene cuatro secciones: (1) una cita inicial que introduce en forma breve el tema central del capítulo; (2) "De la vida de John Taylor", que es una introducción en la que se ilustran los mensajes del capítulo con un relato o consejo del presidente Taylor; (3) "Enseñanzas de John Taylor", sección en la que se presentan doctrinas importantes de sus muchos mensajes y discursos; y (4) "Sugerencias para el estudio y el análisis", que es la sección en la que, por medio de preguntas, se anima al lector al estudio y a la reflexión personales, se insta a un análisis más amplio y a la aplicación de las enseñanzas a nuestra vida en la actualidad.

Cómo emplear este libro

Para el estudio personal o familiar. Este libro tiene por objeto ampliar la comprensión individual de los miembros de la Iglesia con respecto a los principios del Evangelio que enseñó el presidente John Taylor. Mediante la lectura con oración y el estudio meditativo, cada miembro podrá recibir un testimonio personal de estas verdades. Además, este volumen se sumará a la biblioteca de textos sobre el Evangelio de los miembros de la Iglesia y les servirá de importante fuente de consulta tanto para la enseñanza de la familia como para el estudio en casa.

Para analizar en las reuniones dominicales. Este libro es el texto de estudio de las reuniones de quórum del Sacerdocio de Melquisedec y de las reuniones dominicales de la Sociedad de Socorro. El élder Dallin H. Oaks enseñó que los libros de la serie *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia* "contienen doctrina y principios. Son valiosos y apropiados en cuanto a las necesidades de nuestros días y son magníficos para la enseñanza

y el análisis"[1]. Los maestros deben concentrarse en el contenido del texto, en los pasajes de las Escrituras relacionados con él y deben aplicar esas enseñanzas a las circunstancias con las que los miembros de la clase estén familiarizados.

Los maestros deben valerse de las preguntas que aparecen al final del capítulo para animar el intercambio de ideas en la clase. El repasar las preguntas antes de estudiar las palabras del presidente Taylor les servirá para adquirir una comprensión más profunda de sus enseñanzas.

Las reuniones dominicales deben concentrarse en los principios del Evangelio, en ejemplos personales que enseñen esos principios y en testimonios de la verdad. Si el maestro busca con humildad el Espíritu tanto al preparar como al dirigir la lección, todos los que participen serán fortalecidos en su conocimiento de la verdad. Los líderes y los maestros deben animar a los miembros de la clase a leer los capítulos antes de tratarlos en las reuniones dominicales; además, deben recordarles que lleven a las reuniones sus respectivos ejemplares del libro y deben enseñar las palabras del presidente John Taylor a fin de respetar así la preparación que hayan realizado los miembros. Si los miembros de la clase leen el capítulo con anticipación, estarán preparados para enseñarse y edificarse los unos a los otros.

No es necesario ni se recomienda que los miembros compren textos adicionales de comentarios o referencias para complementar el material del libro. Se insta a los miembros a leer los pasajes de las Escrituras que se sugieren para ampliar el estudio de la doctrina.

Puesto que este texto está diseñado para el estudio personal y para referencia del Evangelio, muchos de los capítulos contienen más material del que se puede tratar en las reuniones dominicales. Por consiguiente, el estudio en casa es esencial para sacar el mayor provecho de las enseñanzas del presidente Taylor.

Fuentes que se citan en este libro

Las enseñanzas del presidente John Taylor que se encuentran en este libro son citas directas de diversas fuentes. En el texto original en inglés, se hicieron algunas modificaciones en la redacción a fin de mejorar la amenidad de la lectura. Por esa razón, el lector podrá advertir pequeñas faltas de uniformidad.

Notas

1. "La enseñanza del Evangelio", *Liahona,* enero de 2000, pág. 96.

Reseña histórica

Este libro no es una historia, sino más bien una compilación de los principios del Evangelio que enseñó el presidente John Taylor. Pero, a fin de poner las enseñanzas en un marco histórico, se da la cronología que aparece a continuación. En esta reseña se omiten muchos acontecimientos importantes de su vida, entre ellos sus matrimonios y el nacimiento y el fallecimiento de sus hijos, a quienes quería entrañablemente.

1808, 1° de noviembre	Nace en Milnthorpe, Westmoreland, Inglaterra, siendo el segundo de los diez hijos de James y Agnes Taylor.
1819	Se traslada con su familia a Hale (cerca de Milnthorpe), donde ayuda en el trabajo de la pequeña granja que un tío dejó a su padre (11). (Los números que figuran entre paréntesis indican la edad de John Taylor en la fecha indicada.)
1822	Ingresa de aprendiz de tonelero en Liverpool. Al cabo de un año, el negocio de su maestro fracasa y él vuelve a casa (14).
1824	Deja la Iglesia Anglicana y se hace metodista. Dedica la mayor parte de su tiempo libre a estudiar la Biblia, a leer obras teológicas y a orar (16).
1825	Llega a ser exhortador metodista, o sea, predicador seglar. Experimenta una fuerte impresión de que irá a América a predicar el Evangelio (17).
1830	Sus padres y el resto de la familia emigran a Toronto, Canadá, y le dejan a él en

	Inglaterra para liquidar los negocios de la familia (21 ó 22).
1832	Sale de Inglaterra con destino a la Ciudad de Nueva York. Comienza a predicar en Canadá (23 ó 24).
1833–1836	Es predicador en la Iglesia Metodista en Toronto. Continúa estudiando y escudriñando las Escrituras (24–27).
1836, primavera	El élder Parley P. Pratt llega a Toronto a predicar el Evangelio restaurado (27). El élder Pratt había sido llamado al Quórum de los Doce Apóstoles en 1835.
1836, 9 de mayo	Es bautizado por Parley P. Pratt (27).
1836–1837	Presta servicio en calidad de oficial presidente de la Iglesia en Canadá (27–28).
1837, marzo	Va a Kirtland a conocer al profeta José Smith (28).
1838	Es ordenado apóstol en Far West, Misuri, el 19 de diciembre, por Brigham Young y Heber C. Kimball, bajo la dirección de José Smith, que se encontraba en la cárcel de Liberty (30).
1840	Llega a Gran Bretaña en calidad de misionero. Es el primer misionero que predica el Evangelio restaurado en Irlanda y en la Isla de Man. Supervisa la preparación y la impresión de la primera edición del Libro de Mormón que se publica fuera de los Estados Unidos; además, ayuda en la preparación de un himnario y publica varios folletos misionales (31).

1841	Regresa a los Estados Unidos con varios de los otros apóstoles (32).
1842	Es nombrado por José Smith para dirigir *Times and Seasons,* una publicación de la Iglesia. También dirige el *Wasp* (1842–1843) y luego el sucesor de éste, el *Nauvoo Neighbor* (1843–1845), los dos periódicos de Nauvoo.
1842	Es elegido miembro del Ayuntamiento de Nauvoo, miembro del consejo rector de la Universidad de Nauvoo y Auditor de guerra de la Legión de Nauvoo (33).
1844, 27 de junio	Presencia el martirio de José y de Hyrum Smith en la cárcel de Carthage y es gravemente herido durante el ataque (35).
1846	Ayuda a organizar el Batallón Mormón en Council Bluffs. Va a Gran Bretaña en una segunda misión con Parley P. Pratt y Orson Hyde (37).
1847	Regresa a Winter Quarters desde Inglaterra. Guía una gran compañía de santos a Utah, a donde llega en octubre (38).
1850–1851	Sirve de misionero en Francia. Cerca de Boulogne ofrece una oración en la que dedica el país para la predicación del Evangelio. Establece y dirige el primer periódico de la Iglesia en Francia, el *Étoile du Déseret* (Estrella de Deseret). Ayuda a traducir el Libro de Mormón al francés. Publica el primer periódico de la Iglesia en Alemania, un periódico mensual llamado *Zion's Panier* (El estandarte de Sión). Bajo su dirección, el Libro de Mormón se

	publica por primera vez en alemán. Escribe *The Government of God* [El gobierno de Dios] (41–42).
1854	Es elegido legislador del Territorio de Utah (45).
1854–1856	Sirve en una misión en Nueva York, donde administra y supervisa los asuntos de la Iglesia en los estados del Este de los Estados Unidos. Publica un periódico titulado *The Mormon* [El Mormón] (46–48).
1857	Regresa a Utah. Es elegido Oficial Presidente de la Asamblea Legislativa del Territorio de Utah, cargo que desempeña durante varios años, además de sus deberes en la Iglesia (49).
1868–70	Ocupa el cargo de Juez de Legalización Testamentaria del Condado de Utah (59–61).
1877, 29 de agosto	Fallece Brigham Young. Durante los siguientes tres años, John Taylor dirige la Iglesia como Presidente del Quórum de los Doce (68–71).
1878	Se establece la organización de la Primaria (69).
1880, octubre	Es sostenido como Presidente de la Iglesia, y son sus consejeros George Q. Cannon y Joseph F. Smith (71).
1882	El Congreso de los Estados Unidos aprueba el proyecto de ley Edmunds, que estipula que el matrimonio plural es un delito grave y prohíbe a los polígamos votar, ocupar cargos públicos y ser miembros de un jurado (73).

1882	Publica *The Mediation and Atonement* [La Mediación y la Expiación] (73).
1884, mayo	Dedica el Templo de Logan, Utah (75).
1885	Durante una visita a California, recibe noticias de que funcionarios federales han ordenado su arresto por practicar la poligamia. Regresa a Salt Lake City el 27 de enero. El 1° de febrero pronuncia su último discurso en público y, con la esperanza de limitar la persecución de las autoridades federales en contra de la Iglesia, se esconde (76).
1887, 25 de julio	Fallece a los 78 años de edad, en casa de Thomas Roueché, en Kaysville, Utah. Durante su administración, el número de miembros de la Iglesia llegó a más de 150.000.

Vida y ministerio de John Taylor

Cuando falleció Brigham Young el 29 de agosto de 1877, John Taylor tenía 68 años de edad. Durante los siguientes tres años, el presidente Taylor dirigió la Iglesia como Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles. En la conferencia general que se realizó el 10 de octubre de 1880, fue sostenido como profeta, vidente y revelador, y Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, cargo que ocupó hasta su muerte ocurrida el 25 de julio de 1887. Tanto durante el tiempo que fue Presidente de la Iglesia como a lo largo de sus anteriores décadas de servicio en calidad de apóstol, John Taylor siempre estuvo dispuesto a enseñar y defender la verdad. A través de uno de los periodos más dificultosos de la historia de la Iglesia, él fue una fuente de gran fortaleza y guía para los santos.

Descripción del presidente Taylor

Se describe al presidente Taylor como un hombre de gallarda presencia, de más de 1,80 m de estatura y de semblante celestial. Tenía el cabello blanco como la nieve y era trigueño. Su modo de ser era noble y señorial, "no era un hombre al que un amigo, por más íntimo que fuese, le saludara con palmaditas en la espalda ni con ademanes de amistosa familiaridad al estrecharle la mano; el haberle tratado de esa forma hubiese sido tan improcedente con él como con el más solemne de los monarcas"[1]. No obstante, no había arrogancia en su personalidad; era amable, cortés y amistoso con todos. "Cualquiera que estuviese en su presencia, ya fuera en público o en privado, sentía intuitivamente que se hallaba en presencia de un gran hombre, un hombre honorable e íntegro"[2].

Sir Richard Burton, escritor británico que había viajado por todo el mundo y que conoció al presidente Taylor, le describió como "un hombre eminente, bien parecido, algo entrado en años, de bondadosos ojos grises, expresión agradable y una frente magnífica"[3]. Otro historiador escribió: "Cuando me presentaron al señor Taylor en 1884, él tenía ya setenta y siete años, le vi un hombre de cabello blanco, de aspecto benevolente, de estatura mediana y de figura bien proporcionada, de rostro largo y ovalado, de hundidos y penetrantes ojos grises, amplia frente y labios firmes que denotaban una fuerte determinación, con un ligero matiz de melancolía, como lo que se esperaría en una persona que hubiese pasado por muchas circunstancias difíciles"[4].

Los primeros años de su vida

Habiendo nacido en 1808 en la región de Westmoreland, al noroeste de Inglaterra, John Taylor fue bendecido con padres humildes, bondadosos y amorosos que le enseñaron a leer la Biblia y a creer en ella, a confiar en Dios y a tener esperanza en Cristo. Sus padres, James y Agnes Taylor, le bautizaron en la Iglesia Anglicana poco después de su nacimiento. Su educación en la Iglesia Anglicana plantó en él un gran aprecio por la música y la letra de las canciones sagradas, así como por la enseñanza bíblica formal y la oración pública y privada. Una profunda y constante devoción a Dios, y amor a Dios, fueron cualidades que John Taylor cultivó de niño. "En una temprana etapa de mi vida, aprendí a acercarme a Dios", dijo a los Santos de los Últimos Días después de que llegó a ser Presidente de la Iglesia. "Muchas veces me iba al campo y, tras esconderme detrás de algún arbusto, me inclinaba ante el Señor y le suplicaba que me guiara y me dirigiese. Y Él oía mi oración… Así era yo de niño pequeño… Mi espíritu se allegaba a Dios en aquel entonces y todavía siento lo mismo"[5].

Siendo niño pequeño había visto "en visión un ángel en los cielos que tocaba una trompeta y proclamaba un mensaje a las naciones". Aun cuando no entendió la índole profética de esa visión sino hasta más adelante en su vida, siguió sintiéndose

cerca de Dios durante los años de su adolescencia. "A menudo, cuando estaba solo", escribió, "y a veces en compañía de otras personas, oía una dulce, suave y melodiosa música, como si hubiese sido interpretada por seres angélicos o sobrenaturales"[6].

Cerca de los dieciséis años, dejó la Iglesia Anglicana y se hizo metodista. Al año siguiente le nombraron en esa Iglesia exhortador, o sea, predicador seglar, lo cual era una responsabilidad poco común para un joven de su edad. Una valentía basada en su firme convicción caracterizaba su vida aun entonces, convicción que se basaba en su propia experiencia. Durante esa misma época, sintió una fuerte impresión de que Dios le había llamado para ir un día a predicar el Evangelio a los Estados Unidos de América.

Su búsqueda del reino de Dios

En 1830 los padres de John Taylor y otros miembros de la familia emigraron a Toronto, Canadá, y le dejaron a él en Inglaterra para que se encargase de vender la granja de la familia y de liquidar otros negocios. Una vez que hubo finiquitado esos asuntos, se embarcó con destino a la Ciudad de Nueva York. Durante el viaje, el barco se encontró en medio de una fuerte tempestad que ya había ocasionado daños a varios barcos. El capitán y la tripulación temían que el barco se hundiera en cualquier momento; pero la voz del Espíritu testificó a John Taylor: "Aún debes ir a los Estados Unidos a predicar el Evangelio". De aquello, el presidente Taylor comentó: "Y me sentía tan confiado en mi destino que a medianoche subí a la cubierta en medio del furor de los elementos y me sentí tan calmado como si hubiese estado en la sala de mi casa. Es que realmente creía que llegaría a los Estados Unidos y llevaría a cabo mi tarea"[7]. Llegó a Nueva York sin novedad y, al cabo de unos meses, se reunió con sus padres en Toronto, donde continuó profesando la fe metodista y comenzó a predicar. Durante ese tiempo, conoció a Leonora Cannon, que también era ferviente metodista y había emigrado a Canadá desde Inglaterra. Teniendo en común una profunda convicción religiosa y amor al

aprendizaje y a la cultura, así como el uno por el otro, contrajeron matrimonio el 28 de enero de 1833 en Toronto.

Mientras residía en Canadá, se unió a un grupo de amigos con los que emprendió la ardua tarea de estudiar la Biblia e incrementar su entendimiento de la verdad. Durante esa época de intensa búsqueda [de la verdad], el élder Parley P. Pratt, que era miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, fue enviado a la misión a Toronto.

Tras haber llegado a la ciudad de Toronto, el élder Pratt solicitó a varios clérigos y dirigentes de la ciudad un lugar donde predicar, pero sus peticiones fueron rechazadas. Incluso John Taylor, que había oído muchos rumores acerca de la Iglesia, al principio no estuvo dispuesto a recibir al élder Pratt. Sin esperanza evidente de salir adelante en aquel lugar, el élder Pratt decidió irse de Toronto y se detuvo en casa de los Taylor para despedirse. Habiendo percibido que el élder Pratt era un hombre de Dios, un vecino de John Taylor ofreció al élder Pratt hospedaje y su casa para predicar. El élder Pratt aceptó el ofrecimiento y poco después le presentaron a los amigos de John Taylor que habían estado estudiando juntos para indagar la verdad.

John Taylor comenzó a investigar a fondo las doctrinas de la Iglesia. De ello, dijo: "Me dediqué a eso por entero durante tres semanas y seguí al hermano Parley de lugar en lugar". Anotaba y estudiaba los discursos del élder Pratt, y los comparaba con las Escrituras. Finalmente, el Espíritu Santo les dio testimonio de la veracidad del mensaje del élder Pratt, y John y Leonora Taylor se bautizaron el 9 de mayo de 1836. Posteriormente, él testificó que "a partir de ese momento, nunca había dudado de principio alguno del mormonismo"[8].

Un fiel miembro y líder nuevo

Poco después de haberse unido a la Iglesia, John Taylor fue llamado a prestar servicio como oficial presidente de la Iglesia en Canadá, cargo que desempeñó durante poco más de un año. Sus deberes le requerían viajar mucho, pero allí, él predicó el

Evangelio y supervisó muchos asuntos espirituales y temporales relacionados con la Iglesia en ese lugar. Durante aquel tiempo, uno de sus mayores deseos era conocer al profeta José Smith. En marzo de 1837 viajó a Kirtland, Ohio, donde fue recibido en casa del Profeta. Dijo que había "sentido como una descarga eléctrica" cuando estrechó la mano del Profeta al saludarle[9]. En casa de los Smith, el Profeta le enseñó muchas verdades más relacionadas con la obra de los últimos días. No tardó en establecerse entre los dos hombres un vínculo de amistad y confianza que no se rompería jamás.

Mientras se hallaba en Kirtland, John Taylor encontró hombres que criticaban mucho al profeta José Smith. A menudo, apóstatas criticaban abiertamente al Profeta en las reuniones que tenían. Hacia el final de una de esas reuniones en el Templo de Kirtland, el élder Taylor pidió que le permitiesen hacer uso de la palabra y defendió sin temor al Profeta. Dijo: "Fue José Smith, bajo la dirección del Todopoderoso, quien comprendió los primeros principios y es a él a quien debemos acudir para recibir más instrucción. Si el espíritu que manifiesta el profeta José Smith no trae bendiciones, entonces no creo que el espíritu que han puesto de manifiesto los que han hablado vaya a traer bendiciones tampoco. Los antiguos hijos de Israel, después de haber visto la manifestación del poder de Dios en medio de ellos, cayeron en la rebelión y en la idolatría y, sin duda alguna, existe un gran peligro de que nosotros hagamos lo mismo"[10]. Mientras muchos de los apóstatas siguieron con la misma actitud, los santos fieles fueron fortalecidos por la lealtad y la convicción del élder Taylor.

Su llamamiento y servicio como apóstol

En el otoño de 1837, John Taylor recibió la instrucción de José Smith de trasladarse a Far West, Misuri, para llenar una vacante en el Quórum de los Doce Apóstoles (fue ordenado formalmente en diciembre de 1838). Con respecto a la perspectiva de servir en calidad de apóstol, John Taylor dijo: "La obra parecía grandiosa, los deberes, arduos y de gran responsabilidad. Sentí mi propia debilidad e insignificancia;

pero sentí con resolución que, con la ayuda del Señor, me esforzaría por magnificarla"[11]. La humildad ante Dios y el cometido de buscar Su guía fueron las características distintivas del servicio del élder Taylor. Después de haber llegado a ser Presidente de la Iglesia, dijo a los santos: "No tengo más ideas que las que Dios me da; así debe ser también en lo que a ustedes respecta. Hay personas que insisten mucho en que las cosas se hagan a su manera y en que se lleven a cabo sus propias teorías personales. Yo no tengo pensamientos de ese tipo y, ante cualquier eventualidad, deseo conocer la voluntad de Dios y hacerla"[12].

Testigo del Martirio

Como apóstol, el élder Taylor fue un compañero leal y de confianza del profeta José Smith. Con respecto a la amistad del élder Taylor con el Profeta, el élder Franklin D. Richards, de los Doce, dijo: "No hubo sino muy pocos hombres que lograron la cálida relación personal que él llegó a tener y mantuvo siempre con el profeta José Smith hasta que éste murió, y ese afecto personal se consumó con las balas que recibió en la cárcel de Carthage con el Profeta"[13].

Uno de los sucesos más angustiosos de la vida del élder Taylor fue el martirio del profeta José Smith. El élder Taylor fue voluntariamente a la Cárcel de Carthage, donde el Profeta y su hermano Hyrum habían sido ilegalmente encarcelados el 25 de junio de 1844. Pronto se hizo evidente que el populacho de Carthage no tenía intención de dejar libres a los prisioneros y que éstos se hallaban en peligro. El 27 de junio, otros miembros de la Iglesia que habían llegado a Carthage desde Nauvoo hicieron diversas gestiones encaminadas a conseguir que se hiciese justicia. Aquel día por la tarde, sólo el élder Taylor y el apóstol Willard Richards seguían en la cárcel con José y con Hyrum. Con el proyecto de juntar a los hermanos de Nauvoo para rescatar al profeta José, el élder Taylor dijo a éste: "Hermano José, si usted lo permite y da la orden, haré que le saquen de esta cárcel en cinco horas aunque haya que derrumbarla para hacerlo"[14]. José se negó a que se hiciese eso.

A medida que avanzaba la tarde del 27 de junio, se iba apoderando de los cuatro hombres un sentimiento de gran tristeza. Habiendo sido dotado con una magnífica voz de tenor, se le pidió al élder Taylor que cantase dos veces el himno "Un pobre forastero" con el fin de levantarles el ánimo. Poco después de haber cantado el himno la segunda vez, una turba de hombres con la cara pintada de negro se abalanzaron escaleras arriba. Hyrum Smith y Willard Richards de inmediato fueron a sostener la puerta intentando impedir que la abrieran. Cuando los primeros disparos atravesaron la puerta, las balas hirieron a Hyrum y le mataron. Los de la turba siguieron disparando y en breve comenzaron a forzar sus rifles por la puerta semiabierta. Con un pesado bastón, el élder Taylor se mantuvo junto a la puerta entreabierta procurando desviar los cañones de los rifles que apuntaban hacia la habitación. De aquello, el élder Taylor escribió: "La escena era espantosa. Descargas de fuego, gruesas como mi brazo, pasaban a mi lado y… la muerte parecía segura. Recuerdo haber tenido la sensación de que me había llegado la hora de morir, pero no sé cuándo, en medio de situaciones graves, me sentí más calmado, más sereno, más lleno de energías y actué con más prontitud y decisión [que en aquellos momentos]"[15].

En medio de aquello, el profeta José, que también había estado intentando oponer resistencia a los atacantes, dijo al élder Taylor: "Bien, hermano Taylor, deténgalos lo mejor que pueda"[16]. Ésas fueron las últimas palabras que oyó al Profeta pronunciar en la tierra[17]. Dándose cuenta de que no podrían mantener su posición detrás de la puerta por más tiempo, el élder Taylor corrió hacia la ventana. Cuando iba a saltar hacia fuera, un tiro desde dentro de la cárcel le hizo blanco en el muslo izquierdo. Durante un momento, se quedó imposibilitado en el alféizar de la ventana y habría caído hacia afuera, pero una bala que dispararon desde fuera se estrelló contra su reloj que tenía en el bolsillo del pecho, arrojándole hacia el interior de la habitación. En ese estado, el élder Taylor intentó arrastrarse por debajo de la cama que había en el cuarto. Al hacerlo, recibió tres tiros más. Una bala le entró un tanto

El presidente Taylor enseñó que a pesar del martirio del profeta José Smith, la Iglesia continuaría creciendo. "Esta Iglesia tiene en sí las simientes de la inmortalidad. No es del hombre, ni la ha originado el hombre: es progenie de Dios".

debajo de la rodilla izquierda, la cual no se le extrajo nunca; la otra se le alojó en la palma de la mano izquierda y la tercera bala le dio en la cadera izquierda, desgarrándole varios centímetros de carne. Aun cuando resultó gravemente herido y padeció mucho dolor, el élder Taylor sobrevivió al ataque y, posteriormente, varios de los santos le llevaron a su casa en Nauvoo.

Momentos después de que el élder Taylor fue herido, el profeta José también intentó saltar por la ventana, pero de inmediato lo hirieron las balas y cayó hacia afuera. Después, el élder Taylor escribió que cuando se enteró de la suerte que había corrido el Profeta, "experimentó una sensación de sombría turbación, de soledad y de desconsuelo desgarrador"[18].

La sección 135 de Doctrina y Convenios contiene un relato del Martirio escrito por el élder Taylor. Si bien en la sección no se proporcionan muchos detalles del suceso, constituye un

poderoso testimonio del Profeta José: "José Smith, el Profeta y Vidente del Señor, ha hecho más por la salvación del hombre en este mundo, que cualquier otro que ha vivido en él, exceptuando sólo Jesús… Vivió grande y murió grande a los ojos de Dios y de su pueblo; y como la mayoría de los ungidos del Señor en tiempos antiguos, ha sellado su misión y obras con su propia sangre"[19].

Defensor de la fe

Como miembro del Quórum de los Doce, el élder Taylor dedicó su tiempo y sus talentos a proclamar y defender el Evangelio. Valiéndose de su don para escribir, fue director del *Times and Seasons,* el *Wasp* y el *Nauvoo Neighbor*, todos éstos periódicos de Nauvoo. Más adelante, mientras presidía la Iglesia en los estados del Este de los Estados Unidos, redactó y publicó en Nueva York *The Mormon,* un periódico semanal en el que se exponían las doctrinas de la Iglesia. Los libros que escribió comprendieron dos exposiciones doctrinales: *The Government of God [El gobierno de Dios]* y *An Examination into and an Elucidation of the Great Principle of the Mediation and Atonement of Our Lord and Savior Jesus Christ [Un examen y una aclaración del gran principio de la Mediación y de la Expiación de nuestro Señor y Salvador Jesucristo]* (las cuales se publicaron mientras él era Presidente de la Iglesia). El talento del élder Taylor para escribir y redactar le valieron, entre los miembros de la Iglesia, los títulos de "Defensor de la Fe" y "Campeón de la Verdad". El presidente Brigham Young dijo del élder Taylor: "Él posee uno de los intelectos más grandiosos que he conocido; es un hombre eficaz, un hombre imponente… es uno de los redactores más magníficos que han existido"[20].

Además de proclamar el Evangelio mediante la palabra escrita, el élder Taylor cumplió cuatro misiones regulares: dos en Gran Bretaña, una en Francia y Alemania, y una en Nueva York. En total, su servicio misional sumó siete años. Aun cuando esas prolongadas ausencias del círculo de sus seres queridos significaron un gran sacrificio, la convicción del élder Taylor con respecto a la obra del Señor no flaqueó jamás. En una carta que escribió a su familia durante una de sus misiones, decía: "Estoy

ocupado en los negocios de mi Maestro; soy pastor de Jehová para proclamar Su voluntad a las naciones. Voy a abrir la puerta de la vida a una nación poderosa, a dar a conocer a millones de personas los principios de vida, de luz y de verdad, de inteligencia y salvación, a romper las cadenas del pecado y de la incredulidad, a liberar al oprimido, a enmendar el camino del errante, a corregir sus ideas, a mejorar su moralidad, a salvarlos de la degradación, de la ruina y de la miseria, y a guiarlos hacia la luz, la vida, la verdad y la gloria celestial. ¿No sienten sus espíritus lo mismo que el mío? Sé que sí"[21].

Esposo y padre

Aun con la considerable cantidad de tiempo que le exigía su servicio en la Iglesia, John Taylor era un atento y cariñoso esposo y padre. Apreciaba el tiempo que podía dedicar a los miembros de su familia y solía aprovechar las oportunidades que se le presentaban tanto de disfrutar de la compañía de ellos como de enseñarles. A raíz de eso, su familia le quería entrañablemente. En años posteriores, su hijo Moisés W. Taylor escribió: "Tanto le estimaban sus hijos que complacerle parecía ser el mayor deseo de ellos"[22].

En su trato mutuo con sus hijos, John Taylor demostró cariño, bondad y buen sentido del humor. Su hijo Ezra Oakley Taylor contó lo siguiente:

"Cuando yo era niño, se acostumbraba realizar reuniones en el Tabernáculo el domingo por la tarde. Se esperaba que todos asistiésemos y que más tarde, ese día, pudiéramos explicar quién había sido el orador, de qué había hablado, quiénes habían ofrecido las oraciones y qué himnos se habían cantado. Aquel domingo en particular algunos decidimos no ir a la reunión tan sólo esa vez y pedir a uno de los amigos que nos diese la información necesaria. Entonces llegó la hora del consejo [familiar] y en efecto, papá me preguntó a mí acerca del discurso y quién lo había pronunciado. Mi amigo me había dicho que no se acordaba mucho de la reunión y, por mi parte, me limité a repetir sus palabras: 'Habló un señor aburrido que hablaba hasta por los codos. No recuerdo su nombre, pero lo que habló no era

nada interesante'. Con un brillo divertido en los ojos, papá me dijo: 'Ese señor aburrido y parlanchín era tu padre' y siguió adelante con la reunión de consejo familiar"[23].

Cuando era apóstol y, posteriormente, como Presidente de la Iglesia, el presidente Taylor constantemente exhortó a los santos a amar y fortalecer a sus familias. Instó a los miembros de la Iglesia a apartar una noche a la semana para el estudio del Evangelio y el esparcimiento en familia, y les prometió que experimentarían "una paz y un amor, una pureza y una alegría que harían de su vida familiar una vida ideal" si instituían fielmente esa práctica"[24].

El presidir la Iglesia

Durante los años que el presidente Taylor guió la Iglesia como Presidente del Quórum de los Doce y en seguida como Presidente de la Iglesia, continuó sirviendo con energía y devoción en su empeño por edificar a los santos.

Orden y rectitud en el sacerdocio

Una de sus labores más importantes como Presidente tuvo que ver con el poner en orden los quórumes del sacerdocio y el exhortarlos a cumplir con sus deberes. Dio instrucciones a los obispos de llevar a cabo reuniones semanales del sacerdocio en sus barrios y aconsejó a los presidentes de estaca realizar reuniones mensuales del sacerdocio de estaca. El élder B. H. Roberts escribió: "¿Quién no recuerda con qué fervor y poder, tanto en las conferencias como en otras reuniones públicas, él solía amonestar a los presidentes de estaca y a los obispos de los barrios a poner en orden el sacerdocio y las instituciones que tenían bajo su supervisión?"[25].

En una revelación manifestada por conducto del presidente Taylor en octubre de 1882, el Señor mandó a los santos, en particular a los hermanos del sacerdocio, organizarse y andar en santidad ante Él. Los párrafos que aparecen a continuación son pasajes de esa revelación:

"Y purifíquense también los presidentes de estaca, y el sacerdocio y los del pueblo de las estacas que presiden, y organicen el sacerdocio en sus diversas estacas de acuerdo con mi ley, en todos los varios departamentos de ellas, en los sumos consejos, en los quórumes de élderes, de maestros y de diáconos, para que cada quórum esté enteramente organizado de acuerdo con el orden de mi Iglesia…

"Y humíllese mi sacerdocio delante de mí, y sus miembros no busquen hacer su propia voluntad sino mi voluntad; porque si los de mi sacerdocio, a los que he escogido, y llamado, e investido con el espíritu y los dones de sus varios llamamientos, y con los poderes de ellos, no me reconocen, yo no los reconoceré a ellos, dice el Señor; porque seré honrado y obedecido por mi sacerdocio.

"Por tanto, llamo a mi sacerdocio, y llamo a todos los de mi pueblo, a arrepentirse de todos sus pecados y defectos, de su codicia, de su orgullo y de su obstinación, y de todas sus iniquidades con las que pecan contra mí; y a buscar con toda humildad cumplir con mi ley, en calidad de mi sacerdocio, mis santos y mi pueblo; y llamo a los cabezas de familia a poner su casa en orden de acuerdo con la ley de Dios, a atender a los diversos deberes y responsabilidades relacionados con ella, a purificarse ante mí y a desterrar de sus hogares la iniquidad. Y yo os bendeciré y estaré con vosotros, dice el Señor, y os congregaréis en vuestros lugares santos donde os reunís para invocarme, y pediréis las cosas que son rectas, y yo oiré vuestras oraciones, y mi Espíritu y mi poder estarán con vosotros, y mi bendición descansará sobre vosotros, sobre vuestras familias, vuestras viviendas, vuestras casas, sobre vuestros rebaños y ganados y campos, vuestros huertos y viñas, y sobre todo lo que os pertenece; y vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios…"[26].

El perfeccionar a los santos

A fin de incrementar en los santos la comprensión y la convicción del Evangelio, el presidente Taylor programó conferencias trimestrales de estaca en toda la Iglesia. Siempre

que le era posible, él asistía a esas conferencias y, si no podía hacerlo, enviaba a uno de los miembros del Quórum de los Doce. Haciendo referencia a esa práctica, el élder B. H. Roberts, de los Setenta, hizo constar por escrito: "Los santos recibieron muchas enseñanzas e instrucción de los apóstoles, más quizás que en cualquier otra etapa de la historia de la Iglesia. El resultado fue un gran despertar espiritual entre los santos"[27]. Otro acontecimiento de importancia fundamental que tuvo lugar a principios de su presidencia fue la organización formal de la Primaria en 1878 para que la enseñanza de los niños de la Iglesia fuese más eficaz. Además, el presidente Taylor continuó haciendo hincapié en la importancia de la obra misional, y aumentó el número de élderes que se enviaban a proclamar el Evangelio.

En sus muchos discursos, el presidente Taylor exhortó constantemente a los santos a atender a sus deberes en todos los aspectos de su vida, ya fuese como miembros de su familia, como miembros de la Iglesia, como vecinos o como ciudadanos. Enseñó a los santos que si eran obedientes y depositaban su confianza en el Señor, no tendrían nada que temer. Enseñó que "Dios estará del lado de Israel, si Israel tan sólo permanece del lado de lo recto"[28].

La defensa de la libertad

Pese a lo firmes que eran las convicciones del presidente Taylor, él siempre respetó la libertad individual y habló en defensa de ella. En sus años de apóstol en Nauvoo, le habían llamado "El Campeón de la Libertad" y, como Presidente de la Iglesia, siguió mereciendo ese título. En una época en la que los Santos de los Últimos Días formaban una abrumadora mayoría en Utah, el presidente Taylor proclamó reiteradamente la libertad de religión y la libertad de conciencia para todas las personas. Puntualizó: "A veces tenemos opiniones muy desconsideradas en contra de las personas que no piensan como nosotros. Ellas tienen derecho a pensar como les plazca; y nosotros también. Por consiguiente, si una persona no cree lo que yo creo, eso no es de mi incumbencia. Y si yo no creo lo que ella cree, eso no le incumbe a ella. ¿Protegerían a un hombre que

no creyese lo que creen ustedes? Sí, hasta el final. Y él debiera ejercer la misma justicia conmigo; entonces yo podría esperar la protección de mis derechos"[29].

Para el presidente Taylor, la importancia de la libertad también se aplicaba dentro de la Iglesia. En los consejos, siempre instaba a los miembros a expresar francamente lo que pensaban. Si bien comprendía en toda su extensión la importancia de la unidad, pensaba que la verdadera unidad se logra por medio de la libertad.

Tiempos difíciles

Las circunstancias en que se vieron los santos en los Estados Unidos resultaron ser un desafío para ese amor a la libertad. Bajo la dirección del Señor, los santos habían practicado el matrimonio plural en la Iglesia desde los días de José Smith en Nauvoo. Durante el decenio de 1860 y el de 1870, el gobierno de los Estados Unidos aprobó leyes que declaraban ilegal el matrimonio plural y negaban al Territorio de Utah y a sus ciudadanos el ser reconocido estado y otros derechos. Convencida de que esas leyes eran una violación de la libertad de religión que se expone en la Constitución, la Iglesia se valió de su influencia para que el asunto se presentase ante el Tribunal Supremo de los Estados Unidos. En 1879, tan sólo dos años después de que el presidente Taylor asumió el liderazgo de la Iglesia, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos confirmó la ley de 1862 del gobierno federal en contra de la poligamia. En 1882 y de nuevo en 1887, el Congreso de los Estados Unidos aprobó leyes adicionales que permitían al gobierno federal desincorporar la Iglesia como entidad legal y confiscar todas las propiedades de ésta que equivaliesen a una suma superior a los US$50.000 (que comprendía cuatro templos en diversas etapas de construcción, el Tabernáculo, los centros de reuniones y muchas otras propiedades). Esas leyes tenían por objeto quitar los derechos civiles básicos a los miembros de la Iglesia, incluido el derecho de votar. Esos hechos crearon procedimientos legales para enjuiciar a los Santos de los Últimos Días que estuviesen practicando el matrimonio plural. La Iglesia continuó haciendo apelaciones legales, pero todo fue inútil.

En medio de los crecientes conflictos por el asunto de la poligamia, se hizo saber al presidente Taylor que los funcionarios gubernamentales tenían pensado arrestarle dentro de poco. Habiendo agotado todos los recursos de las apelaciones legales, tuvo que decidir entre obedecer a Dios o al hombre. En su último discurso en público, dijo a los santos: "No puedo como hombre honorable desobedecer a mi Dios… ni hollar bajo mis pies estas santas y eternas obligaciones que Dios me ha mandado cumplir, las cuales se extienden por las eternidades venideras"[30]. Desde el día en que pronunció ese discurso hasta el día de su muerte, ocurrida casi dos años y medio después, se mantuvo oculto en diversos lugares de Utah. En lugar de apartarse de las instrucciones del Señor con respecto al matrimonio plural, el presidente Taylor escogió exiliarse como una forma de obedecer al Señor y con la esperanza de disminuir la persecución en contra de la Iglesia. El élder B. H. Roberts escribió: "Cuando el presidente Taylor dejó de hacerse ver en público por la noche del 1° de febrero de 1885, no lo hizo por consideración alguna a su seguridad, su tranquilidad o comodidad personales sino por el bien público y por la paz"[31].

Aun cuando se hallaba en el exilio, el presidente Taylor continuó dirigiendo los asuntos de la Iglesia por medio de epístolas e instrucciones verbales a sus colaboradores de confianza. Sin embargo, el destierro, la separación de sus familiares y amigos, así como la fatiga de sus responsabilidades comenzaron a hacerse sentir en él. A principios de 1887, su salud comenzó a decaer. Durante varios meses resistió la enfermedad y decía a los demás que pronto se recuperaría, pero hacia el mes de julio se hizo evidente que su estado era grave. Al atardecer del 25 de julio de 1887, el presidente Taylor falleció plácidamente en casa de Thomas Roueché en Kaysville, Utah.

Homenajes que se rindieron al presidente Taylor

Algunas de las descripciones más acertadas del ministerio de John Taylor las hicieron los que habían servido con él y recibido sus enseñanzas. Al dirigir la palabra en el funeral del presidente

Taylor, el élder Franklin D. Richards, del Quórum de los Doce, dijo: "El presidente Taylor fue un hombre valiente e intrépido por la verdad. No conocía el temor… Cuando él y yo estuvimos juntos en la misión en Europa, él trabajó en Francia… trabajó en esas inmediaciones con diligencia. En una ocasión, un número de clérigos se unieron para desacreditar esta herejía, como llamaban la doctrina mormona. El presidente Taylor, con esa intrepidez que siempre le caracterizó, accedió a reunirse con toda una partida de ellos… él los resistió y puso de manifiesto la verdad"[32].

El élder Daniel H. Wells, que fue consejero de Brigham Young, habló del presidente Taylor de la siguiente manera: "Llevó una vida intrépida, noble y divina. Procuren los que todavía viven emular su noble ejemplo… Él fue campeón de los derechos humanos, campeón de la libertad, de la verdad y de la libertad de expresión. Llevó una vida noble, útil, llena de honor y de buena reputación tanto para sí mismo como para su familia, una satisfacción para la gente y una gloria para Dios. Es un placer para mí dar este testimonio de la fidelidad y devoción del presidente Taylor, de su integridad para con Dios y para con el amor de los miembros de la Iglesia"[33].

Angus M. Cannon, presidente de la Estaca Salt Lake, fue el último orador en el funeral del presidente Taylor y tributó los siguientes honores al hombre que pasó tantos años trabajando para establecer el reino de Dios: "Ha sido liberado de sus dolores. Duerme en Dios. Me parece ver abierto el portal del cielo por el que él ha entrado… El hermano Taylor aceptó el testimonio que José le dio, que Jesús expresó a José, que Dios indicó a José que escuchase de labios de Su Hijo Amado; y llevó esas nuevas a países extranjeros e hizo estremecer nuestros corazones con las palabras que allá pronunció. Digo que la alegría y el regocijo con que el presidente Taylor se ha reunido con sus colaboradores al otro lado del velo, rodeado de los apóstoles de Jesucristo, son inmensos"[34].

Notas

1. B. H. Roberts, *The Life of John Taylor* (1963), págs. 419–420.
2. En Andrew Jenson, *Latter-day Saint Biographical Encyclopedia,* 4 tomos. (1901–1936), tomo I, págs. 18–19.
3. En Hubert Howe Bancroft, *History of Utah* (1890), pág. 682.
4. *History of Utah,* pág. 682.
5. *Deseret News: Semi-Weekly,* 3 de enero de 1882, pág. 1.
6. *The Life of John Taylor,* págs. 27–28.
7. *The Life of John Taylor,* págs. 28–29.
8. *The Life of John Taylor,* pág. 38.
9. En Susan Arrington Madsen, *The Lord Needed a Prophet* (1996), pág. 49.
10. *The Life of John Taylor,* págs. 40–41.
11. *The Life of John Taylor,* pág. 48.
12. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1941), pág. 44.
13. *The Life of John Taylor,* pág. 449.
14. *The Life of John Taylor,* págs. 134–135.
15. *The Gospel Kingdom,* pág. 360.
16. *The Gospel Kingdom,* pág. 360.
17. Véase *The Gospel Kingdom,* pág. 360.
18. *The Life of John Taylor,* pág. 140.
19. D. y C. 135:3.
20. *Deseret News* (Weekly), 17 de septiembre de 1856, pág. 219.
21. *The Life of John Taylor,* pág. 208.
22. "Stories and Counsel of Prest. Taylor", *Young Woman's Journal,* mayo de 1905, pág. 219.
23. Julia Neville Taylor, "An Interview with Ezra Oakley Taylor, Son of President John Taylor", (Archivo General del Departamento de Historia de la Iglesia y de Historia Familiar de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, sin fecha), microfilme, pág. 2.
24. Joseph F. Merrill, "Home Evening", *Improvement Era,* enero de 1918, pág. 203.
25. *The Life of John Taylor,* pág. 347.
26. *The Life of John Taylor,* págs. 350–351; los párrafos se han cambiado.
27. *The Life of John Taylor,* pág. 329.
28. *Deseret News: Semi-Weekly,* 19 de septiembre de 1882, pág. 1.
29. *The Gospel Kingdom,* págs. 328–329.
30. *Deseret News: Semi-Weekly,* 17 de febrero de 1885, pág. 1.
31. *The Life of John Taylor,* pág. 400.
32. *The Life of John Taylor,* pág. 448.
33. *The Life of John Taylor,* pág. 455.
34. *The Life of John Taylor,* págs. 459–460; los párrafos se han cambiado.

"Cuando el santo de Dios… medita en su verdadera posición ante Dios, ante los ángeles y ante los hombres, entonces se eleva por encima de las cosas de este mundo y rompe las ligaduras que le atan a las cosas terrenales".

CAPÍTULO 1

El origen y el destino del género humano

Somos progenie de Dios, y Dios en estos últimos días ha juzgado conveniente ponernos en comunicación con Él. Al haberse revelado Él mismo y al haber revelado a Su Hijo Jesucristo, por el ministerio de ángeles santos y por la restauración del santo sacerdocio que proviene de Dios, y por el cual Él mismo se gobierna, Él nos ha puesto en condiciones de poder cumplir con la medida de nuestra creación[1].

De la vida de John Taylor

En un discurso que pronunció como Presidente del Quórum de los Doce, el presidente Taylor recordó los vehementes deseos espirituales que había experimentado de niño por comprender el propósito de la vida y su relación con Dios. Dijo: "Cuando era un niño muy pequeño, solía preguntarme: ¿Quién soy yo? ¿De dónde he venido? ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Y por qué estoy aquí? Esas cosas todavía nos desconciertan, al menos muchas de ellas, y, no obstante, son interrogantes en los que no podemos dejar de reflexionar. Vemos nacer niños en el mundo y vemos que la primavera, el verano, el otoño y el invierno se siguen el uno al otro en sucesión regular, y nos preguntamos: '¿Por medio de qué poder se han llevado a cabo estas cosas?, ¿por qué estamos aquí y qué objeto tiene todo lo que nos rodea?' "[2].

Las enseñanzas del presidente Taylor reflejan el regocijo que halló en las doctrinas del Evangelio que le hicieron comprender su origen divino y su destino como hijo de Dios. Dijo: "Cuando el santo de Dios reflexiona en la eternidad y comienza a vislumbrar algo de ésta y de los propósitos inalterables de Dios,

cuando medita en su verdadera posición ante Dios, ante los ángeles y ante los hombres, entonces se eleva por encima de las cosas de este mundo y rompe las ligaduras que le atan a las cosas terrenales; piensa profundamente en Dios y en su propio destino en el plan eterno de Dios y se regocija con el destello de la esperanza de alcanzar una gloria inmortal"[3].

Enseñanzas de John Taylor

Somos hijos de nuestro Padre Celestial y tenemos el potencial de llegar a ser como Él.

"…¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?" (Salmos 8:4).

Desde un punto de vista, el hombre parece muy deficiente, muy débil e insensato, y muy insignificante; desde otro punto de vista, parece sabio, inteligente, fuerte, honorable y eminente. De los ojos con que miren a una persona dependerá la opinión que se formen de ella. En un aspecto, por decirlo de alguna manera, [la persona] parece como la hierba del campo que hoy es y mañana se echa en el horno: es variable en sus opiniones, en sus pensamientos, reflexiones y acciones; es ociosa, vana y visionaria sin ser gobernada por ningún principio correcto. Viene al mundo, por decirlo así, como una mariposa, revolotea por allí un rato, después muere y ya no es más.

Desde otro punto de vista, vemos a la persona con otros ojos: la vemos provenir de los Dioses —como un Dios en embrión—, como un ser eterno que tuvo existencia antes de venir aquí y que existirá después de que sus restos mortales se hayan mezclado con el polvo, del cual fue hecho y del que resucitará y participará de esa felicidad para la que fue destinado, o recibirá la recompensa de sus malas acciones, según sea el caso…

…¿Qué es el [hombre]? Existió en los mundos eternos; existió antes de venir aquí. No es tan sólo hijo del hombre, sino que también es hijo de Dios. Es un Dios en embrión y posee en su ser una chispa del fuego eterno que se encendió de la llama del fuego eterno de Dios en el mundo eterno, y ha sido puesto aquí en la tierra para que posea verdadera inteligencia, verdadera luz,

Como hijos de Dios, cada uno de nosotros,"no se originó de materia caótica, en movimiento o inerte, sino que vino, poseyendo, en estado embrionario, todas las facultades y los poderes de un Dios".

verdadero conocimiento, para que se conozca a sí mismo, para que pueda conocer a Dios, para que sepa algo de lo que era antes de venir aquí, para que sepa algo de lo que está destinado a disfrutar en los mundos eternos[4].

Si hablamos con respecto al hombre, se dice que fue creado a imagen de Dios, y por la sencilla razón de que es hijo de Dios, como hijo de Dios es, naturalmente, Su progenie, provino de Dios, a cuya imagen se nos dice que fue hecho. No se originó de materia caótica, en movimiento o inerte, sino que vino, poseyendo, en estado embrionario, todas las facultades y los poderes de un Dios. Y cuando sea perfeccionado y haya progresado hasta alcanzar la madurez, será como su Padre, un Dios, puesto que es, en efecto, su vástago. Así como el caballo, el toro, la oveja y toda criatura viviente, incluido el hombre, se

propaga según su especie y perpetúa su propio género, del mismo modo Dios perpetúa los Suyos[5].

[El hombre] anda erguido sobre la tierra a semejanza de su gran Creador; ha sido hermosamente organizado en todas sus partes, con un cuerpo que posee todas las funciones necesarias para lo que es preciso para la humanidad; está, no sólo por derecho, sino por capacidad de adaptación, belleza, simetría y gloria, a la cabeza de toda la Creación; posee también facultades intelectuales y la capacidad de reflexionar en el pasado, de aplicar la inteligencia al fenómeno de causa y efecto, y, mediante los poderes inductivos de su mente, por conducto de la inspiración del Todopoderoso, comprender las magníficas leyes de la naturaleza que ponen de manifiesto las obras de la Creación; también tiene la capacidad de utilizar los elementos y las fuerzas de la naturaleza, y de adaptarlos para su propio beneficio particular; y, con sus poderes, puede penetrar en lo profundo, ascender a los cielos, desplazarse a gran velocidad por la tierra, utilizar en forma separada o combinada las fuerzas de la naturaleza que le rodean y subyugarlas a su voluntad; del mismo modo, con su inteligencia, tiene dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del aire y sobre las bestias[6].

Necesitamos a Jesucristo a fin de alcanzar nuestro potencial divino.

[El hombre] está eminentemente a la cabeza de toda la Creación y es el representante de Dios sobre la tierra. Pero si bien ocupa ese elevado lugar y es a imagen de Dios, no obstante, posee simplemente, como hombre, sólo los poderes que pertenecen al hombre, y está sujeto a la debilidad, a las dolencias, a la enfermedad y a la muerte. Y una vez que muere, a no ser que reciba una ayuda superior con respecto al futuro, esa noble estructura que es el cuerpo mortal yace silenciosa y desvalida, y sus órganos, que hasta entonces habían sido activos, llenos de vida y de energía, quedan inertes, inactivos y detenidos. ¿Y qué ha ocurrido con la mente del hombre que antes discurría en la eternidad del pasado y en la eternidad del futuro? ¿Y qué ha sucedido con sus facultades? ¿Y el espíritu,

que, con sus energías divinas, su presciencia y su poder, entendía el concepto del infinito? ¿Qué es de él y dónde está?…

Si… hay un espíritu en el hombre que se remonta hacia lo futuro, que entiende el concepto del progreso eterno, de los regocijos eternos y de las exaltaciones eternas, entonces, esas glorias, esas exaltaciones, esas capacidades y poderes deben constituir la dádiva de un ser, un poder o una autoridad superior al espíritu o poder que existe en el hombre… A esa dádiva nos referimos ahora, a un principio que proviene de Dios, que se origina en una inteligencia superior, cuyos planes, poderes y capacidades se elevan por encima de los del hombre mortal, como los cielos se encuentran por encima de la tierra, y como las majestuosas obras del Gran Creador por todo lo infinito del espacio son superiores a las obras insignificantes de los hijos de la existencia mortal.

Se instituyó la mediación y la expiación de Jesucristo para la elevación del hombre a ese estado de inteligencia superior y de calidad de Dios; y a ese ser noble, el hombre, hecho a imagen de Dios, se le hace capaz no sólo de ser hijo del hombre, sino también de ser hijo de Dios… y de llegar a ser un Dios, con el poder, la majestad, la exaltación y la categoría de un Dios. Como está escrito: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" [1 Juan 3:2].

El hombre, por los poderes de su cuerpo u organismo puede llegar a la dignidad y entereza de la edad adulta, pero no puede ir más allá; como hombre nace, como hombre vive y como hombre muere; pero mediante la esencia y el poder de la divinidad, que hay en él, que ha llegado a él como el don de Dios procedente de su Padre Celestial, es capaz de salir de los restringidos límites del hombre hasta alcanzar la dignidad de un Dios, y, de ese modo, gracias a la expiación de Jesucristo… puede alcanzar la exaltación eterna, vidas eternas y progreso eterno. Pero esa transición de su condición de hombre a la de Dios sólo se puede hacer por medio de un poder que es superior al hombre: un poder infinito, un poder eterno, sí, el poder de la Deidad: "Porque así como en Adán

todos mueren, también *solamente* en Cristo todos serán vivificados" [véase 1 Corintios 15:22].

Por medio de [Cristo] los hombres se ponen en comunión y en comunicación con Dios; por medio de Su expiación, se ha dado a ellos la posibilidad de conquistar —como Él lo hizo— la muerte; por medio de esa expiación y del poder del sacerdocio relacionado con ella, ellos llegan a ser herederos de Dios y coherederos con Jesucristo, y herederos de tronos, potestades, principados y dominios en los mundos eternos. Y, en lugar de estar sujetos a la muerte, cuando el último enemigo sea destruido y la muerte sea sorbida en victoria, mediante esa expiación, ellos podrán ser los padres y las madres de vidas [tener progenie eterna] y podrán tener progreso perpetuo y eterno[7].

La Iglesia de Jesucristo nos ayuda a alcanzar nuestro potencial divino.

Dios ha ordenado entre ustedes presidentes, apóstoles, profetas, sumos sacerdotes, setentas, obispos y otras autoridades; ellos han sido designados por Él, han recibido poderes de Él y son dirigidos por Él y, bajo Su influencia, enseñan Su ley, exponen los principios de la vida y son organizados y son ordenados expresamente para guiar a la gente por el sendero que conduce a la exaltación y a la gloria eterna[8].

Nos encontrábamos en la misma oscuridad en que se hallan otras personas con respecto a los principios de la salvación y a la relación que tenemos con Dios y los unos con los otros hasta que estas cosas nos fueron dadas a conocer por José Smith[9].

Somos progenie de Dios, y Dios en estos últimos días ha juzgado conveniente ponernos en comunicación con Él. Al haberse revelado Él mismo y al haber revelado a Su Hijo Jesucristo, por el ministerio de ángeles santos y por la restauración del santo sacerdocio que proviene de Dios, y por el cual Él mismo se gobierna, Él nos ha puesto en condiciones de poder cumplir con la medida de nuestra creación[10].

Deseamos comprender y apreciar el lugar que ocupamos ante Dios y las grandes bendiciones y privilegios que tenemos a nuestro alcance. Apenas hemos comenzado, como podría decirse, en la grandiosa obra… No siempre entendemos estas cosas y, por consiguiente, trabajamos con grandes dificultades con respecto a este asunto; por motivo de que no vemos, no vislumbramos el lugar que ocupamos ante Dios ni la relación que existe entre nosotros y nuestro Dios.

Dios es nuestro Padre; nosotros somos Sus hijos. Él nos ha puesto en Su convenio y tenemos el privilegio de progresar de sabiduría en sabiduría, de inteligencia en inteligencia, del entendimiento de un principio al entendimiento de otro, de avanzar y progresar en el perfeccionamiento del conocimiento de la verdad hasta que podamos comprender a Dios, porque somos Su progenie, somos Sus hijos e hijas, y Él es nuestro Padre. Él ha organizado esta Iglesia a fin de que seamos instruidos en los principios de la vida, para que entendamos esos principios que existen en el seno de Dios, de manera que podamos enseñar a nuestros hijos principios correctos y nos pongamos en condiciones de llegar a ser como nuestro Padre Celestial[11].

Debemos "contender ardientemente"
por cumplir con nuestro potencial divino.

El Señor nos ha revelado muchas bendiciones, y a veces pienso que apenas valoramos la luz de la verdad que se ha manifestado, la gloria relacionada con el Evangelio que ha sido restaurado, la luz de la revelación que se ha comunicado, el lugar que ocupamos en relación con Dios, con los ángeles, con nuestra posteridad y con nuestros progenitores; la esperanza que el Evangelio ha implantado en el alma de todo fiel Santo de los Últimos Días, la cual se expande con la inmortalidad y la vida eterna…

A veces olvidamos nuestras oraciones, nuestras responsabilidades, nuestros deberes y nuestros convenios, y en muchos casos nos dejamos dominar por cosas que nos ofuscan

la mente, nos confunden el entendimiento, debilitan nuestra fe y nos privan del Espíritu de Dios. Nos olvidamos del hueco de la cantera de donde nos sacaron y de la roca de donde fuimos cortados, por lo que es necesario que reflexionemos en el lugar que ocupamos, en la relación que tenemos con Dios, así como los unos con los otros y con nuestros familiares, para que nuestras mentes se alleguen de nuevo al Dios que nos hizo, nuestro Padre que está en los cielos, que oye nuestras oraciones y que está listo en todo momento para atender a las necesidades de Sus santos fieles. Y a veces es preciso que reflexionemos en el lugar que ocupamos en relación con la tierra en la que vivimos, con la existencia que tuvimos antes de venir aquí y con las eternidades venideras.

No debemos ser lentos para actuar ni para aprender, ni ser descuidados ni indiferentes; así como los santos de antaño fueron exhortados, del mismo modo los exhortamos a ustedes hoy: contiendan ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos [véase Judas 1:3]…

…Nosotros, como seres eternos, que estamos relacionados con un Dios eterno y que tenemos una religión que conduce a ese Dios, nos sentimos deseosos, al igual que los antiguos, de saber algo acerca de Él, de ponernos en comunicación con Él, de cumplir la medida de nuestra creación y nuestro destino en la tierra, y de ayudar al Señor a llevar a cabo lo que Él proyectó desde antes de la fundación del mundo con respecto a la familia humana… El Todopoderoso nunca ha cambiado Su propósito, nunca ha modificado Sus designios ni ha abrogado Sus leyes… Su vía es un giro eterno. Él ha tenido una finalidad, y esa finalidad se cumplirá en lo que respecta al hombre y a la tierra en la que éste vive.

La pregunta que debemos hacernos es si colaboraremos con Dios, o sea, si labraremos individualmente nuestra propia salvación o no; si cumpliremos individualmente las diversas responsabilidades que se depositen sobre nuestros hombros o no; si efectuaremos las ordenanzas que Dios nos ha presentado o no; por nosotros mismos para empezar, por nuestros familiares, por los vivos y por muertos. Si colaboraremos en la

edificación de templos y si prestaremos servicio en ellos o no; si nos uniremos con el Todopoderoso, bajo la dirección de su santo sacerdocio, para llevar a cabo aquello de que han hablado los santos profetas desde el principio del mundo; si contenderemos ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. Esas cosas son nuestra responsabilidad hasta cierto punto…

…Él desea que los de Su pueblo contiendan ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos, que, como seres inmortales, ellos actúen de forma conjunta con el Todopoderoso, a fin de que sean inspirados por el principio de la revelación; que comprendan algo de su rango [eterno] y de su calidad de miembros de la familia humana; de su relación con la eternidad, con el mundo en que vivimos como es y como será, y con los mundos venideros…

El espíritu del hombre, al poseer un cuerpo, será, por medio del Evangelio sempiterno, exaltado; y si la persona es fiel, algún día podrá relacionarse con los Dioses en los mundos eternos; y si bien plantamos y sembramos y cosechamos, y realizamos las actividades comunes de la vida, como lo hacen las demás personas, nuestro objetivo principal es las vidas eternas y las exaltaciones; nuestro objetivo principal es prepararnos nosotros mismos, a nuestra posteridad y a nuestros progenitores para tronos, principados y potestades en los mundos eternos.

Eso es lo que procuramos alcanzar y lo que los santos antiguos procuraban alcanzar. Eso es lo que Adán, Noé, Enoc, Abraham y los profetas buscaban: poder cumplir su destino en la tierra y, como dijo uno de los profetas antiguos: "…recibir su heredad al fin de los días" [véase Daniel 12:13] cuando los libros sean abiertos, cuando aparezca el gran trono blanco y el que está sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo; para que nosotros y ellos, y ellos y nosotros estemos preparados, habiendo cumplido la medida de nuestra creación en la tierra, para relacionarnos con las inteligencias que existen en los mundos eternos; para ser nuevamente admitidos en la presencia de nuestro Padre, de donde vinimos, y participar en las realidades eternas de las cuales el género humano, sin

revelación, nada sabe. Nos encontramos aquí con ese propósito… edificamos templos con ese propósito; recibimos la investidura con ese propósito; hacemos convenios con ese propósito; efectuamos las ordenanzas para los vivos y por los muertos con ese propósito, y todos nuestros objetivos, y todos nuestros fines, al igual que el objetivo y el fin de los hombres inspirados de los tiempos antiguos, tienen que ver con las realidades eternas y también con las de la tierra…

Eso es lo que procuramos alcanzar, y lo lograremos, y nadie podrá impedirlo, ninguna organización, ningún poder, ninguna autoridad, porque Dios está al mando y Su reino sigue adelante, adelante, adelante, y continuará y crecerá y aumentará hasta que los reinos del mundo vengan a ser de nuestro Dios y de su Cristo[12].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿En qué forma le sirve a usted de ayuda saber que es hijo o hija de Dios? ¿Qué influencia ejerce ese conocimiento en sus sentimientos referentes a su propio potencial? ¿De qué maneras influye ese conocimiento en sus oraciones?
- ¿De qué forma influye la verdad de que todas las personas son hijos e hijas de Dios en su modo de considerar a los demás? ¿Cómo debiera influir ese conocimiento en nuestras relaciones personales en el ámbito familiar?
- ¿Por qué es necesario que vivamos en el estado mortal? (Véase también 2 Nefi 2:11–13, 24–27; Moisés 5:9–11.) ¿Qué función desempeña Jesucristo en la labor de ayudarnos a cumplir nuestro potencial divino?
- ¿De qué forma las doctrinas de la Iglesia le han servido para comprender su origen y su destino? ¿De qué manera nos ayuda la Iglesia a cumplir nuestro destino eterno?
- ¿Qué significa para usted "contender ardientemente" por cumplir su potencial divino? ¿Qué ejemplos ha visto usted de personas que hacen eso? ¿Cómo podemos "colaborar con Dios" para alcanzar esa meta?

- El presidente Taylor nos enseñó que "nuestro objetivo principal es prepararnos nosotros mismos, a nuestra posteridad y a nuestros progenitores para tronos, principados y potestades en los mundos eternos". ¿Cómo podemos mantener nuestra mira centrada en ese objetivo a medida que pasamos por la vida terrenal?

Pasajes relacionados: Génesis 1:26; Salmos 82:6–7; Romanos 8:16–17; D. y C. 76:22–24, 50–70.

Notas

1. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), págs. 70–71.
2. *Deseret News: Semi-Weekly,* 24 de junio de 1879, pág. 1.
3. *The Gospel Kingdom,* pág. 63.
4. *The Gospel Kingdom,* págs. 52–54; los párrafos se han cambiado.
5. *The Gospel Kingdom,* pág. 52.
6. *The Gospel Kingdom,* págs. 56–57.
7. *The Mediation and Atonement* (1882), 139–141; los párrafos se han cambiado.
8. *Deseret News* (Weekly), 8 de mayo de 1872, pág. 186.
9. *The Gospel Kingdom,* pág. 33.
10. *The Gospel Kingdom,* págs. 70–71.
11. *Deseret News: Semi-Weekly,* 1° de junio de 1880, pág. 1; los párrafos se han cambiado.
12. *Deseret News* (Weekly), 8 de mayo de 1872, pág. 186; los párrafos se han cambiado.

CAPÍTULO 2

El Evangelio eterno

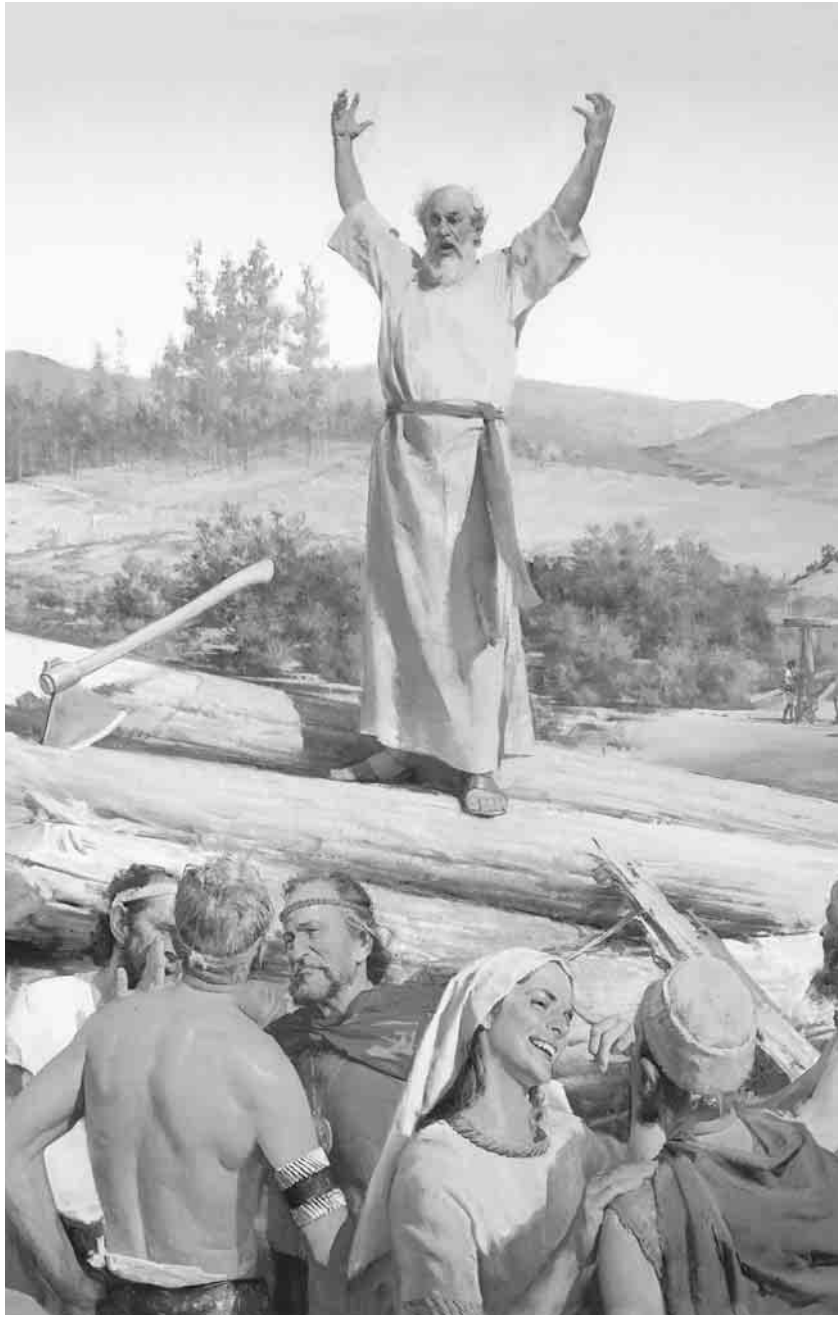
El Evangelio eterno… no se conocía sino hasta que el Señor lo reveló desde los cielos por la voz de Su ángel, y si recibimos estos principios y nos guiamos por ellos, tendremos entonces los principios de la vida eterna[1].

De la vida de John Taylor

Durante 1836 en Toronto, Canadá, John Taylor y un número de otras personas se reunían varias veces a la semana con el fin de estudiar la Biblia y procurar comprender la verdad. Creían con plena convicción en la congregación de Israel, así como en los dones del Espíritu, en el reinado milenario del Salvador, en la necesidad de que hubiese apóstoles y profetas, y en la importancia de efectuar las ordenanzas por la debida autoridad de Dios. Sin embargo, en aquel tiempo, no tenían conocimiento de ninguna Iglesia que enseñara esas cosas. Con respecto a su búsqueda de la verdad, John Taylor dijo: "Elevábamos plegarias al Señor y ayunábamos y rogábamos a Dios que nos enseñase los principios verdaderos, que restaurara el Evangelio puro y antiguo, y que si había una Iglesia verdadera sobre la faz de la tierra, Él nos enviase un mensajero".

Sus oraciones no tardaron en ser contestadas con la llegada del élder Parley P. Pratt. Antes de que el élder Pratt partiera a su misión, el élder Heber C. Kimball le había profetizado: "Es la voluntad del Señor que vayas a Canadá. Allí hay personas que buscan diligentemente la verdad, y muchas de ellas creerán tus palabras y recibirán el Evangelio".

El élder Pratt comenzó a predicar en Toronto, y al cabo de un tiempo le presentaron a John Taylor y a los que estudiaban con él. Posteriormente, el presidente Taylor escribió: "Nos sentimos



El presidente Taylor enseñó que el Evangelio que predicó Noé y que predicaron todos los demás profetas antiguos es el "mismo… que ahora se está predicando a todo el mundo para testimonio".

rebosantes de alegría con su predicación; sin embargo, cuando expresó su testimonio referente a José Smith y al Libro de Mormón, no supimos qué decir. Anoté ocho de los primeros discursos que pronunció y los comparé con las Escrituras. También investigué la evidencia con respecto al Libro de Mormón y leí Doctrina y Convenios. Me dediqué a hacer eso en forma exclusiva durante tres semanas y seguí al [hermano] Pratt de lugar en lugar"[2].

John Taylor no tardó en convencerse de que el Evangelio eterno había sido restaurado y se bautizó el 9 de mayo de 1836. En calidad de misionero, como apóstol y, por último, como Presidente de la Iglesia, se regocijó en enseñar las verdades eternas e inmutables del Evangelio.

Enseñanzas de John Taylor

El Evangelio nos hace comprender los atributos de Dios y nos prepara para recibir la exaltación.

Los Santos de los Últimos Días creemos, primero, en el Evangelio, lo cual es una afirmación importantísima, puesto que el Evangelio comprende principios más profundos, más amplios y más extensos que cualquier otra cosa que podamos concebir. El Evangelio nos enseña con respecto a la existencia de Dios y a Sus atributos. También nos enseña nuestra relación con ese Dios y las diversas responsabilidades que tenemos para con Él como Sus hijos; nos enseña los varios deberes y responsabilidades que tenemos para con nuestros familiares y para con nuestros amigos, para con la comunidad, para con los vivos y para con los muertos; nos da a conocer principios que tienen que ver con lo futuro. De hecho, según lo que dijo uno de los discípulos antiguos, [el Evangelio] "sacó a la luz la vida y la inmortalidad" [véase 2 Timoteo 1:10], nos pone en conexión con Dios y nos prepara para una exaltación en el mundo eterno[3].

Este Evangelio pone al hombre en comunicación con Dios, su Padre Celestial; este Evangelio saca a la luz la vida y la inmortalidad; este Evangelio se proclama para el beneficio de todas las personas en todas las partes de la tierra… Es un

mensaje de salvación a las naciones de la tierra… Dios se interesa en el bienestar de toda la familia humana y, por esa razón, ha establecido en la tierra principios que existen en los cielos: un Evangelio que ha existido entre los Dioses en los mundos eternos, que contiene los principios que tienen por objeto elevar, ennoblecer y enaltecer a la familia humana[4].

El Evangelio es eterno e inmutable.

Los grandes principios de la verdad son muy variados y muy vastos… Se extienden hacia lo pasado, existen en el presente y se extienden hacia lo futuro. El Evangelio de Jesucristo comprende toda verdad, en lo que a la salvación de la familia humana respecta, y por esa razón en las Escrituras se dice que es el Evangelio eterno…

…Dios, al igual que Su Hijo Jesucristo, "es siempre el mismo ayer, hoy y para siempre" [1 Nefi 10:18]. El mismo en inteligencia, el mismo en pureza, el mismo en Sus proyectos, planes y designios; Él es, en suma, inmutable. Y creo que si los santos que tuvieron comunicación con Él en los tiempos antiguos apareciesen en esta tierra en el presente, hallarían el mismo medio de comunicación, la misma forma de impartir inteligencia y el mismo Ser inmutable que existió hace 1.800, 4.000 ó 6.000 años.

Cierto es que el género humano en algunas ocasiones no ha sido capaz de recibir ni de apreciar el mismo grado de luz, de verdad y de inteligencia que ha podido recibir en otras ocasiones. En algunos casos, Dios ha retirado en cierto grado, de la familia humana, la luz de Su semblante —Su Santo Espíritu—, la luz y la inteligencia que proceden de Él; pero Sus leyes son inmutables, y Él es el mismo Ser eterno e invariable.

La verdad no cambia. Lo que fue verdadero hace 1.800, 4.000 ó 6.000 años es verdadero hoy en día, y lo que ha sido falso en cualquier edad del mundo es falso hoy en día. La verdad, como el Gran Elohim, es eterna e inmutable, y a nosotros nos corresponde aprender sus principios, saber apreciarla y gobernarnos de acuerdo con ella.

Como el Evangelio es un principio que proviene de Dios, al igual que su Autor, es "el mismo ayer, hoy y para siempre", eterno e inmutable. Dios lo ordenó antes de que alabasen todas las estrellas del alba, o sea, antes de que este mundo existiera, para la salvación de la raza humana. Ha estado en la mente de Dios, y cuanto más se profundiza en él tanto más se manifiesta como un plan eterno, inmutable y constante por medio del cual se salva, se bendice, se enaltece y se dignifica al hombre[5].

Este mismo Evangelio se predicó a Set y a todos los patriarcas antediluvianos, y ellos ejercieron su ministerio bajo su autoridad. Por medio de su poder, como ya lo hemos indicado, Enoc y su pueblo fueron trasladados. De Noé está escrito: "Y el Señor ordenó a Noé según su propio orden, y le mandó que saliese a declarar su evangelio a los hijos de los hombres, tal como fue dado a Enoc" [Moisés 8:19]. Veamos, además, el testimonio de Noé antes del Diluvio: "Y sucedió que Noé continuó su predicación al pueblo, diciendo: Escuchad y dad oído a mis palabras; creed y arrepentíos de vuestros pecados y bautizaos en el nombre de Jesucristo, el Hijo de Dios, tal como nuestros padres, y recibiréis el Espíritu Santo, a fin de que se os manifiesten todas las cosas; y si no hacéis esto, las aguas vendrán sobre vosotros…" [véase Moisés 8:23–24].

De eso aprendemos que los principios del Evangelio en las primeras etapas del mundo eran idénticos a los que se enseñan en nuestra época.

El Evangelio y el santo sacerdocio continuaron desde Noé hasta Abraham. "Y Abraham recibió el sacerdocio de manos de Melquisedec, que a su vez lo recibió por medio del linaje de sus padres, hasta Noé…" [D. y C. 84:14]… El conocimiento y la práctica del Evangelio fueron perpetuados por conducto de Isaac, de Jacob, de José y de los demás patriarcas hasta la época de Moisés…

Fue este mismo Evangelio el que el Redentor crucificado mandó predicar a Sus discípulos cuando "…les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado. Y estas señales seguirán a los que creen: En mi

nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán" [Marcos 16:15–18]…

Por eso, el día de Pentecostés, Pedro, el mayor de los apóstoles, en respuesta a la petición de la multitud creyente que clamaba: "Varones hermanos, ¿qué haremos?", les dijo: "…Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare" [véase Hechos 2:37–39].

Repito, de la restauración en la tierra de este mismo Evangelio eterno, inalterable e inmutable habló Juan, el apóstol, al decir:

"Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas" [Apocalipsis 14:6–7].

De la Biblia, vamos al Libro de Mormón y, en sus páginas, descubrimos que el mismo Evangelio que Jesús mandó a Sus discípulos ir a predicar a todo el mundo, se predicó en este continente [americano] desde las más tempranas edades. Los jareditas llegaron a conocerlo mediante las revelaciones dadas al hermano de Jared, en una de las cuales, Jesús le dijo:

"He aquí, yo soy el que fue preparado desde la fundación del mundo para redimir a mi pueblo. He aquí, soy Jesucristo. Soy el Padre y el Hijo. En mí todo el género humano tendrá vida, y la tendrá eternamente, sí, aun cuantos crean en mi nombre; y llegarán a ser mis hijos y mis hijas" [Éter 3:14]…

Cuando Jesús mismo apareció a los nefitas, les predicó los mismos e idénticos principios que había predicado anteriormente a los judíos, añadiendo de vez en cuando más amplias verdades, por motivo de la mayor fe del pueblo nombrado primeramente: "Y les explicó todas las cosas, aun

desde el principio hasta la época en que él viniera en su gloria" [véase 3 Nefi 26:3]. Entre otras cosas, Él dijo: "Y quienes escuchen mis palabras, y se arrepientan y sean bautizados, se salvarán. Escudriñad los profetas, porque muchos son los que testifican de estas cosas" [3 Nefi 23:5].

Y ese mismo Evangelio, acompañado del mismo poder y del mismo espíritu, bendecido por la misma inspiración y guiado por el mismo sacerdocio es el que ahora se está predicando a todo el mundo para testimonio[6].

El Evangelio nos guía por el camino de la felicidad, del progreso y de la libertad.

Los principios del Evangelio, para el incrédulo, no tienen valor ni eficacia; pero para nosotros, que creemos en ellos, comprenden todo lo que atañe al bienestar del hombre tanto en el tiempo de esta vida como en la eternidad. Para nosotros, el Evangelio es el Alfa y la Omega, el principio y el fin; es parte esencial de todos nuestros intereses, felicidad y regocijo, tanto en esta vida como en la venidera.

Consideramos que el unirnos a esta Iglesia y el aceptar el nuevo y sempiterno convenio es un servicio de toda la vida y que influye en todas las relaciones del tiempo de esta vida y de la eternidad. A medida que progresamos, los conceptos que al principio eran un tanto vagos y difíciles de comprender se van volviendo más vívidos, más reales, más naturales, más tangibles y más claros en nuestro entendimiento, y llegamos a darnos cuenta de que estamos sobre la tierra como los hijos y las hijas de Dios, como representantes del cielo. Sabemos que Dios nos ha revelado un Evangelio eterno, el cual está vinculado con convenios y relaciones eternos.

El Evangelio, en las primeras etapas de su aplicación, comienza, como dijo el profeta que lo haría, a hacer "volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres…" [véase Malaquías 4:6]. Ya no tenemos que preguntarnos, como lo hacíamos antes: "¿Quién soy yo?", "¿de dónde he venido?", "¿qué

estoy haciendo aquí?", o "¿cuál es el objeto de mi existencia?", porque hemos llegado a adquirir certeza con respecto a esas cosas. Se nos ha aclarado por medio de los frutos del Evangelio… Es el conocimiento de esas cosas y de muchas otras de índole similar lo que nos lleva a proseguir el camino que hemos emprendido. Eso es lo que nos impide sujetarnos a las nociones, los caprichos, las ideas y las extravagancias de los hombres.

Habiendo sido iluminados por el espíritu de la verdad eterna, habiendo participado del Espíritu Santo y habiendo nuestra esperanza penetrado hasta dentro del velo, donde Cristo entró por nosotros como precursor, y sabiendo que somos los hijos de Dios y que hacemos todas las cosas teniendo en cuenta la eternidad, seguimos nuestro camino con paso seguro ya sea con la aprobación o con la desaprobación de las personas[7].

Dios nos ha encomendado el Evangelio y el sumo sacerdocio, los que no tienen por objeto, como suponen algunos, esclavizar a las personas ni tiranizarles la conciencia, sino hacer libres a todos los seres humanos como Dios es libre; para que beban de las corrientes del río que alegran la ciudad de Dios [véase Salmos 46:4] para que sean elevados y no degradados; para que se purifiquen y no para que se corrompan; para que aprendan las leyes de la vida y se guíen por ellas, y no para que sigan los caminos de la corrupción que conducen a la muerte [espiritual][8].

Por medio del Evangelio de Jesucristo se nos ha puesto en conexión con Dios. Como dijo uno de los apóstoles antiguos: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" [véase 1 Juan 3:2]. Dios es nuestro Padre, y se ha abierto un medio de comunicación entre Dios y nosotros; y si vivimos nuestra religión, estaremos preparados en todo momento para recibir Sus bendiciones y aprenderemos a entender los principios correctos relacionados con nuestra salvación individual y la salvación de la familia humana[9].

Hemos recibido el Evangelio eterno, el mismo que existió en los tiempos de Jesús, el cual ha iluminado nuestra mente, ha aumentado nuestras capacidades y nos ha proporcionado un conocimiento del pasado y del futuro, revelándonos de ese modo los propósitos de Dios, y, por medio del orden y de la organización de este sacerdocio, somos bendecidos, salvos, protegidos y apoyados como somos ahora[10].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Cómo describió el Evangelio el presidente Taylor? ¿De qué manera sería su vida diferente si no tuviese usted conocimiento del Evangelio? ¿Qué experiencias ha tenido usted que hayan puesto de manifiesto que los principios del Evangelio elevan, ennoblecen y enaltecen a la familia humana?
- ¿Por qué el Evangelio nos hace comprender los atributos de Dios y nuestra relación con Él? ¿Por qué es ese conocimiento necesario para nuestra salvación? (Véase también Juan 17:3.)
- ¿Cómo puede servirle a usted saber que el Evangelio es eterno e inmutable? ¿En qué forma influye ese conocimiento en sus creencias y en lo que decide hacer?
- El presidente Taylor enseñó que el Evangelio tiene por objeto "hacer libres a todos los seres humanos". ¿De qué nos hace libres el Evangelio? ¿Para hacer qué nos deja libres? ¿Cómo podemos ayudar a los demás a comprender que el Evangelio nos trae libertad en lugar de restricciones?
- ¿Qué ha hecho usted para recibir un testimonio del Evangelio? ¿Qué experiencias han fortalecido su testimonio? ¿Qué podemos hacer para garantizar que continuemos "guiándonos" por los principios del Evangelio?
- ¿Por qué el Evangelio nos pone "en conexión con Dios"?

Pasajes relacionados: Juan 8:31–32; 2 Timoteo 1:8–10; 1 Nefi 10:18–19; 3 Nefi 27:13–22; Los Artículos de Fe 1:4.

Notas

1. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 84.
2. "History of John Taylor: By Himself", Historias de los Doce, Archivo General del Departamento de Historia de la Iglesia y de Historia Familiar de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, págs. 9–10.
3. *The Gospel Kingdom,* págs. 93–94.
4. *Deseret News: Semi-Weekly,* 20 de diciembre de 1881, pág. 1.
5. *Deseret News* (Weekly), 8 de febrero de 1860, pág. 385.
6. *The Mediation and Atonement* (1882), págs. 183, 185–186, 188.
7. *The Gospel Kingdom,* págs. 85–86; los párrafos se han cambiado.
8. *The Gospel Kingdom,* pág. 123.
9. *Deseret News* (Weekly), 8 de febrero de 1860, pág. 386.
10. *Deseret News* (Weekly), 8 de febrero de 1860, pág. 386.

CAPÍTULO 3

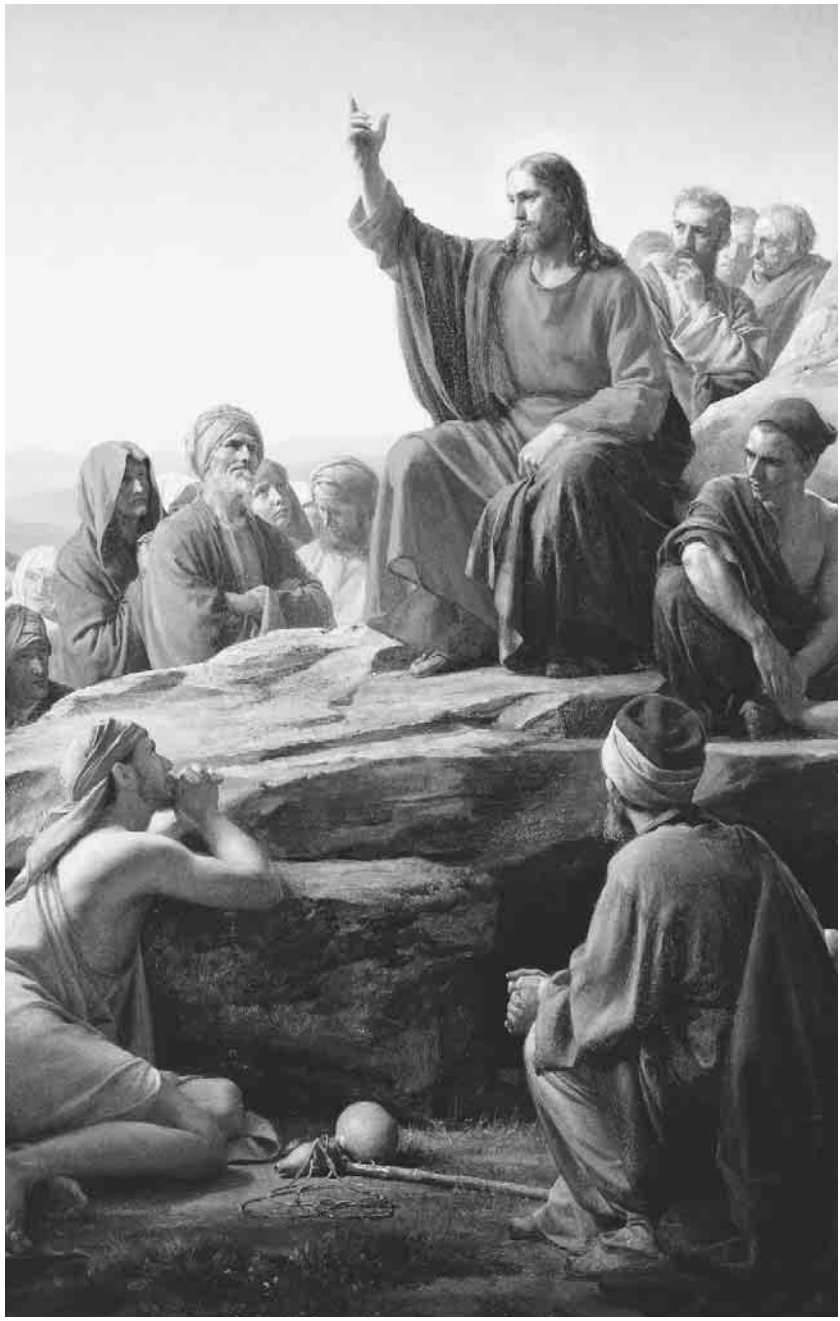
"Amarás a tu prójimo como a ti mismo"

Siempre debemos vivir teniendo en cuenta la eternidad, sintiéndonos llenos de bondad, de benevolencia, de caridad y de longanimidad para con todas las personas[1].

De la vida de John Taylor

El presidente John Taylor enseñaba con frecuencia a los santos la importancia de no sólo creer, sino también de poner en práctica la súplica del Salvador de amar a nuestros semejantes. "Ámense los unos a los otros", exhortaba, "hagan las obras de la rectitud, cuiden del bienestar de todos y procuren fomentar la felicidad de todas las personas. Eso es lo que Dios está haciendo"[2]. Él creía firmemente en la función que desempeña el Espíritu en la tarea de cultivar nuestro amor hacia los demás. "Si tienen el Espíritu de Dios", enseñaba, "se sentirán llenos de bondad, de caridad y de longanimidad, y estarán constantemente dispuestos a dar a cada persona lo que desean para ustedes mismos. Se sentirán de continuo dispuestos a hacer a todas las personas lo que desearían que ellas hiciesen a ustedes"[3].

Desde su bautismo en 1836 hasta su fallecimiento en 1887, John Taylor presenció una enconada persecución y un tratamiento injusto hacia los santos. Vio a turbas sacar a la fuerza a los miembros de la Iglesia de sus casas; fue testigo presencial del martirio de José y de Hyrum Smith (y él mismo resultó gravemente herido en el ataque); y estuvo con los santos en Utah cuando se continuó persiguiéndoles. No obstante, sistemáticamente exhortaba a los miembros de la Iglesia a amar a todas las personas. En un discurso que pronunció en Utah cuando era Presidente del Quórum de los Doce, dijo:



Mediante Sus enseñanzas y Sus acciones, el Salvador nos dio el ejemplo perfecto de cómo debemos amarnos los unos a los otros.

"David rogó a Dios que hiciese descender a sus enemigos al infierno cuanto antes [véase Salmos 55:15]. Jesús, cuando le crucificaban, padeciendo el dolor de una muerte cruel, dijo: 'Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen' [Lucas 23:34]. Me gusta esta oración mucho más que la otra… Ése es el sentimiento que debemos tener. Debemos tenerlo unos hacia otros y tratarnos con bondad los unos a los otros sin albergar resentimientos… A veces oigo a alguien decir: '¡Detesto a esa persona!'. No conozco a ninguna persona a la que yo odie en el mundo. El mandamiento es amarnos los unos a los otros"[4].

Enseñanzas de John Taylor

Debemos manifestar amor los unos por los otros como hermanos y hermanas.

Dios es nuestro Padre, nosotros somos Sus hijos, y todos debemos ser hermanos; debemos sentir que somos hermanos y actuar como tales, y, al paso que nos esforcemos por servir al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, y con toda nuestra alma, y con toda nuestra mente y con todas nuestras fuerzas, debemos a la vez procurar amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos; debemos interesarnos en el bienestar, la felicidad y la prosperidad de ellos, así como en todo lo que lleve a fomentar su beneficio temporal y eterno[5].

Si intentamos engañar a nuestro hermano o a nuestra hermana, ¿cómo podemos esperar que Dios nos bendiga, puesto que él o ella es hijo o hija de nuestro Padre Celestial tal como lo somos nosotros? Por ser Su hijo o hija, Él está interesado en su bienestar, y si intentamos aprovecharnos de un hijo o una hija del Señor y hacerle daño, ¿creen que Él estaría complacido con nosotros?… Queremos ser justos y generosos los unos con los otros. "Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas". Éste, se nos dice, es el principal mandamiento, y el segundo es semejante, a saber: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" [Marcos 12:30–31]. ¿Hacemos eso? Si lo hiciéramos, podríamos acudir al Señor con grata confianza…

…Debemos vivir de tal manera que nuestro amor de los unos por los otros aumente de forma constante y no disminuya, y tener caridad en nuestra alma a fin de que llevemos las dolencias los unos de los otros, con el conocimiento de que somos hijos de Dios que procuramos cumplir con Su palabra, con Su voluntad y con Su ley. Por tanto, traten bien a todas las personas[6].

Debemos estar llenos de caridad, de bondad, de afecto y de amor fraternales los unos para con los otros, y de amor para con todas las personas. Debemos sentir lo que nuestro Padre Celestial siente[7].

Procuren el bienestar los unos de los otros, como dice la Escritura: "Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros" [véase Romanos 12:10]. Ustedes dirán que eso es bastante difícil; pero más les vale que lo hagan. Se nos ha dicho que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Si podemos hacer eso y, entonces, preferir a nuestro prójimo antes que a nosotros mismos, y, si hay alguna pequeña ventaja, dársela a nuestro prójimo, no sólo cumpliremos la ley y los profetas, sino el Evangelio. Cultivemos el espíritu de amor y de bondad, y desechemos todo lo que sea desagradable, por insignificante que parezca[8].

El Evangelio nos ayuda a cultivar el amor y la unidad.

La religión que hemos adoptado, en su significado espiritual, nos pone en comunicación a unos con otros y nos ayuda a amarnos mutuamente. Deseo que hubiese un poco más de esa disposición entre nosotros y que nos amáramos los unos a los otros un poco más y que reflexionásemos en el bienestar de unos y de otros un poco más. Deseo que pudiésemos ser más comprensivos con nuestros hermanos y más llenos de amorosa bondad y generosidad unos con otros. Deseo que pudiéramos sentir ese amor fraternal de forma continua y que se propagase e incrementase, que fluyera desde el manantial de la vida: de Dios, de corazón a corazón como el aceite se trasvasa de una vasija a otra, para que la armonía, la comprensión, la bondad y

el amor fuesen universales entre nosotros. Eso es lo que el Evangelio hará por nosotros si tan sólo lo permitimos[9].

En una reunión [de la Iglesia] que se celebró hace poco tiempo había representadas veinticinco nacionalidades. ¿Hay alguna diferencia de sentimientos entre esas personas tan diversas? No.

Al conversar hace poco con un caballero sobre algunas de las dificultades que existen entre los ingleses y los irlandeses, le manifesté que es lamentable que haya sentimientos de ese tipo. Él me dijo que lo que sucede es que son de dos razas diferentes que no pueden afiliarse, siendo una celta y la otra anglosajona, que su idiosincrasia y sus sentimientos son distintos; que sus ideas y pareceres difieren; que su educación y sus instintos son diferentes. Eso es muy cierto hasta cierto punto. ¿Pero qué podemos decir de nosotros? Nos hemos congregado aquí bajo la inspiración del Espíritu Santo, y eso, como he indicado anteriormente, surte una unidad de sentimiento y de espíritu, una unión y una comprensión que no existe en el mundo, y Jesús dijo: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (Juan 13:35)…

¿Cómo es, entonces, hermanos? ¿Somos escandinavos, somos ingleses, somos escoceses, suizos u holandeses, según el caso? No; el Espíritu de Dios, que hemos recibido mediante la obediencia a los requisitos del Evangelio, habiendo nacido de nuevo, del agua y del Espíritu, nos ha hecho de un corazón, una fe, un bautismo; no tenemos divisiones nacionales ni de clases entre nosotros[10].

No somos todos parecidos, puesto que nuestros rostros son distintos y nuestros hábitos son diferentes aunque hemos sido hechos de los mismos materiales y según el mismo tipo de organización. Somos tan distintos unos de otros que es muy difícil hallar a dos personas iguales. No deseo que todos piensen como yo; estoy dispuesto a conceder a cada persona un muy amplio campo de acción con respecto a esas cosas; pero me gustaría ver que todos hiciesen lo recto y se allegasen a Dios. Todas las demás pequeñeces me importan muy poco[11].

Manifestamos amor cuando hacemos algo por atender a los demás.

Con respecto a las personas buenas que carecen de las cosas necesarias de la vida, las Escrituras dicen: "Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?" [véase 1 Juan 3:17]. En lo que tiene que ver con esos asuntos, debemos atender a las necesidades de todos… No los dejemos en la pobreza, sino que tratémoslos como hermanos y hermanas, como a hombres y mujeres buenos y honorables; veamos que se atienda a sus necesidades.

He visto a algunas personas arrodillarse y suplicar a Dios con fervor que dé de comer al pobre y que vista al desnudo. Yo nunca pediría al Señor que hiciera algo que yo no haría. Si tenemos necesitados entre nosotros, pongámonos manos a la obra y atendamos a sus necesidades… Si hay personas que estén pasando reveses de cualquier clase, cuidemos de ellas y proporcionémosles las cosas necesarias para su bienestar y felicidad. Y Dios nos bendecirá por hacerlo.

Preferiría que llevasen quizás un saco de harina, una porción de carne de vacuno… azúcar, mantequilla, queso, ropa y combustible, y cosas por el estilo que son útiles para la vida, y que de ese modo intentasen hacer sentirse felices a las personas, a que se limitaran a elevar todas las oraciones que podrían ofrecer al Señor por las personas que pasan necesidades; y Él también preferiría que lo hicieran. Ésa es la forma debida de hacer las cosas. Al recibir bendiciones nosotros, procuremos distribuirlas, y Dios nos bendecirá y nos guiará por camino de paz[12].

En una ocasión, un hombre se acercó a Jesús y le preguntó cuál es el gran mandamiento. El Salvador le respondió: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo" [Mateo 22:37–39]. ¿Podemos hacer eso? A veces, resulta difícil hacerlo, ¿no es así? Muy a menudo pensamos que nos gustaría más guardarnos dos dólares en el bolsillo que poner uno en el

bolsillo de nuestro prójimo, ¿no es cierto? ¿No preferiríamos tener dos o tres vacas antes que dar una a nuestro vecino que no tiene ninguna?…

Traten bien a todas las personas y hagan lo justo a todos; cultiven el espíritu de bondad para con todos. Y cuando vean el ganado de alguien pastando en pastura ajena, sientan el interés suficiente en el dueño de la pastura para sacar las bestias de allí. Procuren fomentar el bienestar de sus semejantes y hacerlos sentirse lo más cómodos que puedan; y Dios nos bendecirá, y nos bendeciremos los unos a los otros[13].

Manifestamos amor al perdonar a los demás y al buscar su perdón.

Trátense bien unos a otros. ¿Ha pecado alguno contra otro? Entonces, vayan y compensen el agravio. ¿Se ha engañado o estafado el uno al otro? Vayan y reparen el daño. ¿Han hablado con crueldad a su hermano o a su hermana? Entonces, vayan a la persona, reconozcan el mal que han hecho y pídanle que les perdone y prométanle a la vez que de allí en adelante se comportarán mejor. Y si la persona, por su parte, les dijera: "Sí, le perdono. El otro día yo le dije tal o cual cosa, ¿me perdona usted, por favor?". Cuánto mejor y cuánto más apropiado será actuar así al cumplir con el llamamiento de un santo de Dios que albergar resentimientos en el corazón[14].

Tratémonos unos a otros con bondad y tratemos la reputación de unos y de otros con respeto; interesémonos en el bienestar de unos y de otros, tratando a todas las personas como quisiéramos que Dios nos tratase a nosotros. Entonces, cuando acudamos al Señor, podremos decir: "Padre, perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" [véase Mateo 6:12, 14], porque si no perdonamos a nuestro hermano [sus ofensas], ¿cómo podemos esperar que nuestro Padre Celestial nos perdone a nosotros? Si hemos tenido alguna dificultad con un semejante, esforcémonos por enmendar las cosas. Digamos: "Hermano o hermana fulano o fulana de tal, la conciencia me atormenta por algo que dije de

usted o que hice a usted, o por un trato que hice en el que saqué provecho de usted, y he venido a reparar el perjuicio, pues he resuelto hacer lo que es justo, pese a lo que hagan las demás personas"[15].

Si hay personas que, al seguir el mal camino, actúan con imprudencia y procuran hacernos daño, ¿procuraremos nosotros hacerles daño a ellas? No, sino que intentaremos hacerles todo el bien que podamos. "Es que eso no es natural", replicarán algunos. Pero ocurre que debemos cambiar nuestras tendencias naturales por cualidades divinas. Jesús dijo: "Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen", etc. [Mateo 5:43–44]. Una vez que hayan hecho todo eso y que hayan cumplido con todos los requisitos de la ley, ¿qué más podemos pedir de ustedes? Nada…

…Si hubiera alguna dificultad entre alguien y yo, estaría dispuesto a transigir hasta medio camino, sí, hasta tres cuartas partes del camino e incluso todo el camino. Estaría dispuesto a ceder; diría: No deseo reñir, deseo ser santo. Me he propuesto alcanzar la pureza, la virtud, la hermandad y la obediencia a las leyes de Dios sobre la tierra y alcanzar tronos, principados y dominios en los mundos eternos, por lo que no permitiré que asuntos mezquinos e indignos interfieran en mis probabilidades de alcanzar esos fines. Estoy a favor de la vida, de las vidas eternas y de las exaltaciones eternas en el reino de Dios[16].

"…perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores". ¿Piensan en eso constantemente? Nos ponemos de rodillas, y muchos de nosotros pensamos que somos personas bastante decentes; pero hay un hermano fulano de tal que no hace exactamente lo correcto y no me gusta mucho; he estado hablando un poco de él, porque me ha hecho daño y quisiera que me compensara el perjuicio que me ha causado, pero, ah, Dios, ¿perdonarás mis pecados? Lo haré, dice el Señor, con la condición de que perdones a tu hermano, y sólo con esa condición. "Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano

tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda" [Mateo 5:23–24]. Una vez que hayamos cumplido con esa ley, entonces podremos decir "…perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores".

En nuestro estado actual, si el Señor contestara nuestras oraciones, muchos de nosotros no seríamos perdonados. Si deseamos que todos sean buenos santos, seamos buenos santos nosotros mismos. El que diga a otro: "No debes robar", que no robe él. Usted, que enseña a su hermano a no hablar mal de su semejante, ¿se abstiene de hacerlo usted mismo?…

Debemos esforzarnos por beneficiarnos los unos a los otros, siendo mutuamente comprensivos unos con otros. Nos corresponde ser hermanos en la Iglesia y reino de Dios, y estar entrelazados con los indisolubles lazos del Evangelio eterno, no tan sólo por el tiempo de esta vida, sino por la eternidad. Por consiguiente, todos nuestros esfuerzos deben estar encaminados hacia ese objetivo, fundados en los principios de la rectitud y de la amistad[17].

Debemos seguir el ejemplo perfecto de amor del Salvador.

Nuestros sentimientos para con los del género humano, en general, deben ser los mismos que Jesús manifestó para con ellos. Él buscó fomentar su bienestar, y nuestro lema siempre debe ser el mismo que Él tuvo: "¡…Y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!" [véase Lucas 2:14]. Sin tener en cuenta quiénes sean ni qué sean, debemos procurar fomentar la felicidad y el bienestar de todos los descendientes de Adán[18].

Si cometemos pequeños errores, el Salvador no actúa como un hombre insensato y vengativo que derriba a otro hombre. Él es lleno de bondad, de longanimidad y de paciencia, y trata a todas las personas con bondad y cortesía. Ésos son los sentimientos que debemos albergar y por los que debemos gobernarnos; ésos son los principios y el espíritu que deben

motivar a todos los élderes de Israel, y por los que deben gobernar su vida y sus acciones[19].

Si cuando Jesús estuvo en la tierra pudo sobrellevar con paciencia las burlas, las expresiones desdeñosas y de desaprobación que le infirieron los hombres sin ninguna consideración; si nos esforzamos por seguir los principios que Él enseñó, también podremos permitirnos abrigar los mismos sentimientos nobles y generosos que moraban en Su alma…

Jesús vino aquí como el Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad de acuerdo con el plan y el propósito preordenados de Dios referentes a la familia humana. Vino a ofrecerse Él mismo como sacrificio, el justo por los injustos, para cumplir con los requisitos de una ley violada que la familia humana era incapaz de cumplir, para rescatarlos de los escombros de la Caída, para librarlos del imperio de la muerte al que todas las personas habían quedado sujetas por la transgresión de la ley, y Él mismo… el Hijo de Dios, se ofreció como sacrificio expiatorio por los pecados del mundo. Y cuando fue combatido, rechazado, expulsado, cuando escupieron sobre Él y le vituperaron, y, otra vez, cuando fue crucificado… [dijo]: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" [Lucas 23:34].

Él enseñó que en la ley antigua estaba escrito "…Ojo por ojo, y diente por diente". Pero, dijo Él: "yo os digo… Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos" [véase Mateo 5:38–39, 44–45]. Ésos son principios dignos de un Dios; son sentimientos que, si los de la familia humana los albergaran, los elevarían del ámbito bajo e indigno en el que se desenvuelven, los llevarían a un nivel más elevado, los pondrían en comunión con su Padre Celestial y los prepararían para relacionarse con los Dioses en los mundos eternos[20].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Por qué es importante que en nuestro trato con los demás tengamos presente que todos los seres humanos son hijos de nuestro Padre Celestial? ¿Qué podemos hacer para lograr "sentir lo que nuestro Padre Celestial siente" para con las demás personas? ¿Qué ejemplos ha visto usted de personas que "procuran el bienestar de los unos por los otros"?
- ¿Cómo "debemos vivir para que nuestro amor de los unos por los otros aumente de forma constante, y no disminuya"? ¿Qué podemos hacer para lograr eso con nuestros familiares?
- ¿Podría precisar los aspectos en los que el Evangelio le ha ayudado a cultivar el amor por sus semejantes?
- ¿Qué oportunidades tiene usted de prestar ayuda a las personas "que carecen de las cosas necesarias de la vida"? ¿Cómo podemos saber cuál es la mejor forma de actuar ante esas situaciones?
- ¿Cómo debemos resolver los conflictos que tengamos con los demás? ¿Cómo podemos aumentar nuestro afecto para con las personas que estén en desacuerdo con nosotros?
- ¿Por qué es importante perdonar a los demás? ¿Por qué el perdonar a las otras personas influye en nuestra capacidad para sentir el Espíritu? ¿En qué forma nos afecta el negarnos a perdonar a los demás?
- ¿Cómo podemos evitar ofender a los demás o evitar sentirnos ofendidos nosotros? ¿Cómo podemos vencer nuestro orgullo y pedir a alguien que nos perdone?
- ¿Qué ejemplos nos ha dado el Salvador con respecto al amor y al perdón? ¿Podría mencionar la forma en que el ejemplo del Salvador le ha servido para amar o perdonar a los demás?

Pasajes relacionados: Mateo 22:35–40; Juan 13:34–35; Mosíah 23:15; Moroni 7:45–48; D. y C. 12:8; 64:8–10.

Notas

1. *Deseret News: Semi-Weekly,* 14 de enero de 1879, pág. 1.
2. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 341.
3. *Deseret News* (Weekly), 24 de diciembre de 1862, pág. 201.
4. *Deseret News: Semi-Weekly,* 1° de junio de 1880, pág. 1.
5. *Deseret News: Semi-Weekly,* 29 de marzo de 1870, pág. 2.
6. *Deseret News: Semi-Weekly,* 25 de junio de 1878, pág. 1.
7. *Deseret News: Semi-Weekly,* 24 de junio de 1879, pág. 1.
8. *Deseret News: Semi-Weekly,* 8 de abril de 1879, pág. 1.
9. *Deseret News: Semi-Weekly,* 26 de enero de 1875, pág. 1.
10. *The Gospel Kingdom,* pág. 247; los párrafos se han cambiado.
11. *Deseret News: Semi-Weekly,* 18 de marzo de 1879, pág. 1.
12. *Deseret News: Semi-Weekly,* 10 de agosto de 1880, pág. 1.
13. *Deseret News: Semi-Weekly,* 4 de octubre de 1881, pág. 1; los párrafos se han cambiado.
14. *The Gospel Kingdom,* pág. 339.
15. *Deseret News: Semi-Weekly,* 8 de junio de 1880, pág. 1.
16. *Deseret News: Semi-Weekly,* 18 de octubre de 1881, pág. 1.
17. *Deseret News: Semi-Weekly,* 19 de diciembre de 1876, pág. 1; los párrafos se han cambiado.
18. *Deseret News: Semi-Weekly,* 29 de marzo de 1870, pág. 2.
19. *Deseret News: Semi-Weekly,* 7 de septiembre de 1867, pág. 2.
20. *Deseret News: Semi-Weekly,* 9 de julio de 1881, pág. 1; los párrafos se han cambiado.

CAPÍTULO 4

La obediencia, un deber sagrado

Mientras guardemos los mandamientos de Dios, no tenemos que temer ningún mal; porque el Señor estará con nosotros tanto en el tiempo de esta vida como en la eternidad[1].

De la vida de John Taylor

John Taylor exteriorizó presta obediencia a Dios a lo largo de toda su vida, lo cual se puso particularmente en evidencia cuando recibió el llamamiento de dejar a sus seres queridos para servir al Señor de misionero en Inglaterra.

El llamamiento se recibió en julio de 1838 en la revelación que se encuentra registrada en la sección 118 de Doctrina y Convenios. En esa revelación, se manda a los apóstoles salir con destino a su servicio misional desde el sitio del templo en Far West, Misuri, el 26 de abril de 1839. Obedecer ese mandamiento llegó a ser sumamente difícil por motivo de la persecución y la expulsión de los santos de Misuri en el invierno de 1838–1839. Sin embargo, a pesar del peligro con que se enfrentaban al regresar a Misuri, el élder Taylor y los demás apóstoles depositaron su confianza en el Señor y siguieron siendo obedientes. Poco después de la medianoche del 26 de abril de 1839, regresaron a Far West y se reunieron en el sitio del templo, donde colocaron la piedra angular del templo y partieron para Nauvoo a fin de hacer los últimos preparativos para su misión en Inglaterra[2].

El élder Taylor salió para su misión desde Montrose, Iowa, donde se había establecido con su familia en una vieja barraca de madera abandonada al otro lado del río desde Nauvoo. Aun cuando tanto él como su familia habían contraído la malaria, él fue obediente al llamamiento de cumplir una misión en Inglaterra. Al hacer una descripción del dolor que le hacía

"Hemos aprendido que la culminación de la felicidad humana es temer a Dios, observar Sus leyes y guardar Sus mandamientos".

experimentar el separarse de su familia, comentó: "El sólo pensar en las penurias que acababan de padecer, en la incertidumbre de si podrían quedarse en la vivienda que entonces ocupaban —la cual constaba de una sola habitación—, en las enfermedades que pululaban en la región, en la pobreza de los hermanos, en la inseguridad que para ellos representaban las turbas, junto con la incertidumbre de lo que podría ocurrir durante mi ausencia, producían en mí una viva conmoción. Esas inquietudes por mis hijos y por mi esposa se incrementaban ante la perspectiva del tiempo y la distancia que nos separarían. No obstante, el pensamiento de ir, por mandamiento del Dios de Israel, a visitar mi tierra natal, para enseñar los principios de la verdad eterna y dar a conocer las cosas que Dios había revelado para la salvación del mundo, superó todos los demás sentimientos"[3].

El presidente Taylor sacaba su fortaleza de su profundo testimonio del Evangelio: "Cuando oí el Evangelio por primera vez, no pude menos que admitir que había algo razonable con respecto a él. Casi deseé que no fuese cierto. 'Si es verdadero', me dije, 'como hombre honrado, me veré obligado a obedecerlo, pues, de lo contrario, no podré tener ninguna confianza en mí mismo' "[4].

Enseñanzas de John Taylor

Los verdaderos discípulos del Señor escogen obedecer Su voluntad.

El Señor llevará a cabo su incomparable propósito y realizará lo que ha proyectado. A nosotros nos corresponde vivir nuestra religión; valorar en toda su extensión el Evangelio que poseemos y obedecer plenamente sus requisitos, someternos a sus leyes y conformarnos a sus preceptos, siguiendo la dirección del santo sacerdocio, que posee las llaves de los misterios de las revelaciones de Dios, magnificando nuestros llamamientos y honrando a nuestro Dios, a fin de que estemos preparados para cumplir nuestro destino en la tierra; para permitirnos ser una bendición para los que nos rodean y derramar bendiciones sobre nuestra posteridad; a fin de dar a conocer los grandes principios de la eternidad, que tienen por objeto elevar, ennoblecer y enaltecer a todos los que rindan obediencia a sus preceptos[5].

Jesús dice: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas" [véase Mateo 11:29]. ¿Qué yugo llevaban los que seguían a Jesús? Precisamente el mismo que se ha depositado sobre ustedes… El mandamiento fue: Saldréis en mi nombre y con mi autoridad, y mi Espíritu os acompañará. Y así fue, y las personas llegaron a ser una en fe, doctrina y principio, tal como dicen las Escrituras. "Llevad mi yugo sobre vosotros". ¿Qué yugo era ése? Él dijo: "Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad… Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios… Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados"

[véase Mateo 5:5–6, 8]. Ésa era la clase de yugo que Jesús puso sobre ellos, y ésa es la clase de yugo que se pone sobre ustedes: amar la rectitud, guardar los mandamientos de Dios, vivir su religión y obedecer los principios de la verdad. ¿Es ése un duro yugo? Eso es lo que se requiere a los Santos de los Últimos Días. "¡Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí!" ¿Y cómo lo hizo el Señor? Él obedeció la voluntad de Su Padre y espera que Sus discípulos obedezcan Su voluntad[6].

La desobediencia a las leyes de Dios trae consigo dañinas consecuencias.

De acuerdo con las leyes eternas de Dios y la armonía eterna de las cosas que existen con Él en los mundos eternos y que existen aquí sobre la tierra, todos nosotros estamos o debemos estar bajo la orientación y la dirección de Dios, y estamos obligados a escuchar Su ley y a obedecer Sus consejos, y pienso que un poco más de lo que estaríamos [obligados] al hacer crecer un grano de trigo o diez mil millones de ellos, puesto que no podríamos lograrlo sin obedecer las leyes esenciales que rigen el crecimiento y el incremento del grano.

Además, todos somos progenie de Dios, ¿no es así? Pienso en que las Escrituras dicen: "Porque linaje suyo somos; Él es Dios y el Padre de los espíritus de toda carne" [véase Hechos 17:28; Hebreos 12:9]; y por ser el Dios y el Padre de los espíritus de toda carne, y por haber hecho un mundo para que toda carne habitara, así como por haberlo dispuesto todo para el sustento de esa carne, vale decir, para su alimento, su ropa, comodidad, bienestar y felicidad, y por haberles dado inteligencia y haberles dicho que fueran y dispusiesen de la abundancia de la naturaleza para su uso, ¿no tiene Él derecho a guiarnos y dirigirnos, y a pedirnos obediencia a Su ley? Si reflexionamos en ello, ¿no nos daremos cuenta de que ése es un derecho legítimo?

El mundo dice: No, Él no tiene ningún derecho; yo soy mi propio amo; soy un ser independiente; haré lo que me dé la gana, etc. Algunos de los Santos de los Últimos Días dicen casi lo mismo; no exactamente, pero les gustaría decir algo parecido,

como: "Soy un hombre libre; que me condene si no hago lo que me plazca, etc.". Y bien, les diré que la otra parte de eso es que sí se condenarán si hacen lo que les plazca, a no ser que les plazca hacer y guardar las leyes de Dios. No podemos violar Sus leyes impunemente ni hollar bajo los pies los principios eternos que existen en la naturaleza. Si todas las cosas de la naturaleza se gobiernan por la ley para no sufrir las consecuencias del desobedecerla, ¿por qué no ha de hacerlo el hombre?[7].

No podemos hacer tan sólo lo que a nosotros nos dé la gana hacer [sin tener en cuenta la voluntad de Dios] y contar con la bendición de Dios. Todos los que intenten hacerlo descubrirán que están equivocados. Dios retirará Su Espíritu de ellos y quedarán solos andando sin rumbo fijo en la oscuridad, e irán a la perdición. Se espera que subamos a un nivel más elevado, que percibamos que somos los hijos de Dios, que Dios es nuestro Padre y que Él no será deshonrado por hijos desobedientes ni por los que luchen contra Sus leyes y Su sacerdocio. Él espera que vivamos nuestra religión, obedezcamos Sus leyes y guardemos Sus mandamientos[8].

Si somos los santos de Dios, es necesario que comencemos a aprender a hacer la voluntad de Dios en la tierra así como se hace en el cielo: porque no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad del Padre que está en los cielos [véase Mateo 7:21]. A veces pensamos que podemos hacer lo que nos plazca. Tal vez hagamos lo que nos plazca, y entonces Dios hará lo que a Él le plazca, porque, se nos dice, de toda palabra y de todo pensamiento secreto daremos cuenta en el día del juicio…

No estamos aquí para hacer nuestra propia voluntad, sino la voluntad de nuestro Padre Celestial. Algunos hombres que piensan que hacen las cosas bastante bien y hacen, según lo que ellos mismos dicen, "sólo lo que les da la gana", se darán cuenta, en algún momento, de que no han estado haciendo la voluntad de Dios. Habrán pensado que tenían esposa e hijos, pero descubrirán que no los tienen y que habrán perdido muchas de las grandes bendiciones que esperaban recibir. Con toda la misericordia, la bondad y el afecto que tenemos para con

nuestros hermanos y hermanas, así como para con todas las personas, no podemos violar la ley de Dios ni transgredir los principios que Él ha establecido sin recibir las correspondientes consecuencias. Él espera que hagamos las cosas que son aceptables ante Él, y, si no lo hacemos, debemos pagar el castigo del habernos alejado del principio correcto[9].

Si el Señor puede contar con un pueblo que obedezca Su ley, tal vez haya la oportunidad de establecer Su reino sobre la tierra. De no ser así, la única manera de que Él establezca Su reino es quitarlos [ese pueblo] de la tierra o retener Su reino hasta otra época, puesto que es imposible establecer Su reino si no hay gente que sea obediente a Él…

…Donde no haya inclinación a la obediencia, el Espíritu de Dios se retirará. Las personas no podrán retenerlo si son rebeldes a las autoridades y a los consejos de la Iglesia y reino de Dios[10].

La obediencia trae bendiciones en esta vida y en la eternidad.

¿Qué deber tienen las personas aquí? El ser obedientes a los oráculos de Dios que están entre nosotros. Mientras guardemos los mandamientos de Dios, no tenemos que temer ningún mal; porque el Señor estará con nosotros tanto en el tiempo de esta vida como en la eternidad[11].

Jesucristo dijo: "…mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da" (Juan 14:27). Donde existe esa paz, reina una influencia reconfortante y alentadora para las almas que participan de ella. Es como el rocío de la mañana para la planta sedienta. Esa paz es don sólo de Dios y puede recibirse de Él únicamente mediante la obediencia a Sus leyes. Si cualquier hombre desea introducir la paz en su familia o entre sus amigos, cultívela él en su propia alma, puesto que la paz verdadera sólo se puede tener de conformidad con la norma y la autoridad legítimas del cielo, y la obediencia a sus leyes[12].

Hemos aprendido esto: que Dios vive; hemos aprendido que, cuando lo invocamos, Él oye nuestras oraciones; hemos aprendido que la culminación de la felicidad humana es temer a Dios, observar Sus leyes y guardar Sus mandamientos; hemos aprendido

que es nuestro deber intentar hacer a todas las personas felices e inteligentes, cuya felicidad e inteligencia sólo se pueden conseguir por medio de la obediencia a las leyes de Dios[13].

Los Santos de los Últimos Días creemos que este Evangelio ha sido restaurado y, además, sabemos que obra en nuestro poder. Yo lo sé y ustedes también lo saben. Por medio de la obediencia a sus principios y por la recepción del Espíritu Santo, ustedes, Santos de los Últimos Días, saben que ésta es la obra de Dios y, si no lo saben, es porque no están viviendo su religión ni están guardando los mandamientos de Dios. "El que quiera hacer la voluntad de Dios", dijo Cristo, "conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta" [Juan 7:17][14].

Nos corresponde magnificar los llamamientos que hemos recibido y, si no nos ponemos todos bajo la orientación y la dirección del Todopoderoso, no podremos hacerlo; es decir, los que no escojan obedecer la ley de Dios no podrán lograrlo. Pero los que escojan obedecer la ley de Dios podrán hacerlo y muy fácilmente, puesto que Jesús ha dicho: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" [Mateo 11:29–30]. Ahora bien, si somos obedientes a Dios y al espíritu que mora dentro de nosotros, entonces nuestra luz se hará como la de los justos, que se vuelve más y más resplandeciente hasta el día perfecto; pero si no rendimos obediencia a la ley, a la palabra y al orden de la Iglesia y reino de Dios sobre la tierra, la luz que mora dentro de nosotros será tinieblas y, entonces, como se ha dicho, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas? [véase Mateo 6:23][15].

Si las personas son humildes, puras y virtuosas, y buscan al Señor para que las guíe: la luz de Su Santo Espíritu para que las conduzca hacia los senderos de la vida, para que puedan comprender Su ley, Su palabra y Su voluntad, y la obedecen como les sea manifestado, esas personas, esos hermanos y hermanas que siguen este plan tienen mil veces más probabilidades de comprender las cosas de Dios que las que son negligentes, indiferentes, insensatas y desobedientes, y que desatienden las bendiciones y las oportunidades que se les ofrecen. La luz que

hay en éstas se vuelve tinieblas, en tanto que el camino de aquéllas es como el de los justos cuya luz se hace más y más resplandeciente hasta el día perfecto [véase D. y C. 50:24][16].

Tanto nuestra seguridad como nuestra felicidad y nuestra riqueza dependen de nuestra obediencia a Dios y Sus leyes, y nuestra exaltación en el tiempo y en la eternidad dependen de lo mismo. Si se nos ponen recursos en las manos, pediremos a nuestro Padre que nos permita hacer con ellos lo que sea justo y, como he dicho, le pediremos el pan de cada día y le daremos gracias por él, de la misma forma en que lo hicieron los hijos de Israel. Los ángeles les llevaban maná de cuando en cuando. No sé qué clase de molinos tendrían ni quiénes serían sus panaderos, pero les llevaban el maná, "…y no sobró al que había recogido mucho, ni faltó al que había recogido poco" [Éxodo 16:18]. Creo que a veces eso nos ocurre a nosotros. Los ángeles no nos alimentan exactamente con maná, pero Dios sí cuida de nosotros, y siento deseos de bendecir constantemente el nombre del Dios de Israel. Si tememos a Dios y obramos rectamente… nosotros, los del pueblo de Sión, seremos los más ricos de toda la gente[17].

Recuerdo cuando se me predicó el Evangelio por primera vez, antes de ser bautizado. Oí una charla en la que se dijo algo así: "No tenemos nada particular que prometerles, sino tan sólo el favor de Dios si viven con rectitud y guardan Sus mandamientos. Podrán ser perseguidos, afligidos, encarcelados o podrá quitárseles la vida por el testimonio que tengan que dar, por la religión que sean llamados a obedecer; pero les prometemos que si eso ocurre tendrán vida eterna"[18].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Por qué considera usted que el Señor desea que seamos obedientes? ¿Cuáles son algunas de las bendiciones que Él nos ha prometido si somos obedientes?
- ¿Qué experiencias ha tenido usted que le hayan puesto de manifiesto las bendiciones de la obediencia? ¿Por qué

considera que experimenta un sentimiento más agradable cuando es obediente?

- ¿Por qué es el albedrío parte importante de la obediencia? ¿De qué forma la obediencia nos hace libres?
- ¿De qué manera fortalece la obediencia nuestro testimonio? ¿Qué efectos puede surtir la desobediencia en el testimonio de una persona? ¿Qué considera usted que quiso decir el presidente Taylor cuando afirmó: "No podemos hacer tan sólo lo que a nosotros nos dé la gana hacer [sin tener en cuenta la voluntad de Dios] y contar con la bendición de Dios"?
- Al saber que nuestra propia salvación depende de nuestra obediencia, ¿qué podemos hacer para enseñar ese principio a nuestros hijos?
- ¿Por qué los obedientes también pasan tribulaciones? (Véase también D. y C. 58:2–5.) ¿Por qué es importante seguir siendo obedientes aun en medio de grandes tribulaciones?

Pasajes relacionados: Mateo 11:29–30; Juan 7:17; 14:15; 1 Nefi 3:7; Alma 3:26–27; D. y C. 58:26–29; 130:20–21.

Notas

1. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 212.
2. Véase B. H. Roberts, *The Life of John Taylor* (1963), págs. 65–67.
3. *The Life of John Taylor,* págs. 67–68.
4. *The Gospel Kingdom,* pág. 369.
5. *The Gospel Kingdom,* págs. 90–91.
6. *Deseret News* (Weekly), 1° de enero de 1873, pág. 729.
7. *Deseret News: Semi-Weekly,* 8 de junio de 1880, pág. 1; los párrafos se han cambiado.
8. *The Gospel Kingdom,* pág. 230.
9. *Deseret News* (Weekly), 2 de julio de 1884, pág. 370.
10. *Deseret News* (Weekly), 9 de enero de 1861, pág. 353.
11. *The Gospel Kingdom,* pág. 212.
12. *The Gospel Kingdom,* pág. 319.
13. *The Gospel Kingdom,* pág. 30.
14. *Deseret News: Semi-Weekly,* 26 de febrero de 1884, pág. 1.
15. *Deseret News: Semi-Weekly,* 24 de marzo de 1885, pág. 1.
16. *Deseret News: Semi-Weekly,* 1° de enero de 1884, pág. 1.
17. *Deseret News: Semi-Weekly,* 14 de agosto de 1883, pág. 1.
18. *Deseret News: Semi-Weekly,* 28 de octubre de 1884, pág. 1.

CAPÍTULO 5

La expiación infinita de Jesucristo

El hombre, dentro de lo que es capaz de lograr por sus propios medios, sólo podía elevarse a la grandeza y a la capacidad del hombre, y, por consiguiente, era necesaria la expiación de un Dios, para que el hombre… pudiera ser exaltado[1].

De la vida de John Taylor

En una reunión dominical con los miembros de la Iglesia, el élder John Taylor habló del regocijo que sentía al meditar en la expiación de Jesucristo. "Es un placer para mí reunirme con los santos. Me agrada partir el pan con ellos en conmemoración del cuerpo de nuestro Señor y Salvador Jesucristo que por nosotros fue partido y participar también de la copa en memoria de Su sangre que se derramó. Y entonces reflexionar en todo lo que eso trae aparejado: en nuestra relación con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; en nuestra relación de los unos con los otros como miembros del cuerpo de Cristo y en nuestras esperanzas con respecto al futuro; en la segunda aparición de nuestro Señor Jesucristo cuando, se nos ha hecho saber, Él se ceñirá y nos servirá, y comeremos pan y beberemos vino con Él en el reino de Su Padre. Me complace cavilar en todo eso, así como en mil cosas más relacionadas con la salvación, la felicidad y la exaltación de los santos de Dios tanto en este mundo como en el mundo venidero"[2].

Nuestro Salvador Jesucristo "sobrellevó el peso, la responsabilidad y la carga de los pecados de todos los hombres [todas las personas], lo cual, para nosotros, es incomprensible".

Enseñanzas de John Taylor

Jesús hizo convenio de llevar a cabo el plan del Padre al expiar los pecados del mundo.

En [el] concilio de los cielos, se examinó detenidamente el plan que había de adoptarse con respecto a los hijos de Dios que en aquel entonces eran espíritus y todavía no habían obtenido cuerpos. Porque, al vislumbrar la creación del mundo y la colocación de los hombres en él, mediante lo cual sería posible que ellos obtuviesen tabernáculos o cuerpos con los cuales obedecer las leyes de la vida y [llegar a] ser nuevamente exaltados entre los Dioses, se nos dice que "alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios" [Job 38:7]. El segundo asunto que se planteó fue cómo y según qué principio se llevaría a cabo la salvación, la exaltación y la gloria eterna de los hijos de Dios.

Es evidente que en ese concilio se propusieron y analizaron ciertos planes y que, después de una cabal deliberación de esos principios y, habiendo declarado el Padre Su voluntad referente a Su plan, Lucifer se presentó ante el Padre con un plan ideado por él mismo y dijo: "Heme aquí, envíame a mí. Seré tu hijo y redimiré a todo el género humano, de modo que no se perderá ni una sola alma, y de seguro lo haré; dame, pues, tu honra" [Moisés 4:1]. Pero Jesús, al oír lo que había propuesto Lucifer, dijo: "Padre, hágase tu voluntad, y sea tuya la gloria para siempre" [Moisés 4:2].

De esas palabras del Hijo bien amado, naturalmente hemos de inferir que en la deliberación de ese asunto el Padre había dado a conocer Su voluntad y explicado Su plan y designio con respecto a esas cosas, y todo lo que Su Hijo bien amado deseaba era cumplir con la voluntad de Su Padre que, al parecer, ya se había expresado. También deseaba que se diese la gloria a Su Padre, a quien, como Dios el Padre, y originador y diseñador del plan, correspondían todo el honor y la gloria.

Pero Lucifer quería… hacer lo contrario de la voluntad de su Padre y, arrogantemente, procuraba quitar al hombre su libre albedrío, convertirlo de ese modo en esclavo y ponerlo en una

situación en la que le sería imposible obtener la exaltación que Dios había proyectado para él, mediante la obediencia a la ley que Él había indicado… Si el hombre no hubiera tenido el albedrío, o si se le hubiese privado de él, no habría podido ser tentado por el diablo, ni por ningún otro poder; porque si la voluntad de Dios prevalecía y se llevaba a cabo sin el albedrío del hombre, habría sido imposible que éste hubiera hecho lo malo, puesto que se le habría quitado el poder de hacer lo malo. Ésa era la situación que Satanás deseaba imponer, no sólo a los espíritus de los cielos, sino también al género humano sobre la tierra. Y Satanás dijo: "…no se perderá ni una sola alma, y de seguro lo haré; dame, pues, tu honra"[3].

El plan [de Satanás]… fue rechazado por ser contrario al consejo de Dios, su Padre. Entonces el Hijo bien amado se dirigió al Padre y, en lugar de proponer llevar a cabo plan alguno de Su propia hechura, sabiendo cuál era la voluntad de Su Padre, dijo: "Hágase tu voluntad; Llevaré a cabo Tus planes y Tus designios y, puesto que el hombre caerá, me ofrezco a mí mismo como expiación de acuerdo con Tu voluntad, oh, Dios. No deseo la honra, sino sea Tuya la gloria" [véase Moisés 4:2], e hizo un convenio con Su Padre, en el cual convino expiar los pecados del mundo y, de ese modo, como se ha dicho, vino a ser el Cordero inmolado desde antes de la fundación del mundo [véase Moisés 7:47][4].

Necesitamos la Expiación a fin de anular los efectos de la Caída.

Se sabía que, si el hombre tenía el albedrío y quedaba sujeto al poder de la tentación, las debilidades de la carne, las tentaciones del mundo y los poderes de las tinieblas, debía forzosamente encontrarse en un estado caído y que, en ese estado, sería imposible que se redimiese a sí mismo; que, de acuerdo con la ley eterna de la justicia, sería necesaria una expiación infinita para redimir al hombre, para salvarlo de los efectos y del desastre de la Caída, y ponerlo en una condición en la que pudiese ser de nuevo restituido al favor de Dios, de conformidad con las leyes

eternas de la justicia y de la misericordia, y hallara su camino de regreso a la presencia del Padre…

Y, por consiguiente, como Jesús mismo dijo: "Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" [Lucas 24:46–47][5].

En la administración de Dios y en el plan que propuso el Todopoderoso, se previó que el hombre se pusiese bajo una ley al parecer sencilla en sí misma; sin embargo, la prueba de esa ley estaba llena de las más graves consecuencias. La observancia de esa ley aseguraba la vida eterna y el castigo del transgredirla era la muerte… Si la ley no se hubiera quebrantado [mediante la Caída] el hombre habría vivido; pero si el hombre hubiera vivido así, ¿habría podido perpetuar su especie y cumplir de ese modo los designios de Dios de preparar tabernáculos para los espíritus que habían sido creados en el mundo espiritual? Por otra parte, ¿hubiesen ellos tenido la necesidad de un Mediador, que actuara como propiciación [o sacrificio expiatorio] por la transgresión de esa ley —que por las circunstancias parecía destinada a ser quebrantada—, o hubiese podido continuar la progenie y la naturaleza eternas del hombre, y hubiera podido [también] alcanzar su elevada exaltación a la Divinidad sin la expiación y el sacrificio del Hijo de Dios para satisfacer las demandas de la justicia?[6].

Si no hubiera sido por la expiación de Jesucristo, por el sacrificio que Él hizo, toda la familia humana habría permanecido en el sepulcro por la eternidad sin ninguna esperanza. Pero Dios, al preparar, por medio de la expiación del Señor Jesucristo, el modo por el cual podíamos ser restituidos a la presencia del Padre, para participar con Él entre los Dioses en los mundos eternos, también hizo preparativos para la Resurrección. [Jesucristo] mismo se proclamó la resurrección y la vida; dijo: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá" (Juan 11:25). Dentro de poco, los sepulcros serán abiertos, y los muertos oirán la voz del Hijo de Dios y saldrán; los que hayan hecho el bien, en la resurrección

de los justos; y los que hayan hecho el mal, en la resurrección de los injustos[7].

Para llevar a cabo la Expiación, Jesucristo tomó sobre sí nuestros pecados y padeció la muerte en la carne.

Se nos dice que "sin derramamiento de sangre no se hace remisión" de los pecados [Hebreos 9:22]. Eso excede a nuestra capacidad de comprensión. Jesús tuvo que quitar el pecado mediante el sacrificio de sí mismo, el justo por los injustos… Cuando Él en Su propia persona llevó los pecados de todos y los expió mediante el sacrificio de sí mismo, sobrellevó el peso de la responsabilidad y la angustia de los pecados de todas las personas de todas las edades de la historia del mundo, la angustia indescriptible que significó ese portentoso sacrificio expiatorio en el que llevó los pecados del mundo y padeció en Su propia persona las consecuencias de la ley eterna de Dios quebrantada por el hombre. De ahí que Su dolor fuese profundo, Su agonía indefinible, Su tortura agobiante, y todo lo padeció al someterse a… las exigencias de una ley inexorable.

El padecimiento del Hijo de Dios no fue simplemente el padecimiento de la muerte personal, puesto que, al llevar a cabo la expiación de los pecados del mundo, sobrellevó el peso, la responsabilidad y la carga de los pecados de todos los hombres [todas las personas], lo cual, para nosotros, es incomprensible. Como se ha expuesto: "…el Señor vuestro Redentor padeció la muerte en la carne; por tanto, sufrió el dolor de todos los hombres…" [véase D. y C. 18:11] e Isaías dice: "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores", y añade: "Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros", y además: "derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos…" [véase Isaías 53:4, 6, 12] o, como está escrito en el Segundo Libro de Nefi: "…porque he aquí, él sufre los dolores de todos los hombres, sí, los dolores de toda criatura viviente, tanto hombres como mujeres y niños, que pertenecen a la familia de Adán" [2 Nefi 9:21], en tanto que en Mosíah dice: "Y he aquí, sufrirá

tentaciones, y dolor en el cuerpo, hambre, sed y fatiga, aún más de lo que el hombre puede sufrir sin morir; pues he aquí, la sangre le brotará de cada poro, tan grande será su angustia por la iniquidad y abominaciones de su pueblo" [véase Mosíah 3:7]…

…Como Dios, descendió debajo de todo y se sujetó a sí mismo al hombre en el estado caído del hombre; como hombre, luchó con todas las circunstancias inherentes a Sus padecimientos en el mundo. Ungido, en efecto, con óleo de alegría más que a sus compañeros, luchó contra los poderes de los hombres y de los demonios, de la tierra y del infierno combinados, y los venció; y con la ayuda del poder superior de la Divinidad, derrotó a la muerte, al infierno y al sepulcro, y se levantó triunfante como el Hijo de Dios, el verdadero Padre Eterno, el Mesías, el Príncipe de paz, el Redentor, el Salvador del mundo. Llevó a cabo la obra de la Expiación, la cual el Padre le había encomendado como el Hijo de Dios y como el Hijo del hombre. Como el Hijo del Hombre, padeció todo lo que carne y sangre puede resistir; como el Hijo de Dios, triunfó sobre todo y ascendió para siempre y se sentó a la diestra de Dios[8].

De ese modo, el Salvador es el amo de la situación: la deuda ha quedado pagada, la redención hecha, el convenio cumplido, la justicia satisfecha, la voluntad de Dios obedecida y todo poder ahora es dado al Hijo de Dios: el poder de la resurrección, el poder de la redención, el poder de la salvación, la facultad para promulgar leyes con objeto de llevar a cabo y cumplir ese propósito. De ahí que la vida y la inmortalidad son manifestadas, se introduce el Evangelio y Él llega a ser el autor de la vida eterna y la exaltación. Él es el Redentor, el Resucitador, el Salvador del hombre y del mundo…

Antes de la fundación del mundo, se formuló, se concertó y se aceptó el plan, el arreglo, el acuerdo, el convenio; fue simbolizado por los sacrificios, y se llevó a cabo y se consumó sobre la cruz.

De modo que por ser el Mediador entre Dios y el hombre, a Él le corresponde el derecho de ser el magistrado y director supremo en la tierra y en los cielos de los vivos y de los muertos,

en lo pasado, en lo presente y en lo futuro, en todo lo que respecta al hombre y su relación con esta tierra o con los cielos, por esta vida o por la eternidad, el autor de nuestra salvación, el apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, el Señor y Dador de la vida.

¿Se ha faltado a la justicia? No; las exigencias de la justicia se han satisfecho, la deuda se ha pagado. ¿Se ha pasado por alto la rectitud? No, ése fue un acto de rectitud. Todos los requisitos se han cumplido. ¿Se ha violado el juicio? No; sus exigencias se han cumplido. ¿Ha triunfado la misericordia? No; la misericordia simplemente reclama lo suyo. La justicia, el juicio, la misericordia y la verdad, todos ellos están en armonía como atributos de Dios. "La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron" [véase Salmos 85:10]. Triunfan la justicia y el juicio, al igual que la misericordia y la paz; todos los atributos de Dios están en armonía en ese acto grandioso, magnífico, trascendental, justo, equitativo, misericordioso y meritorio[9].

Jesucristo era el único que podía llevar a cabo la Expiación.

Se podría formular la pregunta: "¿Qué diferencia hay entre el Hijo de Dios, como Hijo de Dios y Redentor, y los que creen en Él y participan de las bendiciones del Evangelio?".

En un aspecto, leemos, el Padre le dio poder para tener vida en sí mismo: "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo" [Juan 5:26]. Además, Él tenía poder, cuando todos los del género humano hubieran perdido la vida, para restituirles la vida; de ahí que Él es la Resurrección y la Vida, poder que ningún otro hombre posee.

Otra distinción es que, al tener vida en sí mismo, tenía poder, como Él dijo, de dar Su vida y volverla a tomar, poder que también le dio el Padre. Ése es también un poder que no posee ningún otro ser terrenal.

Repito, Él es el resplandor de la gloria de Su Padre y la imagen misma de Su persona. Además, Él hace lo que ve hacer al Padre,

mientras que nosotros solamente hacemos lo que Él nos permite y nos da poder para hacer.

Él es el Electo, el Escogido y uno de los miembros de la Presidencia de los cielos, y en Él mora toda la plenitud de la Divinidad corporal, lo cual no podría decirse de nosotros en ninguno de esos aspectos.

Otro aspecto es que toda potestad le es dada en el cielo y en la tierra, lo cual no se puede decir de ningún ser terrenal.

También se ha indicado que Lucifer existió antes que Adán; también Jesús. Y a Adán, al igual que todos los demás creyentes, se le mandó hacer todo cuanto hiciere en el nombre del Hijo, e invocar a Dios en el nombre del Hijo para siempre jamás, honor que no se aplica a ningún ser terrenal.

Él, en la cercanía de Su relación con el Padre, parece ocupar un lugar que no ocupa ninguna otra persona. Se dice que Él es el Hijo bien amado del Padre, el Unigénito del Padre. ¿No significa eso que es el unigénito según la carne? Si Él fue el primogénito y fue obediente a las leyes de Su Padre, ¿no le correspondía el derecho de heredar la categoría de ser el representante de Dios, el Salvador y el Redentor del mundo? ¿Y no eran Su derecho y privilegio exclusivos, en calidad de primogénito, el heredero legítimo de Dios, el Padre Eterno, ofrecerse para llevar a cabo los designios de Su Padre Celestial referentes a la redención, la salvación y la exaltación del hombre? Y porque Él era sin pecado (lo cual no se puede decir de ningún otro mortal), ocupó el lugar de Salvador y Redentor, derecho que le correspondía como el primogénito. ¿Y no parece que al tener un cuerpo preparado especialmente y al ser vástago de Dios, tanto en el cuerpo como en el espíritu, Él ocupaba preeminentemente el lugar de Hijo de Dios, o sea, que estaba en el lugar de Dios, y era Dios, y era de ese modo el único personaje adecuado y capaz de efectuar una expiación infinita?…

…Aun cuando otros podrían ser los hijos de Dios por medio de Él, eran necesarios Su cuerpo, Su cumplimiento de la ley, el sacrificio u ofrenda de ese cuerpo en la Expiación, para que cualquiera de esos otros, que también eran hijos de Dios por

nacimiento en el mundo espiritual, pudiese alcanzar la categoría de hijo de Dios como Él era; y eso únicamente por medio de Su mediación y expiación. Para que sólo en Él, y de Él y por medio de Él, mediante el principio de la adopción, pudiéramos obtener el lugar del cual habla Juan: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" [véase 1 Juan 3:2]. De esa forma, Su expiación nos ha hecho posible obtener una exaltación, sin la cual no podríamos tenerla[10].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- Cuando se nos dio a conocer el plan de nuestro Padre Celestial —con Jesús como nuestro Salvador— "…alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios" (Job 38:7). ¿Por qué considera usted que nos regocijamos tanto?
- Satanás propuso quitar el albedrío del hombre, pero nuestro Padre Celestial rechazó esa propuesta. ¿Por qué debemos tener el albedrío para recibir la exaltación? (Véase también D. y C. 29:39–44.)
- ¿Qué podemos aprender de la respuesta del Salvador a la voluntad de nuestro Padre Celestial en el Gran Concilio de los Cielos?
- Por motivo de la caída de Adán y Eva, todas las personas están sujetas a la muerte física y a la muerte espiritual, o sea, la separación de Dios. ¿Qué hizo el Salvador para anular los efectos de la Caída?
- ¿Qué suerte hubiese corrido todo el género humano sin la Expiación? (Véase también 2 Nefi 9:6–10.)
- ¿Por qué era Jesucristo el único que podía llevar a cabo la Expiación?
- ¿Qué sentimientos experimenta usted cuando medita en el sacrificio expiatorio de nuestro Salvador? ¿Por qué el

conocimiento de la Expiación nos brinda esperanza y nos tranquiliza al vivir cada día?

Pasajes relacionados: Juan 5:26; Hebreos 1:1–3; 2 Nefi 2:6–8, 25–29; 3 Nefi 11:10–11; D. y C. 19:15–19; Abraham 3:24–28.

Notas

1. *The Mediation and Atonement* (1882), pág. 133.
2. *Deseret News* (Weekly), 15 de enero de 1873, pág. 760.
3. *The Mediation and Atonement,* págs. 93–94; los párrafos se han cambiado.
4. *The Mediation and Atonement,* pág. 97.
5. *The Mediation and Atonement,* págs. 96–97.
6. *The Mediation and Atonement,* págs. 128–129; los párrafos se han cambiado.
7. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 118.
8. *The Mediation and Atonement,* págs. 149–151.
9. *The Mediation and Atonement,* págs. 171–172.
10. *The Mediation and Atonement,* págs. 135–138.

CAPÍTULO 6

El poder de la Expiación con respecto a nosotros, personalmente

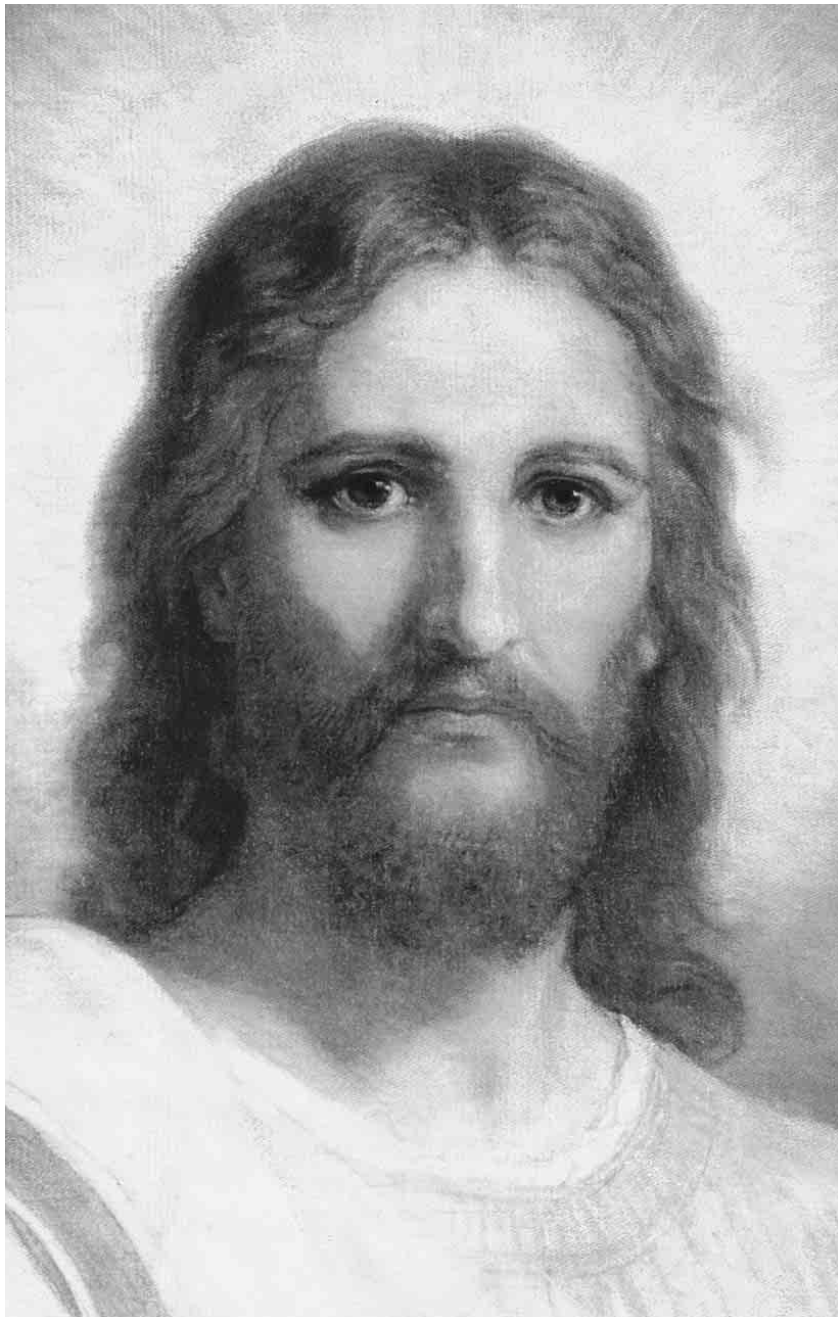
Por medio de la gran Expiación, el sacrificio expiatorio del Hijo de Dios, se ha hecho posible que el hombre sea redimido, restituido, resucitado y exaltado al elevado lugar que se le proyectó en la Creación[1].

De la vida de John Taylor

El presidente John Taylor solía enseñar con respecto a los efectos de la expiación de Jesucristo sobre todo el género humano. También hablaba del regocijo que sentía personalmente al meditar en las misericordias de la Expiación. "Me regocijo por el Salvador que nos amó tanto que vino a redimirnos", decía, y añadía: "Me regocijo por el Salvador que sigue interesado en la redención del mundo"[2].

Poco antes de su muerte, el presidente Taylor escribió a sus familiares la siguiente expresión de la esperanza que tenía por medio de la Expiación:

"Ruego a Dios, el Padre Eterno, que, cuando todos hayamos acabado nuestra probación aquí, podamos ser presentados al Señor sin mancha y sin contaminación, como representantes puros y honorables de la Iglesia y reino de Dios sobre la tierra, y heredemos entonces la gloria celestial en el reino de nuestro Dios para disfrutar de felicidad sempiterna con los puros y los justos en los reinos de luz eterna, por medio de los méritos y la expiación del Señor Jesucristo, nuestro Salvador y Redentor, por los siglos de los siglos"[3].



"Al vencer Cristo, Él brindó a los que creyeran en Él la posibilidad de vencer también".

Enseñanzas de John Taylor

Mediante la Expiación de Jesucristo, todo el género humano resucitará.

Ahora bien, es nuestro deber interesarnos en saber… qué se llevó a cabo por medio de la Expiación.

Primero, la Resurrección. El castigo de la transgresión de la ley en la época de Adán era la muerte; y la muerte pasó a todos. La palabra del Señor fue: "…el día que de él comieres, ciertamente morirás" [Génesis 2:17; véase también Moisés 3:17]. La expiación de Jesucristo llevó a cabo la resurrección de los muertos y la restauración de la vida. Por esa razón, Jesús dijo: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá" [Juan 11:25], y Jesús mismo llegó a ser las primicias de los que durmieron.

La próxima pregunta que surge es: ¿Hasta dónde se extiende ese principio y a quiénes se aplica? Se extiende a toda la familia humana: a todas las personas de todas las naciones[4].

Todos se levantarán de la tumba en una ocasión o en otra en el mismo tabernáculo que poseyeron cuando vivieron sobre la tierra. Será exactamente como lo describió Ezequiel: cada hueso se juntará con su hueso, y la carne y los tendones cubrirán el esqueleto, y al mandato del Señor, el espíritu entrará en el cuerpo y nos levantaremos, muchos de nosotros, llenos de asombro [véase Ezequiel 37:1–14].

Oí al profeta José Smith decir, en la ocasión en que preparaba un sepulcro, en Nauvoo, que esperaba que, cuando llegase el momento en que se abriera la tumba, él se levantaría y abrazaría a su padre y a su madre, y saludaría a sus amigos con un apretón de manos. Dejó por escrito la solicitud de que, cuando muriese, algunos de sus bondadosos amigos se encargaran de que se le sepultase cerca de sus amigos más queridos, a fin de que cuando él y ellos se levantaran en la mañana de la primera resurrección, él los abrazara, diciendo: "¡Padre mío! ¡Madre mía!".

¡Qué consolador es, para los que lloran la pérdida de amigos queridos a los que la muerte ha arrebatado, saber que volverán a reunirse con ellos! ¡Qué alentador es para todos los que viven de acuerdo con los principios de la verdad que han sido revelados, quizás más aún para aquellos cuyas vidas ya se van acercando a su fin, que han padecido y perseverado hasta el fin, saber que, dentro de poco, nos levantaremos de la tumba y seremos almas vivientes e inmortales, y disfrutaremos de la compañía de nuestros fieles amigos, para no padecer la muerte nunca más y terminar la obra que el Padre nos ha encomendado![5]

La Expiación permite a los fieles vencer la muerte espiritual y obtener la exaltación.

El plan de Dios con respecto al hombre era que éste cayese y que, al haber caído, obtuviera un conocimiento del bien y del mal (conocimiento que no habría podido obtener si no se hubiese puesto en esa situación); en seguida, sería necesario que él supiera acerca de la Expiación y de la redención que se llevaría a cabo por la mediación de Jesucristo[6].

¿Cómo y en qué forma se benefician los hombres mediante la Expiación y la Resurrección? En esta forma: Que, habiendo la Expiación restituido al hombre al lugar que ocupaba anteriormente ante el Señor, le ha hecho posible obtener la exaltación y la gloria que le hubiese sido imposible obtener sin ella; e incluso llegar a ser hijo de Dios por adopción y, al ser hijo, también heredero de Dios y coheredero con Jesucristo [véase Romanos 8:16–17]; y que, al vencer Cristo, Él brindó a los que creyeran en Él la posibilidad de vencer también; y como Él está autorizado para heredar la gloria de Su Padre, la cual tuvo con Él antes de que el mundo fuese, con Su cuerpo resucitado, del mismo modo, mediante la adopción, nosotros podemos vencer y sentarnos con Él en Su trono, como Él ha vencido y se ha sentado en el trono de Su Padre…

…Mediante la expiación de Cristo, los que creen en Él y los que obedecen Su ley, participan de Su gloria y exaltación, y son

herederos de Dios; en tanto que los que no obedecen Su ley, aun cuando resucitarán, no podrán heredar esa exaltación; son levantados de entre los muertos, pero no pueden heredar una gloria celestial sin haber sido obedientes a una ley celestial… Jesús dijo: "…Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" [Lucas 24:46–47][7].

La Expiación redime a los niños pequeños y a todas las personas que mueren sin un conocimiento del Evangelio.

El Redentor mismo, cuando estuvo en Su tabernáculo de carne en la tierra, dijo a Sus discípulos… "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo, que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él" [Lucas 18:16–17]. Y después de Su crucifixión y resurrección, repitió esa misma admonición a Sus discípulos nefitas: "Y otra vez os digo que debéis arrepentiros, y ser bautizados en mi nombre, y volveros como un niño pequeñito, o de ningún modo heredaréis el reino de Dios" [3 Nefi 11:38].

Sin la transgresión de Adán, esos niños no hubiesen podido existir; mediante la Expiación, se les pone en un estado de salvación sin que tengan que hacer nada ellos mismos. El número de esos niños ascendería, según los cálculos de los estadísticos, a más de la mitad de la familia humana, los cuales pueden atribuir su salvación únicamente a la mediación y la expiación del Salvador. De ese modo, como se ha indicado en otra parte, de un modo misterioso e incomprensible, Jesús asumió la responsabilidad que de forma natural habría recaído en Adán. Sin embargo, [la Expiación] sólo podía llevarla a cabo Él mismo, al tomar sobre sí los pesares y las responsabilidades de ellos [los descendientes de Adán] y llevar sobre sí las transgresiones y los pecados de éstos.

De una manera incomprensible e inexplicable para nosotros, Él llevó el peso de los pecados de todo el mundo; no sólo de Adán, sino de los de la posteridad de éste; y, al hacerlo, abrió el reino de los cielos, no tan sólo para todos los creyentes y todos los que obedeciesen la ley de Dios, sino para más de la mitad de la familia humana que muere antes de llegar a los años de la madurez, así como para los paganos que, habiendo muerto sin ley, por mediación de Jesucristo, resucitarán sin ley y serán juzgados sin ley, y de ese modo, según su capacidad, obras y valía, participarán de las bendiciones de Su expiación[8].

Por motivo de que el Salvador "se compadeció de nuestras debilidades", puede comprender plenamente nuestras tribulaciones.

Fue necesario, cuando el Salvador estuvo sobre la tierra, que fuese tentado en todo, como nosotros, y pudiese "compadecerse de nuestras debilidades" [Hebreos 4:15], para comprender las debilidades y la fortaleza, las perfecciones y las imperfecciones de la pobre y caída naturaleza humana. Y una vez que hubo llevado a cabo lo que vino a efectuar en el mundo, una vez que hubo lidiado con la hipocresía, la corrupción, la debilidad y la imbecilidad del hombre, que se vio enfrentado con la tentación y con las tribulaciones en todas sus diversas formas, y que hubo vencido, vino a ser "fiel sumo sacerdote" [Hebreos 2:17], para interceder por nosotros en el reino sempiterno de Su Padre.

Él sabe cómo considerar y establecer el valor apropiado de la naturaleza humana, porque estuvo en la misma posición en que nosotros estamos; sabe tener paciencia con nuestras debilidades y flaquezas, y puede comprender con exactitud la intensidad y la fuerza de las aflicciones y de los problemas con que el hombre tiene que enfrentarse en este mundo; y así, por Su compasión y experiencia, puede ser paciente[9].

Los primeros principios y ordenanzas del Evangelio son necesarios para que recibamos todas las bendiciones de la Expiación.

Puesto que ya hemos examinado las grandes bendiciones, privilegios, potestades y exaltaciones que se han puesto al alcance del hombre, por medio de la expiación de Jesucristo, nuestro siguiente deber es averiguar qué se requiere al hombre para que se haga merecedor de poseerlas…

Las condiciones que se requieren a los de la familia humana para permitirles obtener la alta exaltación que la Expiación les permite recibir son: Primero, fe en Dios como nuestro Padre y el Gobernante Supremo del universo, en cuyas manos está el destino de la familia humana, en quien vivimos y nos movemos y somos, y en Su Hijo Jesucristo, como el Cordero que fue inmolado desde antes de la fundación del mundo, como el gran Mediador y el gran sacrificio expiatorio proporcionado por el Padre antes de la Creación y consumado al ofrecerse a sí mismo sobre la cruz, porque "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" [Juan 3:16]. O, en las palabras del nefita rey Benjamín:

"Creed en Dios; creed que él existe, y que creó todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra; creed que él tiene toda sabiduría y todo poder, tanto en el cielo como en la tierra; creed que el hombre no comprende todas las cosas que el Señor puede comprender" [Mosíah 4:9].

O, como escribió Pablo: "…porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan" [Hebreos 11:6].

El segundo principio del Evangelio de salvación es el arrepentimiento, que es la tristeza sincera que es según Dios por los pecados cometidos y el abandonarlos, combinado con el íntegro propósito de corazón de guardar los mandamientos de Dios. Como escribió el profeta Isaías: "Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual

tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar" [Isaías 55:7]. Y para citar del Libro de Mormón:

"Y además, creed que debéis arrepentiros de vuestros pecados, y abandonarlos, y humillaros ante Dios, y pedid con sinceridad de corazón que él os perdone; y ahora bien, si creéis todas estas cosas, mirad que las hagáis" [Mosíah 4:10].

Tercero, el bautismo para la remisión de los pecados, de nuestras transgresiones personales, los cuales, por medio del bautismo, estipulado por misericordia divina, son borrados por motivo de la Expiación. Como dijo Pablo: "Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección" [Romanos 6:4–5].

En seguida, la recepción del Espíritu Santo por la imposición de manos de los que han recibido el santo sacerdocio y han sido debidamente autorizados y ordenados, y han recibido poder para impartir esa bendición: Así predicó Pedro el día de Pentecostés:

"Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare" [Hechos 2:38–39].

Ésos son los primeros principios, o principios introductorios del sempiterno e inmutable Evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, que es y ha sido el mismo para todos los hombres, entre todas las naciones, en todas las edades, siempre que ha sido enseñado y dondequiera que haya sido enseñado por la autoridad del cielo. De ahí que leemos: "Y así se empezó a predicar el evangelio desde el principio, siendo declarado por santos ángeles enviados de la presencia de Dios, y por su propia voz, y por el don del Espíritu Santo. Y así se le confirmaron todas las cosas a Adán mediante una santa ordenanza; y se predicó el evangelio, y se proclamó un decreto de que estaría en el mundo hasta su fin" [véase Moisés 5:58–59][10].

Participamos de la Santa Cena en memoria de la Expiación del Salvador.

Los sacrificios que se ofrecían desde la época de Adán… eran [representativos] del gran sacrificio expiatorio que Él había de llevar a cabo mediante el sacrificio de sí mismo. Esos sacrificios eran diversos símbolos, sombras y formas de los cuales Él era el gran prototipo: la sustancia y la realidad prefigurada y anunciada mediante los sacrificios que se ofrecieron desde el principio…

Antes de ofrecerse a sí mismo como el gran sacrificio expiatorio, tras haber cumplido y engrandecido la ley, y después de haber presentado el Evangelio, se reunió con Sus discípulos… para comer la pascua, ocasión en la que les dijo: "¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca!" [Lucas 22:15]. ¿Para comer qué con vosotros? La pascua. ¿Para comer qué con vosotros? El sacramento de la Santa Cena del Señor… Las dos ceremonias se centraban en Él, pues Él era la personificación de las dos, Él era el Ser provisto desde antes de la fundación de la tierra y de quien profetizaron hombres de Dios a lo largo de todas las edades precedentes; y también Él fue por quien todos los siervos del Señor, desde la caída de Adán hasta esa época, ofrecieron sacrificios; y todos los diversos [sacrificios] que hasta entonces se ofrecieron lo indicaban a Él, por quien se ofrecieron y en quien se centraron. Por otro lado, Él presentó la ley más perfecta y se ofreció por todo el género humano en Expiación infinita; Él, mediante ese sacrificio, llevó a cabo lo que proyectó el Todopoderoso antes de que el mundo fuese, y del cual, la sangre de bueyes, de ovejas y de machos cabríos fue sencillamente el símbolo.

Por motivo de lo que había de ocurrir casi inmediatamente después, Él instituyó el sacramento de la Santa Cena en conmemoración de ese gran y supremo acto de redención. Cuando se hubieron sentado a la mesa, "tomó el pan y dio gracias, y lo partió y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí" [Lucas 22:19]; poco después, "tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi

sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados" [Mateo 26:27–28]…

Así como desde el principio del mundo hasta la época en la que se instituyó la pascua se ofrecieron sacrificios como símbolo del sacrificio del Hijo de Dios, del mismo modo, desde la época de la pascua hasta el tiempo en que Él vino a ofrecerse como sacrificio, esos sacrificios y símbolos fueron observados meticulosamente por los profetas y los patriarcas, de conformidad con el mandamiento dado a Moisés y a otros discípulos del Señor. De igual forma, Él mismo cumplió con ese requisito y guardó la pascua como los demás; y ahora, nosotros, después del gran sacrificio que se ha ofrecido, participamos del sacramento de la Santa Cena del Señor en memoria de ello. Y así, ese acto fue el gran eslabón conectivo entre el pasado y el futuro; de ese modo, Él cumplió la ley, satisfizo las exigencias de la justicia y obedeció los requisitos de Su Padre Celestial[11].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Qué se llevó a cabo mediante la expiación de Jesucristo?
- ¿Por qué razones la doctrina de la resurrección le brinda a usted consuelo?
- ¿Qué efecto ha tenido la Expiación en usted, personalmente? ¿Por qué le hace saber que el Salvador "puede comprender con exactitud la intensidad y la fuerza de las aflicciones y de los problemas con que [usted] tiene que enfrentarse en este mundo"? ¿Qué experiencias ha tenido usted que han fortalecido su testimonio de la Expiación?
- ¿Qué significa llegar a ser hijo o hija de Dios "por adopción"? (Véase también Mosíah 5:1–9, 15; D. y C. 25:1.)
- ¿Qué se nos requiere para que podamos recibir "las grandes bendiciones, privilegios, potestades y exaltaciones" que se han puesto a nuestro alcance mediante la Expiación? (Véase también Los Artículos de Fe 1:3–4.)
- ¿Qué relación hay entre la Santa Cena y la Expiación?

Pasajes relacionados: Mateo 26:26–28; Mosíah 15:22–25; Alma 34:13–15; 3 Nefi 18:1–12; Moroni 10:32–33; Moisés 5:4–8.

Notas

1. *The Mediation and Atonement* (1882), pág. 170.
2. *Deseret News* (Weekly), 4 de marzo de 1863, pág. 282.
3. B. H. Roberts, *The Life of John Taylor* (1963), pág. 398.
4. *The Mediation and Atonement,* págs. 177–178.
5. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), págs. 23–24.
6. *The Mediation and Atonement,* pág. 187.
7. *The Mediation and Atonement,* págs. 179–180.
8. *The Mediation and Atonement,* págs. 148–149; los párrafos se han cambiado.
9. *The Gospel Kingdom,* pág. 120.
10. *The Mediation and Atonement,* págs. 180–183.
11. *The Mediation and Atonement,* págs. 124–127.

CAPÍTULO 7

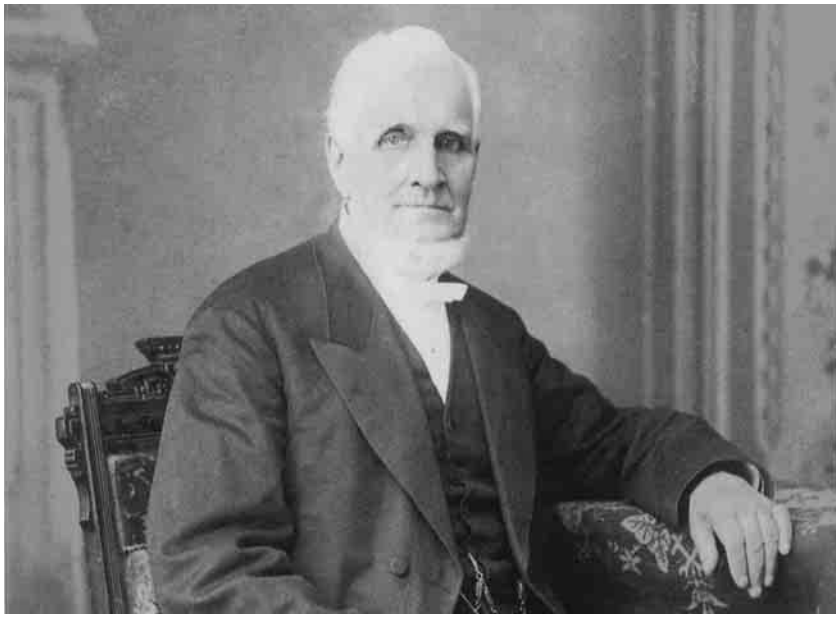
La integridad

Seamos puros, seamos virtuosos, seamos honorables, mantengamos nuestra integridad, hagamos bien a todas las personas, digamos siempre la verdad y tratemos bien a todos[1].

De la vida de John Taylor

John Taylor llevó una vida de integridad que fue un ejemplo para todos los que le conocieron y prestaron servicio con él en la Iglesia. El día después de su fallecimiento, ocurrido en julio de 1887, sus consejeros, George Q. Cannon y Joseph F. Smith, escribieron una carta al periódico *Deseret News* para informar al público de su muerte. Parte de ese anuncio comprendía un homenaje al presidente Taylor. A continuación se expone parte de ese homenaje en el que se describía el carácter y la integridad extraordinarios de este amado profeta:

"Pocos hombres en esta vida han manifestado tal integridad y tal resuelta valentía moral y física como las de nuestro amado Presidente que acaba de fallecer. Él nunca tuvo temor de realizar la obra de Dios. Tanto ante las turbas enardecidas como en medio del inminente peligro de ataques a su persona de quienes le amenazaban con quitarle la vida y en otras ocasiones peligrosas en las que los del pueblo [de la Iglesia] se vieron enfrentados con amenazas públicas, él nunca [se acobardó], las rodillas nunca le temblaron y su mano siempre se mantuvo firme. Todo Santo de los Últimos Días sabía de antemano, en los momentos críticos en los que se exigía tener firmeza y valor, qué postura adoptaría el presidente John Taylor y cuál sería su actitud. Encaraba todo problema directa y objetivamente, con valentía y de un modo que causaba la admiración de todos los que le veían y le oían. La valentía a toda prueba y la firmeza



El presidente John Taylor, aproximadamente en 1883. En las palabras de sus consejeros: "Pocos hombres en esta vida han manifestado tal integridad y tal resuelta valentía moral y física como las de nuestro amado Presidente…".

inquebrantable se contaban entre sus características más destacadas… Fue un hombre en el que todos podían confiar"[2].

Enseñanzas de John Taylor

La integridad significa vivir fielmente de acuerdo con los principios de la verdad y de la rectitud.

Seamos hombres verídicos, honorables e íntegros —hombres que den su palabra de honor y la cumplan a como dé lugar—, hombres cuya palabra sea una garantía sempiterna… Estamos intentando crear un pueblo de hombres de Dios, hombres que honren la verdad, hombres de integridad, hombres de virtud, hombres que sean idóneos para relacionarse con los Dioses en los mundos eternos[3].

Dios espera tener un pueblo de hombres que sean limpios de manos y puros de corazón, que se abstengan de aceptar soborno alguno… que sean hombres que digan la verdad, hombres de

integridad, de honor y de virtud, hombres que busquen con afán guiar su vida con un comportamiento que sea aprobado por los Dioses en los mundos eternos al igual que por todos los hombres honorables y rectos que han vivido y que actualmente viven. Y, puesto que profesamos ser santos, Él espera que seamos santos, no de nombre, ni en teoría, sino de pensamiento, palabra y hechos[4].

La gran dificultad que tenemos es que nos inclinamos demasiado hacia las cosas del mundo, que mucho de lo del mundo se ha infiltrado en nuestros corazones; el espíritu de ambición y de codicia, y —¿qué he de decir?— la falta de honradez se han propagado como una plaga a lo largo y a lo ancho de todo el mundo, en todas direcciones, y hemos permitido que ese espíritu influya en nosotros en diversos grados. Al igual que una plaga, ha invadido todos los estratos de la sociedad; y en lugar de ser gobernados por los principios elevados, nobles y honorables que moran en el seno de Dios, andamos en pos de ganancias deshonestas, de lo cual se dice que es raíz de todos los males [véase 1 Timoteo 6:10]; y, en lugar de poner nuestro corazón en Dios, lo ponemos en el mundo, en sus insensateces y vanidades… Demuestren y evidencien ante el mundo, ante los ángeles y ante Dios que ustedes están del lado de la verdad y de lo correcto, de la honradez, de la pureza y de la integridad, y que están del lado de Dios y Su reino[5].

No se preocupen de los del mundo, ni de lo que puedan decir o hacer, puesto que ellos tan sólo pueden hacer lo que el Señor les permite… Les predicaremos el Evangelio, seguiremos defendiendo los principios de la verdad, nos organizaremos según el orden de Dios y procuraremos ser uno, porque si no somos uno, no somos del Señor y nunca podremos serlo, por los siglos de los siglos. ¡Oigan, ustedes, Santos de los Últimos Días! No se concentren en ustedes mismos ni en su propio engrandecimiento [en lo que toca a riquezas, poder, posición o reputación], sino digan en sus corazones: "Qué puedo hacer para ayudar a edificar Sión. Aquí estoy y todo lo que tengo está sobre el altar, y estoy preparado para hacer la voluntad de Dios sea cual sea, a ir adonde me mande ir, ya sea a los extremos de la tierra o no". Pero todavía no estamos haciendo eso; estamos

demasiado interesados en nuestros propios asuntos, absorbiendo el espíritu del mundo, y cediendo y acomodándonos a esa influencia. Ahora bien, al paso que deseamos lo bueno para el mundo y deseamos incrementar su felicidad, no podemos gobernarnos por sus prácticas ni someternos a sus influencias. Dios es el Señor nuestro Dios; Él es nuestro rey y nuestro legislador, y Él debe gobernarnos[6].

La integridad significa ser honrados con Dios, con nosotros mismos y los unos con los otros.

Hay un gran principio por medio del cual, considero, debemos guiarnos en nuestros actos de adoración, por encima de todas las demás cosas con las que nos relacionamos en la vida. Se trata de la honradez o sinceridad de intención. Las Escrituras dicen: "Si la verdad os hará libres, entonces seréis verdaderamente libres, hijos de Dios irreprensibles, en medio de una generación maligna y perversa" [véase Juan 8:32, 36; Filipenses 2:15]. Y se nos dice que Dios requiere la verdad en lo íntimo [véase Salmos 51:6]. Es correcto que los hombres sean honrados consigo mismos, que sean honrados unos con otros en todas sus palabras, sus tratos, [deliberaciones], comunicaciones, acuerdos de negocios y en todo lo demás; deben gobernarse por la veracidad, la honradez y la integridad. Sumamente insensato es el que no es verídico consigo mismo, ni para con sus convicciones y sentimientos referentes a los asuntos religiosos.

Podremos engañarnos unos a otros… como la moneda falsificada pasa por lo que se considera verdadero y valioso entre los hombres; pero Dios escudriña la mente y prueba el corazón de los hijos de los hombres [véase Jeremías 17:10]. Él conoce nuestros pensamientos y entiende nuestros deseos y sentimientos; conoce nuestros actos y los motivos que nos impulsan a efectuarlos. Él está familiarizado con los hechos y las actividades de la familia humana, y todos los pensamientos y los actos secretos de los hijos de los hombres están claramente a la vista de Él, y por ellos los traerá a juicio[7].

Seamos estrictamente honrados unos con otros y con todas las personas; que nuestra palabra [de honor] sea tan válida como un acuerdo escrito y legal; evitemos toda ostentación de

orgullo y de vanidad, y seamos mansos, modestos y humildes de corazón; seamos llenos de integridad y de honor, tratemos con justicia y rectitud a todas las personas[8].

Si una persona pide prestados cinco dólares, debe dar algo en prenda para seguridad del pago, por motivo de que el prestamista teme que le engañen y le quiten el dinero. Los hombres no confían en la palabra de unos y de otros. Para mí no tendría valor el hombre en cuya palabra no pudiese confiar; no hay valía en su persona, no tiene fundamento ni nada con lo que se pueda contar. Sin embargo, ésas son las mismísimas personas que el profeta dijo existirían en los últimos días. Hacen un convenio y nunca piensan en cumplirlo. Su palabra no vale nada, su integridad no existe.

Hablo de esas cosas para informarles de ellas, puesto que en esas condiciones se encuentra el mundo. ¿Estamos nosotros libres de eso? No, de ninguna manera. Ojalá lo estuviésemos. Ojalá hubiera entre nosotros más honradez, más virtud, más integridad y veracidad, y más de todos los principios que tienen por objeto elevar y ennoblecer a la humanidad. Hablo de esas cosas como una vergüenza para la familia humana; si [esas faltas] existen entre los santos, ello es muy lamentable y muy vergonzoso, y todos debiéramos sentirnos indignados, porque si debe haber en el mundo personas íntegras, verídicas y honradas, debemos serlo nosotros, en todas partes y en todas las circunstancias. Si decimos algo, ello debe ser tan digno de crédito como si hubiésemos hecho una declaración jurada, como si hubiéramos hecho diez mil juramentos solemnes de cumplirlo[9].

¿En qué creemos? Creemos en la pureza, en la virtud, en la honradez, en la integridad, en la veracidad y en no ceder a la falsedad; creemos en tratar a todas las personas con justicia, con rectitud y honorabilidad; creemos en temer a Dios, en observar Sus leyes y guardar Sus mandamientos. ¿Hacemos eso todos? No, no todos. Ojalá fuese así. Una gran mayoría de los Santos de los Últimos Días cumplen con ello, y si hay algunos que no lo hacen, que vuelvan a evaluar su modo de proceder… por cuanto estamos aquí con la finalidad de edificar Sión, el Señor espera

que seamos rectos y honorables en todos nuestros tratos de los unos con los otros y con todas las personas[10].

Debemos tener integridad para vencer el mal y edificar el reino de Dios.

Vivimos en una época crítica e importante. A veces, las personas se quedan estupefactas al ver la corrupción, la iniquidad, la gran maldad, la falta de honradez y de integridad, y la vileza que existe en todas partes. Pero, ¿por qué debieran asombrarse?… ¿No se nos ha predicado que las naciones de la tierra tienen dentro de sí los elementos de la destrucción y que tarde o temprano se derrumbarían? Cuando vemos que el honor es hollado bajo los pies, y la integridad y la verdad "se ponen lejos" [compárese con Isaías 59:14], mientras los inicuos, los corruptos y rebeldes administran y dirigen los asuntos, podemos prever que el hacha ya está puesta a la raíz del árbol y que [el árbol] está en descomposición y caerá pronto [véase D. y C. 97:7]. Eso es lo que en la actualidad está ocurriendo entre las naciones. No hay por qué llorar ni pensar que haya algo extraño o sorprendente con respecto a ello. Hemos esperado que esas cosas ocurriesen, y serán mucho peores en el futuro de lo que lo son en la actualidad. [En lo que a nosotros respecta], estamos consagrados a enseñar principios correctos[11].

Vivimos en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, en la que Dios está reuniendo todas las cosas en una. Él nos ha traído de diversas naciones, países, climas y pueblos. ¿Por qué ha hecho eso? ¿Acaso para que hagamos el ridículo? ¿Es nuestro objeto vivir como viven los inicuos: ser "avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, impetuosos, infatuados, aborrecedores de lo bueno, tener apariencia de piedad, pero negar la eficacia de ella"? [véase 2 Timoteo 3:2–5]. No, hemos venido aquí a aprender las leyes del Todopoderoso y a prepararnos tanto nosotros mismos como a los de nuestra posteridad para tronos, principados, potestades y dominios en el reino celestial de nuestro Dios.

A veces hablamos de Sión, que tiene que edificarse en el Condado de Jackson; también de la nueva Jerusalén que tiene

que ser edificada y preparada para recibir a la Jerusalén que descenderá del cielo. ¿Tienen nuestras vidas y nuestras acciones correspondencia con esas cosas? ¿Las anhelan nuestros corazones, nuestros sentimientos y nuestras inclinaciones, o nos olvidamos de ellas y nuestras mentes se concentran en los asuntos de la vida y las cosas del mundo material?

¿Estamos preparando a nuestros hijos para esa época y ejerciendo a nuestro alrededor, adondequiera que vayamos, una influencia de tal índole que conduzca a las personas por los senderos de la vida y las eleve hacia Dios? ¿O nos vamos alejando del camino que conduce a la exaltación, viviendo cada día así como así, sin pensar siquiera en lo futuro? Considero que debemos salir de ese letargo y cobrar vida, y esforzarnos por seguir el camino que nos asegura la aprobación del Todopoderoso…

Debiéramos estar preparando a nuestros jóvenes para que sigan nuestros pasos —siempre que nuestros pasos sean los correctos—, a fin de que sean miembros honorables de la sociedad, de modo que, cuando salgamos de este mundo y vayamos al otro, dejemos descendientes que sean llenos de integridad y que guarden los mandamientos de Dios. Tenemos que enseñar a nuestros hijos mansedumbre y humildad, integridad, virtud y temor de Dios, a fin de que ellos puedan enseñar esos principios a sus hijos… Procuren inculcar en sus jóvenes los principios que tienen por objeto hacer de ellos hombres y mujeres honorables, de carácter noble, inteligentes, virtuosos, modestos, puros, llenos de integridad y de verdad… a fin de que, junto con ustedes, tengan una herencia en el reino de Dios[12].

A veces, olvidamos que nos hallamos consagrados, juntamente con muchas otras personas, al establecimiento de la rectitud y del reino de Dios sobre la tierra, y nos rebajamos a tratar un poco mal a nuestros semejantes; nos olvidamos del grande y magnífico llamamiento que hemos recibido. Muchos de nosotros cedemos a la tentación; flaqueamos y caemos en las tinieblas, por lo que perdemos el Espíritu del Señor. Olvidamos que Dios y los ángeles nos están mirando; olvidamos que los espíritus de los justos hechos perfectos y nuestros antecesores, que esperan con anhelo el establecimiento del reino de Dios

sobre la tierra, nos están contemplando y que nuestros actos son visibles a todas las entidades autorizadas del mundo invisible.

Y, al olvidar a veces esas cosas, actuamos en forma insensata, y el Espíritu de Dios es ofendido, se retira de nosotros y quedamos solos andando a tientas en las tinieblas. Pero si pudiésemos vivir de conformidad con nuestra religión, temer a Dios, ser estrictamente honrados, observar Sus leyes y Sus estatutos, y guardar Sus mandamientos, nos sentiríamos de un modo muy distinto: nos sentiríamos cómodos y felices; tendríamos serenidad y optimismo. Y de un día al otro, de una semana a la otra y de un año al otro, nuestras alegrías aumentarían[13].

Dios bendecirá a aquellos cuyas vidas reflejen integridad y pureza.

Lo que tiene que ver con los sucesos que todavía han de ocurrir y con la clase de pruebas, tribulaciones y sufrimientos con los que tendremos que enfrentarnos es para mí un asunto que me preocupa muy poco; esas cosas están en las manos de Dios… Si somos obedientes y si estamos al lado del Señor y vivimos la rectitud, la verdad, la integridad, la virtud, la pureza y la santidad, observando los principios de la verdad y las leyes de la vida, entonces Dios estará con nosotros, [porque] Él sostendrá a todos los que vivan de acuerdo con esos principios… Los puros y los virtuosos, los honorables y rectos, saldrán venciendo y para vencer [compárese con Apocalipsis 6:2] hasta que hayan llevado a cabo todo lo que Dios ha proyectado que realicen en esta tierra[14].

Sean honrados y sinceros con ustedes mismos, honrados ante Dios. Sean virtuosos, verídicos y llenos de integridad, y teman al Señor su Dios en sus corazones, y Sus bendiciones estarán con ustedes, y Su Espíritu los acompañará tanto a ustedes como a sus descendientes, generación tras generación, por los siglos de los siglos. Amén[15].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- Basándose en lo que ha aprendido del presidente Taylor, ¿cómo definiría la integridad? ¿En qué aspectos de la vida podría resultar particularmente difícil mantener la integridad?
- ¿Qué significa ser honrados con nosotros mismos, con los demás y con Dios? ¿Por qué es importante ser honrados en todos los aspectos de nuestra vida? ¿De qué modo somos bendecidos al ser honrados?
- ¿Por qué sería diferente la vida si todas las personas tuviesen el cometido de obedecer los principios de la honradez y la integridad? ¿Cómo influiría ese cometido en sus propios actos?
- ¿Con qué desafíos a la integridad se enfrentan los niños en la actualidad? ¿Qué podemos hacer para enseñar a los niños el valor de la honradez y de la integridad?
- ¿Tienen nuestras vidas y nuestras acciones correspondencia con nuestra meta de edificar el reino de Dios? ¿Por qué es importante reflexionar en eso a menudo?

Pasajes relacionados: Salmos 15:1–5; Proverbios 20:7; Alma 41:14; D. y C. 10:28; 136:25–26; Los Artículos de Fe 1:13.

Notas

1. *Deseret News: Semi-Weekly,* 24 de octubre de 1882, pág. 1.
2. B. H. Roberts, *The Life of John Taylor* (1963), págs. 410–411.
3. *Deseret News: Semi-Weekly,* 21 de octubre de 1884, pág. 1.
4. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 123.
5. *Deseret News: Semi-Weekly,* 15 de marzo de 1881, pág. 1.
6. *Deseret News: Semi-Weekly,* 31 de agosto de 1880, pág. 1.
7. *Deseret News: Semi-Weekly,* 16 de diciembre de 1873, pág. 1; los párrafos se han cambiado.
8. *The Gospel Kingdom,* pág. 343.
9. *Deseret News: Semi-Weekly,* 11 de febrero de 1873, pág. 2.
10. *Deseret News* (Weekly), 26 de abril de 1882, pág. 210.
11. *Deseret News: Semi-Weekly,* 26 de enero de 1875, pág. 1.
12. *Deseret News* (Weekly), 15 de enero de 1873, pág. 761; los párrafos se han cambiado.
13. *The Gospel Kingdom,* pág. 179.
14. *Deseret News: Semi-Weekly,* 19 de diciembre de 1876, pág. 1.
15. *Deseret News: Semi-Weekly,* 11 de diciembre de 1877, pág. 1.

CAPÍTULO 8

Nuestro deber misional

Nunca veo a los misioneros ir al campo misional a predicar el Evangelio [sin reconocer] que van a tomar parte en una de las obras más grandiosas que se han encomendado a la familia humana[1].

De la vida de John Taylor

El élder John Taylor sirvió en calidad de misionero tanto dentro de los Estados Unidos como en países extranjeros, cumpliendo varias misiones regulares entre 1839 y 1857. Él hizo patente su gran fe y testimonio al predicar muchas veces en circunstancias muy difíciles y, en ocasiones, sin dinero ni alimento. Confió en que el Señor los protegería a él y a su familia, y le proporcionaría los medios para predicar el Evangelio.

Una de las ocasiones en las que se manifestó el poder del Señor en ese respecto tuvo lugar poco después de que el élder Taylor dejó a su familia en Montrose, Iowa, para ir a cumplir una misión en Inglaterra. Mientras viajaba por Indiana, se puso muy enfermo, por lo que se vio obligado a pasar varias semanas recuperándose en un hotel. Durante ese tiempo, el élder Taylor enseñó el Evangelio en reuniones que llevó a cabo en un lugar contiguo al hotel aun cuando tenía que sentarse parte del tiempo mientras hablaba. Los que le escuchaban repararon en que, a pesar de sus difíciles circunstancias, nunca pedía dinero. Por último, uno de ellos se acercó a él y le dijo: "Señor Taylor, usted no actúa como lo hace la mayoría de los predicadores; no ha dicho nada de las circunstancias en que se encuentra ni ha hablado de dinero y, no obstante, ha estado aquí, enfermo, desde hace un tiempo; sus cuentas de médico, de hotel y otras

De los misioneros, el presidente Taylor dijo: "Cuando estos hermanos vayan al campo misional, la misión será una obra nueva para ellos… No obstante, estos élderes van a la misión como los mensajeros enviados del Señor Jesucristo".

deben de ser costosas. Unos amigos y yo hemos hablado de ello y nos gustaría prestarle ayuda".

El élder Taylor aceptó agradecido esa ayuda y, poco después, pudo proseguir su viaje, tras haber pagado todas sus cuentas. Con respecto a ese episodio, el élder Taylor dijo: "Confío en el Señor mucho más que en cualquiera de los reyes de la tierra"[2]. Con la confianza que tenía en el Señor y su dedicación a la enseñanza del Evangelio a los demás, John Taylor constituye un ejemplo poderoso de la forma en que debemos realizar la obra misional.

Enseñanzas de John Taylor

La obra misional lleva el conocimiento de la vida y de la inmortalidad a todo el género humano.

Estamos aquí por un propósito determinado; el mundo fue organizado por un propósito determinado… el Evangelio se ha presentado por un propósito determinado en las diferentes edades de [la historia del mundo] y entre los distintos pueblos a los que ha sido revelado y comunicado, y nosotros, en la actualidad, seguimos sujetos a esa regla general. El Señor nos ha guiado como guió una vez a Israel y como guió a los nefitas desde la tierra de Jerusalén, y a las diez tribus y a otros pueblos que fueron a lugares diferentes. Él nos ha guiado y lo primero que hizo con respecto a nosotros… fue enviar Su Evangelio. Lo reveló primero a José Smith, quien fue autorizado por el Todopoderoso y recibió su designación por conducto del santo sacerdocio que existe en los cielos, y recibió, junto con esa designación, autoridad para conferirlo a otros, y lo confirió a otros, y éstos, lo confirieron a su vez a otros, y de ese modo, el Evangelio fue enviado a nosotros a las diversas naciones en las que residíamos.

Y, cuando esos hombres fueron a proclamar este Evangelio, fueron, como dijo Jesús, no para hacer su voluntad, sino la voluntad del que los envió, la del Padre [véase Juan 5:30], así como para colaborar con los poseedores del santo sacerdocio aquí sobre la tierra al presentar principios correctos. Por consiguiente, fueron entre las naciones y miles y decenas de

miles, y millones, prestaron oídos a su testimonio. Pero, al igual que en los días antiguos, del mismo modo ha sido en los últimos días. Dice Jesús: "Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan" [véase Mateo 7:13–14]. Así ha sido en todas las épocas y entre todos los pueblos, en todas partes y siempre que el Evangelio se les ha predicado[3].

Dios ha restaurado el Evangelio con el fin de sacar a luz la vida y la inmortalidad, puesto que, sin el conocimiento del Evangelio, no hay conocimiento de la vida y la inmortalidad. Las personas no comprenden esos principios si no se les dan a conocer… Cuando los cielos fueron abiertos y el Padre y el Hijo aparecieron a José y le revelaron los principios del Evangelio, y cuando el santo sacerdocio fue restaurado y la Iglesia y reino de Dios fueron establecidos sobre la tierra, se otorgaron a esta generación las más grandiosas bendiciones que los del género humano podían recibir. Si pudiesen comprenderlo: ha sido la mayor bendición que Dios podía conferir a la humanidad[4].

Es nuestro deber prestar ayuda al Señor por medio de la obra misional.

Ahora bien, el Señor, que está tan deseoso en esta época, como lo ha estado en otras épocas, de congregar para sí un pueblo que estuviese dispuesto a hacer Su voluntad, a cumplir Sus mandamientos, a escuchar Su consejo y llevar a cabo Sus mandatos… El Señor, en esta época, al igual que en ocasiones anteriores, envía Su palabra por conducto de quienes Él escoge enviarla; selecciona Sus propios mensajeros y los envía entre la gente. En una ocasión en que los élderes de Israel fueron [a la misión], Él les dijo en una revelación: "Id, pues, vosotros, y mis ángeles irán delante de vosotros, y mi espíritu os acompañará" [véase D. y C. 84:88]. Y cuando ellos fueron [a predicar], Dios fue fiel a Su palabra, y muchos de ustedes,

que en aquel entonces se encontraban en naciones lejanas, escucharon las palabras de vida y, cuando las oyeron, las conocieron y las entendieron, tal como Jesús dijo: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen… mas al extraño no seguirán, porque no conocen la voz de los extraños" [véase Juan 10:5, 27]. Ustedes oyeron la voz de la verdad acompañada del Espíritu de Dios, y eso les hizo vibrar espiritualmente y reconocerla, y fueron obedientes…

Entonces, nos hemos congregado para ayudar a ¿hacer qué cosa? ¿Para ocuparnos de nuestros propios intereses individuales? No. ¿Para acumular riquezas? No. ¿Para poseer las buenas cosas de esta vida y deleitarnos con ellas? No, para nada de eso, sino para hacer la voluntad de Dios y dedicarnos nosotros mismos, así como nuestros talentos y habilidades, nuestra inteligencia e influencia en todas las formas posibles para llevar a cabo los designios de Jehová y ayudar a establecer la paz y la rectitud sobre la tierra. Para efectuar eso, según lo que yo entiendo, estamos aquí y no para atender a nuestros propios asuntos personales y dejar a un lado a Dios y Su reino. Todos estamos interesados en la gran obra de Dios de los últimos días y debiéramos ser colaboradores en ella[5].

Fui ordenado élder por las debidas autoridades y fui a predicar el Evangelio. Otros élderes fueron al igual que yo a las naciones civilizadas, a predicar la misma doctrina y ofrecer las mismas promesas. Algunos de ellos no tenían mucha instrucción, no contaban con una gran preparación. Enviamos un tipo exclusivo de personas al enviar a nuestros élderes. A veces, un misionero es comerciante, a veces, legislador, o herrero, o ladrillero, o yesero, o agricultor o trabajador común, según sea el caso; pero todos ellos están bajo la misma influencia y el mismo espíritu, todos ellos son misioneros que van a predicar el Evangelio de luz, de vida y de salvación. Han recibido los tesoros de la vida eterna y están habilitados para enseñarlos a las demás personas y les ofrecen las mismas promesas.

Ustedes, los que me oyen esta tarde, así como los miles de miles de otros hermanos, han prestado oídos a esos principios, se les han ofrecido esas promesas; y cuando obedecieron el Evangelio, recibieron ese mismo Espíritu. Ustedes son mis testigos de la veracidad de las cosas que ahora digo en su presencia, al igual que del Espíritu y del poder de Dios que acompaña la obediencia al Evangelio, y no lo negarán. Esta congregación no lo negará. Cuando ustedes rindieron obediencia a las leyes de Dios, obedecieron Sus mandamientos y fueron bautizados para perdón de sus pecados, y se les impusieron las manos para que recibiesen el Espíritu Santo, efectivamente lo recibieron; y son ustedes testimonios vivientes ante Dios. Éste es un secreto que el mundo no comprende… Tenemos en nuestras manos los principios de la vida eterna y nos esforzamos por alcanzar una meta eterna. Nos esforzamos por edificar la Sión de Dios, donde se puede enseñar la rectitud, donde las personas pueden ser protegidas y donde la libertad se puede proclamar a todas las personas de todo color, de todo credo y de toda nación[6].

Nuestro deber es predicar el Evangelio a todas las personas… Y lo hacemos a pesar de la oposición de los hombres, y lo haremos en el nombre de Dios… Y si ellas aman al diablo más que a Dios, pueden hacerlo y traer sobre sí problemas y pesares, calamidades, guerra y derramamiento de sangre. Porque se levantará nación contra nación y país contra país; y se derrumbarán tronos; e imperios serán aventados a los cuatro vientos, y serán sacudidos los poderes de la tierra en todas partes; y el Señor vendrá dentro de poco a juzgar a las naciones. Es preciso que sepamos lo que estamos haciendo y, por cuanto profesamos ser santos de Dios, no debemos ser hipócritas, sino debemos ser llenos de veracidad y llenos de integridad, y magnificar nuestro llamamiento y honrar a nuestro Dios.

Eso es lo que Dios espera de nosotros. En seguida, debemos edificar templos y, ¿qué debemos hacer entonces? Prestar servicio en ellos; enviar el Evangelio a las naciones de la tierra y congregar a la gente. ¿Y qué debemos hacer entonces? Edificar más templos. ¿E inmediatamente después? Tener hombres que presten servicio en ellos[7].

Los misioneros enseñan la verdad eterna con el poder y la autoridad de Dios.

Hay una diferencia muy grande entre nuestro modo de promulgar el Evangelio y el del mundo. Sería muy improbable que estos hombres… se prestaran a predicar el Evangelio según el parecer de la gente del mundo. La gran diferencia que existe entre nosotros y ellos es que nosotros vamos en el nombre del Dios de Israel, sustentados por Su poder, sabiduría e inteligencia a proclamar los principios de la verdad eterna que Él nos ha comunicado, en tanto que ellos van a proclamar lo que han aprendido en instituciones.

Nuestros élderes van al campo misional con insuficiencias académicas… Cuando van, no tienen más preparación que los elementos básicos de la instrucción que a todos corresponde recibir; sin embargo, no son palabras las que van a enseñar, sino principios. Y aun cuando al encontrarse delante de una congregación entendida en las leyes de Dios puedan sentir mucho temor y timidez al intentar expresarse, no obstante, [repito], al estar ante las congregaciones del mundo, el Espíritu del Señor irá con ellos, el Señor los sustentará y les dará sabiduría, "la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se opongan" [véase Lucas 21:15]. Ésa es la promesa que se ha hecho a los siervos del Señor que vayan con confianza en Él[8].

Estos jóvenes son sencillamente como el resto de nosotros: han recibido el espíritu de vida, luz e inteligencia, el don del Espíritu Santo y son los mensajeros del Gran Jehová, a quienes Él ha seleccionado, apartado y ordenado para que vayan a proclamar Su voluntad a las naciones de la tierra. Ellos no van en su propio nombre ni con su propia fortaleza, sino en el nombre del Dios de Israel y con Su fortaleza y poder. Ésa es su postura, y si depositan su confianza en Dios y magnifican su llamamiento, si cumplen con los principios de la verdad y rechazan la tentación y la corrupción de toda clase, el poder de Dios estará con ellos, y Dios abrirá su boca y les hará confundir

al sabio y al erudito, y dirán cosas que asombrarán tanto a ellos mismos como a los que los escuchen.

Quisiera decir a estos hermanos que se preparen y se esfuercen con diligencia para cumplir su misión. No se preocupen por el mundo; no se preocupen por los dólares, ni por los centavos, ni por el dinero, ya sea que se trate de libras, chelines o peniques. Depositen su confianza en Dios, vivan su religión, magnifiquen sus llamamientos, humíllense ante Dios, invóquenle en secreto y Él preparará el camino delante de ustedes[9].

Tenemos que prepararnos espiritualmente a fin de ser misioneros eficaces.

No obstante, quisiera decir a los que van al campo misional que deben estudiar la Biblia, el Libro de Mormón, el libro de Doctrina y Convenios, en suma, todos los libros canónicos, de manera que conozcan los principios de nuestra fe. También quisiera decir a los demás jóvenes que ahora no van a la misión, pero que probablemente irán en alguna ocasión en lo futuro, que estas cosas son de más importancia para ellos de lo que se dan cuenta en el presente. Tenemos que ser edificados y fortalecidos por la verdad. Debemos familiarizarnos con los principios, las doctrinas y las ordenanzas referentes a la Iglesia y reino de Dios.

En el libro de Doctrina y Convenios se nos dice que busquemos sabiduría como si se tratase de buscar tesoros escondidos, tanto por el estudio como por la fe; que nos pongamos al corriente de la historia y de las leyes de la nación en que vivimos, así como de las naciones de la tierra [véase D. y C. 88:78–80, 118]. Sé que mientras los hombres jóvenes realizan sus tareas laborales, van a los desfiladeros, trabajan en la granja, van al teatro, etc., no piensan mucho en esas cosas; pero cuando sean llamados a tomar parte en la obra misional, muchos de ellos desearán haber prestado mayor atención a las instrucciones que recibieron y haberse familiarizado más con la Biblia, el Libro de Mormón y el libro de Doctrina y Convenios[10].

Los hombres que deseamos como portadores del mensaje de este Evangelio son los que tengan fe en Dios y en su religión, que honren su sacerdocio; hombres en quienes la gente que los conozca tenga fe y en quienes Dios tenga confianza… Deseamos hombres llenos del Espíritu Santo y del poder de Dios… Los varones que lleven las palabras de vida entre las naciones deben ser hombres de honor, de integridad, de virtud y de pureza; y puesto que ése es el mandato de Dios a nosotros, procuraremos cumplirlo[11].

Debemos tener fe y valentía para cumplir con nuestro deber misional.

Tiempos espantosos se ciernen sobre las naciones de la tierra… peores de los que han llegado siquiera al corazón del hombre, inconcebibles, en los que habrá derramamiento de sangre y desolación, llanto y sufrimiento, pestilencia, hambre y temblores de tierra; y todas las calamidades de las que han hablado los profetas ciertamente se cumplirán… Y a nosotros, los Santos de los Últimos Días, nos corresponde comprender la función que nos toca desempeñar y la responsabilidad que tenemos [con respecto a lo que viene]…

…A veces hay particularidades que hacen sumamente difícil a algunos hombres efectuar la clase de misiones que se cumplían anteriormente, debido a la edad, a dolencias y a otras circunstancias. Sin embargo, con frecuencia me he sentido avergonzado al ver el modo de proceder de muchos de los quórumes a los que me refiero cuando han sido llamados a la misión. Uno ha presentado una excusa, y otro, otra. Hace unos veinte años era más fácil conseguir doscientos o trescientos hombres para mandar al campo misional que lo que lo es ahora cuando hay miles de hombres en la Iglesia. ¿Qué explicación podemos hallar en cuanto a eso? En parte, ello es consecuencia de la apatía que existe[12].

Hay muchísimos hombres fuertes y sanos que, si tan sólo tuviesen un poco más de fe en Dios y se dieran cuenta de las

calamidades que azotarán la tierra, así como de las responsabilidades del sacerdocio que Dios les ha conferido, estarían dispuestos a derribar todas las barreras y dirían: "Heme aquí, envíame; deseo contribuir al bien de la familia humana". Si Jesús viniese a buscar y a salvar a los que se han perdido, que tenga yo ese mismo deseo[13].

Yo mismo he recorrido cientos de miles de kilómetros predicando el Evangelio, sin bolsa ni alforja, confiando en el Señor. ¿Me abandonó Él alguna vez? Nunca, nunca jamás. Él siempre me proveyó de lo necesario, por lo cual alabo a Dios, mi Padre Celestial. Yo estaba consagrado a Su obra, y Él me dijo que me sustentaría en ella. Él fue fiel a la confianza que deposité en Él; y si en algo yo no he correspondido a la confianza que Él ha depositado en mí, confío en que me perdone y me ayude a ser mejor. Sí, el Señor siempre ha sido leal y fiel, y nunca me ha faltado nada de comer ni de beber, ni de ropa para cubrirme, ni nunca he carecido de los medios para viajar a dondequiera que he deseado o he tenido que ir[14].

Tengo mucha más confianza en los hombres que salgan de esta reunión siendo conscientes de su poca preparación e inhabilidad que en los que se consideran bien informados y capaces de enseñar cualquier cosa. ¿Por qué? Porque cuando los hombres confían en sí mismos confían en lo que no se puede fiar; pero cuando confían en el Señor no fallan nunca… El Señor está sobre todo, Él vela por los de Su pueblo, y si estos hermanos continúan confiando en Dios… Su Espíritu descansará sobre ellos, les iluminará la mente, aumentará su capacidad y les dará sabiduría e inteligencia en los momentos de necesidad. No tienen por qué sentir temor alguno con respecto a la sabiduría del mundo, porque no hay sabiduría en el mundo que se iguale a la que el Señor da a Sus santos. Y mientras estos hermanos se abstengan de lo malo, vivan su religión y depositen su confianza en el Señor al guardar Sus mandamientos, no hay que tener aprensión alguna en cuanto a los resultados. Eso se aplica a todos los santos al igual que a estos hermanos[15].

Oficina del periódico Millennial Star en Liverpool, aproximadamente en 1885. A principios de su ministerio, John Taylor prestó servicio como misionero en las Islas Británicas, donde empleó sus talentos de escritor y de orador para adelantar la obra del Señor.

Sean cuales sean sus sentimientos, [los misioneros] van a predicar como ángeles de misericordia que llevan las valiosísimas simientes del Evangelio y constituirán el medio que llevará a muchas personas de las tinieblas a la luz, del error y de la superstición a la vida, a la luz, a la verdad y a la inteligencia, y finalmente a la exaltación en el reino celestial de nuestro Dios.

Cuando estos hermanos vayan al campo misional, la misión será una obra nueva para ellos, pues tendrán que luchar contra los errores que han existido a lo largo de la historia del mundo, tendrán que contender con los prejuicios que ellos les dirán que ejercieron tan poderosa influencia sobre ellos mismos; también tendrán que predicar a hombres que no tienen ningún respeto por la verdad y mucho menos por la religión que hemos adoptado, y tendrán que razonar con ellos. No obstante, estos élderes van a la misión como los mensajeros enviados del Señor

Jesucristo; van a proclamar que Dios ha establecido Su obra sobre la tierra, que ha hablado desde los cielos y que las visiones del Todopoderoso se han desplegado ante nuestra vista. La luz eterna está siendo revelada a los siervos del Altísimo, la oscuridad que ha envuelto al mundo desde hace siglos se está disipando; estos élderes escogidos de Israel son enviados a proclamar estas buenas nuevas de salvación a las oscuras y tenebrosas naciones de la tierra… Irán y regresarán regocijados, cargados de preciosas gavillas [conversos], y bendecirán el nombre del Dios de Israel por haber tenido el privilegio de tomar parte en la labor de amonestar a esta generación[16].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Por qué la obra misional ayuda a cumplir los propósitos del Señor? Habiendo recibido el Evangelio, ¿qué deberes misionales tiene usted en el plan del Señor?
- ¿Por qué envía la Iglesia a personas jóvenes y sin experiencia en calidad de misioneros regulares?
- ¿Por qué es la fe en Dios fundamental para la obra misional?
- ¿De qué modo influyen nuestra preparación y dignidad personales en nuestra aptitud para ser instrumentos eficaces del Señor?
- Además del cumplir una misión regular, ¿qué otras oportunidades tenemos de dar a conocer el Evangelio?
- ¿Qué excusas dan a veces los miembros por no participar en la obra misional? ¿Qué puede hacer usted para vencer sus propios obstáculos en ese aspecto?
- ¿De qué forma ha visto usted que el Señor bendice a los que dan de su tiempo, talentos, energías y medios para compartir el Evangelio?

Pasajes relacionados: Alma 26:5–7; 3 Nefi 20:29–31; D. y C. 1:18–23; 4:1–7; 75:2–5; 133:7–9.

Notas

1. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 238.
2. Véase B. H. Roberts, *The Life of John Taylor* (1963), págs. 69–71.
3. *Deseret News: Semi-Weekly,* 9 de mayo de 1876, pág. 1; los párrafos se han cambiado.
4. *Deseret News: Semi-Weekly,* 4 de octubre de 1881, pág. 1.
5. *Deseret News: Semi-Weekly,* 9 de mayo de 1876, pág. 1.
6. *Deseret News: Semi-Weekly,* 18 de abril de 1882, pág. 1; los párrafos se han cambiado.
7. *The Gospel Kingdom,* págs. 234–235; los párrafos se han cambiado.
8. *Deseret News: Semi-Weekly,* 15 de junio de 1867, pág. 2.
9. *Deseret News* (Weekly), 19 de junio de 1867, pág. 194.
10. *Deseret News: Semi-Weekly,* 15 de junio de 1867, pág. 2. Nota: Cuando se hizo esta exposición, la Perla de Gran Precio todavía no era uno de los libros canónicos; llegó a ser uno de los libros canónicos de la Iglesia en 1880.
11. *Deseret News: Semi-Weekly,* 15 de marzo de 1881, pág. 1.
12. *The Gospel Kingdom,* pág. 237.
13. *Deseret News: Semi-Weekly,* 24 de septiembre de 1878, pág. 1.
14. *The Gospel Kingdom,* pág. 234.
15. *Deseret News: Semi-Weekly,* 15 de junio de 1867, pág. 2; los párrafos se han cambiado.

CAPÍTULO 9

José Smith, el Profeta de la Restauración

José Smith, el Profeta y Vidente del Señor, ha hecho más por la salvación del hombre en este mundo, que cualquier otro que ha vivido en él, exceptuando sólo a Jesús[1].

De la vida de John Taylor

En marzo de 1837, John Taylor fue a Kirtland, Ohio, donde tuvo la oportunidad de conocer al profeta José Smith y de aprender más con respecto a los principios del Evangelio que hacía poco se había restaurado. En la época en que John Taylor visitó Kirtland, muchos miembros de la Iglesia criticaban al profeta José. Incluso algunos miembros del Quórum de los Doce fueron presos de ese espíritu de disensión, incluido Parley P. Pratt, que había enseñado el Evangelio a John Taylor por primera vez. Cuando el élder Pratt se acercó al hermano Taylor a expresar algunas de sus dudas con respecto al Profeta, el hermano Taylor le replicó:

"Me sorprende oírle hablar así, hermano Parley. Antes de marcharse de Canadá, usted dio un firme testimonio de que José Smith es un profeta de Dios y de la veracidad de la obra a que él dio comienzo; usted dijo que sabía eso por revelación y por el don del Espíritu Santo, y me exhortó encarecidamente que aunque usted mismo o un ángel del cielo me dijese otra cosa, yo no debía creerlo. Hermano Parley, yo no sigo a ningún hombre, sino que sigo al Señor. Los principios que usted me enseñó me llevaron a Él, y ahora tengo el mismo testimonio que usted tenía en ese entonces. Si la obra era verdadera hace seis meses, es verdadera hoy día; si José Smith era profeta entonces, él es profeta hoy día"[2]. En reconocimiento al mérito del élder Pratt,

El profeta José Smith "vivió grande y murió grande a los ojos de Dios y de su pueblo; y como la mayoría de los ungidos del Señor en tiempos antiguos, ha sellado su misión y obras con su propia sangre" (D. y C. 135:3).

éste no tardó en arrepentirse de esas ideas y siguió siendo un fiel y valiente siervo del Señor.

John Taylor siempre fue leal al profeta José Smith desde el día que le conoció, y estaban juntos cuando el Profeta fue martirizado. En un discurso que pronunció casi veinte años después de la muerte del profeta José, el élder Taylor dijo: "Aun si ninguna otra persona sobre la tierra supiera que José Smith es un Profeta de Dios, yo sé que lo es, y doy testimonio de ello ante Dios, ante los ángeles y ante los hombres"[3]. A lo largo de todo su ministerio, el élder Taylor se regocijó en enseñar que "Dios restauró Su antiguo Evangelio a José Smith, le dio revelación, los cielos le fueron abiertos y se le dio a conocer el plan de la salvación y de la exaltación de los hijos de los hombres[4].

Enseñanzas de John Taylor

José Smith fue preordenado para ser el Profeta de la Restauración.

No había nada distintivo con respecto [a José Smith], puesto que era un hombre como la mayoría de nosotros. Pero el Señor, por razones que estimo Él conoce, le seleccionó para que fuese Su portavoz ante las naciones en esta etapa del mundo. Tal vez José, al igual que muchos otros, fue apartado para cierto oficio antes de que el mundo fuese. Cristo fue el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo. Abraham fue apartado para su oficio y, del mismo modo, lo fueron muchísimos otros; y José Smith vino a realizar su obra[5].

Todos consideramos a José Smith profeta de Dios. Dios le llamó a ocupar el lugar que ocupó. ¿Hace cuánto tiempo? Hace miles de años, antes de que se formase este mundo. Los profetas profetizaron acerca de su venida al indicar que se levantaría un hombre cuyo nombre sería José y que el nombre de su padre sería José, y también que sería descendiente de José que fue vendido para Egipto. Hallarán esa profecía registrada en el Libro de Mormón [véase 2 Nefi 3:15]. El Señor le hizo preciosas y muy grandes promesas[6].

El Señor restauró la plenitud de Su Evangelio por conducto del profeta José Smith.

¿En qué condición se encontraba el mundo antes de que se introdujese el Evangelio que ahora predicamos?… ¿Dónde se podía hallar algo que se pareciera a lo que Jesús enseñó? En ninguna parte sobre toda la faz de la tierra. No había en ningún lugar apóstoles, ni profetas, ni pastores ni maestros, etc. ¿Me consta eso? Sí me consta, ¡porque yo vivía en el mundo en ese tiempo!, y sabía lo que había. Me relacionaba con sus maestros y estaba muy al tanto de las diversas sociedades y organizaciones. ¿Tenían el Evangelio como se encuentra en las Escrituras? No[7].

Yo no sabía que era necesario ser bautizado para perdón de los pecados sino hasta que el Evangelio me lo enseñó; y, no obstante, yo conocía la Biblia del principio al fin. Leía muchísimas cosas en las profecías y reflexionaba sobre el Milenio y sobre la congregación de Israel, pero no conocía el primer principio del Evangelio de Jesucristo. Y no hay nadie aquí que lo haya conocido. He viajado a muchos lugares del mundo y nunca he conocido a un sacerdote ni a un científico que conociese los primeros principios del Evangelio de Cristo en ningún país.

¿Qué podía hacer el Señor con el conjunto de necios e ignorantes que éramos? Había un hombre que tenía un poco de buen juicio y una chispa de fe en las promesas de Dios, el cual era José Smith, un muchacho campesino. Él creyó en el pasaje de las Escrituras que dice: "Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada" [véase Santiago 1:5]. A la vista del mundo tenía la insensatez suficiente, y a la vista de Dios, de los ángeles y de los en verdad inteligentes tenía la sabiduría suficiente para ir a un lugar apartado a pedir sabiduría a Dios, creyendo que Dios le oiría. El Señor sí le oyó y le dijo qué hacer[8].

José Smith el Profeta nos dio a conocer el mensaje de una revelación de Dios en el que indicaba que ángeles santos se le habían aparecido y le habían revelado el Evangelio eterno que existió en épocas antiguas, y que también se le aparecieron Dios

el Padre y Dios el Hijo, y que el Padre, señalando al Hijo, dijo: "Éste es mi Hijo Amado: ¡Escúchalo!" [Véase José Smith—Historia 1:17.] Moroni, un profeta que vivió en este continente, le reveló las planchas que contenían el Libro de Mormón, y, por el don y el poder de Dios, a José le fue posible traducirlas en lo que se conoce como el Libro de Mormón…

…Una vez que el Padre hubo presentado Su Hijo a José Smith, y que le hubo mandado escucharle, José fue obediente al llamamiento de Dios y atendió a los diversos mensajes que le dieron hombres que poseyeron el santo sacerdocio en las varias edades del mundo bajo la dirección del Unigénito. A él y a Oliver Cowdery se les mandó bautizarse el uno al otro, lo cual hicieron. Vino Juan el Bautista y les confirió el Sacerdocio Aarónico. Posteriormente vinieron Pedro, Santiago y Juan, a quienes en la época del Salvador se les otorgaron las llaves del Sacerdocio de Melquisedec, y les confirieron el Sacerdocio de Melquisedec. Después vinieron Adán, Noé, Abraham, Moisés, Elías el profeta, Elías y muchos personajes importantes que se mencionan en las Escrituras y que desempeñaron su función en las diversas dispensaciones, y confirieron a José las diversas llaves y los varios poderes, derechos, privilegios y prerrogativas especiales que ellos tuvieron en sus respectivas épocas.

A José se le mandó predicar este Evangelio y dar este testimonio al mundo. Se le enseñaron los mismos principios que se enseñaron a Adán, los mismos principios que se enseñaron a Noé, a Enoc, a Abraham, a Moisés, a los profetas y a Elías el profeta: los mismos principios que enseñaron Jesucristo y Sus apóstoles en los tiempos antiguos… acompañados del mismo sacerdocio y la misma organización, sólo que más completos, por motivo de que la dispensación actual es una combinación de las diversas dispensaciones que han existido en las diferentes edades del mundo, la cual se designa en las Escrituras como la dispensación del cumplimiento de los tiempos, en la que Dios reuniría en una todas las cosas, ya fuesen cosas del cielo o cosas de la tierra. Por consiguiente, sea cual haya sido la medida de conocimiento, del sacerdocio, de poderes y de revelaciones que se confirieron a esos hombres en las distintas etapas, fueron

restaurados a la tierra mediante la ministración —y por conducto— de los que poseyeron el santo sacerdocio de Dios en las diversas dispensaciones en las que vivieron[9].

A José Smith le enseñó el Señor.

¿Quién era José Smith? Un joven sin instrucción académica. ¿Hubiese podido él realizar cosa alguna para [el establecimiento del reino de Dios]? No, excepto que Dios se lo hubiera revelado. Él pidió a Dios sabiduría y la recibió. Hasta esa época, él no sabía de estas cosas más de lo que sabíamos ustedes y yo. Fue Dios y sólo Dios quien hizo estas cosas. "Dios escoge lo humilde y lo menospreciado del mundo para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia" [véase 1 Corintios 1:28–29]. Él escogió a José. ¿Por qué? Porque había llegado el tiempo de dar comienzo a la obra en la que tendrían parte todos los hombres importantes que poseyeron el santo sacerdocio de Dios en las épocas pasadas. José era el honroso instrumento escogido para dar comienzo a la obra[10].

José Smith era un hombre sin instrucción escolar, no recibió enseñanza académica de niño, creció en las Montañas Verdes de Vermont y no tuvo ninguna de las ventajas de lo que llamamos educación por medio de acción docente. El Señor lo llevó a Su escuela y le enseñó cosas que he visto dejar perplejos a muchos de los más expertos científicos, de los más profundos pensadores y de los hombres más eruditos con que me he encontrado en este mundo. ¿Por qué? Porque él fue enseñado por Dios. ¿A qué se referían esos principios? A la tierra en que vivimos; a los elementos de los cuales está compuesta; a los cielos que se elevan sobre nosotros; a los Dioses que existen en los mundos eternos; a los principios mediante los cuales la tierra ha sido organizada, sustentada, conservada y gobernada, y a su relación con otros planetas y sistemas planetarios. Al hablar de gobiernos, leyes y principios, él poseía más inteligencia que el noventa y nueve por ciento de las personas de la actualidad. Y procuró enseñar a los demás[11].

José Smith fue un hombre honorable y virtuoso que fue perseguido por los principios que enseñó.

Me relacioné con José Smith durante años. He viajado con él. He estado con él en público y en privado; hemos estado juntos en toda clase de consejos; he escuchado cientos de veces sus enseñanzas en público, así como sus consejos más privados a sus amigos y colaboradores. He estado en su casa y he visto su modo de proceder con su familia. Le he visto comparecer ante tribunales de este país y le he visto salir honorablemente absuelto y libre de las perniciosas calumnias, maquinaciones y falsedades de hombres malvados y corruptos. Estuve con él cuando vivía y estuve con él cuando murió: cuando fue asesinado en la cárcel de Carthage por una turba despiadada…

Le he visto en esas diversas circunstancias y testifico ante Dios, los ángeles y los hombres que era un hombre bueno, honorable y virtuoso, que sus doctrinas eran buenas, propias de las Escrituras y sanas, que sus preceptos eran los que corresponden a un hombre de Dios, que su carácter, tanto en público como en privado, era intachable, y que vivió y murió como un hombre de Dios y un caballero en toda la línea. Éste es mi testimonio. Y si se cuestiona la veracidad de él, haré una declaración jurada de mi atestiguación en presencia de una autoridad competente. Por tanto, testifico de las cosas que sé y de lo que he visto[12].

Cuando pensaba en el hecho de que nuestro noble líder, el Profeta del Dios viviente, había muerto, y en que yo había visto a su hermano envuelto en el frío velo de la muerte, sentía que para mí había quedado el más profundo vacío en el mundo, que se había hecho un sombrío y lúgubre abismo en el reino, y que habíamos quedado solos. ¡Ah, cuán intensa era la soledad que sentía! ¡Cuán frío, desierto y desolado había quedado todo! En medio de las dificultades, él era siempre el primero en ponerse en acción; en las situaciones de importancia trascendental, siempre se buscaba su consejo. Como nuestro profeta, acudía a Dios en oración, y Dios le daba a conocer Su voluntad referente a nosotros. Pero nuestro profeta, nuestro consejero, nuestro general, nuestro líder ya se había ido de esta vida, y en medio de

las terribles tribulaciones que entonces tuvimos que pasar, quedamos solos, sin su ayuda; y en lo que tenía que ver con nuestra futura guía con respecto a las cosas espirituales o temporales, y a todas las cosas referentes a este mundo y al venidero, él había hablado por última vez en la tierra.

Esas reflexiones y mil otras cruzaban mi mente como un relámpago. Pensaba: *¿Por qué los nobles de Dios, la sal de la tierra, los más elevados de la familia humana y los ejemplos más perfectos de la verdadera grandeza deben caer víctimas del cruel y diabólico odio de hombres endemoniados?*[13].

José Smith fue un hombre virtuoso, de carácter noble, honorable, todo un caballero y cristiano. Pero él introdujo principios que acometen a las partes fundamentales de los sistemas corruptos de los hombres, y que necesariamente atacan sus predisposiciones, sus prejuicios y sus intereses; y como éstos no pueden derribar sus principios, atacan su carácter. Ésa es una de las razones por las que se han escrito tantos libros en los que se ataca su carácter, sin tocar sus principios, y también una de las razones por las que nos enfrentamos con tanta oposición. Sin embargo, la verdad, la verdad eterna, es invulnerable; no puede ser destruida y, como el trono de Jehová, sobrevivirá a todos los ataques de los hombres y vivirá para siempre[14].

El martirio del profeta José no podía detener el avance del reino de Dios.

Recuerdo muy bien la ocasión en que murió José Smith… Pero ésos son asuntos que, aun cuando son de una enorme importancia para nosotros, relativamente no tienen mucho que ver con la edificación de la Iglesia y reino de Dios sobre la tierra ni con Su obra a la cual todos nos hallamos consagrados.

Cuando el Señor reveló a José Smith el Evangelio eterno, le dio a conocer Sus propósitos y designios con relación a la tierra en que vivimos, y le dio conocimiento de Su ley, de las ordenanzas del Evangelio y de la doctrina de esto. No lo hizo simplemente con objeto de elevarle como hombre, sino por el beneficio de la sociedad, por el bien del mundo y por el bien de

los vivos y de los muertos, de conformidad con los decretos y los designios que Jehová estableció antes de que el mundo existiese, cuando alababan todas las estrellas del alba.

El Señor tenía Sus designios con respecto a la tierra y los habitantes de ella, y en éstos, los últimos días, Él estimó conveniente revelar y restaurar, por conducto de Su siervo José Smith, lo que llamamos el nuevo y sempiterno Evangelio; nuevo para el mundo en la actualidad, por motivo de sus tradiciones, sus insensateces y debilidades, así como sus credos, opiniones y nociones, y sempiterno porque existió con Dios, y porque existió con Él antes de que el mundo fuese y seguirá existiendo aun cuando un cambio suceda a otro sobre esta tierra, y cuando la tierra haya sido redimida y todas las cosas hayan sido renovadas, y mientras duren la vida, el pensamiento y la existencia, y perdure la inmortalidad.

Por consiguiente, el Evangelio es sempiterno aun cuando es nuevo para el mundo. Fue establecido, como he indicado, para el beneficio de la humanidad. Nuestros padres, los antiguos profetas y apóstoles, así como los hombres de Dios que vivieron en las diferentes edades del mundo y que administraron en el santo sacerdocio mientras vivieron sobre la tierra y que ahora administran en los cielos, los cuales tomaron parte en la introducción de esta obra, junto con Dios nuestro Padre Celestial y Jesús, el Mediador del nuevo convenio, hoy en día se sienten interesados "en que ruede esta obra" [véase D. y C. 65:2] y en el cumplimiento de los propósitos que Dios proyectó desde antes de la fundación del mundo. A Dios y a Su Hijo, y a esos hombres, debemos la luz y la inteligencia que se nos ha comunicado, y estaremos en deuda con Ellos a lo largo del tiempo por la misma clase de conocimiento e inteligencia para sustentarnos y dirigirnos[15].

El concepto de que la Iglesia se desorganizaría y desintegraría porque el Profeta y el patriarca fueron muertos es absurdo. Esta Iglesia lleva en sí el germen de la inmortalidad; no es del hombre ni ha sido hecha por el hombre: procede de Dios. Ha sido organizada según el modelo de las cosas celestiales, mediante los principios de la revelación: al abrirse los cielos, por

medio de la ministración de ángeles y por las revelaciones de Jehová. No la afecta la muerte de uno, ni de dos ni de cincuenta personas; posee el sacerdocio según el orden de Melquisedec, tiene el poder de una vida eterna, "sin principio de días ni fin de años" [D. y C. 84:17]. Ha sido organizada con el objetivo de salvar a esta generación y a las generaciones pasadas. Existe en el tiempo y existirá en la eternidad. ¿Fallará esta Iglesia? ¡No! Los tiempos y las estaciones podrán cambiar, podrá haber una revolución tras otra; tronos se derribarán e imperios se disolverán; los terremotos rasgarán la tierra desde el centro hasta la superficie; las montañas podrán ser arrancadas de su lugar y el poderoso océano podrá ser desplazado de su fondo, pero en medio de la destrucción de mundos y materia, la verdad, la verdad eterna, permanecerá inalterable, y los principios que Dios ha revelado a Sus santos quedarán ilesos en medio de la conmoción de los elementos y seguirán siendo tan firmes como el trono de Jehová[16].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Qué impresión le producen los sentimientos de John Taylor con respecto al profeta José Smith? ¿De qué maneras podemos seguir el ejemplo que él dio al defender al profeta José?
- ¿Por qué es importante que usted sepa que José Smith fue preordenado para ser profeta? (Véase también D. y C. 138:53–56.)
- ¿Por qué es importante tener un testimonio de que José Smith fue un profeta de Dios? ¿Cómo llegó usted a tener un testimonio de esta verdad?
- ¿Cómo puede usted ayudar a los que tengan dificultad para obtener o fortalecer su testimonio del profeta José? ¿Qué bendiciones ha experimentado usted al dar testimonio del profeta José Smith?
- ¿Por qué nuestra época se describe como "la dispensación del cumplimiento de los tiempos"?

- ¿De qué modo han sido usted y su familia bendecidos por las verdades y los poderes que fueron restaurados por conducto de José Smith?
- ¿Por qué no era necesario que José Smith tuviese una preparación académica? (Véase también D. y C. 1:24–28; 136:32–33.) ¿Qué cualidades tenía José que le prepararon para cumplir con su llamamiento? ¿Cómo podría su ejemplo servirnos a nosotros para cumplir con nuestros llamamientos?
- ¿Qué significa para usted saber que la Iglesia ha continuado creciendo a pesar de la muerte del profeta José Smith?

Pasajes relacionados: D. y C. 1:29–30, 38; 21:1–8; 65:2; 128:19–23; 135; José Smith—Historia 1:1–75.

Notas

1. D. y C. 135:3.
2. Véase B. H. Roberts, *The Life of John Taylor* (1963), págs. 39–40.
3. *Deseret News* (Weekly), 25 de marzo de 1863, pág. 306.
4. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 33.
5. *Deseret News: Semi-Weekly,* 1° de junio de 1875, pág. 1.
6. *The Gospel Kingdom,* pág. 121.
7. *The Gospel Kingdom,* pág. 125.
8. *Deseret News* (Weekly), 28 de diciembre de 1859, pág. 337; los párrafos se han cambiado.
9. *Deseret News: Semi-Weekly,* 18 de abril de 1882, pág. 1.
10. *Deseret News: Semi-Weekly,* 22 de agosto de 1876, pág. 1.
11. *Deseret News: Semi-Weekly,* 22 de julio de 1884, pág. 1.
12. *The Gospel Kingdom,* pág. 355; los párrafos se han cambiado.
13. *The Gospel Kingdom,* pág. 362.
14. *The Gospel Kingdom,* págs. 355–356.
15. *Deseret News: Semi-Weekly,* 16 de abril de 1878, pág. 1; los párrafos se han cambiado.
16. *The Gospel Kingdom,* págs. 364–365.

CAPÍTULO 10

La importancia de la educación

Nos encontramos aquí como pueblo… para que adquiramos toda verdad, toda virtud, todo principio de inteligencia que se conoce entre los hombres, junto con los principios que Dios ha revelado para nuestra orientación particular, para que los apliquemos a nuestra vida diaria y de ese modo nos eduquemos tanto nosotros mismos como a nuestros hijos en todo lo que eleva al hombre[1].

De la vida de John Taylor

En 1877, el presidente John Taylor fue elegido para ocupar el cargo de superintendente territorial de las escuelas del distrito de Utah. En ese cargo, él procuró nombrar a los maestros mejor preparados para enseñar a los niños y a los jóvenes. Además, constantemente seguía la marcha de las estadísticas referentes al nivel y a la calidad de la enseñanza —no sólo en Utah, sino en todos los estados y los territorios de los Estados Unidos—, a fin de contar con un concepto acertado del nivel de educación de los Santos de los Últimos Días. Recibió, por su administración del sistema escolar, una carta de encomio del administrador de educación del gobierno de los Estados Unidos[2]. La carta era un reconocimiento merecido, dado que la vida del presidente Taylor reflejaba su amor al aprendizaje y a la enseñanza.

Desde los estudios que cursó de niño en Inglaterra hasta el servicio que prestó como Presidente de la Iglesia, John Taylor estudió y se esforzó constantemente por magnificar la inteligencia que el Señor le dio. Su diligencia en su empeño de aprender le permitió ayudar al crecimiento de la Iglesia en muchas formas, una de las cuales se concretó mientras cumplía una misión en Francia. Aun cuando había estado en el país desde

El presidente Taylor creía firmemente en la educación y en el aprendizaje a lo largo de toda la vida. Él fue un experto artesano, hombre de negocios, escritor y orador.

hacía corto tiempo, participó en la traducción del Libro de Mormón tanto en francés como en alemán e inició la publicación de dos periódicos mensuales de la Iglesia en esos idiomas[3].

Entre los muchos escritos de John Taylor sobre temas del Evangelio se cuentan cartas, folletines, himnos, folletos, artículos periodísticos y libros. Uno de sus libros, titulado *The Government of God* ("El gobierno de Dios") fue encomiado por un célebre historiador estadounidense, que escribió: "Como escrito sobre un tema general y abstracto, no tiene parangón en el ámbito de la literatura mormona. El estilo es elevado y claro, y cada página denota el gran conocimiento del autor. En calidad de estudioso de historia antigua y moderna, de teólogo y de filósofo ético, el presidente Taylor es con toda justicia digno de contarse entre los mejores"[4].

Además de sus muchos escritos, el dominio del lenguaje del presidente Taylor, aunado a su testimonio del Evangelio, produjo muchos sermones inspiradores e instructivos. El élder B. H. Roberts escribió: "Los santos que le han escuchado durante medio siglo recordarán mientras vivan su presencia imponente, su magnetismo personal, el vigor y la potencia de sus discursos, y los grandes principios de los que hablaba… Su elocuencia era como un caudaloso y desbordante río que cubría riquísimas regiones del pensamiento"[5].

Enseñanzas de John Taylor

Debemos "participar con diligencia en la causa de la educación" tanto por nosotros mismos como por nuestros hijos.

Deseamos… participar con diligencia en la causa de la educación. El Señor nos ha mandado adquirir conocimiento tanto por el estudio como por la fe, y buscarlo en los mejores libros [véase D. y C. 88:118]. Es nuestro deber enseñar a nuestros hijos y proporcionarles instrucción en todos los ramos de la educación que fomenten su bienestar[6].

Nos encontramos aquí como pueblo… no para imitar al mundo, excepto en lo que es bueno… sino para que adquiramos

toda verdad, toda virtud, todo principio de inteligencia que se conoce entre los hombres, junto con los principios que Dios ha revelado para nuestra orientación particular, para que los apliquemos a nuestra vida diaria y de ese modo nos eduquemos tanto nosotros mismos como a nuestros hijos en todo lo que eleva al hombre… Debemos procurar saber más acerca de nosotros mismos y de nuestro organismo, de lo que sea más beneficioso para la salud y de cómo conservar la salud y evitar las enfermedades; saber qué alimentos consumir y qué beber, y de qué abstenernos de ingerir. Hemos de estar más al tanto de la fisiología del organismo humano y vivir de acuerdo con las leyes que lo gobiernan, para que nuestros días se alarguen en la tierra que el Señor nuestro Dios nos ha dado. Y para que nos comprendamos más a fondo nosotros mismos, debemos estudiar los mejores libros y hacerlo con fe. Entonces, fomentemos y alentemos la educación entre nosotros.

Enseñen a sus hijos a ser inteligentes e industriosos. Enséñenles primeramente la importancia de tener un cuerpo sano y la forma de conservarlo saludable y vigoroso; enséñenles a tener la virtud y la castidad en la más alta estima. Del mismo modo, aliéntenlos a desarrollar las facultades intelectuales de que se les ha dotado. También se les debe enseñar con respecto a la tierra en que viven, así como a sus propiedades y a las leyes que la gobiernan. Y se les debe instruir con respecto a Dios que hizo la tierra, a los designios y a los propósitos por los que la creó y puso al hombre en ella… Y se les debe enseñar que sea cual sea la ocupación que deseen tener deben desempeñarla con inteligencia. Los padres deben hacer todo lo posible por incentivar a sus hijos a llevar a cabo lo que deban efectuar con inteligencia y entendimiento…

Es sumamente necesario que aprendamos a leer, a escribir y a hablar nuestro propio idioma correctamente. Si hay personas cuya educación es deficiente, éstas deben empeñarse con mayor ahínco por lograr que esa deficiencia no se perpetúe en sus hijos. Debemos hacer mayores esfuerzos de los que hacemos por la instrucción y educación de nuestros jóvenes. Debemos sentir alegría y satisfacción al hacer todo lo que esté a nuestro

alcance por lograr que ellos se encuentren al menos en igualdad de condiciones con los demás seres humanos en lo que toca a instrucción, puesto que al elevarlos a ellos honramos nuestro propio nombre y glorificamos a Dios el Padre. El llevar eso a cabo requiere esfuerzo y medios, y también perseverancia y determinación de parte de todas las personas interesadas[7].

Hagan lo que hagan, seleccionen con cuidado a los maestros. No deseamos que incrédulos formen a nuestros hijos, ya que éstos son una responsabilidad valiosísima que nos ha dado el Señor y no está de más ejercer el mayor cuidado al criarlos y enseñarles. Preferiría que a mis hijos les enseñasen las nociones elementales de una instrucción común hombres de Dios y que estuviesen bajo la influencia de éstos a que los instruyeran en las ciencias más complejas hombres que no creyesen en Dios ni en principios correctos…

Es preciso que prestemos más atención a los asuntos educativos y que hagamos todo lo que podamos por conseguir los servicios de maestros competentes. Algunos dicen que resulta demasiado caro pagarles, pero ocurre que no pueden darse el lujo de no emplearlos. Deseamos que nuestros hijos crezcan con inteligencia y que estén en el mismo nivel de preparación académica que las gentes de cualquier nación. Dios espera que lo hagamos y por eso les hago presente este asunto. He oído decir a hombres inteligentes y prácticos que cuesta lo mismo mantener un caballo fino que uno ordinario, y que cuesta lo mismo criar ganado de buena calidad que ganado de calidad inferior. ¿No cuesta acaso lo mismo criar buenos hijos inteligentes que criar hijos en la ignorancia?[8].

Toda verdadera inteligencia proviene de Dios y expande nuestra mente y nuestra alma.

El hombre, mediante el razonamiento y el ejercicio de su inteligencia natural puede adquirir, hasta cierto punto, un entendimiento de las leyes de la Naturaleza. Pero para comprender a Dios, es indispensable tener sabiduría e inteligencia celestiales[9].

Es conveniente que a las personas se les enseñen la historia y las leyes de las naciones, que conozcan los principios de la justicia y de la equidad, así como la naturaleza de las enfermedades y las propiedades medicinales de las plantas, etc. Pero no deben estar sin el conocimiento de Dios, ya que, de hecho, toda rama del verdadero conocimiento que ha llegado al hombre ha tenido su origen en Dios, y las personas han llegado a adquirirlo por medio de Su palabra o de Sus obras… Todo entendimiento que tienen las personas en la tierra, ya sea en el ámbito religioso, científico o político, procede de Dios. Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de Él, la fuente de la luz y la verdad, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación. El conocimiento del gobierno y de las leyes de la sociedad humana ha provenido de la sociedad humana misma, la cual Dios ha organizado[10].

No hay hombre que viva, ni nunca ha vivido hombre alguno que haya sido capaz de enseñar las cosas de Dios sin que haya sido enseñado, instruido y dirigido por el espíritu de revelación que procede del Todopoderoso. Por consiguiente, no hay persona alguna que pueda recibir la verdadera inteligencia y formarse un juicio correcto con respecto a los principios sagrados de la vida eterna, excepto que se encuentre bajo la influencia de ese mismo espíritu, por lo que tanto oradores como oidores están en las manos del Todopoderoso[11].

Los principios del Evangelio tienen por objeto expandir la mente, ensanchar el alma, incrementar la capacidad y hacer que todas las personas comprendan su relación con Dios y su relación de las unas con las otras, a fin de que todos seamos partícipes de las mismas bendiciones; para que todos seamos inteligentes, de modo que todos seamos entendidos en las cosas del reino de Dios y todos estemos preparados para la herencia celestial en los mundos eternos. Ésa es la diferencia que hay entre el sistema que hemos adoptado y los sistemas del mundo, siendo éstos de los hombres y aquél de Dios… El reino de Dios eleva lo bueno, bendice a todos, ilumina a todos, expande la mente de todos y pone al alcance de todos las bendiciones de la eternidad… Aprecio toda verdadera inteligencia tanto en el

campo de los valores morales como en el social, el científico, el político o el filosófico…

La verdad y la inteligencia favorecen el incremento de la capacidad, expanden el alma y hacen ver al hombre su verdadero lugar, su relación consigo mismo y con su Dios, tanto en lo que respecta al presente como al futuro, para que sepa de qué manera debe vivir en la tierra a fin de prepararse para existir con los Dioses en los mundos eternos…

Los principios de la verdad nos enlazan a los unos con los otros y nos hacen actuar en unión y con fortaleza. Esos principios elevan nuestros sentimientos, animan nuestras almas y nos hacen sentir gozosos y dichosos en todas las circunstancias; son luz, son verdad, son inteligencia, provienen de Dios y conducen a Dios, a la exaltación y a la gloria celestial. Nos sentimos alborozados porque tenemos en nuestro interior los principios de la vida eterna, porque hemos participado del manantial de la vida y conocemos nuestra relación con el Señor[12].

La Iglesia contribuye a educarnos con respecto a este mundo y al mundo venidero.

Necesitamos que se nos enseñe constantemente, línea por línea, precepto por precepto, un poco aquí y un poco allí. Por eso tenemos las diversas organizaciones del sacerdocio… para enseñar, instruir y ahondar en todos los aspectos de la vida, ya sea que pertenezcan a este mundo o al mundo venidero[13].

Tenemos nuestras Sociedades de Socorro… Yo me encontraba en Nauvoo cuando el profeta José Smith organizó la Sociedad de Socorro y estuve presente en la ocasión…

Con respecto a las hermanas de esta organización, diré que han realizado un buen trabajo y que constituyen una gran ayuda para nuestros obispos, puesto que tienen aptitud especial para consolar, bendecir y animar a las hermanas que necesitan de su atención, así como para visitar a los enfermos, para aconsejar e instruir a las mujeres jóvenes en lo que toca a su llamamiento como santas hijas del Altísimo. Tengo el placer de decir que tenemos muchas mujeres honorables y nobles consagradas a

Alumnos y maestros de la escuela "Plain City" de Utah, en 1884. El presidente Taylor exhortó a los santos a "fomentar la educación y el desarrollo de la inteligencia en todo sentido… y [a] magnificar los dones que Dios les [había] dado".

esos trabajos de amor, y el Señor las bendice en las obras que efectúan, y yo las bendigo en el nombre del Señor. Digo a nuestras hermanas: Continúen siendo diligentes y fieles en la tarea de procurar el bienestar y la felicidad de las hermanas, instruyan y enseñen a sus propias hijas en el temor de Dios y enseñen a las hermanas a hacer lo mismo, a fin de que todos seamos bendecidos por el Señor y nuestros hijos con nosotros[14].

En seguida, tenemos nuestras Escuelas Dominicales, y muchos de nuestros hermanos y de nuestras hermanas realizan en ellas una buena obra. Quisiera aconsejar a los [presidentes] de las Escuelas Dominicales que se esfuercen por buscar a las personas con mejor talento que puedan hallar para que enseñen e instruyan a nuestros niños. ¿En qué obra más grande o más honorable podemos ocuparnos que en la de enseñar a los niños los principios de la salvación? A ustedes, los que son diligentes y ponen todo su empeño en estas cosas, Dios los bendecirá,

y llegará el día en que los jóvenes de Israel se levantarán y los llamarán bienaventurados[15].

Si nos valemos de la educación rectamente, ésta nos ayudará a edificar Sión.

Es provechoso que los élderes aprendan idiomas por motivo de que podrán tener que ir a países extranjeros, y deben poder hablar con la gente y no hacer el ridículo… Quizás ustedes digan que pensaron que el Señor les daría el don de lenguas. Pero Él no lo hará si somos demasiado perezosos para estudiar esas lenguas. Nunca he pedido al Señor que haga lo que yo podía hacer por mi parte.

Debemos aprender de todas las cosas, adquirir conocimiento tanto por el estudio como por la fe. Se nos ha mandado buscar conocimiento en los mejores libros y aprender de gobiernos, naciones y leyes. Es preciso que los élderes de esta Iglesia estudien esas cosas, a fin de que cuando vayan a las naciones del mundo no deseen regresar a casa sin haber llevado a cabo una buena obra[16].

Dios espera que Sión llegue a ser la alabanza y la gloria de toda la tierra, a fin de que reyes, al oír de su fama, vengan a contemplar su gloria… Él desea que observemos Sus leyes y le temamos, y que vayamos de mensajeros a las naciones, con el poder del sacerdocio que se nos ha conferido, buscando "primeramente el reino de Dios y su justicia" [Mateo 6:33], buscando primero el bienestar y la felicidad de nuestros semejantes…

Entonces, debemos fomentar la educación y el desarrollo de la inteligencia en todo sentido, y cultivar gustos literarios. Las personas con talento literario y científico deben perfeccionarlo; todos deben magnificar los dones que Dios les ha dado. Eduquen a sus hijos y procuren que los que les enseñen tengan fe en Dios y en Sus promesas, así como inteligencia… Si hay algo bueno y digno de encomio, ya sea en valores morales, en religión, en las ciencias o en cualquier otra cosa que tenga por objeto elevar y ennoblecer al hombre, debemos procurarlo.

Y sobre todas nuestras posesiones adquiramos inteligencia [véase Proverbios 4:7], esa inteligencia que emana de Dios[17].

El gran principio que tenemos que concretar es llegar al conocimiento de Dios, así como al conocimiento de la relación que tenemos los unos con los otros, de los diversos deberes que tenemos que cumplir en las varias esferas de la vida en las que seamos llamados a actuar como seres mortales e inmortales, inteligentes y eternos, a fin de que podamos magnificar nuestro llamamiento y ser dignos ante Dios y los santos ángeles. Si adquirimos esa clase de conocimiento, nos irá bien, porque eso es el mayor beneficio que podemos recibir de todo lo que hagamos; ello abarca todo lo que anhelamos[18].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Qué significa que usted "participe con diligencia en la causa de la educación"? ¿Qué experiencias ha tenido que le hayan demostrado la importancia de la educación?
- ¿Qué oportunidades existen de que usted amplíe su instrucción? ¿Cómo puede aprovechar esas oportunidades del modo más eficaz? ¿Por qué es importante que continuemos aprendiendo a lo largo de nuestras vidas? ¿En qué forma pueden nuestra preparación y nuestro aprendizaje contribuir a edificar el reino de Dios?
- ¿Por qué es importante instruirnos tanto nosotros mismos como a nuestros hijos con respecto a la conservación de la salud? ¿Cómo podemos hacer eso?
- ¿Por qué es importante tener buenos maestros para nuestros hijos? ¿Qué podemos hacer para garantizar que nuestros hijos tengan maestros bien preparados y de elevados valores morales? ¿Qué más podemos hacer para participar en la educación de nuestros hijos?
- ¿Qué conocimiento ha adquirido usted al participar en las diferentes organizaciones de la Iglesia? ¿Por qué algunas personas sacan tan poco provecho de la instrucción que reciben en la Iglesia mientras que otras adquieren tanto? ¿Cómo podemos tanto nosotros mismos como nuestros hijos

obtener el máximo provecho de las clases y de los programas de nuestra Iglesia?

- ¿Qué puede hacer usted para manifestar su agradecimiento a las personas que les enseñan tanto a usted como a sus hijos?
- El presidente Taylor enseñó que "el gran principio que tenemos que concretar es llegar al conocimiento de Dios". ¿Por qué deben el Señor y Sus enseñanzas constituir la parte central de nuestro estudio y aprendizaje? ¿Qué significa para usted aprender "tanto por el estudio como por la fe"?

Pasajes relacionados: Proverbios 4:7; Juan 8:31–32; D. y C. 88:77–80; 93:36; 130:18–21.

Notas

1. *Deseret News: Semi-Weekly,* 12 de junio de 1883, pág. 1.
2. Véase B. H. Roberts, *The Life of John Taylor* (1963), pág. 323.
3. Véase *The Life of John Taylor,* págs. 228–232.
4. Hubert Howe Bancroft, *History of Utah* (1890), pág. 433.
5. Véase *The Life of John Taylor,* págs. 430–433.
6. *Deseret News: Semi-Weekly,* 4 de junio de 1878, pág. 1.
7. *Deseret News: Semi-Weekly,* 12 de junio de 1883, pág. 1.
8. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 273.
9. *The Gospel Kingdom,* pág. 73.
10. *The Gospel Kingdom,* pág. 271.
11. *The Gospel Kingdom,* pág. 275.
12. *Deseret News* (Weekly), 30 de septiembre de 1857, pág. 238.
13. *The Gospel Kingdom,* pág. 134.
14. *The Gospel Kingdom,* págs. 178–179.
15. *The Gospel Kingdom,* pág. 276.
16. *The Gospel Kingdom,* págs. 78–79; los párrafos se han cambiado.
17. *Deseret News: Semi-Weekly,* 24 de septiembre de 1878, pág. 1.
18. *Deseret News* (Weekly), 30 de septiembre de 1857, pág. 238.

CAPÍTULO 11

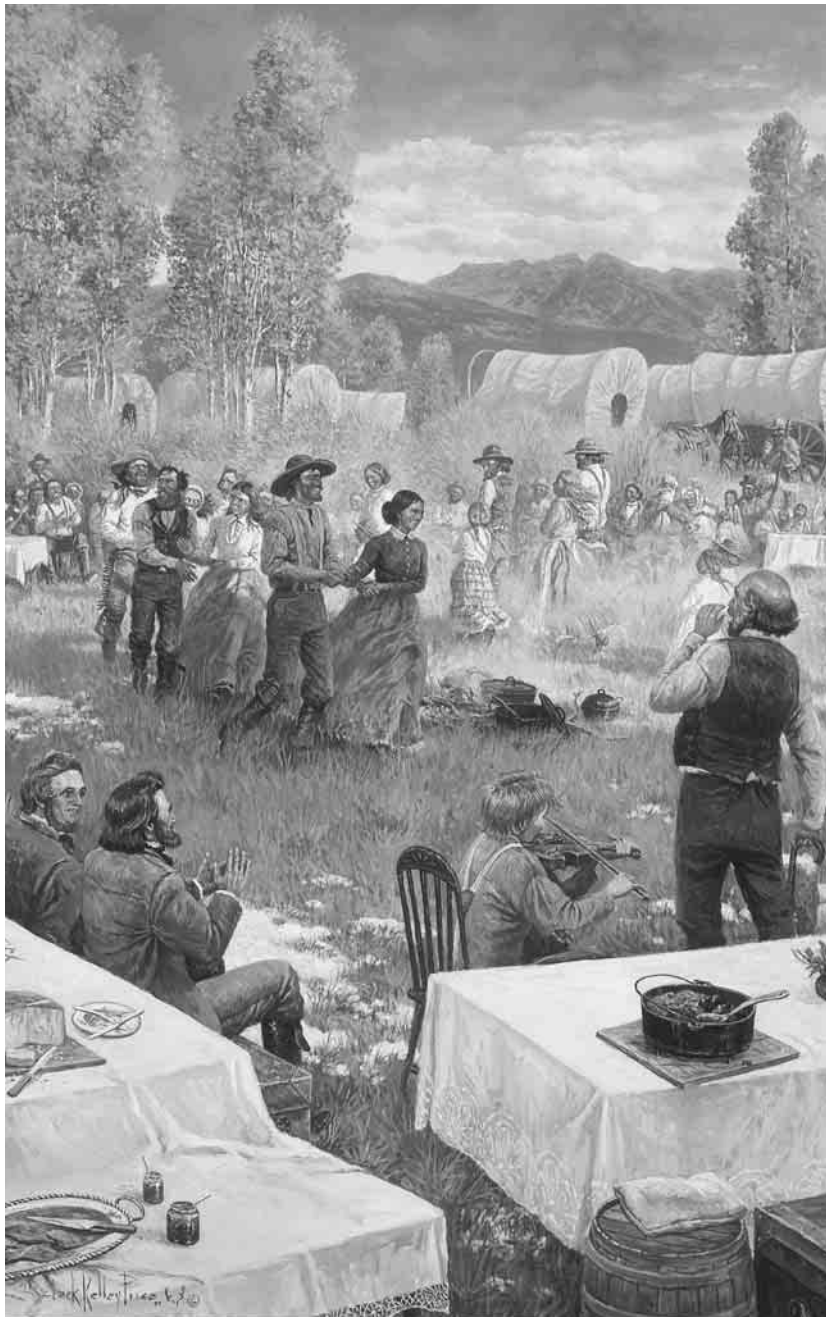
El hallar regocijo en la vida

Los santos deben procurar hallar todo lo que sea bueno y que tenga por objeto fomentar la felicidad de la familia humana[1].

De la vida de John Taylor

A finales de junio de 1847, un grupo grande de santos dirigidos por el élder John Taylor y el élder Parley P. Pratt salieron del invernadero (Winter Quarters) para viajar al Oeste. Hacia septiembre de ese mismo año, llegaron al lado este de las Montañas Rocosas, a una distancia de unos 485 ó 695 km del Valle de Salt Lake. Durante la primera semana de septiembre, nevó copiosamente y muchos de los santos comenzaron a desalentarse. En esos mismos días, el presidente Brigham Young y varios miembros de los Doce regresaban a Winter Quarters desde el Valle de Salt Lake, y se encontraron con el grupo del élder Taylor. En medio de la nieve y de la creciente preocupación de los que viajaban al Valle de Salt Lake, el élder Taylor alentó a todos a tener buen ánimo y se reunió a deliberar en consejo con el presidente Young, los miembros de los Doce que acompañaban a éste, y los demás hermanos líderes del grupo.

Mientras los hermanos se encontraban reunidos, el cielo se despejó y el sol no tardó en derretir la nieve. Sin decir nada al resto del grupo, varias de las hermanas fueron a un lugar apartado, cubierto de hierba y rodeado de arbustos, donde improvisaron mesas que adornaron con manteles blancos y vajilla de buena calidad. Un relato escrito de aquello dice que "se mató 'el becerro gordo'; se prepararon en abundancia carnes de animales de caza y pescado, y se sirvieron frutas, jaleas y salsas reservadas para las ocasiones especiales, de manera que se hizo un festín espléndido".



"Dios ha proyectado que tengamos regocijo. No creo en una religión que haga a las personas sentirse tristes, melancólicas [ni] desdichadas".

Cuando la reunión hubo terminado, se invitó tanto a los hermanos que habían estado en ella como a más de cien otros miembros del grupo a la inesperada comida, donde disfrutaron de un excelente banquete. En el relato se hace constar lo siguiente: "Cuando hubo concluido la cena y se hubo despejado el lugar, se hicieron los preparativos para el baile. En breve, se unió a la agradable algarabía de la risa y la animada conversación el festivo son del violín… Entre baile y baile se intercalaron canciones y recitaciones. 'Nos sentimos mutuamente edificados y bendecidos', escribió el élder Taylor, y añadió: 'Alabamos al Señor y nos bendijimos unos a otros' "[2].

Los Santos de los Últimos Días siempre han creído en hallar felicidad en la vida, ya sea al disfrutar de la belleza y exuberancia de la naturaleza, al reunirse para realizar sanas actividades sociales o al meditar en las verdades del Evangelio. John Taylor enseñó: " 'La vida y la búsqueda de la felicidad' deben captar la atención de todos los seres inteligentes". Al paso que él creía que podemos experimentar gran regocijo en esta vida, también enseñó que "la mayor felicidad que podemos alcanzar consiste en obtener la aprobación de nuestro Padre Celestial, en temer a Dios, en llegar a conocer Sus leyes junto con los principios de la verdad eterna y con las cosas que consideremos fomenten en la mejor forma posible no tan sólo nuestra felicidad temporal sino también nuestra felicidad eterna"[3].

Enseñanzas de John Taylor

Dios desea que disfrutemos de la vida.

Nos gusta estar contentos, y eso está bien. Dios ha proyectado que tengamos regocijo. No creo en una religión que haga a las personas sentirse tristes, melancólicas, desdichadas y desprovistas de alegría… No creo que haya nada grande ni bueno con respecto a eso, puesto que todo lo que nos rodea, los árboles, las aves, las flores y los verdes campos son tan gratos y cautivadores: los insectos y las abejas que zumban y revolotean, los corderillos que retozan y juguetean. Si todo disfruta de la vida, ¿por qué no hemos de disfrutar de ella nosotros? Sin

embargo, es preciso hacerlo correctamente y no corromper ninguno de los principios que Dios ha dado a la familia humana[4].

¿Hay algo triste en las obras que Dios ha hecho? Adondequiera que nos volvamos a mirar, veremos armonía, hermosura, jovialidad y belleza.

Las bendiciones de la Providencia fueron hechas para el hombre y para que se regocije; él ha sido puesto a la cabeza de la Creación. Por él la tierra rebosa de abundancia; el dorado grano, la deliciosa y suculenta fruta, las mejores vides y enredaderas; para él, las hierbas y las flores adornan la tierra, despiden la magnífica fragancia de su perfume y despliegan su estupenda belleza… Para él, florecen los arbustos y las enredaderas, y la naturaleza se viste con sus más suntuosas galas; los arroyos con sus aguas ondulantes, las puras aguas de los manantiales, las cristalinas aguas de los ríos fluyen para él, toda la naturaleza despliega sus regios encantos y le invita a participar de su júbilo, de su belleza, de su inocencia y a adorar a su Dios.

Y con respecto a que ¡hay melancolía en el temor de Dios y en el estar a Su servicio! Es la corrupción del mundo lo que ha hecho desdichados a los hombres, y la corrupción de la religión lo que la ha hecho triste: ésas son las desdichas que se han ocasionado los hombres y no las bendiciones de Dios. ¡Y en lo que toca a lo lúgubre! ¿Hay algo de lúgubre en el trinar de las aves, en las cabriolas que hace el caballo, en lo juguetón de los corderitos o de los cabritos, en la hermosura de las flores, en cualquiera de las cosas bellísimas de la naturaleza, o en Dios, que los hizo, o en el estar a Su servicio?[5].

La recreación en compañía de otras personas puede ser compatible con la verdadera religión.

Hay personas que consideran que el violín, por ejemplo, es un instrumento del diablo y que es muy malo utilizarlo. Yo no pienso así, pues me parece un instrumento espléndido al son del cual se puede bailar. Pero hay quienes piensan que no debemos bailar. Sí, debemos disfrutar de la vida en cualquier forma que podamos. Algunas personas se oponen a la música.

¡Pero si la música impera en los cielos y entre las aves! Dios las ha llenado de ella. No hay nada más agradable y placentero que ir a los bosques o andar entre los arbustos temprano por la mañana y escuchar los trinos y las deliciosas melodías de las aves, lo cual está en perfecta armonía con nuestra capacidad natural de apreciar tales cosas.

Ni siquiera podemos concebir lo excelso de la música que tendremos en el cielo. Podría decirse que, como uno de los apóstoles dijo con respecto a otra cosa: "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman" [véase 1 Corintios 2:9]. No podemos imaginarnos la eminencia, ni la belleza, ni la armonía ni la sinfonía de la música de los cielos.

Nuestro objetivo es obtener todo lo que sea bueno y allegarnos a ello, y rechazar todo lo que sea malo. Una de las razones por las que la gente religiosa del mundo se opone a la música y al teatro es porque la corrupción se ha mezclado con éstos. Hombres malvados y corruptos se relacionan con esas cosas y las degradan. Pero, ¿hay alguna razón por la que los santos no deban disfrutar de los dones de Dios? ¿Es eso un principio correcto? Desde luego que no. Los santos deben procurar hallar todo lo que sea bueno y que tenga por objeto fomentar la felicidad de la familia humana…

En todas nuestras diversiones debemos velar por que las cosas se realicen con corrección y nunca debemos olvidar comportarnos como damas y caballeros; hemos de eliminar la rebeldía [o sea, la desobediencia] y la insolencia para con los demás, y tratar a todas las personas con amabilidad, cortesía y respeto[6].

La recreación y las diversiones en un grupo social no son incompatibles con el comportamiento correcto y la verdadera religión. En lugar de prohibir la representación de obras teatrales y desautorizarlas, los Santos de los Últimos Días se han propuesto controlarlas y conservarlas libres de influencias impuras; se han propuesto conservar el teatro como el lugar al que todos puedan concurrir con el fin de entretenerse sanamente. Por consiguiente, nuestros líderes han asistido a esos lugares con la idea de que, con su presencia, se refrenen todas

las prácticas y las influencias que pudiesen resultar dañinas para los jóvenes y los de la nueva generación. Nunca está de más insistir en tomar todas las medidas posibles para garantizar que la libertad de expresión no se convierta en expresión de degradación, o sea, para asegurarse de que lo que debe brindar recreación y sencillo entretenimiento no se convierta en el medio de producir malsano entusiasmo o de corromper los valores morales… Los miembros y los oficiales de los comités encargados deben velar por que los bailes de todas clases se lleven a cabo de una manera modesta y apropiada, y por que no se permita ningún comportamiento que lleve a lo maligno o a lo que fuese moral o espiritualmente insultante[7].

El estar unidos en el Evangelio nos brinda alegría.

Es muy grato que los santos de Dios reflexionen en los principios de la verdad eterna que se les han enseñado. Si hay algo relacionado con la felicidad y la humanidad, si hay algo que tenga como fin ensanchar la visión y los sentimientos de la familia humana, elevar nuestras esperanzas y nuestras aspiraciones, y brindar paz, alegría y confianza, es el pensamiento de que Dios nos ha revelado los preceptos de la verdad eterna; que los ha asentado dentro de nuestra alma y nos ha dado la certeza de las cosas en las que profesamos creer y que sabemos sin lugar a dudas[8].

No concibo nada más hermoso y celestial que una hermandad unida y organizada según el modelo que se establece en Doctrina y Convenios; en la que todos se esfuercen por el beneficio de todos, en la que, al amar a Dios de todo nuestro corazón, amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos; en la que todo nuestro tiempo, toda nuestra propiedad, nuestros talentos, nuestros poderes intelectuales y corporales se empleen por el bien de todos; donde nadie se aproveche de nadie; donde haya un interés común, un fondo monetario común, un abastecimiento común de fondos; donde se haga, como hicieron los del pueblo de este continente, de los cuales

se dice que "obraban rectamente unos con otros", y todos contribuían al bienestar general, "donde todo hombre en todo lugar encontraba un hermano y un amigo"; donde se expresen todas las influencias y los sentimientos generosos y benevolentes de nuestra naturaleza, y la codicia, la arrogancia, el odio, el orgullo y todo mal sea subyugado y sujeto a la voluntad y al Espíritu de Dios. Esos principios son sumamente hermosos y serían en gran medida ennoblecedores y edificantes para una comunidad, un territorio, un estado, una nación o el mundo[9].

He sentido regocijo en el Señor y bendigo el nombre del Dios de Israel porque estoy relacionado con Su Iglesia y reino en la tierra. Deseo albergar esos sentimientos en mi alma en todo momento y a lo largo de toda mi vida. Creo que hay cientos, quizá miles, ante mí hoy día, que tienen el mismo espíritu y sentimiento, y experimentan los mismos deseos…

¿Qué nos hace tan felices y jubilosos en ocasiones como ésta?… Es la fusión de buenos sentimientos, de buenos deseos y buenas aspiraciones, y un solo espíritu que inspira a todos, formando una falange [un grupo organizado] de poder, de fe y del Espíritu del Señor. Una sola vela dará luz y es agradable de contemplar; ahora bien, miles de velas de la misma clase de luz harán una iluminación extraordinaria. Para nosotros, es una ocasión de unión, de luz, de vida, de inteligencia, del Espíritu del Dios viviente; nuestros sentimientos son uno, nuestra fe es una, y una gran multitud que posee esa unidad forma un despliegue de poder con el que ningún poder de la tierra ni del infierno es capaz de enfrentarse ni de vencer…

Creemos que, como grupo organizado de personas, integrado por los diversos quórumes de esta Iglesia y reino, estamos consagrados a esta grandiosa obra, por lo que existe un sentimiento de fe y de unión, y de intensidad, o poder, del Espíritu del Dios viviente, que despierta y vivifica el intelecto, da energía al organismo físico y regocija el alma. Todos deseamos participar en eso. El Señor está aquí por medio de Su Espíritu y poder, y nuestros corazones están alborozados[10].

La comprensión de los principios de la verdad reporta felicidad y regocijo.

Cuando nos consideramos a nosotros mismos de un modo correcto, cuando comprendemos los principios de la verdad correctamente, ¿qué no daríamos con el fin de obtener la salvación? Cuando el Espíritu ha conmovido con eficacia y vigor el corazón de los santos, cuando se ha manifestado la luz y la inteligencia del cielo, cuando el Señor ha iluminado el alma de los santos al estar éstos congregados, ¿qué han sentido ellos? Se han considerado benditos del Señor. ¡Ah, cuántas veces, al reunirse ellos en ocasiones especiales para recibir ciertas bendiciones de la mano de Dios, el espíritu de revelación ha descansado sobre ellos y el futuro se ha desplegado ante su vista con toda su belleza, gloria, suntuosidad y eminencia; y, al sentir sus corazones la calidez de ese espíritu, cuánto se han regocijado! ¡Cómo han reflexionado en las cosas de este mundo y en la perspectiva que les aguarda! ¡Cómo han meditado en sus privilegios como los santos del Dios Altísimo y en la gloria que heredarán si son fieles hasta el fin!

Ustedes habrán experimentado el sentimiento que tales pensamientos y posibilidades producen naturalmente en el interior del ser humano. Entonces, ¿por qué en ocasiones nos sentimos de otra manera? Ello se debe a que nos olvidamos de orar y de invocar a Dios, y de dedicarnos a Él, o porque caemos en transgresión, cometemos iniquidad y perdemos el Espíritu de Dios, olvidando de ese modo la maravillosa esperanza de nuestro llamamiento. Sin embargo, si viésemos y comprendiéramos constantemente el verdadero lugar que ocupamos ante Dios, nuestras mentes estarían de continuo buscando las cosas de Dios, y debiéramos estar procurando de un modo incesante saber qué podríamos hacer para potenciar la felicidad y la salvación del mundo, qué podríamos hacer para honrar nuestro llamamiento, honrar el sacerdocio del Hijo de Dios, y qué hacer para honrar a nuestro Dios y mejorar el tiempo que nos quede aquí en la tierra, para incrementar nuestras energías físicas a fin de llevar a cabo los propósitos de Dios y extender Su reino: para

adelantar Sus designios, de modo que cuando estemos ante Él, Él pueda decirnos: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor; has sido fiel sobre pocas cosas, te haré gobernante de muchas cosas" [véase Mateo 25:21][11].

En lo que a mí personalmente me incumbe, estoy aquí en calidad de candidato para la eternidad, para el cielo y para la felicidad. Quiero asegurarme por medio de mis actos la paz en otro mundo que me dé la felicidad y la dicha que busco[12].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- El presidente Taylor enseñó que Dios creó la tierra y su belleza para nuestro regocijo. ¿En qué ocasiones ha sentido usted júbilo ante la belleza de la tierra y se ha sentido más cerca del Señor?
- ¿Por qué la música, la poesía, el drama y otras formas de entretenimientos sanos nos brindan alegría? ¿Qué podemos hacer para que tanto nosotros como nuestros familiares sintamos el poder y la dicha de la música edificante? ¿Cómo podemos apoyar y fomentar los entretenimientos sanos?
- ¿Por qué considera usted que la música forma parte tan importante de nuestra adoración religiosa? ¿De qué manera los himnos de la Iglesia le han brindado consuelo y le han fortalecido en los momentos de tribulación?
- ¿En qué forma su hermanamiento con los demás santos le ha traído alegría? ¿Qué puede hacer usted para potenciar una mayor unidad entre los miembros de su barrio o de su rama?
- ¿Qué significa para usted "sentir regocijo en el Señor"? ¿Qué doctrinas del Evangelio le brindan alegría? ¿Por qué al buscar regocijo en esta vida es importante pensar también en la eternidad?
- ¿Qué sucesos de su vida le han hecho sentir regocijo? ¿Qué podemos hacer para retener el espíritu de júbilo a pesar de las pruebas que nos sobrevengan? ¿Qué podemos hacer para lograr que nuestros hijos hallen alegría en la vida?

Pasajes relacionados: Salmos 118:24; Isaías 12:2–3; Mateo 25:21; 2 Nefi 2:25; Mosíah 2:41; Los Artículos de Fe 1:13.

Notas

1. *Deseret News* (Weekly), 15 de enero de 1873, pág. 760.
2. Véase B. H. Roberts, *The Life of John Taylor* (1963), págs. 186, 188–192; véase también B. H. Roberts, *A Comprehensive History of the Church,* tomo III, págs. 293–298.
3. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 342.
4. *Deseret News* (Weekly), 15 de enero de 1873, pág. 760.
5. *The Government of God* (1852), pág. 30.
6. *Deseret News* (Weekly), 15 de enero de 1873, pág. 760.
7. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints,* 6 tomos (1965–1975), tomo III, págs. 121–122.
8. *Deseret News* (Weekly), 8 de noviembre de 1871, pág. 463.
9. *The Gospel Kingdom,* pág. 258.
10. *Deseret News* (Weekly), 28 de diciembre de 1859, pág. 337.
11. *Deseret News* (Weekly), 25 de mayo de 1854, pág. 2; los párrafos se han cambiado.
12. *Deseret News* (Weekly), 11 de abril de 1860, pág. 41.

CAPÍTULO 12

El día de reposo es un día santo

Se nos ha mandado acordarnos del día de reposo para santificarlo[1].

De la vida de John Taylor

Como se menciona en el capítulo anterior, hacia fines de junio de 1847, los élderes John Taylor y Parley P. Pratt dirigieron un grupo de más de 1.500 santos desde el invernadero (Winter Quarters) hasta el Valle de Salt Lake. En una descripción del comienzo de ese viaje, el élder B. H. Roberts escribió:

"Era ya tarde en el año para dar comienzo a una expedición de esa envergadura. Era demasiado tarde para que cultivasen la tierra aun si se detenían cerca del pie de las Montañas Rocosas por el lado este. Apenas tenían provisiones para un año y medio, y si la cosecha se arruinaba, se morirían de hambre, puesto que estarían a 1.600 ó 2.400 km del lugar más cercano donde podían conseguir alimentos…

"Habían puesto todo lo que tenían sobre el altar, incluidos sus esposas y sus hijos, que debían compartir sus penurias y su suerte. No conocían el final de su jornada y lo habían arriesgado todo en una empresa incierta, de la cual no había posibilidad de retirarse. Si no hallaban un lugar adecuado para la labranza ni conseguían una cosecha la primera temporada, no tendrían provisiones ni podrían conseguirlas. Debían salir adelante o perecer de hambre en el desierto por el cual habían emprendido el viaje".

A pesar de esas peligrosas circunstancias y de la necesidad de llegar al Valle de Salt Lake antes de que llegase el principio del invierno, el viaje siempre se detenía el domingo para la observancia del día de reposo. El relato del élder Roberts

"Al participar de la Santa Cena no sólo conmemoramos la muerte y el padecimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, sino que también esperamos con anhelo la ocasión en que Él venga de nuevo".

continúa: "El domingo se observaba como el día de reposo, se realizaban servicios religiosos en cada campamento y el canto de los santos que entonaban las canciones de Sión rompía la quietud de las extensas llanuras despobladas del oeste". El 5 de octubre de 1847, las compañías o caravanas de carromatos de Taylor y Pratt llegaron al Valle de Salt Lake sin ningún percance y comenzaron a hacer los preparativos necesarios para el invierno[2].

Para el presidente John Taylor, el día de reposo era un día de adoración, de descanso y de hacer reflexivas memorias. Exhortaba a los santos, diciéndoles: "Santifiquen el día de reposo, apártenlo como día de descanso, el día para reunirse y efectuar los sacramentos y escuchar las palabras de vida, para que, de ese modo, sean hallados guardando los mandamientos y dando un buen ejemplo ante sus hijos"[3].

Enseñanzas de John Taylor

El día de reposo es el día para adorar a Dios de todo nuestro corazón.

Los mejores de nosotros no somos muy buenos; todos podríamos ser mejores, comportarnos mejor y disfrutar más de la vida si tuviésemos más del Espíritu del Señor en nuestros hogares y en nuestros propios corazones, y si hiciéramos más por aumentar el bienestar de todas las personas que estén cerca de nosotros y de nuestra influencia. Servir al Señor es uno de los grandes objetivos de nuestra existencia; y para mí, es un gran privilegio la oportunidad que tenemos de adorar a Dios en el día de reposo. Y, al reunirnos para adorar a Dios, me gusta ver que le adoremos de todo nuestro corazón. Considero fuera de lugar oír en tales ocasiones a las personas hablar de asuntos seculares, puesto que en esas oportunidades, quizás por encima de todas las demás, debemos entregar a Dios nuestros sentimientos y nuestro afecto. Si cantamos alabanzas a Dios, hagámoslo con el debido espíritu; si oramos, que toda alma participe en la oración, y hagámoslo de todo corazón, a fin de que, mediante nuestra unión, nuestros espíritus se combinen en uno, para que nuestras oraciones y nuestra adoración sean válidas para Dios,

cuyo Espíritu impregna todas las cosas y está siempre presente en las asambleas de los santos buenos y fieles.

Les diré lo que pienso por la mañana del día de reposo. Comprendo que éste es el día apartado para adorar a Dios Todopoderoso: en este día debo adorar a Dios yo mismo y debo también fijarme en si los miembros de mi familia están haciendo lo mismo o no, porque se nos ha mandado santificar el día de reposo y descansar de todas nuestras obras, como hizo Dios cuando creó la tierra sobre la cual moramos. Él nos ha dado seis días para atender a nuestros diversos trabajos y deberes de la vida; si nos comprometemos a santificar el día de reposo, hagámoslo de un modo aceptable a Dios nuestro Padre y dediquémonos a Él, al menos durante ese día, y entreguemos a Él nuestros sentimientos y nuestros afectos. Además, los élderes de Israel por toda la tierra están dedicados este día a la labor de enseñar los principios de la salvación, y siento deseos de orar por ellos y también de orar por nuestros misioneros que van entre los santos de este país y por los que dirijan la palabra en las asambleas de los santos de éste y de otros países, a fin de que, por cuanto éste es el día apartado para la adoración de Dios, todo Israel, en todas partes, esté bajo la influencia y la orientación del Espíritu del Dios viviente, y sobre todo para que los que hablen en la Iglesia estén bajo la influencia divina del Espíritu Santo y expongan a las varias congregaciones las palabras de la vida eterna[4].

El día de reposo es el día para enseñar y aprender por medio del Espíritu.

Es agradable que los santos se reúnan para estar en comunión los unos con los otros, así como para escuchar las palabras de vida, para reflexionar en el lugar que ocupan ante Dios y en su relación con Dios, con Su Iglesia y reino, así como para examinar introspectivamente sus propios sentimientos y, bajo la orientación del Señor y de Su Santo Espíritu, intentar llegar a descubrir la relación que tienen con su Padre Celestial; para examinar si están cumpliendo los diversos deberes que se les

han dado y si están procurando llevar a la práctica la palabra, la voluntad y la ley de Dios[5].

Cuando nos encontramos… reunidos, podemos esperar recibir la orientación y las bendiciones de Dios, de quien, nos dicen las Escrituras, desciende "toda buena dádiva y todo don perfecto", y también se nos dice que en Él "no hay mudanza, ni sombra de variación" [véase Santiago 1:17]. En nuestras asambleas, tanto los que dirigen la palabra como los que oyen deben estar bajo la orientación y dirección del Señor, la Fuente de la Luz. De todas las personas que están debajo de los cielos, nosotros, los Santos de los Últimos Días, nos damos cuenta de continuo de la necesidad de depositar nuestra confianza en Dios. Considero que sea cual sea el conocimiento que se comunique, por brillante que sea el discurso y por edificantes que sean los conceptos que se comuniquen, éstos no beneficiarán a los que los oigan a no ser que éstos estén bajo la orientación y la inspiración del Espíritu de Dios[6].

No hay nadie que viva, ni nunca ha vivido nadie que haya sido capaz de enseñar las cosas de Dios a no ser que haya sido enseñado, instruido y dirigido por el espíritu de revelación que procede del Todopoderoso. Por otro lado, no hay persona capaz de recibir conocimiento verdadero —ni de entenderlo— con respecto a los principios sagrados de la vida eterna, a no ser que esté bajo la influencia de ese mismo espíritu; por consiguiente, tanto los oradores como los oidores están en las manos del Todopoderoso[7].

Nos reunimos, como seres inteligentes, deseosos de comprender algo de nuestro origen común [en la existencia preterrenal], de nuestra existencia actual y de nuestro destino futuro. Nos reunimos para aprender algo en relación con nuestro Padre Celestial, con respecto a Sus tratos divinos con la familia humana, con respecto a Sus normas y designios referentes a nosotros, y en cuanto al objeto de nuestra creación; para aprender algo, de ser posible, de lo que corresponde al mundo que yace más allá de nuestra actual esfera de acción. Ésas son algunas de las muchísimas cosas que estamos deseosos de saber, de comprender, de averiguar, de ser posible[8].

No conozco ningún otro medio por el cual se nos pueda enseñar, instruir y hacer comprender nuestra verdadera condición que no sea el de estar bajo la influencia del Espíritu del Dios viviente. Un hombre podrá hablar por medio del Espíritu de Dios, pero es preciso que parte de ese Espíritu también esté en los que le oigan, para permitirles comprender correctamente la importancia de lo que se les diga. De ahí la dificultad que siempre han tenido el Señor y Sus santos para hacer comprender a la gente las cosas que son particularmente para su beneficio. Todos consideramos que si pudiésemos ser enseñados por Dios, ello sería muy ventajoso. Me imagino que el mundo en general lo consideraría una gran bendición. Entonces surge la duda en sus mentes en cuanto a si lo que reciben viene de Dios o no. ¿Cómo pueden saberlo? No conozco ninguna otra manera aparte de la que se menciona en las Escrituras: "Ciertamente espíritu hay en el hombre, y el soplo del Omnipotente le hace que entienda" (Job 32:8). Y también se nos dice en el Nuevo Testamento que "nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios" [véase 1 Corintios 2:11]. Por consiguiente, toda la sabiduría, todo el conocimiento, todo razonamiento, toda filosofía y todo argumento que se haga llegar a la mente humana no sirve de nada si la mente de la persona no está preparada para recibir esa enseñanza, vale decir, preparada por el Espíritu del Señor, el mismo Espíritu que comunica la inteligencia[9].

El día de reposo participamos de la Santa Cena en memoria de Jesucristo.

Se tiene el concepto de que la venida del Salvador al mundo, Su padecimiento, Su muerte, Su resurrección y Su ascensión al lugar que ocupa en el mundo eterno ante Su Padre Celestial tiene muchísimo que ver con nuestro bienestar y con nuestra felicidad. De allí la conmemoración que hacemos todos los días de reposo. La Santa Cena es el cumplimiento de la petición que hizo Jesucristo a Sus discípulos: "Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga" (1 Corintios 11:26). La fe en esa

ordenanza necesariamente supone que tenemos fe en Jesucristo, que Él es el Unigénito del Padre, que vino de los cielos a la tierra para cumplir con cierto propósito que Dios había proyectado, es decir, a hacer posible la salvación y la exaltación de la familia humana. Todo eso tiene que ver en gran medida con nuestro bienestar y felicidad tanto aquí como en la existencia venidera. La muerte de Jesucristo no hubiese ocurrido si no hubiera sido necesaria. El que esa ceremonia se haya instituido para conservar esa circunstancia en la memoria de los de Su pueblo denota su importancia[10].

Nos hemos reunido para participar de la Santa Cena del Señor y debemos esforzarnos por apartar nuestros sentimientos y nuestros afectos de las cosas del mundo, por motivo de que al participar de la Santa Cena no sólo conmemoramos la muerte y el padecimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, sino que también esperamos con anhelo la ocasión en que Él venga de nuevo cuando nos reuniremos y comeremos pan con Él en el reino de Dios [véase Lucas 14:15; Mateo 26:29]. Cuando nos reunimos con ese motivo, podemos esperar recibir la orientación y las bendiciones de Dios[11].

Los del pueblo de Dios en la antigüedad, en cuyos corazones estaba encendida la llama de la inspiración, esperaron ese memorable acontecimiento que tendría lugar en lo futuro cuando el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo se ofrecería a sí mismo como sacrificio, en tanto que nosotros conmemoramos el mismo acontecimiento. Partimos el pan y lo comemos, y bebemos el agua en presencia de unos y de otros todos los días de reposo, y lo hacemos en memoria del cuerpo quebrantado y de la sangre vertida de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, lo cual continuaremos haciendo hasta que Él venga de nuevo. Cuando Él venga, los Santos de los Últimos Días esperan contarse entre los favorecidos que comerán y beberán con Él a Su propia mesa en el reino de nuestro Padre. Mi esperanza en eso es tan segura como espero tomar la cena esta noche[12].

Debemos tener cuidado de no participar de esos emblemas [de la Santa Cena] para nuestra condenación. ¿Riñen alguna vez

Antigua fotografía del Barrio Pinto, Estaca St. George, Utah. El presidente Taylor enseñó que el día de reposo es el día para descansar de todas nuestras obras y fortalecer nuestra relación con Dios.

con sus hermanos o se comportan de tal manera que hacen surgir resentimientos en los demás, o dicen palabras duras unos de otros, o en otras formas hacen lo que es malo y entonces se reúnen en burla solemne ante Dios y comen condenación para sus almas? Tenemos que ser cuidadosos con respecto a esas cosas. Debemos comprender, por tanto, que cuando llevemos nuestra ofrenda al altar y allí nos acordemos de que tenemos algo en contra de nuestro hermano, debemos ir primero a reconciliarnos con él y entonces ir y presentar nuestra ofrenda [véase Mateo 5:23–24]. No lleguen con ninguna clase de

hipocresía, sino limpios de manos y puros de corazón, y tengan el deseo de decir: "Oh Dios, examina mi alma, ponme a prueba, y si hay algo de maldad en mí, apártala de mí y permíteme ser tu fiel representante sobre la tierra; permíteme participar del espíritu que mora en Cristo y vivir disfrutando de ello sobre la tierra, para que cuando Él venga otra vez, mis hermanos y yo podamos reunirnos con Él limpios de manos y puros de corazón"[13].

Para recibir las bendiciones de Dios, debemos hacer más que tan sólo asistir a las reuniones de la Iglesia y participar de la Santa Cena.

Demasiados de nosotros seguimos las tradiciones y las opiniones del mundo. ¿Puede el mundo darles la luz que han recibido, el Evangelio y las esperanzas del cielo que han obtenido, el sacerdocio que se les ha conferido? ¿Cambiarán esas cosas por un potaje de lentejas y se deleitarán en la inmundicia, la corrupción, la iniquidad y los males que abundan en el mundo? ¿A qué hemos venido aquí? A adorar a Dios y guardar Sus mandamientos. ¿Y cómo son las cosas con muchos de nosotros? Olvidamos, en muchos casos, la gloriosa esperanza de nuestro elevado llamamiento y nos dejamos llevar por las insensateces, las flaquezas, las debilidades y la iniquidad, y somos gobernados en mayor o menor grado por la codicia, la embriaguez, el quebrantamiento del día de reposo y cosas malas de diversos tipos. A veces veo a élderes de Israel preparando cargas de leña y de heno en el día de reposo. Eso es una vergüenza espantosa a los ojos de Dios, de los santos ángeles y de todos los demás seres inteligentes… ¿qué piensan de un élder que miente, de un sumo sacerdote que dice palabrotas, de un Setenta que quebranta el día de reposo y de un santo codicioso? Las almas de esas personas deben ser inspiradas con la luz de la revelación y deben ser testigos vivientes, ¡ejemplos ante todos los demás de cómo debemos vivir! ¿Creen acaso que pueden vivir su religión, tener el Espíritu de Dios y obtener la vida eterna, y hacer todas esas cosas? Les digo que no[14].

Es habitual que las personas del mundo del cual hemos sido elegidos hablen el domingo de cosas espirituales cuando están vestidas con su ropa dominguera y reunidas, y entonces, el lunes guardan en un baúl su religión junto con la ropa que usan el domingo y no tienen nada más que ver con ella sino hasta el domingo siguiente… ¡Ah, la necedad del hombre al no reconocer a Dios en todas las cosas, al dejar a un lado a Dios y su religión, y confiar en su propio razonamiento e inteligencia![15].

Hay algo que se extiende un poco más allá de lo que a veces pensamos, y eso es que, aun cuando profesemos ser discípulos del Señor, aun cuando profesemos haber recibido el Evangelio y ser gobernados por éste, ello no nos servirá de nada si no hemos lavado nuestras ropas y las hemos emblanquecido en la sangre del Cordero. No basta estar relacionados con la Sión de Dios, puesto que la Sión de Dios debe constar de personas que sean puras de corazón, puras de vida y sin mancha ante Dios. Al menos eso es a lo que tenemos que llegar. No hemos llegado a ese punto todavía, pero tenemos que lograrlo antes de estar preparados para heredar la gloria y la exaltación. Por consiguiente, la apariencia de piedad no servirá de nada a ninguno de nosotros, por motivo de que "el que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes" [véase Lucas 12:47]. "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" [Mateo 7:21]. Ésas son doctrinas del Evangelio como yo las entiendo. No basta con que aceptemos el Evangelio, ni con que nos congreguemos aquí, en la tierra de Sión, y nos relacionemos con los del pueblo de Dios, ni con que asistamos a las reuniones [de la Iglesia], ni con que participemos de la Santa Cena del Señor ni con que nos esforcemos por seguir adelante sin meternos en muchos líos, por motivo de que, a pesar de todo eso, si nuestro corazón no es recto, si no somos puros de corazón ante Dios, si no tenemos el corazón puro, ni la conciencia limpia, temiendo a Dios y guardando Sus mandamientos, no participaremos, a no ser que nos arrepintamos, de las bendiciones de que he hablado y de las cuales los profetas dan testimonio[16].

Es nuestra responsabilidad ser santos. Y, para ser dignos de ese rasgo distintivo, es nuestro deber vivir de conformidad con los principios de la virtud, la verdad, la integridad, la santidad, la pureza y el honor, a fin de que en todo momento hallemos gracia ante Dios Todopoderoso; para que Sus bendiciones estén con nosotros y moren en nuestras almas; para que repose sobre nosotros la paz de Dios… y, a fin de que, como pueblo, podamos estar bajo Su divina protección[17].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Qué bendiciones podemos recibir si observamos fielmente el día de reposo? (Véase también D. y C. 59:9–13.) ¿De qué modo ha sido usted bendecido personalmente por santificar el día de reposo?
- ¿Qué puede hacer usted para adorar a Dios de un modo más cabal en el día de reposo? ¿Cómo puede usted prepararse para estar más en armonía con el Espíritu Santo antes de que comiencen las reuniones de la Iglesia?
- ¿Qué pueden hacer los padres y los abuelos para influir en sus hijos y en sus nietos de tal forma que éstos santifiquen el día de reposo? ¿De qué forma podemos hacer el día de reposo diferente de los demás días para nuestra familia? ¿Por qué la observancia del día de reposo fortalece a las familias y nos protege del mundo?
- ¿Por qué es necesario aprender por medio del Espíritu en nuestra adoración el día de reposo? ¿Qué puede usted hacer en su función del que enseña o del que aprende para invitar la influencia del Espíritu Santo en el día de reposo?
- ¿Qué convenios hacemos cuando participamos de la Santa Cena? (Véase también Moroni 4–5 ó D. y C. 20:76–79.) ¿Qué relación tienen esos convenios con nuestros convenios bautismales? (Véase también Mosíah 18:7–10.)
- ¿Por qué es importante que participemos regularmente de la Santa Cena? ¿Qué puede hacer usted para sentirse más cerca del Señor al participar de la Santa Cena?

- ¿Qué diferencia hay entre asistir simplemente a las reuniones de la Iglesia y santificar de verdad el día de reposo? ¿De qué modo puede usted conservar el espíritu del día de reposo durante la semana?

Pasajes relacionados: Éxodo 20:8–11; Isaías 58:13–14; Mateo 12:10–13; 3 Nefi 18:1–12; D. y C. 27:1–14; 59:9–20.

Notas

1. *Deseret News: Semi-Weekly,* 15 de marzo de 1881, pág. 1.
2. Véase B. H. Roberts, *The Life of John Taylor* (1963), págs. 188–192.
3. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 339.
4. *Deseret News: Semi-Weekly,* 18 de octubre de 1881, pág. 1.
5. *Deseret News: Semi-Weekly,* 26 de febrero de 1884, pág. 1.
6. *Deseret News: Semi-Weekly,* 29 de marzo de 1870, pág. 2.
7. *The Gospel Kingdom,* pág. 275.
8. *The Gospel Kingdom,* pág. 226.
9. *The Gospel Kingdom,* págs. 45–46.
10. *The Gospel Kingdom,* pág. 109.
11. *The Gospel Kingdom,* pág. 227.
12. *Deseret News: Semi-Weekly,* 20 de marzo de 1877, pág. 1.
13. *Deseret News: Semi-Weekly,* 31 de agosto de 1880, pág. 1.
14. *Deseret News: Semi-Weekly,* 1° de febrero de 1876, pág. 1.
15. *Deseret News* (Weekly), 25 de noviembre de 1863, pág. 142; los párrafos se han cambiado.
16. *Deseret News: Semi-Weekly,* 17 de marzo de 1885, pág. 1.
17. *Deseret News: Semi-Weekly,* 9 de julio de 1881, pág. 1.

CAPÍTULO 13

El sacerdocio: el gobierno y el poder de Dios

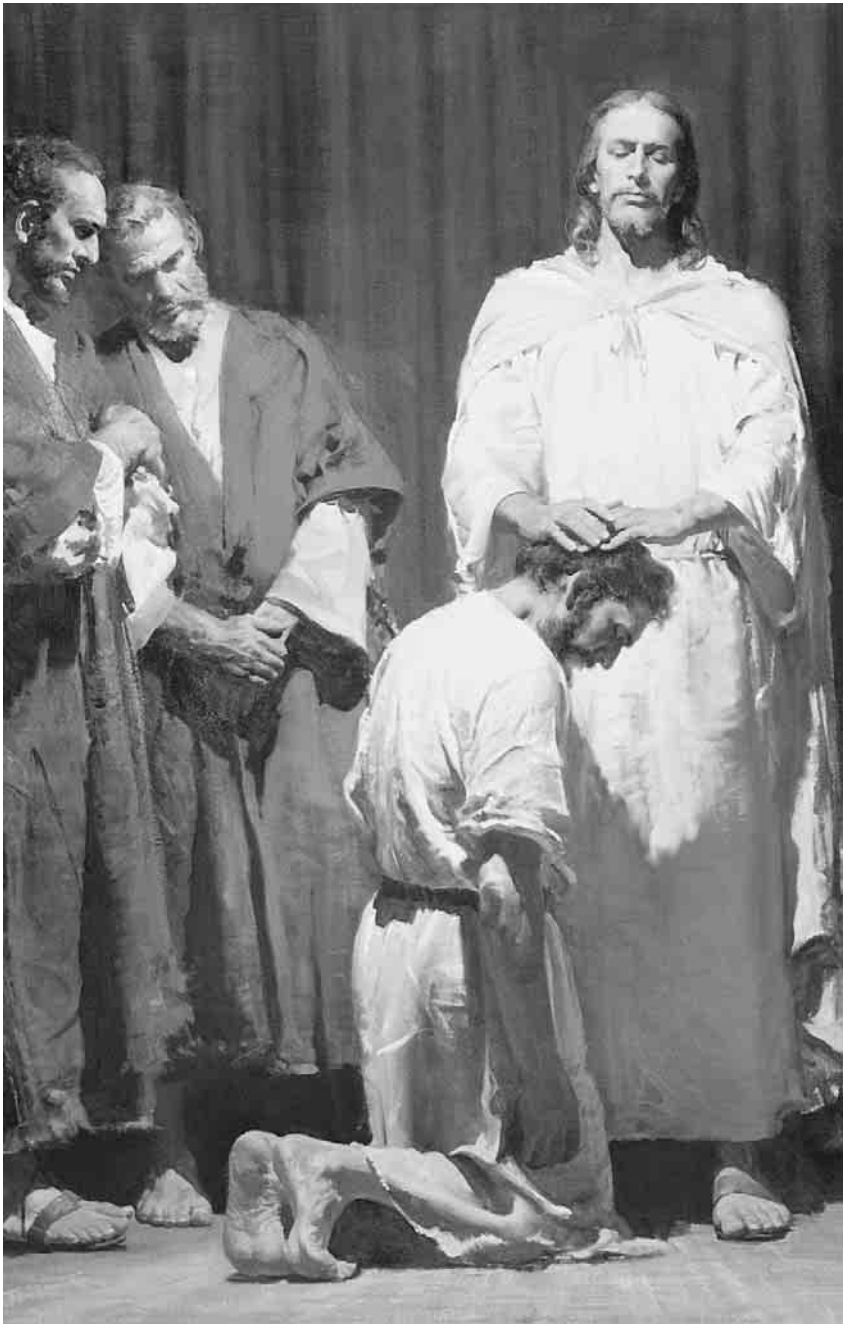
El sacerdocio… es poder viviente[1].

De la vida de John Taylor

Para John Taylor, el sacerdocio, además de ser la autoridad para actuar en el nombre Dios, también era una fuerza poderosa por medio de la cual se pueden llevar a cabo grandes cosas. Enseñó que los poseedores del sacerdocio deben ejercer activamente el sacerdocio para servir a los demás y llevar a cabo los justos propósitos de Dios. Alentaba a todos los que poseían el sacerdocio a atender a sus deberes y magnificar sus llamamientos, e indicaba que "el maestro o el diácono que cumple con sus deberes es mucho más honorable que un presidente o cualquiera de los Doce que no lo hagan"[2].

El presidente Taylor también reconocía y apreciaba la autoridad de los que ejercían el sacerdocio para prestar servicio tanto a él como a su familia. El humilde respeto que manifestaba por la autoridad del sacerdocio lo ilustra el relato que hizo su hijo Moses W. Taylor referente a una noche en casa de los Taylor en la que los maestros orientadores fueron a visitarles. "Uno de los dos era un muchacho de dieciséis años", contaba el joven Taylor, y proseguía, "y aquella noche le correspondía a él el turno de presidir. Mi padre reunió a la familia e hizo saber a los maestros que todos estábamos allí, y les dijo: 'Estamos a la disposición de ustedes y aguardamos sus instrucciones' ".

Entonces, el muchacho preguntó al presidente Taylor si oraban en familia y personalmente, si trataban bien a sus semejantes, si asistían a la Iglesia con regularidad y si apoyaban a las autoridades de la Iglesia. "Mi padre contestó a esas preguntas una por una con tanta humildad como si las hubiese



Los poseedores del sacerdocio deben recordar cuál es la fuente de todo poder del sacerdocio. Como enseñó el presidente Taylor: "Si algún honor se desprende del sacerdocio o por medio de él, proviene de Dios".

contestado el más pequeño de los miembros de la familia. Una vez que los maestros hubieron terminado su parte, solicitaron a mi padre que les diese algunas instrucciones.

"Les dijo que se sentía complacido con ellos por su fidelidad y les agradeció que nos hubiesen visitado; los instó a visitar a la familia lo más a menudo que les fuera posible porque comprendía el gran bien que un hombre que posee el sacerdocio —que es el poder de Dios— podía hacer a su familia, y les dijo que no había oficio en la Iglesia en el que se pudiera hacer mayor bien que en el de maestro. Les pidió que prestasen particular atención a sus hijos y los aconsejaran como padre.

" 'No suelo estar mucho en casa', les dijo, 'por motivo de que mis deberes de la Iglesia reclaman mucho mi atención y temo que, si mis hijos no reciben buenos consejos con frecuencia, puedan alejarse del camino recto' "[3].

Enseñanzas de John Taylor

El sacerdocio es el poder de Dios.

¿Qué es el sacerdocio?… Responderé en forma breve: es el gobierno de Dios, ya sea en la tierra o en los cielos, porque mediante ese poder, influencia o principio todas las cosas son gobernadas en la tierra y en los cielos, y por medio de ese poder, todas las cosas se conservan y se sostienen. Gobierna todas las cosas: dirige todas las cosas, sostiene todas las cosas, y tiene que ver con todas las cosas con las que Dios y la verdad están relacionados. Es el poder de Dios delegado a las inteligencias que están en los cielos y a los hombres sobre la tierra. Cuando lleguemos al reino celestial de Dios, hallaremos allí el orden y la armonía más perfectos, porque allí está el modelo perfecto. Allí se lleva a cabo el orden de gobierno más perfecto. Siempre que esos principios se han establecido en la tierra, en la misma proporción en la que se han extendido y ejercido, han producido bendiciones y salvación para la familia humana. Y cuando el gobierno de Dios se adopte más ampliamente, y cuando la oración de Jesús, la que Él enseñó a Sus discípulos, sea contestada y el reino de Dios venga a la tierra y se haga Su

voluntad aquí, así como se hace en el cielo [véase Mateo 6:10], entonces, y no sino entonces, reinarán el amor, la paz, la armonía y la unión universales[4].

[El sacerdocio] es… el principio y el poder por medio del cual [Dios] regula, controla, dicta y administra Sus asuntos, Sus mundos, Sus reinos, Sus principados, Sus potestades, Sus inteligencias y todas las cosas que están debajo de Él y arriba de Él, con las que Él tiene que ver[5].

El poder que se manifiesta por medio del sacerdocio es sencillamente el poder de Dios, puesto que Él es la cabeza del sacerdocio… y sobre ese principio se han llevado a cabo todas las obras de Dios tanto en la tierra como en los cielos. Cualquier manifestación de poder por medio del sacerdocio en la tierra es sencillamente el poder delegado del sacerdocio de los cielos, y cuanto más el sacerdocio que está en la tierra se asemeje y se sujete al sacerdocio de los cielos tanto más de este poder poseeremos[6].

El sacerdocio viviente en la tierra es dirigido desde el cielo.

Dios ha organizado un sacerdocio, y ese sacerdocio rige en todas las cosas relacionadas con la tierra y con los cielos; una parte de él existe en los cielos y otra parte en la tierra; las dos partes colaboran en la edificación de Sión, así como en la redención de los muertos y de los vivos, y en el llevar a cabo "los tiempos de la restauración de todas las cosas" [véase Hechos 3:21] y, por cuanto están estrechamente unidas, es preciso que haya una comunicación entre la una y la otra, y que los que están en la tierra reciban instrucciones de los que están en los cielos y que están familiarizados tanto con las cosas terrenales como con las celestiales, habiendo tenido experiencia con las dos, puesto que una vez oficiaron en el mismo sacerdocio en la tierra[7].

El intercambio y la comunicación del sacerdocio que está en los cielos da poder, vida y eficacia al sacerdocio viviente en la tierra, y sin ese intercambio y esa comunicación, los dos serían como ramas muertas y marchitas: si hombre alguno tiene vida, o poder, es el poder y la vida del sacerdocio, el don y el poder de

Dios comunicado mediante los conductos regulares del sacerdocio, tanto el del cielo como el de la tierra, y buscarlo sin ese intercambio y esa comunicación sería como un arroyo que busca recibir agua cuando su manantial se ha secado, o como una rama que busca la savia cuando el tronco del árbol a que pertenece se ha cortado de raíz. Por eso, hablar de una iglesia que no tiene este sacerdocio es hablar de una entidad que no tiene nada, un manantial seco, un árbol muerto y marchito[8].

Ningún hombre puede guiar este reino; no puede hacerlo a no ser que Dios esté con él y del lado de los élderes de Israel. Pero con Él de su lado, todas las cosas seguirán adelante correctamente, y se derramarán la inteligencia y las revelaciones de Dios. Su ley se dará a conocer y los principios de la verdad se manifestarán; o no es el reino de Dios. Y todos nosotros debemos humillarnos ante Dios y pedir la orientación del Todopoderoso…

Hay un principio relacionado con el reino de Dios que reconoce a Dios en todas las cosas y que reconoce el sacerdocio en todas las cosas, y los que no lo hagan más vale que se arrepientan o no podrán progresar; les digo eso en el nombre del Señor. No se crean sabios ni que pueden controlar y manipular el sacerdocio, porque no pueden hacerlo. Dios debe controlar, regular, dictar y estar a la cabeza, y todo hombre en su lugar. El arca de Dios no debe ser sostenida [véase 2 Samuel 6:3, 6–7], y menos aun por hombres incompetentes sin revelación y sin conocimiento del reino de Dios y Sus leyes. Grande es la obra a la que nos hemos consagrado y nos corresponde prepararnos para la labor que tenemos por delante, y reconocer a Dios, Su autoridad, Su ley y Su sacerdocio en todas las cosas[9].

Deseamos ministrar para Dios tanto en esta vida como a lo largo de las eternidades venideras. Hemos comenzado a hacerlo y procuraremos, con la ayuda de Dios y la luz de Su Santo Espíritu, así como con las revelaciones que Él nos dará de cuando en cuando, procuraremos, [repito], trabajar y colaborar con el sacerdocio de los mundos eternos, ya sea en esta tierra o en los cielos. Trabajaremos hasta que se cumpla la obra que Dios ha proyectado con relación a esta tierra, y los vivos y los muertos sean salvos hasta donde sean capaces de ser salvos de acuerdo

con las leyes eternas que existen en los cielos y de acuerdo con los decretos del Todopoderoso…

Digo constantemente: "Oh Dios, guíame por el camino recto. Oh Dios, guárdame del error. Oh Dios, soy una pobre, endeble y débil criatura humana sujeta a cometer errores, rodeada de debilidades y tentaciones. Necesito Tu ayuda todo el día. Oh Dios, ayúdame". Ése es mi sentimiento y el sentimiento de mis hermanos de la Primera Presidencia, así como el de los Doce y el de otros. Sentimos la necesidad de recibir la ayuda del Todopoderoso. Procuraremos ser humildes y ser leales y fieles a nuestros convenios. Y si prestamos oídos al consejo y obedecemos las leyes de Dios, y hacemos lo que Él requiera de nosotros, Él nos ayudará y nos bendecirá, y bendecirá a Sión y protegerá a Israel[10].

El sacerdocio se nos ha dado para posibilitarnos edificar Sión.

¿Para qué se nos ha dado este sacerdocio? Para hacernos posible edificar la Sión de nuestro Dios. ¿Para qué? Para poner fin a lo malo y a la corrupción, a la lascivia, a la mentira, al robo, a la falta de honradez y a la codicia, a toda clase de mal, y también para fomentar la fe, la mansedumbre, la caridad, la pureza, la bondad fraternal, la veracidad, la integridad, la honestidad y todo lo que tenga como fin elevar y ennoblecer al género humano, para que seamos los fieles y auténticos representantes de Dios nuestro Padre aquí sobre la tierra, para que aprendamos a conocer Su voluntad y a hacerla, para que Su voluntad se haga como en el cielo, así también en la tierra[11].

Alcanzar este deseable objetivo —restaurar la Creación a su prístina magnificencia y cumplir con el objeto de la Creación; redimir, salvar, exaltar y glorificar al hombre; salvar y redimir a los muertos y a los vivos, y todo lo que viva de conformidad con sus leyes— es el propósito y el objeto del establecimiento del sacerdocio en la tierra en los últimos días. El fin es llevar a cabo lo que hasta aquí no se ha hecho: que las obras de Dios sean perfeccionadas, que puedan concretarse los tiempos de la restauración de todas las cosas y que, juntamente con los que

poseen el sacerdocio eterno en los cielos (pues sin ellos nosotros no podemos perfeccionarnos, ni ellos pueden perfeccionarse sin nosotros), podamos llevar a cabo todas las cosas que han estado en la mente de Dios y de las que se ha hablado mediante el Espíritu de Dios, por boca de Sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo…

El sacerdocio que está en los cielos se está uniendo con nosotros para llevar a cabo esos propósitos, y ellos se gobiernan por el mismo principio a fin de que nuestras obras armonicen, para que haya un intercambio de ayuda, y para que la voluntad de Dios (en lo que a nosotros concierne) se haga en la tierra, así como se hace en el cielo. Eso es lo que tenemos que aprender y eso es lo que tenemos que hacer para cumplir con nuestro llamamiento y lograr que nuestras obras sean aceptables a la vista de Dios y de los santos ángeles, y también a la vista de nuestros hermanos que están relacionados con nosotros en el sacerdocio en el reino de Dios sobre la tierra[12].

El sacerdocio se ha puesto en la Iglesia con el fin de cavar, plantar, nutrir, enseñar principios correctos y constituir el orden del reino de Dios, luchar con los demonios y sostener y apoyar a las autoridades de la Iglesia de Cristo sobre la tierra. Nuestro deber es actuar juntos para formar una gran unidad, una gran falange unida [o sea, un grupo organizado], que ha hecho convenio de ser leal al reino de Dios. Entonces, todo seguirá adelante tranquila, pacífica y fácilmente, y habrá pocas dificultades[13].

El sacerdocio se ha otorgado para bendición de la familia humana.

El sacerdocio siempre se ha otorgado para bendición de la familia humana. Se habla de él como si fuese para el beneficio especial de ciertas personas. ¿Qué se dijo de Abraham? "En ti y en tu descendencia": ¿Qué? "Te bendeciré…". Hasta allí, eso está bien; pero además [se le dijo]: "en ti y en tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra" [véase Abraham 2:11]. Seamos benefactores, y si somos descendientes de Abraham, sigamos sus pasos y hagámonos dignos de las promesas,

sintamos el deseo de ayudar tanto a los vivos como a los muertos, y busquemos bendecir y beneficiar, elevar y ennoblecer a todos los que nos rodean, de modo que todos podamos regocijarnos y ser exaltados por medio de los mismos principios que han sido revelados para el beneficio de todos los hombres…

Si yo fuese obispo, no sé qué haría, pero sí sé lo que debería hacer. Sentiría deseos de decir: "Padre, has encomendado a mi cuidado un número de almas. Ayúdame a atender a las necesidades temporales de ellas y también a incrementar su bienestar espiritual, a velar por que sean debidamente instruidas en las leyes de la vida; ayúdame también a enseñar a los maestros que van entre la gente, para que estén llenos del Espíritu Santo y bendigan y beneficien a las personas, para que, con la ayuda de mis hermanos, yo pueda ser salvador entre ellos". Eso debiera sentir y eso debiera hacer si fuera obispo. Y eso debieran sentir y hacer ustedes, los obispos, y hacerlo con humildad y con deseos de hacer el bien. Y si fuese presbítero, maestro o diácono y fuera a ver a las personas en calidad de instructor, desearía velar por el bienestar de ellas[14].

[Jesús dijo a Simón Pedro]: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo". Si me amas, si eres mi amigo y mi discípulo: "Apacienta mis corderos". Eso no era muy difícil de hacer, pues había sido llamado para ello. "Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas". Y la tercera vez, el Salvador volvió a hacer la misma pregunta a Pedro, y, cuando éste le respondió lo mismo que antes, Él le dijo: "Apacienta mis ovejas" [véase Juan 21:15–17]. ¿Cuál es el deber de los apóstoles, de los presidentes de estaca, de los sumos sacerdotes y de los Setenta, sobre todo, el de los que en general presiden? Si Jesús estuviera aquí, les diría que dejasen a un lado sus tonterías, sus insensateces y debilidades, que actuaran más como hombres y como santos, y que se pusiesen a trabajar y [les diría:] "Apacienten mis ovejas"[15].

Dios da poder a los que magnifican el sacerdocio.

Si nos comprendemos a nosotros mismos y el lugar que ocupamos, para nosotros debe estar primero el reino de Dios y nosotros, después. Si aprendemos a llevar a cabo una obra pequeña, el Señor probablemente nos dirá que realicemos una obra más grande, por motivo de que nos habremos preparado para efectuarla… Si somos el pueblo de Dios, y Él confía en que llevemos a cabo esos grandes propósitos, tenemos que hacer un poco más de lo que hemos hecho y tenemos que estar dispuestos a recibir las indicaciones del Espíritu del Señor y de Sus siervos, a quienes Él ha puesto sobre nosotros, y ser obedientes a ellas. Si hacemos eso, toda labor de que nos ocupemos será jubilosa y agradable para nosotros, la paz reinará en nuestra alma y la paz de Dios estará en nuestras moradas; el Espíritu del Señor nos cubrirá y estaremos llenos de dicha y de regocijo todo el día, y así será hasta el final. No conozco ninguna otra manera de llevar a cabo esta obra que no sea la de ser enseñados por el Señor, finalidad por la cual Él ha organizado Su santo sacerdocio[16].

Tanta responsabilidad descansa sobre los hombros de los presbíteros, como de los maestros y de los diáconos, y los del sacerdocio menor como sobre los hombros de los demás miembros de la Iglesia. Cuando ellos no cumplen con sus deberes, ¿cuál es el resultado? Las personas se dirigen a los Doce o a la Primera Presidencia; pasan por alto a las autoridades más inmediatas y se produce confusión y desorden, aparte de que se ocupa casi innecesariamente un tiempo valiosísimo… y todo eso ocurre debido a la falta de conocimiento de los hombres de sus deberes y al incumplimiento de esos deberes por parte de ellos.

¿Y qué nos sucede mientras contendemos por cosas pequeñas? Perdemos la visión de nuestros llamamientos; olvidamos que este reino fue establecido sobre la tierra con el objetivo de introducir en la tierra la rectitud y las leyes del cielo, y con el fin de bendecir a la humanidad y salvar a los vivos y a los muertos. Olvidamos la razón por la que estamos aquí y la razón por la que se ha establecido el reino de Dios. No es por

ustedes, ni por mí ni por ninguna persona única y exclusiva, sino por el beneficio del mundo y la salvación del género humano. Se espera de nosotros, de todos nosotros, que cumplamos con los diversos deberes y responsabilidades que se nos han dado. Si no lo hacemos, ¿no somos culpables ante Dios? ¿De dónde provienen las dificultades que tenemos en medio de nosotros? Del hecho, como he indicado, de que en muchas ocasiones los poseedores del sacerdocio no cumplen con sus deberes, no están alerta ni son fieles[17].

En algunos de mis viajes, he visto a aquellos que, al igual que los discípulos de Jesús de la antigüedad, exteriorizan un gran deseo de poder y manifiestan deseos muy vehementes de saber quién de entre ellos ha de ser el mayor. Eso es insensatez, puesto que el honor no procede del oficio, sino del hecho de que la persona magnifique su oficio y llamamiento. Si algún honor se desprende del sacerdocio o por medio de él, proviene de Dios, y ciertamente seríamos vanos y presumidos al jactarnos de un don cuando no tenemos parte en ese don, sino en el hecho de recibirlo. Si proviene de Dios, Él debe tener la gloria y no nosotros; el magnificar nuestro llamamiento es el único medio por el cual podemos obtener honor o influencia[18].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Qué es el sacerdocio de Dios? ¿Qué bendiciones están a nuestro alcance por medio del sacerdocio? ¿Qué piensa al reflexionar en que Dios ha confiado al hombre el poder del sacerdocio?
- ¿Qué puede hacer cada familia por fortalecer el poder del sacerdocio en el hogar?
- ¿Por qué es importante que los poseedores del sacerdocio reciban orientación constante del Señor?
- ¿En qué forma contribuye el sacerdocio a "redimir, salvar, exaltar y glorificar al hombre"?
- ¿De qué modo han sido bendecidos tanto usted como sus seres queridos mediante el recto ejercicio del sacerdocio?

¿Cómo pueden las mujeres participar de las bendiciones del sacerdocio?

- ¿Qué oportunidades de prestar servicio del sacerdocio en su región podría usted nombrar? ¿Qué pueden hacer los poseedores del sacerdocio por ayudar a fortalecer los hogares en los que no haya ningún poseedor del sacerdocio?
- Lea D. y C. 84:33–34. ¿Qué significa magnificar un llamamiento del sacerdocio? ¿Qué significa magnificar cualquier llamamiento en la Iglesia? ¿En qué forma podemos ayudar a los de nuestro barrio o de nuestra rama que se están esforzando por magnificar sus llamamientos?

Pasajes relacionados: 1 Corintios 4:20; 1 Timoteo 4:12–16; Jacob 1:18–19; D. y C. 58:26–28; 84:18–21, 26–27, 33–34; 107:99–100.

Notas

1. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 127.
2. *The Gospel Kingdom,* pág. 166.
3. "Stories and Counsel of Prest. Taylor", *Young Woman's Journal,* mayo de 1905, pág. 219; los párrafos se han cambiado.
4. *The Gospel Kingdom,* pág. 129.
5. *Deseret News* (Weekly), 28 de diciembre de 1859, pág. 338.
6. *The Gospel Kingdom,* pág. 130.
7. "On Priesthood", *Millennial Star,* 1° de noviembre de 1847, pág. 323.
8. *The Gospel Kingdom,* pág. 130.
9. *The Gospel Kingdom,* pág. 166.
10. *Deseret News* (Weekly), 18 de junio de 1884, pág. 339; los párrafos se han cambiado.
11. *The Gospel Kingdom,* págs. 130–131.
12. *The Gospel Kingdom,* pág. 132.
13. *The Gospel Kingdom,* pág. 129.
14. *Deseret News: Semi-Weekly,* 18 de octubre de 1881, pág. 1; los párrafos se han cambiado.
15. *Deseret News: Semi-Weekly,* 19 de agosto de 1879, pág. 1.
16. *The Gospel Kingdom,* págs. 131–132.
17. *The Gospel Kingdom,* pág. 154.
18. *The Gospel Kingdom,* pág. 133.

Las responsabilidades y el orden del sacerdocio

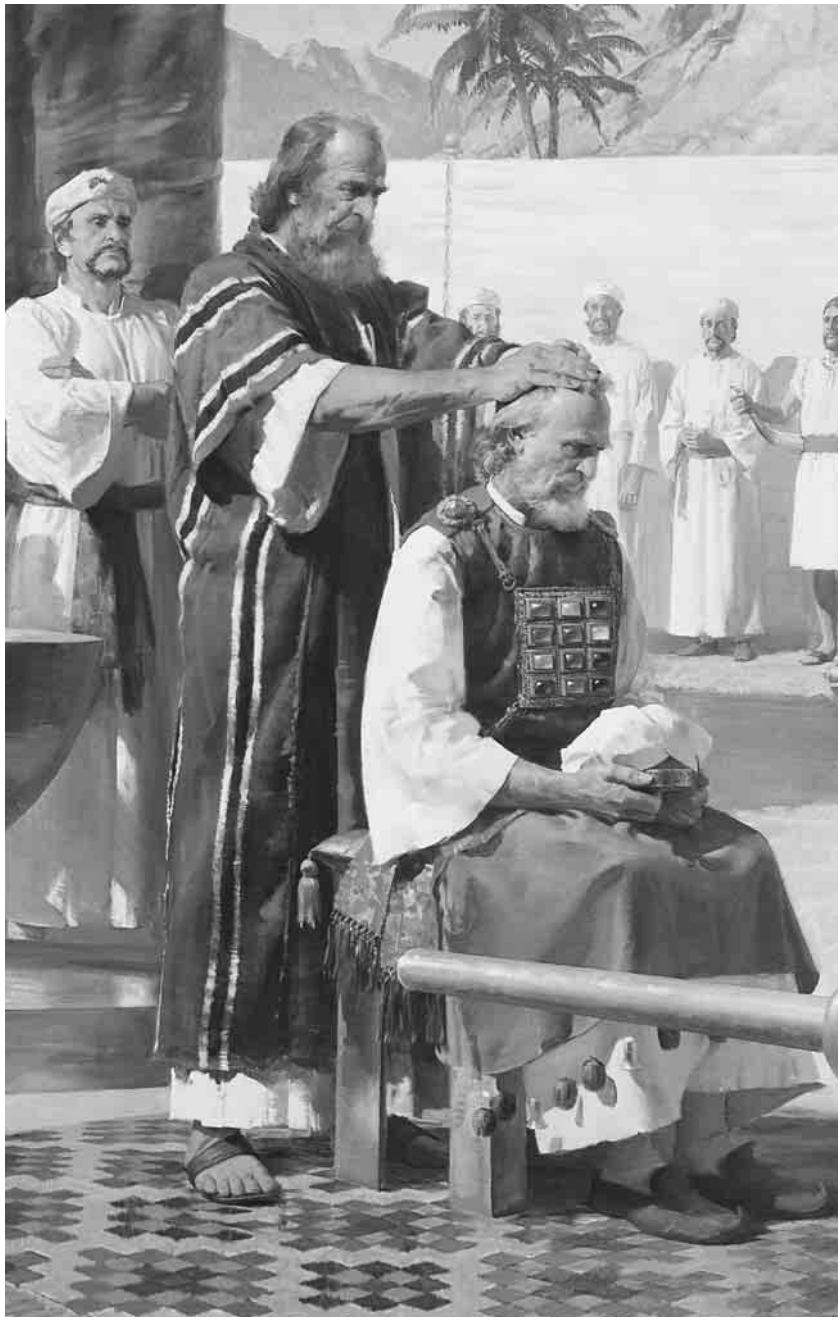
La Iglesia se ha organizado… de conformidad con los principios que Dios ha revelado[1].

De la vida de John Taylor

El presidente Taylor creía firmemente en el orden y la organización dentro del sacerdocio y enseñaba que el sacerdocio "es un modelo de las cosas celestiales" y el medio "por el cual fluyen las bendiciones de Dios a Su pueblo que está en la tierra". Él dio comienzo a la práctica de realizar reuniones semanales del sacerdocio en los barrios, junto con reuniones mensuales del sacerdocio en las estacas y conferencias trimestrales de estaca, a fin de animar a los poseedores del sacerdocio a aprender y cumplir sus deberes.

Con el fallecimiento de Brigham Young en agosto de 1877, se disolvió la Primera Presidencia, y el Quórum de los Doce Apóstoles, con John Taylor como su Presidente, llegó a ser el cuerpo o entidad presidente de la Iglesia. Aun cuando el presidente Taylor sabía que en tales circunstancias los Doce como quórum son iguales en autoridad a la Primera Presidencia (véase D. y C. 107:22–24), también sabía que el debido orden del sacerdocio estipula que la Iglesia sea guiada por un Presidente y sus dos consejeros. Al mismo tiempo, buscó humildemente hacer sólo la voluntad del Señor y no quiso tomar ningún cargo para sí.

Un poco más de tres años después del fallecimiento de Brigham Young, fue reorganizada la Primera Presidencia. El 10 de octubre de 1880, el presidente John Taylor fue sostenido en calidad de Presidente de la Iglesia, con George Q. Cannon y



"Si hemos recibido cualquier oficio, o llamamiento, o autoridad, o cualquier poder para administrar en cualquiera de las ordenanzas, lo hemos recibido de la mano de Dios".

Joseph F. Smith como consejeros. Al dirigir la palabra el día de ese sostenimiento, el presidente Taylor dijo: "Si no hubiese sido nuestro deber tener la Iglesia organizada plena y completamente en todos sus oficios de organización, yo hubiese preferido mucho más haber continuado con los hermanos de los Doce, y digo esto como opinión exclusivamente personal. Hay resoluciones con respecto a esos asuntos y no nos corresponde a nosotros indicar cómo serán ni qué procedimiento se seguirá. Puesto que Dios nos ha dado un orden y ha designado una organización en Su Iglesia con los diversos quórumes del sacerdocio, lo cual se nos ha dado a conocer por revelación por conducto del profeta José Smith, no creo que la Primera Presidencia, ni los Doce, ni los sumos sacerdotes, ni los setenta, ni los obispos ni nadie más tenga derecho a cambiar ni a modificar el plan que el Señor ha presentado y establecido".

En seguida dijo que, desde el fallecimiento de Brigham Young, el sacerdocio había estado plenamente organizado, con excepción de la Primera Presidencia y que era necesario que el quórum de la Primera Presidencia, al igual que todos los demás quórumes, ocupara el lugar que le había asignado el Todopoderoso.

El presidente Taylor continuó: "Ésas fueron las indicaciones que me dio el Espíritu del Señor. Hice saber a los Doce de esas impresiones y ellos coincidieron conmigo; de hecho, varios de ellos habían tenido las mismas sensaciones que yo había tenido. Para nosotros no es, ni debe serlo, asunto de lugar, de posición ni de honor, aun cuando es un gran honor ser siervo de Dios. Es un gran honor poseer el sacerdocio de Dios. Pero si bien es un honor ser siervos de Dios y poseer Su sacerdocio, no es honorable que ningún hombre ni ningún grupo de hombres busquen una posición en el santo sacerdocio. Jesús dijo: "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros" [véase Juan 15:16]. Y como he dicho, si hubiese consultado mis propios sentimientos personales, me hubiera dicho: "Las cosas transcurren bien, sin complicaciones y en forma agradable; tengo un número de buenos colaboradores a quienes respeto y estimo, que son mis hermanos, y me regocijo con sus consejos. Que las cosas sigan como están". Sin embargo, no me corresponde a mí decir, ni les corresponde a ustedes decir lo

que preferimos individualmente, sino que nos corresponde sostener el santo sacerdocio para velar por que todas las organizaciones de ese sacerdocio se conserven intactas y por que todo en la Iglesia y reino de Dios esté organizado de acuerdo con el plan que Él ha revelado. Por consiguiente, hemos seguido el procedimiento para el cual hoy día hemos solicitado el voto de sostenimiento de ustedes[3].

Enseñanzas de John Taylor

Hay dos sacerdocios, a saber, el de Melquisedec y el Aarónico.

Primero: Hay dos sacerdocios distintivos y generales, a saber el de Melquisedec y el Aarónico… Segundo: Que los dos son conferidos por el Señor; que los dos son sempiternos y administran en el tiempo de esta vida y en la eternidad. Tercero: El Sacerdocio de Melquisedec posee el derecho de presidir, y tiene poder y autoridad *sobre todos los oficios en la iglesia* en todas las edades del mundo, *para administrar en las cosas espirituales*. Cuarto: Que el segundo sacerdocio es llamado el Sacerdocio de Aarón, porque se confirió a Aarón y a su descendencia por todas sus generaciones. Quinto: Que el sacerdocio menor [o Aarónico] es parte o una dependencia del mayor, o sea, el Sacerdocio de Melquisedec, y tiene el poder para administrar las ordenanzas exteriores… Sexto: Que hay una presidencia en cada uno de esos sacerdocios, tanto en el de Melquisedec como en el Aarónico.

Séptimo: Que al paso que, el poder y la autoridad del sacerdocio mayor, o sea, el de Melquisedec, consiste en tener las llaves *de todas las bendiciones* espirituales *de la Iglesia*: tener el privilegio de recibir los misterios del reino de los cielos, ver abiertos los cielos, comunicarse con la asamblea general e Iglesia del Primogénito, y gozar de la comunión y presencia de Dios el Padre y de Jesús, el Mediador del nuevo convenio [véase D. y C. 107:1–19], y presidir a todos los oficiales espirituales de la Iglesia, la *presidencia* del sumo sacerdocio, según el orden de Melquisedec, tiene el derecho de oficiar *en todos los oficios de la Iglesia*, tanto espirituales como temporales.

"Entonces sigue el sumo sacerdocio, que es el mayor de todos. Por consiguiente, es menester que se nombre a uno del sumo sacerdocio para presidir al sacerdocio; y se le llamará presidente del sumo sacerdocio de la iglesia, o en otras palabras, el Sumo Sacerdote Presidente de todo el sumo sacerdocio de la iglesia" [D. y C. 107:64–66].

Por tanto, es evidente que ese sacerdocio preside a todos los presidentes, a todos los obispos, incluso al obispo presidente, todos los consejos, todas las organizaciones y autoridades de toda la Iglesia, en todo el mundo.

Que el obispado es la presidencia del Sacerdocio Aarónico, que es una dependencia del mayor, o sea, el Sacerdocio de Melquisedec [véase D. y C. 107:14], y que ningún hombre tiene el derecho legal de poseer las llaves del Sacerdocio Aarónico, que preside a todos los obispos y todo el sacerdocio menor, a menos que sea un descendiente literal de Aarón. Pero en vista de que un sumo sacerdote del Sacerdocio de Melquisedec tiene la autoridad para oficiar en todos los oficios menores, él puede desempeñar el oficio de obispo… siempre que sea llamado, apartado y ordenado a este poder por manos de la Presidencia del Sacerdocio de Melquisedec [véase D. y C. 107:17][4].

Se nos dice que este sumo sacerdocio [o sea, el de Melquisedec] posee el derecho de presidir en todas las edades del mundo [véase D. y C. 107:8]. Ahora bien, hay una diferencia entre los poderes generales del sacerdocio y el oficio y llamamiento particulares a los que los hombres son apartados… Si un hombre es sumo sacerdote, ¿es apóstol? No. Si un hombre es sumo sacerdote, ¿es presidente de una estaca o consejero de un presidente de estaca? No. Si es sumo sacerdote, ¿es obispo? No, de ningún modo. Y así, sucesivamente, en todos los diversos oficios. Los del sumo sacerdocio poseen la autoridad para administrar en las ordenanzas, en los oficios y en los lugares cuando son nombrados por las autoridades correspondientes y en ninguna otra ocasión; y si también son sostenidos por la Iglesia… No porque un hombre posea cierta clase de sacerdocio ha de administrar en todos los oficios de ese sacerdocio. Él administra únicamente en el oficio para el que sea llamado y apartado[5].

Los oficios del sacerdocio se han dado para perfeccionar a los santos.

El Señor ha puesto en Su Iglesia apóstoles y profetas, sumos sacerdotes, setentas, élderes, etc. ¿Para qué? Para perfeccionar a los santos [véase Efesios 4:11–12]. ¿Somos todos perfectos para empezar? No. Los que ocupan esos diferentes oficios están para perfeccionar a los santos. ¿Para qué más? Para la obra del ministerio, para que los hombres sean capacitados e instruidos, y llenos de inteligencia, de sabiduría y de luz, y aprendan a proclamar los principios de la verdad eterna y a dar a conocer del tesoro de Dios las cosas nuevas y antiguas, aquello que tiene por objeto aumentar el bienestar de las personas. Puesto que esos oficios se han puesto en la Iglesia, todo hombre debe ser respetado en su oficio[6].

Dios ha comunicado a los Santos de los Últimos Días principios que las gentes del mundo desconocen y, por motivo de que los desconocen, no saben apreciar nuestros sentimientos. A lo bueno llaman malo y hacen de la luz tinieblas, al error llaman verdad y a la verdad error, porque no tienen modo de ver la diferencia que hay entre uno y otro. "Mas vosotros sois linaje escogido, nación santa, real sacerdocio" [véase 1 Pedro 2:9], separados y apartados por el Todopoderoso para el cumplimiento de Sus propósitos. Dios ha ordenado entre ustedes presidentes, apóstoles, profetas, sumos sacerdotes, setentas, obispos y otras autoridades; éstos han sido nombrados por Él, Él les ha otorgado poder y los dirige bajo Su influencia para enseñar Su ley y dar a conocer los principios de la vida; han sido organizados y ordenados expresamente para dirigir a las personas por el camino que conduce a la exaltación y a la gloria eterna[7].

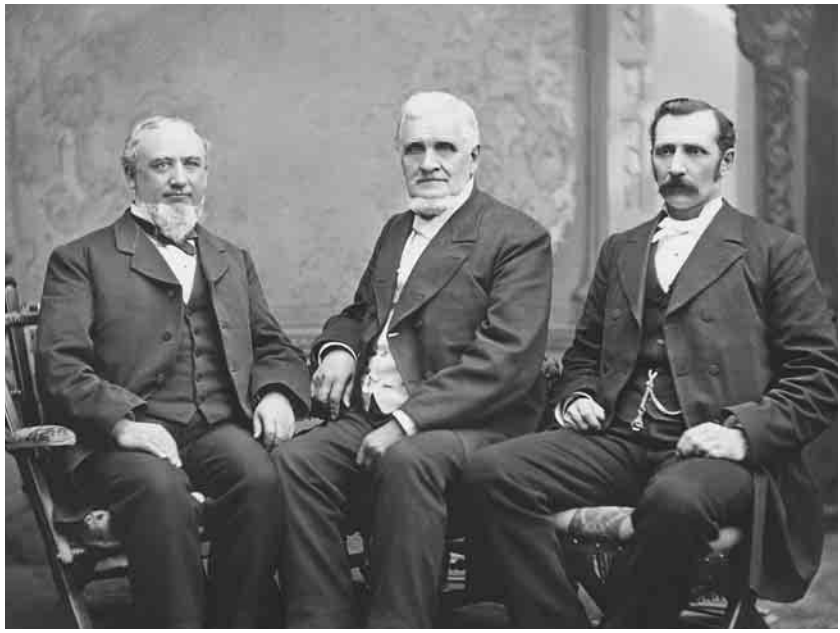
¡Ah, si pudiésemos comprender la gloria, la inteligencia, el poder, la majestad y el dominio de nuestro Padre Celestial! ¡Si pudiéramos prever la exaltación, la gloria, la felicidad que espera a los justos, a los puros y a los virtuosos de los que temen a Dios, sí, los santos del Dios Altísimo! Si pudiéramos comprender las grandes bendiciones que Dios tiene reservadas para los que le temen y observan Sus leyes y guardan Sus mandamientos,

pensaríamos de un modo muy diferente del que pensamos. Pero no las comprendemos. El Señor nos ha congregado de entre las naciones, para que seamos instruidos en las cosas del reino de Dios. Él nos ha conferido el santo sacerdocio con ese objetivo. Y las organizaciones que tenemos, las estacas y los barrios con sus respectivas presidencias y obispos, sumos consejos, sumos sacerdotes, setentas, élderes, presbíteros, maestros, diáconos, etc., todo ello lo ha puesto en la Iglesia el Todopoderoso para instruirnos y elevarnos[8].

Estamos organizados con apóstoles y profetas: con presidentes y sus consejeros, con obispos y sus consejeros, con élderes, presbíteros, maestros y diáconos. Estamos organizados según el orden de Dios, y esos mismos principios que nos parecen pequeños provienen de Dios. Tenemos setentas y sumos sacerdotes, y todos esos hombres poseen ciertos cargos que se espera cumplan y magnifiquen, aquí en la carne, para el beneficio de la verdad y de la rectitud, para el beneficio del reino de Dios y el establecimiento de principios correctos entre los santos del Dios Altísimo. Nos encontramos aquí para colaborar con Dios en la salvación de los vivos, en la redención de los muertos, en las bendiciones de nuestros antepasados, en el derramamiento de bendiciones sobre nuestros hijos; estamos aquí con el fin de redimir y regenerar la tierra sobre la cual vivimos, y Dios ha puesto Su autoridad y Sus consejos aquí sobre la tierra con esa finalidad, para que las personas aprendan a hacer la voluntad de Dios en la tierra, así como se hace en el cielo. Ése es el objeto de nuestra existencia. A nosotros nos corresponde comprender nuestra responsabilidad y la importancia de nuestra función[9].

El sacerdocio ha sido organizado según el orden de Dios.

[El sacerdocio] es un orden, según yo lo entiendo, que ha sido introducido por el Todopoderoso y sólo por Él. No es del hombre, ni ha provenido del hombre; y por cuanto no ha provenido del hombre, tampoco puede progresar ni ser perfeccionado por el hombre sin la dirección del Todopoderoso. En realidad, con todas esas ayudas, con todas esas



La Primera Presidencia de la Iglesia desde 1880 hasta 1887: El presidente John Taylor (en el centro) y sus consejeros, George Q. Cannon (a la izquierda) y Joseph F. Smith (a la derecha).

organizaciones, con todos esos principios, debido a las debilidades y las flaquezas del hombre, nos resulta difícil conservar con pureza las sagradas instituciones que Dios nos ha dado, por lo que debemos ejercer constantemente el mayor cuidado, la mayor humildad, abnegación, perseverancia, vigilancia y confianza en Dios[10].

Si hemos recibido cualquier oficio, o llamamiento, o autoridad, o cualquier poder para administrar en cualquiera de las ordenanzas, lo hemos recibido de la mano de Dios, y sólo podemos efectuar esas ordenanzas según el sacerdocio que se nos haya permitido poseer… Si cumplimos con nuestros deberes, cada uno de nosotros en su propio lugar, Dios nos da poder para cumplir con el objetivo que tengamos, no importa qué sea, ni qué sacerdocio poseamos, ni si se trata del Presidente de la Iglesia o de un presidente de estaca, un obispo, un miembro de un sumo consejo, un sumo sacerdote, un setenta, o un élder, un presbítero, un maestro o un diácono; sea lo que sea,

si cumplimos con nuestros deberes con la mira puesta únicamente en la gloria de Dios, Él nos sostendrá en nuestras labores y administraciones[11].

Ustedes y yo podemos violar los convenios que hemos hecho; ustedes y yo podemos atropellar los principios del Evangelio y quebrantar el orden del sacerdocio y los mandamientos de Dios; pero entre las huestes de Israel habrá miles y decenas de miles que serán fieles a los principios de la verdad, y Dios que está en los cielos, los santos ángeles y el sacerdocio antiguo que ahora viven donde está Dios están todos unidos para el cumplimiento de este propósito. El Señor hará avanzar sus propósitos según Su propia manera y en Su propio tiempo. Y por estar organizados como he indicado anteriormente, no nos corresponde actuar como pensemos en forma individual, sino como Dios mande.

Tenemos un orden regular en la Iglesia. Ustedes, hermanos, que poseen el santo sacerdocio, comprenden estas cosas. ¿No ha dado Dios a cada uno una porción de la manifestación de Su Espíritu para provecho? Sí. ¿No ha dado Él más que eso a los santos que son leales y fieles? ¿No les ha dado Él el don del Espíritu Santo? Él lo ha hecho, y ellos lo saben y lo comprenden. Han sido puestos en comunión los unos con los otros y en comunión con Dios y con las huestes celestiales. Ahora bien, al tener ese Espíritu, ¿necesitamos a otros para que nos guíen? Sí, constantemente. ¿Por qué? Por motivo de los poderes de las tinieblas, de la influencia de Satanás y de la debilidad de la naturaleza humana. Tenemos necesidad de que haya centinelas sobre las torres de Sión, que estén en guardia para cuidar el bienestar de Israel y velar por que los del pueblo de Dios no se vayan por el mal camino… Todos los oficiales necesarios para la obra del ministerio se encuentran en la Iglesia, y todo ha sido organizado según el orden de Dios[12].

El sacerdocio se debe ejercer con bondad y con fidelidad a Dios.

Debemos tener un mutuo afecto y comprensión los unos por los otros y sentir una bondadosa consideración por la más sencilla de las creaciones de Dios, sobre todo por los santos de

Dios, sea cual sea el lugar que ocupen. Si algunos andan en error, intenten rescatarlos con bondad; si hay quienes tienen un mal espíritu, muéstrenles un espíritu mejor; si algunos no hacen lo bueno, hagan lo bueno ustedes y digan: "Ven, sígueme, como yo sigo a Cristo". ¿No sería ésa la manera correcta de actuar? Pienso que sí; ése es el modo como yo entiendo el Evangelio. No tenemos, —ninguno de nosotros—, el sacerdocio para nuestro propio engrandecimiento, ni para utilizarlo para oprimir ni para explotar a nadie, ni para emplear un lenguaje indebido, sino para ejercerlo con bondad, con longanimidad, con benignidad y con amor sincero. Leeré en Doctrina y Convenios…

"He aquí, muchos son los llamados, y pocos los escogidos. ¿Y por qué no son escogidos? Porque a tal grado han puesto su corazón en las cosas de este mundo, y aspiran tanto a los honores de los hombres, que no aprenden esta lección única", aquello de lo que hemos estado hablando: "Que los derechos del sacerdocio están inseparablemente unidos a los poderes del cielo, y que éstos no pueden ser gobernados ni manejados sino conforme a los principios de la rectitud". ¿Creen que Dios dará poder a hombre alguno sólo para que ese hombre lleve a cabo sus propios y limitados y egoístas objetivos? Les digo que Él nunca lo hará, nunca, no, nunca. "Es cierto que se nos pueden conferir; pero cuando intentamos encubrir nuestros pecados, o satisfacer nuestro orgullo, nuestra vana ambición, o ejercer mando, dominio o compulsión sobre las almas de los hijos de los hombres, en cualquier grado de injusticia, he aquí, los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido, y cuando se aparta, se acabó el sacerdocio o autoridad de tal hombre" [véase D. y C. 121:34–37].

A veces pensamos que estamos en los lugares celestiales con Cristo Jesús; y así es. Pero el sacerdocio del Hijo de Dios no autoriza al hombre oprimir a otras personas ni violar los derechos ajenos en forma alguna. Eso sencillamente no tiene lugar en el sacerdocio; no existe, como se ha dicho: "He aquí, antes que se dé cuenta, queda abandonado a sí mismo para dar coces contra el aguijón, para perseguir a los santos y combatir contra Dios" [D. y C. 121:38][13].

No hay autoridad alguna vinculada con el santo sacerdocio que no esté basada en el principio de la persuasión, y ningún hombre tiene derecho a vanagloriarse públicamente por algún cargo que ocupe en esta Iglesia, dado que él es simplemente siervo de Dios y siervo de las personas. Si algún hombre intenta utilizar cualquier clase de autoridad arbitraria y actúa en cualquier grado de injusticia, Dios hará responsable de ello a ese hombre, pues todos nosotros tenemos que ser juzgados de acuerdo con las obras que hayamos hecho en el cuerpo mortal. Estamos aquí en calidad de salvadores de hombres y no como tiranos ni opresores…

…A los que poseemos el santo sacerdocio nos corresponde ser puros. "…purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová" [véase Isaías 52:11]. Cada uno de nosotros debe ser puro y, entonces, decir a los demás: "Ven, sígueme, como yo sigo a Jesús". Nos corresponde vivir nuestra religión y obedecer las leyes de Dios, y cumplir con los deberes que se nos han dado[14].

Yo no creo en ninguna clase de tiranía. Creo en la longanimidad, en la misericordia, en la bondad, en la delicadeza y en el amor y temor de Dios. No creo que el sacerdocio se ha dado al hombre para que ejerza dominio y autoridad sobre las almas de las demás personas. Todo debe hacerse con bondad y longanimidad y al mismo tiempo con fidelidad a Dios[15].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Por qué es importante que exista el orden dentro del sacerdocio? ¿Por qué ese orden puede ayudar a cada uno de nosotros en el esfuerzo de satisfacer las necesidades de las personas de las cuales es responsable?
- ¿Por qué hay diversos oficios en el sacerdocio? (Véase también Efesios 4:11–12.) ¿En qué forma ha visto usted que los diferentes oficios del sacerdocio ayudan a "perfeccionar a los santos"?
- ¿Qué experiencias ha tenido usted en las que haya sido bendecido al haber seguido el consejo de los líderes del

sacerdocio aun cuando al principio no haya entendido ese consejo o no haya estado de acuerdo con él?

- Al hablar del liderazgo que sigue el ejemplo de Cristo, el presidente Taylor exhortó a los poseedores del sacerdocio a vivir de acuerdo con las palabras de la expresión: "Ven, sígueme, como yo sigo a Cristo". ¿Por qué ese consejo puede bendecir nuestra relación con nuestros familiares, así como con las demás personas? ¿Por qué el honrar a las mujeres sirve a los hombres para honrar el sacerdocio?
- ¿Por qué el orgullo disminuye o destruye el poder del sacerdocio de un hombre? ¿Cómo podemos cultivar las cualidades de la bondad, la longanimidad, la benignidad y el amor sincero? ¿Cómo podemos inspirar y revitalizar esas cualidades entre las personas con las que servimos en la Iglesia?
- ¿De qué forma puede usted ayudar a los poseedores del Sacerdocio Aarónico de su familia y de su barrio a prepararse para el privilegio de poseer el Sacerdocio de Melquisedec?

Pasajes relacionados: Efesios 4:11–15; D. y C. 20:38–67; 84:18–32, 109–110; 107; 121:33–46.

Notas

1. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 159.
2. *Deseret News* (Weekly), 28 de diciembre de 1859, pág. 337.
3. *The Gospel Kingdom,* págs. 141–142.
4. *The Gospel Kingdom,* págs. 155–156; los párrafos y la puntuación se han cambiado.
5. *The Gospel Kingdom,* págs. 197–198.
6. *The Gospel Kingdom,* pág. 165.
7. *Deseret News* (Weekly), 8 de mayo de 1872, pág. 181.
8. *Deseret News: Semi-Weekly,* 3 de enero de 1882, pág. 1.
9. *Deseret News: Semi-Weekly,* 1° de junio de 1880, pág. 1.
10. *Deseret News: Semi-Weekly,* 8 de marzo de 1881, pág. 1.
11. *Deseret News: Semi-Weekly,* 10 de agosto de 1880, pág. 1.
12. *Deseret News: Semi-Weekly,* 21 de octubre de 1884, pág. 1; los párrafos se han cambiado.
13. *Deseret News: Semi-Weekly,* 19 de agosto de 1879, pág. 1.
14. *Deseret News: Semi-Weekly,* 14 de agosto de 1883, pág. 1.
15. *Deseret News: Semi-Weekly,* 24 de marzo de 1885, pág. 1.

CAPÍTULO 15

El albedrío y la responsabilidad

Es nuestro privilegio determinar nuestra propia exaltación o degradación; es nuestro privilegio determinar nuestra propia felicidad o desdicha en el mundo venidero[1].

De la vida de John Taylor

"A veces hablamos del albedrío", observó el presidente John Taylor. "¿Es ése un principio correcto? Sí, lo es. Es un principio que ha existido siempre y que proviene de Dios, nuestro Padre Celestial"[2]. El presidente Taylor valoraba el principio del albedrío moral: la facultad que nuestro Padre Celestial ha dado a Sus hijos de escoger el bien o el mal y de actuar por sí mismos. No obstante, Él también ha enseñado que las personas son responsables de sus actos ante Dios. Aseveró: "Dios nunca ha dado al hombre un control ilimitado de los asuntos de este mundo y siempre ha dicho que el hombre está bajo Su orientación, que habita en Su territorio y que es responsable de sus actos ante Él"[3].

A fin de poner de relieve la relación que hay entre el albedrío y la responsabilidad ante el Señor, el presidente Taylor narró la siguiente analogía: "El hombre que alquila una viña o una finca, al ocuparla, tiene cierta libertad de acción y facultad electiva, pero siempre está sujeto a ciertas condiciones impuestas por el dueño de la propiedad. De allí que Dios hizo un convenio con Noé, con Abraham, con los hijos de Israel y con los santos de la Iglesia primitiva. El hacer un convenio naturalmente supone dos partes: en tales casos, Dios ha sido una parte, y las personas, la otra. Si las personas cumplen con su parte del convenio, el Señor está obligado a cumplir con la Suya. Pero si el hombre transgrede, el Señor no está obligado a cumplir con Su parte del convenio… El hombre, entonces, puede tomar él mismo decisiones en el

ámbito moral, perfeccionarse con las bendiciones que Dios pone a su alcance, o no hacerlo, como él quiera"[4].

En los tiempos del presidente Taylor, había personas que sostenían que el Evangelio y el sacerdocio tenían por objeto "esclavizar a los hombres o tiranizar la conciencia de los hombres". Él refutaba con valentía ese concepto e indicaba que el objetivo del Evangelio es "hacer libres a todos los hombres como Dios es libre; hacer que beban de las aguas del río cuyas 'corrientes alegran la ciudad de Dios' [Salmos 46:4], para que sean elevados y no degradados; para que sean purificados y no corrompidos; para que aprendan las leyes de la vida y las observen, y para que no anden por las sendas de la corrupción ni desciendan a la muerte"[5].

Enseñanzas de John Taylor

Dios nos ha dado el don del albedrío desde el principio.

El Padre… promulgó el decreto… de que tanto los habitantes de los cielos como los habitantes de la tierra tuviesen el albedrío. Contra eso se rebeló Lucifer; éste no podía haberse rebelado contra un plan o un mandamiento que no se hubiese dado, puesto que la rebelión es la acción y el efecto de rebelarse contra la ley, contra un mandamiento o contra una autoridad. Y fue expulsado del cielo por motivo de esa rebelión. Esa rebelión no podía haberse manifestado si no hubiese existido el albedrío. Si no hubiera habido albedrío, todos habrían sido obligados a hacer la voluntad del Padre; pero, por motivo de que tenían el albedrío, lo utilizaron; y Lucifer y la tercera parte de los ángeles fueron expulsados porque se rebelaron y ejercieron ese albedrío para oponerse a su Padre Celestial, y no sólo porque se rebelaron, sino porque, como está escrito: "pretendieron destruir el albedrío del hombre" [véase Moisés 4:3]; y hubiesen ejercido ese albedrío para oponerse al bienestar, a la felicidad y a la exaltación eterna de los seres humanos, que se había proyectado se llevase a cabo mediante la expiación y la redención que efectuaría Jesucristo[6].

[Dios] nos ha dado la facultad de escoger el bien y rechazar el mal. Podemos ser obradores de iniquidad u obradores de rectitud, como queramos. El diablo se ha valido de eso e intenta envolver la mente de las personas con influencias que las conduzcan a la ruina, a fin de llevarlas cautivas según la voluntad de él. El Señor no los ha atado ni los ha controlado [a Satanás y sus huestes], pero Él ha controlado la consecuencia de sus acciones cada vez que han intentado hacer daño a los de Su pueblo.

El Señor… permitirá a los del género humano buscar la felicidad según la voluntad de ellos, y según sus deseos les permitirá beber la copa de su propia iniquidad según la propia manera de ellos. Por otro lado, Él ha manifestado Su bondad a todos Sus hijos y continuará haciéndolo. ¿Qué tiene Él proyectado lograr? La edificación de este reino sobre la tierra, el establecimiento de la rectitud, hacer retroceder al adversario y expulsar a [Satanás] de la tierra. Por ese medio, los principios de la verdad se extenderán a lo largo y a lo ancho de la tierra, y todos se inclinarán ante Dios y Su Cristo, y los escogidos administrarán las ordenanzas de Su casa para siempre jamás. El Todopoderoso ha tenido este objetivo desde hace largo tiempo[7].

Dios nos da orientación, pero Él no nos obligará a creer ni a pensar de un modo ni de otro.

Hemos recibido el Evangelio. ¿Ha sido alguno obligado a obedecerlo? ¿Se ha manifestado coacción alguna, en modo alguno, para con nosotros? No que yo sepa. ¿Fue Oliver Cowdery, que fue el segundo élder de la Iglesia, obligado a recibir este Evangelio? No, no lo fue. ¿Fue obligado Hyrum Smith a recibirlo? No, no lo fue. ¿Lo fue alguno de los testigos del Libro de Mormón, los Whitmer y los demás? No. Y después que se hicieron miembros de esta Iglesia, ¿fueron obligados a permanecer en ella? No. ¿Se ha obligado a alguno de los miembros del Quórum de los Doce, a alguno de los setenta, de los sumos sacerdotes o de los miembros de los sumos consejos, o a alguno de los presidentes de los setenta, o a cualquier grupo de hombres de esta Iglesia a ocupar el cargo al que han sido llamados? Yo no sé de ninguno, ¿y ustedes? Sé que no se ejerció

ninguna coacción para conmigo que no fuese la fuerza de la verdad que pugnaba en mi mente, ni tampoco para con ustedes que no haya sido la verdad misma que vibraba en sus mentes[8].

Nunca quisiera ejercer control sobre los pensamientos, las creencias y las opiniones de las personas. Nunca desearía controlar las acciones de los hombres. Dios no lo hace; Él deja a las personas ejercer su albedrío al luchar con las tribulaciones, las tentaciones, las adversidades y los males de toda clase que hay en el mundo a los cuales están sujetos los seres humanos. Sin embargo, Él pone al alcance de las personas ciertos principios y quisiera guiarlas hacia Él si ellas, por su propia voluntad, se dejasen guiar por Él. Si no es así, Él hace para con ellas lo mejor que puede[9].

El hombre tiene el albedrío moral; y, al contar con el apoyo del Señor, es por consiguiente responsable de sus actos ante Él al escoger y actuar por sí mismo. ¿Deja el Señor al hombre solo y sin ayuda para llevar a cabo Sus designios? No. Considera al hombre Su hijo y de vez en cuando le ha brindado Sus servicios e instrucciones, como un Padre. Ha dado revelaciones con instrucciones y amonestaciones para los de Su pueblo. Ha hecho promesas al obediente y ha amenazado al desobediente. Él ha instruido a reyes, a gobernantes y a profetas. También ha protegido a los justos y ha castigado por medio de Sus juicios al inicuo. Ha prometido a Abraham y a otros tierras y heredades. Ha hecho promesas de vida eterna a los fieles, pero Él nunca ha coaccionado ni obligado a las personas a creer ni a pensar de un modo ni de otro[10].

Dios nos hace responsables de la forma en que utilizamos el albedrío y nos recompensa de acuerdo con lo que escogemos hacer.

¿No somos los arquitectos de nuestro propio destino? ¿No somos los árbitros de nuestra suerte?… Es nuestro privilegio determinar nuestra propia exaltación o degradación; es nuestro privilegio determinar nuestra propia felicidad o desdicha en el mundo venidero[11].

Si examinamos detenidamente las Escrituras, hallaremos que al hombre se le han dado ciertos poderes, los cuales tiene sujetos al control y a la orientación del Señor. Cuando el hombre actúa sin el consejo, sin la orientación o instrucción de Dios, se excede de los límites que le ha designado el Señor, y es tan culpable como lo sería [el funcionario de algún gobierno] que sobrepasara los límites de sus atribuciones, o como el hombre que, habiendo alquilado mediante un contrato una finca o una viña, despreciara las condiciones de ese contrato y destruyese la finca o la viña; porque la tierra es del Señor, y el hombre fue puesto sobre ella por el Señor; no es propiedad del hombre, sino que lo tiene de Dios… Si al hombre se le pone como agente para que actúe por el Señor y también por sí mismo, y entonces desatiende al Señor, ciertamente será responsable de ello ante su Creador[12].

Remóntense en sus recuerdos hacia el pasado y podrán recordar la ocasión en que realizaron una buena acción; también podrán recordar la ocasión en que hicieron una mala acción. Las acciones han quedado grabadas en la memoria y ustedes pueden traerlas al presente y contemplarlas cuando gusten… Si han estudiado un idioma, pueden recordar ese idioma cuando quieran e indicar muy fácilmente la diferencia que hay entre los diversos componentes gramaticales. Si han estudiado mecánica, sus pensamientos se dirigirán al lugar en el que vieron cierta máquina, se pondrán manos a la obra y harán una como aquélla. Si han viajado por ciudades, podrán describir la clase de viviendas y las calles de las diversas ciudades por las que hayan pasado, así como la idiosincrasia de las personas con las que trataron. Y podrán meditar en ellas, reflexionar sobre ellas de día y de noche, cuando les parezca adecuado, y traer a su memoria lo que hicieron y lo que vieron. ¿Dónde leen todo eso? En su propio libro de memorias; no tienen que acudir al libro de otra persona ni a una biblioteca, puesto que está escrito en su propio registro y allí lo leen. Sus ojos y sus oídos lo han absorbido, sus manos lo han tocado y, en seguida, su razonamiento ha actuado sobre ello, es decir, sus poderes de reflexión.

Ahora bien, si tienen ustedes un espíritu o un intelecto de esa clase, por medio del cual tienen la capacidad de leer sus propios actos, ¿no creen que el Ser que ha puesto ese espíritu y esa inteligencia dentro de ustedes posee las llaves de esa inteligencia y puede leerla cuando guste? ¿No es eso filosófico y razonable, y no concuerda acaso con las Escrituras? Yo creo que sí…

El hombre duerme el sueño de la muerte, pero el espíritu vive donde se guarda el registro de sus obras, lo cual no muere, no se desintegra y lo retiene todo vívidamente: el recuerdo de lo que ocurrió antes de la muerte, o sea, antes de la separación del cuerpo y el espíritu eterno[13].

Somos el pueblo de Dios, y Él está obligado por todo lo que tiene el propósito de obligar tanto al hombre como a Dios. Él está obligado a cuidar a los de Su pueblo si ellos se cuidan a sí mismos. Si honran su llamamiento y sacerdocio, si magnifican y ennoblecen el poder y la autoridad que se les ha conferido, si no se desvían de los principios correctos, Dios está obligado a cumplir con todas las cosas que le corresponden, una de las cuales es proveer para Sus santos… ¿Quién ha sabido que Dios se haya apartado alguna vez de los principios correctos?… Yo no, nunca, y estoy convencido de que ustedes tampoco[14].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Por qué es el albedrío esencial para nuestra exaltación? ¿Qué relación hay entre el albedrío y la expiación de Jesucristo?
- ¿De qué formas continúa Satanás intentando influir en nuestro albedrío? ¿Cómo podemos oponer resistencia a esos intentos?
- ¿Qué clase de orientación nos da el Señor para ayudarnos a ejercer nuestro albedrío con rectitud? ¿Cómo recompensa Él nuestro empleo recto del albedrío?
- ¿Por qué es importante que las personas tengan la oportunidad de tomar sus propias decisiones? ¿Cómo podemos respetar el albedrío de los miembros de la familia y al mismo tiempo instarlos a escoger hacer lo correcto? ¿Cómo puede usted ayudar a sus familiares a comprender las consecuencias de lo que escojan hacer?

- Aun cuando somos libres para escoger hacer lo que deseemos, ¿por qué el escoger hacer lo incorrecto restringe nuestra libertad? ¿En qué forma ha visto usted aumentar su libertad gracias al haber escogido hacer lo recto?

Pasajes relacionados: Josué 24:15; Gálatas 6:7; 2 Nefi 2:14–16, 26–27; Helamán 14:30–31; D. y C. 58:26–28; 101:78; Moisés 4:1–4; 6:33.

Notas

1. *Deseret News* (Weekly), 9 de enero de 1861, pág. 353.
2. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 59.
3. *The Government of God* (1852), pág. 49.
4. *The Government of God,* págs. 49–50.
5. *The Gospel Kingdom,* pág. 123.
6. *The Mediation and Atonement* (1882), pág. 95.
7. *Deseret News* (Weekly), 9 de enero de 1861, pág. 353; los párrafos se han cambiado.
8. *The Gospel Kingdom,* págs. 59–60.
9. *The Gospel Kingdom,* pág. 337.
10. *The Government of God,* págs. 54–55.
11. *Deseret News* (Weekly), 9 de enero de 1861, pág. 353.
12. *The Government of God,* pág. 47.
13. *Deseret News* (Weekly), 8 de marzo de 1865, págs. 178–179; los párrafos se han cambiado.
14. *Deseret News* (Weekly), 9 de enero de 1861, pág. 353.

CAPÍTULO 16

Fortalezcamos nuestra relación con Dios

Prefiero que Dios sea mi amigo antes que todas las demás influencias y poderes que no son de Dios[1].

De la vida de John Taylor

John Taylor sentía un profundo y especial amor por nuestro Padre Celestial. Se refería a Él como "nuestro Padre, nuestro amigo y benefactor". Dijo: "En Su brazo confiamos; sabemos que Él guiará, dirigirá y regulará los asuntos de Su pueblo e influirá en éstos, por lo que dependemos de Él"[2].

Al dar testimonio del amor y del interés de Dios por Sus hijos, el presidente Taylor dijo: "No hay persona sobre la tierra que haya puesto su confianza en Dios, sea cual haya sido la parte del mundo en que se encontrara, que no pueda afirmar que Él le ha librado. Eso me ha ocurrido a mí manifiestamente. He comprobado, al encontrarme en tierras extranjeras y en países desconocidos, donde no he tenido a quién acudir sino al Todopoderoso, que Él ha estado conmigo y ha contestado mis oraciones"[3].

Esa confianza en Dios fue evidente en 1839, cuando el élder Taylor partió con el élder Wilford Woodruff a servir en una misión en las Islas Británicas. El élder Taylor cayó gravemente enfermo en el viaje desde Nauvoo a Nueva York, donde habían de embarcarse con destino a Inglaterra. El élder Woodruff prosiguió el viaje a Nueva York donde esperó al élder Taylor, que se quedó atrás por motivo de su enfermedad.

Cuando el élder Taylor llegó a Nueva York, el élder Woodruff estaba deseoso de partir, por lo que de inmediato compró su propio pasaje para Inglaterra. Aun cuando el élder Taylor no tenía dinero, dijo al élder Woodruff: "Y bien, hermano Woodruff,

Mediante la oración personal que elevemos con regularidad, podremos fortalecer nuestra relación con nuestro Padre Celestial.

si le parece que es mejor que yo vaya, le acompañaré". El élder Woodruff preguntó al élder Taylor cómo conseguiría el dinero para el viaje, a lo que el élder Taylor le respondió: "No habrá ninguna dificultad en ese respecto. Vayan y consíganme pasaje en el barco, que yo proporcionaré los medios para pagarlo".

Tras oír la conversación que mantuvieron el élder Taylor y el élder Woodruff, el hermano Theodore Turley expresó sus deseos de acompañar a los apóstoles en su viaje y se ofreció para cocinar para ellos aunque él tampoco tenía dinero. En respuesta a los deseos del hermano Turley de tomar parte en la obra, el élder Taylor indicó al élder Woodruff que también consiguiese pasaje para el hermano Turley.

Poco después, el Señor proporcionó los medios para el viaje. El élder B. H. Roberts, de los Setenta, hizo constar por escrito: "Cuando el élder Taylor hacía esos preparativos, no tenía dinero alguno, pero el Espíritu le había susurrado que pronto contaría con los medios económicos indispensables y, ¡la voz apacible y delicada no le había fallado nunca! Él confiaba en ella y no lo hacía en vano. Aun cuando no pidió dinero a nadie, recibió dinero de varias personas que voluntariamente le proporcionaron lo suficiente para pagar su propio viaje y también el del hermano Turley, pero nada más"[4].

Enseñanzas de John Taylor

Dios es nuestro Padre y nos cuida y se interesa en nosotros con cariño paternal.

Nuestra religión… no indica que Dios sea un Ser austero y riguroso al que no podamos acercarnos, sino que nos hace saber que Él es nuestro Padre y que nosotros somos Sus hijos, y que abriga en Su seno un amor paternal para con nosotros. Y nosotros hemos experimentado algo de los sentimientos que existen entre padre e hijo, entre madre e hija, entre padres e hijos[5].

¿Qué siente Dios para con la familia humana? Que todos [los miembros de la familia humana] son Sus hijos. ¿Qué?… ¿Que todos son Sus hijos? Sí, los de piel blanca, los de piel negra, los

de piel cobriza, los judíos, los gentiles, los paganos, los cristianos y todos los tipos y grupos de personas. Él se interesa en todos; lo ha hecho así desde el principio y continuará haciéndolo hasta el final. Hará todo lo que esté en Su poder por el beneficio, la bendición y la exaltación de los miembros de la familia humana, tanto en el tiempo de esta vida como en la eternidad[6].

Todos somos hijos de Dios. Él es nuestro Padre y tiene derecho a dirigirnos, no sólo a nosotros, sino que tiene todo el derecho de dirigir y regular los asuntos de todos los miembros de la familia humana que existen sobre la faz de la tierra por motivo de que todos son linaje Suyo[7].

El objetivo de Dios es beneficiar al género humano todo lo que pueda con Su poder. A veces hablamos de mover cielo y tierra; pues bien, Dios ha movido cielo y tierra para alcanzar ese objetivo… Dios desea nuestro bienestar y ha instituido leyes para lograr ese propósito: Él ha introducido el Evangelio eterno para lograr ese fin; y ha restaurado el santo sacerdocio que existió en la antigüedad, junto con todos los principios, las bendiciones, los poderes, los ritos, las ordenanzas y los privilegios que han bendecido la tierra desde el comienzo del tiempo[8].

Si nos comprendemos correctamente, debemos considerarnos como seres eternos y considerar a Dios como nuestro Padre, puesto que se nos ha enseñado que cuando oremos, digamos: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre" [véase Mateo 6:9]. Tenemos a nuestros padres terrenales y los veneramos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? [Véase Hebreos 12:9]. No hace falta que presente prueba alguna con respecto a esto, porque los santos entienden bien que Dios es el Padre de nuestros espíritus y que cuando volvamos a Su presencia, le conoceremos, como hemos conocido a nuestros padres terrenales. Se nos ha enseñado a acercarnos a Él como nos acercaríamos a un padre terrenal para pedirle las bendiciones que necesitemos; y Él ha dicho: "¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros

hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?" [véase Mateo 7:9–11][9].

Nuestro Padre Celestial nos bendecirá si le buscamos en humilde oración.

Debemos saber que Dios es nuestro Padre y que nosotros somos Sus hijos, que Él ha prometido escuchar nuestras oraciones y que nosotros tenemos el deber de ser obedientes a Su voluntad y llevar a cabo Sus designios. Y entonces, a fin de que nuestras oraciones sean eficaces, debemos cumplir los varios deberes que se nos han dado, los cuales se han mencionado, y debemos ser honrados y honorables en nuestros tratos los unos con los otros. Si intentamos engañar a nuestro hermano, ¿cómo podemos esperar que Dios nos bendiga, puesto que él es hijo de nuestro Padre Celestial tal como lo somos nosotros?… Por ser Su hijo, [Dios] está interesado en su bienestar, y si intentamos hacer daño a un hijo [o a una hija] del Señor, ¿creen que [el Señor] estaría complacido con nosotros?[10].

Recuerdo los años de mi niñez. En esa época tan temprana de mi vida, aprendí a acercarme a Dios. Muchas veces me iba al campo y, escondiéndome detrás de algún arbusto, me inclinaba ante el Señor y le suplicaba que me guiara. Y Él oía mi oración. A veces invitaba a otros chicos a acompañarme. No les haría mal a ustedes, niños y niñas, que invocasen al Señor en sus lugares secretos, como yo lo he hecho. Ese espíritu tenía yo de niño pequeño… Y Dios me ha guiado de una cosa a otra… Mi espíritu se allegaba a Dios en aquel entonces y todavía siento lo mismo"[11].

Les diré lo primero que solía yo hacer cuando salía a predicar, en particular cuando iba a un lugar [nuevo]: Me iba a un rincón apartado, a cualquier sitio que me fuese posible ir, a un campo, a un granero, al bosque o a mi cuarto y le pedía a Dios que me bendijera y me diese sabiduría para hacer frente a todas las circunstancias con las que podría tener que luchar; y el Señor me daba la sabiduría que me hacía falta y me confortaba y me apoyaba. Si ustedes hacen eso, Él los bendecirá también a ustedes. No confíen en ustedes mismos; estudien de los mejores

libros —la Biblia y el Libro de Mormón— y saquen de ellos toda la información que puedan, y en seguida alléguense a Dios y consérvense limpios de corrupción y de contaminación de toda clase, y las bendiciones del Altísimo estarán con ustedes[12].

No olviden invocar al Señor en sus círculos familiares, dedicándose ustedes mismos a Dios y dedicándole todo lo que tengan todos los días de su vida. Busquen hacer lo recto y cultiven el espíritu de unión y de amor, y la paz y la bendición del Dios viviente estarán con nosotros, y Él nos guiará por la senda de la vida, y seremos animados y sustentados por todos los santos ángeles y los antiguos patriarcas y hombres de Dios, y el velo que hay entre nosotros y nuestro Dios se volverá muy fino y nos acercaremos más a Él, al paso que nuestras almas magnificarán al Señor de los ejércitos[13].

Debemos confiar en Dios y tener fe en Él.

No creo en una religión que no haya logrado absorber toda mi devoción; creo en una religión por la que yo pueda vivir o morir. No estoy hablando de cosas que no entiendo, puesto que he luchado con la muerte, y el diablo ha intentado destruirme, y eso no me ha preocupado para nada. Quítenme esa esperanza, y mis creencias religiosas no tendrían ningún valor… Tenemos el deber de llevar a la práctica el principio que adoptamos para empezar: confiar en Dios y tener fe en Él; y que ello influya en nuestros actos de los unos para con los otros[14].

Si cumplimos con nuestra parte, el Señor no dejará de cumplir con la Suya. Si otras personas actúan con insensatez, no podemos permitirnos imitarlas. Profesamos ser la Sión de Dios, los puros de corazón. Profesamos ser hombres y mujeres de integridad, de verdad y de virtud, y tener fe en Dios. Pero eso no debe ser tan sólo lo que profesemos, sino lo que practiquemos; debemos llevar a cabo y cumplir la palabra y la voluntad y la ley de Dios[15].

Siendo que la fe sin obras es muerta [véase Santiago 2:17, 26], es obvio que la fe viviente, la clase de fe que es aceptable a Dios, es aquella que no sólo estriba en la creencia en Dios, sino que mueve a actuar por el impulso de esa creencia. No es sólo la causa

de la acción, sino que comprende tanto la causa como la acción. O, en otras palabras, es creencia o fe perfeccionada por las obras[16].

Tenemos que poner nuestra confianza en Dios y dejar que las consecuencias caigan por su propio peso. Mientras hagamos eso y en tanto guardemos los santos convenios que hemos hecho con Él y los unos con los otros, Sión triunfará…

Les diré lo que tenemos que hacer, mis hermanos y hermanas: debemos temer a Dios en nuestro corazón; tenemos que dejar a un lado nuestra codicia y nuestra desobediencia, nuestra obstinación por apegarnos a nuestros propios deseos y a insensateces de toda clase… Debemos humillarnos ante el Señor, arrepentirnos de nuestros pecados y, de allí en adelante, conservar puro nuestro cuerpo y nuestro espíritu, a fin de que seamos dignos receptáculos del Espíritu del Dios viviente y seamos guiados por Él en nuestras labores tanto por los vivos como por los muertos. Nuestros deseos deben ser para Dios y Su justicia, hasta que exclamemos junto con el de la antigüedad: "Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno" [véase Salmos 139:23–24]. Es nuestra responsabilidad, en calidad de padres y madres, ir ante el Señor con toda humildad y suplicarle que Su paz esté en nuestros corazones; y si hemos hecho algo malo, confesarlo y reparar el daño hasta donde nos sea posible. De ese modo, comience todo hombre y toda mujer en Israel a poner su casa en orden, y cultiven para siempre el espíritu de paz, el espíritu de unión y de amor.

Si las familias de Israel hacen eso por toda la tierra de Sión, si todos tememos a Dios y actuamos con rectitud, albergando el espíritu de humildad y mansedumbre, y depositando nuestra confianza en Dios, no existe poder que pueda hacernos daño[17].

La paz es el don de Dios a los que andan de acuerdo con Su luz.

La paz es el don de Dios. ¿Desean tener paz? Acudan a Dios. ¿Desean tener paz en su familia? Acudan a Dios. ¿Desean que la

paz se cierna sobre sus familias? Si así es, vivan de acuerdo con su religión y la paz de Dios morará y permanecerá con ustedes, porque de allí proviene la paz y no mora en ningún otro lugar… La paz es buena y les aconsejo que la busquen, que la alberguen en su alma, en sus vecindarios y adondequiera que vayan entre sus amigos y conocidos. Si tan sólo logramos obtener esa paz que mora en el seno de Dios, todo estará bien…

Algunos, al hablar de guerras y dificultades, dirán: ¿No tiene usted miedo? No, soy siervo de Dios y eso es suficiente, porque nuestro Padre está al mando. A mí me corresponde ser como el barro en la mano del alfarero, ser moldeable y andar a la luz del semblante del Espíritu del Señor, y no importa lo que ocurra. Que centelleen los relámpagos y que bramen los terremotos, Dios está al mando, y muy poco es lo que yo puedo opinar, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina y continuará Su obra hasta que haya puesto a todos Sus enemigos debajo de Sus pies y Su reino se extienda desde los ríos hasta los fines de la tierra[18].

Todo lo que nosotros tenemos que hacer es vivir de acuerdo con nuestra religión, obedecer el consejo de nuestro Presidente, ser humildes y fieles y no enaltecernos en nuestra propia fortaleza, sino pedir sabiduría a Dios y velar por que tengamos paz para con Dios, para con nuestras familias, los unos para con los otros, a fin de que la paz reine en nuestras almas y en nuestra comunidad[19].

Cuando vivimos de conformidad con nuestra religión, cuando andamos de acuerdo con la luz del Espíritu de Dios, cuando nos limpiamos de impurezas y de corrupción, y el apacible susurro del Espíritu del Señor derrama inteligencia en nuestras almas y se cierne sobre nosotros, haciéndonos sentir paz y regocijo, entonces logramos tener, en mayor o en menor medida, una visión fugaz y apenas perceptible de las cosas que están guardadas para los fieles, y sentimos que nosotros, junto con todo lo que tenemos, nos hallamos en manos del Señor y que estamos listos para ofrecernos como sacrificio para la realización de Sus propósitos sobre la tierra[20].

La paz es una virtud digna de ser deseada; es el don de Dios y el mayor don que Dios puede conceder a los mortales. ¿Qué es más deseable que la paz? Paz en las naciones, paz en las ciudades, paz en las familias. Como el delicado murmullo del Céfiro [o viento del Oeste], su tranquilizadora y balsámica influencia hace desvanecer el gesto de preocupación del rostro, enjuga la tristeza de los ojos y expulsa del alma la tribulación. Si [la paz] se experimentase en forma universal, quitaría del mundo el pesar y haría de esta tierra un paraíso. La paz es el don de Dios[21].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿De qué formas manifiesta Dios Su amor paternal para con nosotros? ¿Por qué el saber que Él tiene un amor e interés paternales por nosotros nos ayuda en nuestros momentos de necesidad espiritual y física?
- ¿Por qué a veces no oramos en forma profunda y con regularidad? ¿Qué podemos hacer para que nuestras oraciones sean más expresivas?
- ¿Qué podemos aprender de las experiencias de John Taylor con respecto a la oración? ¿Cómo podemos enseñar a nuestros hijos a acercarse a Dios en oración como lo hacía John Taylor de niño?
- ¿Cómo podemos edificar nuestra confianza en Dios? ¿En qué forma ha sido usted bendecido al haber puesto su confianza en Dios?
- ¿De qué formas específicas puede usted poner su fe en acción?
- ¿De qué modo ha experimentado usted la paz como un don de Dios? ¿En qué forma ha influido esa paz en su amor hacia Él?
- ¿Cómo puede usted aumentar el grado de paz en su familia?

Pasajes relacionados: Proverbios 3:5–6; Filipenses 4:6–7; 2 Nefi 32:8–9; Mosíah 4:9–10; D. y C. 19:23; 20:17–18; 59:23–24.

Notas

1. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 343.
2. *Deseret News* (Weekly), 27 de diciembre de 1871, pág. 550.
3. *The Gospel Kingdom,* pág. 45.
4. Véase B. H. Roberts, *The Life of John Taylor* (1963), págs. 65–74.
5. *The Gospel Kingdom,* pág. 30.
6. *The Gospel Kingdom,* pág. 63.
7. *The Gospel Kingdom,* pág. 79.
8. *The Gospel Kingdom,* pág. 30.
9. *Deseret News* (Weekly), 22 de diciembre de 1853, pág. 101.
10. *Deseret News: Semi-Weekly,* 25 de junio de 1878, pág. 1.
11. *The Gospel Kingdom,* pág. 46.
12. *The Gospel Kingdom,* pág. 240.
13. *Deseret News: Semi-Weekly,* 23 de diciembre de 1879, pág. 1.
14. *Deseret News* (Weekly), 11 de abril de 1860, pág. 42.
15. *Deseret News: Semi-Weekly,* 15 de mayo de 1883, pág. 1.
16. *The Gospel Kingdom,* pág. 332.
17. *The Gospel Kingdom,* págs. 347–348.
18. *Deseret News* (Weekly), 24 de diciembre de 1862, pág. 202.
19. *Deseret News* (Weekly), 23 de septiembre de 1857, pág. 231.
20. *Deseret News* (Weekly), 3 de febrero de 1858, pág. 382.
21. *The Government of God* (1852), pág. 20.

La revelación por medio del Espíritu Santo

La revelación… constituye el fundamento mismo de nuestra religión[1].

De la vida de John Taylor

El presidente John Taylor dijo: "Recuerdo muy bien una aclaración que me hizo José Smith… Me dijo: 'Élder Taylor, ha sido usted bautizado, se le han impuesto las manos sobre la cabeza para que reciba el Espíritu Santo y ha sido ordenado al santo sacerdocio. Si siempre sigue la guía de ese Espíritu, invariablemente le conducirá a lo correcto. A veces, podrá ser contrario a su razonamiento lógico, pero no se preocupe por eso, siga Sus indicaciones. Si usted es fiel a los susurros [del Espíritu Santo], con el transcurso del tiempo, ello será un principio de revelación, de modo que usted sabrá todas las cosas' "[2].

John Taylor siguió el consejo de José Smith y confió en la revelación que se recibe por conducto del Espíritu Santo tanto para tener orientación en su vida personal como en su llamamiento como profeta, vidente y revelador. El presidente Heber J. Grant, que posteriormente llegó a ser el séptimo Presidente de la Iglesia, al referirse a la sensibilidad del presidente Taylor a las indicaciones del Espíritu, dijo: "Fui llamado al Consejo de los Doce Apóstoles por una revelación del Señor al presidente John Taylor. Desde el momento en que ingresé en el Consejo de los Doce, dos años después de que John Taylor llegó a ser Presidente de la Iglesia, hasta el día de su muerte, me reuní con él semana tras semana… y sé que él era siervo del Dios viviente. Sé que la inspiración del Señor llegaba a él. En todas las ocasiones en las que él decía: 'Eso es lo que el Señor desea', y sus compañeros del consejo de los apóstoles sostenían lo que él proponía,

El presidente Taylor comparó la revelación con la luz al describirla como "la lámpara de Jehová" que nos ayuda a andar "de acuerdo con la luz de la verdad eterna".

demostró estar en lo cierto, y la inspiración del Señor a él demostró que la sabiduría que había recibido por el poder de Dios había sido superior a la sabiduría de otros hombres…

"Podría contar casos en los que los apóstoles han sido enviados a llevar a cabo ciertas labores bajo la inspiración del Señor a John Taylor, ocasiones en las que ellos pensaron que no podrían cumplir con lo que se les había encomendado. Pero al regresar, han podido dar testimonio de que, con la ayuda del Señor, pudieron llevar a cabo la labor que les había encargado el presidente Taylor, el profeta del Señor[3].

Enseñanzas de John Taylor

Existe una diferencia entre el Espíritu que guía a los hombres a hacer lo bueno y el don del Espíritu Santo.

Con respecto a las operaciones del Espíritu sobre el hombre, quisiera hacerles presente el hecho que en general comprenden todos los hombres reflexivos, el cual es que, no importa cuán malvado sea un hombre, éste puede comúnmente, por mucho que se haya alejado del camino recto, admirar y respetar a un hombre bueno, a un hombre honorable y a un hombre virtuoso; y tal individuo con frecuencia dirá: "Ojalá yo pudiera ser como ese hombre, pero no puedo; ojalá pudiese seguir el camino correcto, pero el mal se ha apoderado de mí". No pueden evitar respetar lo bueno y honorable aunque ellos mismos no se rijan por los principios del honor y de la virtud. Ese mismo espíritu que se da a todo hombre fuera del Evangelio se ha manifestado en las diversas edades del mundo…

Sin embargo, existe una gran diferencia entre ese espíritu y sentimiento que conduce a los hombres a hacer lo bueno, que categóricamente se denomina una porción del Espíritu de Dios, que es dado a todo hombre para su provecho, y lo que se da en llamar en las Escrituras el don del Espíritu Santo[4].

Hay y siempre ha habido presente en el mundo lo que es en realidad una porción del Espíritu de Dios, que lleva a las personas, en muchos casos, a discernir entre el bien y el mal, y entre lo bueno y lo malo. Tienen la conciencia que les acusa o

les excusa por sus actos; y aun cuando el género humano en el mundo es muy inicuo y muy corrupto, se hallará que la mayoría de las personas, aunque ellas mismas no hagan lo bueno, aprecian las buenas acciones de los demás.

Las Escrituras dicen que Dios "de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros" (Hechos 17:26–27). Además, las Escrituras dicen que Él ha dado a cada uno una porción de Su Espíritu para provecho [véase 1 Corintios 12:7]. Pero hay efectivamente una diferencia muy grande entre la situación de esas personas y la nuestra. Nosotros tenemos algo más que esa porción del Espíritu de Dios que es dada a todo hombre, la cual se denomina el don del Espíritu Santo, que se recibe mediante la obediencia a los primeros principios del Evangelio de Jesucristo por la imposición de manos de los siervos de Dios[5].

Por medio del don del Espíritu Santo, podemos saber las cosas de Dios.

Cuando el Evangelio se predicó a la gente en los tiempos antiguos, se les dijo que se arrepintiesen de sus pecados, que se bautizara cada uno en el nombre de Jesús para perdón de sus pecados y que se les impusiesen las manos para recibir el don del Espíritu Santo [véase Hechos 2:37–38]. Además, se les dijo lo que haría el Espíritu Santo: que tomaría las cosas de Dios y se las mostraría; que haría que sus ancianos soñaran sueños y que sus jóvenes viesen visiones; y que descansaría sobre los siervos y las siervas de Dios, y que ellos profetizarían [véase Hechos 2:16–18; véase también Joel 2:28–29].

Ésas son las diversidades de las operaciones de ese Espíritu que mora con Dios, el Padre, y con Dios, el Hijo, a saber, el Espíritu Santo. Ese Espíritu es el que nos pone en comunicación con Dios y difiere fundamentalmente de la porción del Espíritu que es dada a todo hombre para provecho…

Su función es guiarnos a toda verdad y recordarnos lo pasado, lo presente y lo que ha de venir. Penetra el futuro y nos hace ver cosas en las que nunca habíamos pensado y que se describen muy claramente en la Biblia, así como en el Libro de Mormón y en el libro de Doctrina y Convenios. En eso yace la diferencia que existe entre nosotros y los demás, y así fue en los tiempos antiguos[6].

Creemos que es necesario que haya comunicación entre el hombre y Dios; que el hombre debe recibir revelación de Él y que, si no se encuentra bajo la influencia de la inspiración del Espíritu Santo, no puede saber nada referente a las cosas de Dios. No importa lo instruido que sea un hombre, ni lo mucho que haya viajado; no importa cuál sea su talento, su intelecto o genio ni en qué universidad haya estudiado, ni cuán amplios sean sus puntos de vista, ni cuál sea su opinión sobre otros asuntos, no puede entender ciertas cosas sin el Espíritu de Dios, lo cual necesariamente abre paso al principio de la revelación que ya he mencionado, a la necesidad de la revelación. No me refiero a la revelación que se dio en los tiempos antiguos, sino a la revelación actual e inmediata, que guiará a los que la posean por los senderos de la vida aquí y a la vida eterna después[7].

La revelación continua es el fundamento de nuestra religión.

No hemos recibido nuestros conceptos de ningún teólogo, ni de ningún científico ni de ningún hombre famoso o de poder e influencia en el mundo, ni de ningún cónclave religioso, sino del Todopoderoso, y estamos en deuda con Él por toda la vida, toda la verdad y todo el conocimiento referente al pasado, referente al presente y referente al futuro. Por consiguiente, sabemos cuánto dependemos de Él…

Nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios [véase 1 Corintios 2:11]; y si el Padre no las revelara, seríamos en verdad muy ignorantes… Por cuanto reveló Su voluntad al hombre, a José Smith, como lo hizo a otros hombres en los tiempos antiguos, era preciso que esa voluntad se diese a conocer a toda nación, tribu, lengua y pueblo, que se comunicaran a las personas las cosas que Él ha revelado para la salvación y la exaltación de la humanidad. Por eso fueron

apartados los Doce. ¿Con qué propósito? Para que predicasen el Evangelio a las naciones de la tierra y les enseñaran los principios de la vida como provienen de Dios…

El testimonio que ellos dan a la gente es que Dios ha hablado, que el Evangelio ha sido restaurado. Ellos explican lo que es el Evangelio; llaman a las personas a arrepentirse y a bautizarse en el nombre de Jesús para perdón de los pecados, y prometen que los obedientes recibirán el Espíritu Santo… Y, al ser partícipes de ese Espíritu, se abre un conducto de comunicación entre ellos y su Padre Celestial por medio de nuestro Señor Jesucristo y, al ser inspirados por ese Espíritu, sus oraciones ascienden al Dios de toda la tierra; aprenden a depositar su confianza en Él y a obedecer Sus leyes[8].

La Biblia es buena… el Libro de Mormón es bueno, así como Doctrina y Convenios, que son hitos [que señalan el camino que lleva a la vida eterna]. Pero el navegante que se hace a la mar debe tener un conocimiento más específico, pues debe estar familiarizado con los cuerpos celestes y saber guiarse por ellos a fin de dirigir correctamente su barco. Esos libros son buenos para ejemplo, precedentes e investigación, así como para aprender y cultivar ciertas leyes y principios; pero no tienen que ver exactamente —ni pueden hacerlo— con cada caso que sea necesario juzgar o poner en orden.

Necesitamos un árbol viviente, una fuente viva, una inteligencia viva que provenga del sacerdocio viviente que está en los cielos por medio del sacerdocio viviente que está en la tierra… Y desde la ocasión en que Adán recibió la primera comunicación de Dios hasta la ocasión en la que la recibió Juan en la Isla de Patmos, o la ocasión en la que los cielos se abrieron para José Smith, siempre han hecho falta nuevas revelaciones, adaptadas a las circunstancias exclusivas de la Iglesia o de las personas.

La revelación que recibió Adán no daba instrucciones a Noé para construir el arca, ni la revelación que recibió Noé mandaba a Lot que abandonase Sodoma, ni ninguna de ellas hablaba de que los hijos de Israel salieran de Egipto. Cada uno de ellos recibió revelaciones individuales, del mismo modo que Isaías,

Jeremías, Ezequiel, Jesús, Pedro, Pablo, Juan y José. Y así debe ser también con nosotros, pues de lo contrario, zozobraremos[9].

Un buen número de personas que profesan ser cristianas considerarán con mucho desdén el concepto de la revelación actual. ¿Quién ha oído alguna vez de la religión verdadera sin comunicación con Dios? Para mí, eso es lo más absurdo que la mente humana podría concebir. No me extraña que, al rechazar la gente en general el principio de la revelación actual, reinen el escepticismo y la infidelidad en grado tan alarmante. No me extraña que tantos hombres traten la religión con desprecio y la consideren como algo que no es digno de la atención de seres inteligentes, puesto que la religión sin revelación es una burla y una farsa. Si una religión no puede conducirme a Dios y ponerme en armonía con Él, y desplegar en mi mente los principios de la inmortalidad y la vida eterna, no quiero tener nada que ver con ella.

El principio de la revelación actual, entonces, constituye el fundamento mismo de nuestra religión… No sólo me limitaría a escudriñar las Escrituras que tenemos ahora, sino que también escudriñaría todas las revelaciones que Dios ha dado, que da y que dará para la orientación y dirección de Su pueblo, y entonces reverenciaría al Dador y también a aquellos de los cuales Él se vale como Sus dignos instrumentos para promulgar y dar a conocer esos principios; también buscaría ser gobernado por los principios que contuviera esa sagrada palabra[10].

Cada uno de nosotros tiene necesidad de la revelación para comprender y cumplir sus responsabilidades.

No hay lugar que podamos ocupar en la vida, ya sea como padres, madres, hijos, patrones, siervos o como élderes de Israel poseedores del santo sacerdocio en todas sus ramificaciones en el que no necesitemos de continuo la sabiduría que emana del Señor y la inteligencia que Él comunica, para que sepamos llevar a cabo de un modo correcto los diversos deberes y quehaceres de la vida, y cumplamos con las varias responsabilidades que descansan sobre nosotros. De allí la necesidad que tenemos todas las personas, a lo largo de todo el día, todos los días de todas las

semanas, todos los meses y todos los años, y en todas las circunstancias, de apoyarnos en el Señor y de ser guiados por el Espíritu que emana de Él, a fin de que no nos vayamos por el mal camino, para que no hagamos nada malo, ni digamos nada malo, ni pensemos nada malo, y para que todo el tiempo retengamos ese Espíritu, el cual sólo se puede conservar si se observan la pureza, la santidad, la virtud y si se vive siendo constantemente obedientes a las leyes y a los mandamientos de Dios[11].

Ahora bien, pregúntense si cuando han vivido dignos de sus privilegios y el Espíritu del Señor les ha tocado la mente, y sus almas se han iluminado con la lámpara de Jehová, con la inteligencia del cielo, y han andado de acuerdo con la luz de la verdad eterna, [pregúntense, repito], si en esos momentos no se han sentido siempre dispuestos a cumplir con cualquier obligación que se les haya requerido, y si no han cumplido siempre sus deberes con gusto y satisfacción para con ustedes mismos. Pero cuando nuestra mente se deja llevar por las cosas de este mundo, cuando perdemos de vista el reino de Dios y sus beneficios, su gloria, la felicidad y el bienestar de la familia humana junto con los acontecimientos que esperamos ocurran en la tierra y la parte que hemos de tener en ellos; cuando perdemos de vista nuestros deberes de padres, de madres, de maridos, de esposas, de hijos… y nos dejamos llevar por nuestras propias nociones, ideas y egoísmo, y nos implicamos en el mal, entonces es cuando nos resulta difícil comprender las cosas de Dios[12].

El Señor nos ha dado revelaciones tanto con respecto a nuestros asuntos temporales como a nuestros asuntos espirituales. Él ha comenzado a edificar Sión y a establecer Su reino, y hará avanzar Sus propósitos y cumplirá las palabras de los profetas, y Su obra se extenderá hasta que se cumplan los designios de Dios[13].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Qué diferencia hay entre el Espíritu de Dios que nos lleva a hacer lo bueno y el don del Espíritu Santo? (Véase también D. y C. 93:2; Juan 14:26.)

- ¿En qué ocasiones la revelación que ha recibido por el Espíritu le ha hecho comprender las cosas de Dios? ¿Cómo podemos reconocer la revelación personal que recibimos del Señor?
- ¿Por qué el concentrarnos en asuntos mundanos nos obstaculiza recibir revelación? ¿Qué podemos hacer para prepararnos para recibir revelación?
- ¿Por qué la revelación que se nos da por conducto de nuestro profeta viviente puede ser más útil aun que las Escrituras? ¿Por qué es importante que tengamos tanto las Escrituras como la revelación continua?
- ¿Qué ocasiones recuerda usted en las que el Espíritu Santo le haya ayudado con respecto a su familia, en el trabajo o en los estudios, o en la Iglesia?
- ¿Por qué a veces no nos valemos del don del Espíritu Santo? ¿Cómo podemos recibir un beneficio más completo de ese don?
- ¿Por qué es el don del Espíritu Santo una bendición tan maravillosa para nosotros en el mundo de hoy? ¿Qué puede hacer usted para manifestar gratitud por ese don? ¿Cómo podemos enseñar a nuestros hijos y a los jóvenes acerca del don del Espíritu Santo?

Pasajes relacionados: 1 Corintios 12:3; Jacob 4:8; Alma 5:46–48; D. y C. 45:56–57; 76:5–10; Los Artículos de Fe 1:9.

Notas

1. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 35.
2. *Deseret News: Semi-Weekly,* 15 de enero de 1878, pág. 1.
3. *Gospel Standards,* compilado por G. Homer Durham (1941), págs. 19–20.
4. *The Gospel Kingdom,* págs. 41–42.
5. *The Gospel Kingdom,* pág. 43; los párrafos se han cambiado.
6. *Deseret News: Semi-Weekly,* 9 de enero de 1883, pág. 1; los párrafos se han cambiado.
7. *The Gospel Kingdom,* pág. 35.
8. *Deseret News: Semi-Weekly,* 7 de marzo de 1882, pág. 1; los párrafos se han cambiado.
9. *The Gospel Kingdom,* 34; los párrafos se han cambiado.
10. *The Gospel Kingdom,* págs. 35–36.
11. *The Gospel Kingdom,* págs. 44–45.
12. *Deseret News* (Weekly), 22 de abril de 1863, pág. 338.
13. *Millennial Star,* 15 de agosto de 1851, pág. 243.

CAPÍTULO 18

El servicio en la Iglesia

Todos estamos interesados en la gran obra de Dios de los últimos días y todos debemos colaborar en ella[1].

De la vida de John Taylor

Desde el momento de su conversión, John Taylor resolvió darse por entero a la obra del Señor. Al reflexionar sobre su llamamiento a ser apóstol en 1837, expresó lo siguiente: "La obra parecía grandiosa, los deberes, arduos y de gran responsabilidad. Sentí mi propia debilidad e insignificancia; pero sentí con resolución que, con la ayuda del Señor, me esforzaría por magnificarla. Cuando me uní al mormonismo, lo hice con los ojos bien abiertos. Sabía todo lo que se requeriría de mí. Lo estimé una labor de toda la vida y me consideré consagrado a ella no sólo por el tiempo de esta vida sino también por la eternidad, y no deseaba echar el pie atrás ahora aunque era consciente de mi ineptitud"[2].

Esa "labor de toda la vida" que él previó llegó a ser una realidad. A lo largo de sus décadas de servicio, John Taylor depositó su confianza en el Señor, sabedor de que, si servía con fidelidad, el Señor lo sustentaría y le permitiría llevar a cabo Su voluntad. Un ejemplo del modo como el Señor sustenta a los que le sirven ocurrió cuando el élder Taylor predicaba el Evangelio en la Isla de Man, que se encuentra cerca de Inglaterra. Había hecho los preparativos para hacer imprimir unos folletos que escribió en respuesta a las acusaciones falsas que se hacían en contra de la Iglesia y del profeta José Smith. Sin embargo, el impresor se negó a entregarle los folletos mientras no los pagase en su totalidad. Deseoso de distribuir los folletos cuanto antes, el élder Taylor oró al Señor pidiéndole ayuda, la cual no tardó en recibir.

El presidente Taylor comparó nuestra calidad individual de miembros y el servicio que prestemos a las partes de un árbol al enseñar que "estamos fusionados, unidos con los vínculos de un convenio común".

"Unos pocos minutos después de haber elevado su oración, un joven llamó a la puerta y, tras haberle invitado a entrar, entregó un sobre al élder Taylor y se marchó. El joven era un desconocido para él. El sobre contenía dinero y una pequeña nota que decía: 'El obrero es digno de su salario', la cual no tenía firma. Pocos minutos más tarde, una mujer pobre que vendía pescado llegó a la casa y le ofreció un poco de dinero para prestarle ayuda en su obra misional. Él le dijo que había bastante dinero en el mundo y que no deseaba tomar su dinero, pero ella insistió en que el Señor la bendeciría más y en que ella misma se sentiría más feliz si él lo aceptaba, tras lo cual, él recibió la ofrenda y, para sorpresa suya, la pequeña cantidad que ella le dio, sumada a lo que el joven le había dado, completaba exactamente la suma que hacía falta para pagar al impresor"[3].

Enseñanzas de John Taylor

Cada uno de nosotros tiene el deber de prestar servicio en la Iglesia y de magnificar su llamamiento.

No es correcto suponer que toda la responsabilidad de llevar adelante este reino recae sobre los Doce o sobre la Primera Presidencia, según sea el caso, o sobre los presidentes de estaca, o sobre los sumos sacerdotes, o sobre los setenta, o sobre los obispos o sobre cualquier otro oficial de la Iglesia y reino de Dios; al contrario, todos tenemos nuestros deberes que cumplir. Podría explayarme más con respecto a los deberes de los varones y también con respecto a los de las mujeres; todos tienen sus deberes que cumplir ante Dios. La organización de esta Iglesia y reino consiste en el propósito expreso de poner a cada hombre en su lugar y, luego, se espera que cada hombre en ese lugar magnifique su oficio y llamamiento[4].

Si no magnifican sus llamamientos, Dios los hará responsables de aquellos a los que pudieron haber salvado si hubiesen cumplido con su deber"[5].

¿Qué significa ser santo? ¿Y hasta dónde estoy yo cumpliendo, y hasta dónde están ustedes cumpliendo, con las obligaciones que recaen sobre nosotros como santos de Dios, como élderes de

Israel, como padres de familia y como madres de familia? Hagámonos esas preguntas. ¿Estamos cumpliendo nuestros varios deberes en la edificación del reino de Dios, en la tarea de hacer avanzar Su obra sobre la tierra? ¿Y qué estamos haciendo para lograr la gloria de los últimos días? ¿Qué actos nuestros están contribuyendo a concretar eso? ¿Algunos de ellos o todos ellos? ¿Cuál es en realidad nuestra posición? Ésas son cosas que nos corresponde sopesar y tener en cuenta, por lo que haríamos bien en averiguar cuáles son las verdaderas responsabilidades que descansan sobre nosotros[6].

No es suficiente… que seamos bautizados y que se nos impongan las manos para recibir el don del Espíritu Santo. Ni siquiera es suficiente que vayamos más adelante de eso y recibamos las [ordenanzas del templo], puesto que debemos todos los días, a toda hora y en todo momento vivir de conformidad con nuestra religión, cultivar el Espíritu de Dios y tenerlo constantemente dentro de nosotros como 'una fuente de agua que salte para vida eterna' [véase Juan 4:14], dándonos a conocer, cultivando y poniendo de manifiesto los propósitos y los designios de Dios, a fin de que se nos posibilite andar como es digno de la elevada vocación con que fuimos llamados, como hijos e hijas de Dios… Sería muy difícil para cualquier persona que quedase sola [sin la ayuda de Dios], hacer lo correcto, pensar lo correcto, hablar lo correcto y cumplir la voluntad y la ley de Dios sobre la tierra. De allí la necesidad de la organización de la Iglesia y reino de Dios sobre la tierra, del sacerdocio debidamente organizado, de los legítimos conductos de autoridad, restricciones y limitaciones, de las leyes y gobiernos que el Todopoderoso ha instituido en Su Iglesia y reino, así como de la orientación, instrucción, protección, bienestar, edificación y mayor progreso de Su Iglesia y reino sobre la tierra…

…Es como las ramas de un árbol con sus raíces y tronco. Las ramas crecen y prosperan en el tronco saludable, y hay una ramita con unas cuantas hojas verdes y un pequeño fruto, la cual es muy productiva, hermosa y agradable a la vista, pero no es más que una parte del árbol y no todo el árbol. ¿De dónde obtiene su alimento? Del tronco y de las raíces, y a través de las diversas ramas del árbol…

Ustedes, los santos, dirán: "Creo entender mi deber y lo desempeño muy bien". Puede ser que así sea. Allí está la ramita: es verde, crece y es el ejemplo perfecto de la vida, tiene su parte y ocupa su lugar en el árbol, y está conectada a las ramas, al tronco y a las raíces. ¿Podría el árbol vivir sin ella? Desde luego que sí. No hace falta que se jacte ni que se enaltezca, y diga: "Cuán verde soy y cómo crezco, y en qué ventajosa posición me encuentro; cuán bien me va, estoy en mi lugar y hago bien las cosas". Pero, ¿podrías prosperar sin la raíz? No. Tienes tu parte y posición correspondientes en el árbol. De ese mismo modo es este pueblo…

Ésa es una comparación adecuada de la Iglesia y reino de Dios. Estamos fusionados, unidos con los vínculos de un convenio común. Somos partes integrantes de la Iglesia y reino de Dios que el Señor ha establecido en la tierra en los últimos días para el logro de Sus propósitos y el establecimiento de Su reino, para llevar a cabo todas las cosas que se han declarado por boca de todos los santos profetas desde el principio del mundo. Todos estamos en nuestro lugar correspondiente.

Cuando magnificamos nuestros llamamientos, honramos a nuestro Dios. Cuando magnificamos nuestros llamamientos, poseemos parte del Espíritu de Dios; cuando magnificamos nuestro llamamiento, en total, formamos el árbol; cuando magnificamos nuestro llamamiento, el Espíritu de Dios fluye a través de los debidos conductos por medio de los cuales recibimos el alimento apropiado, y somos instruidos en lo que tiene que ver con nuestro bienestar, felicidad y beneficio tanto en este mundo como en el mundo venidero[7].

La obra de Dios crece y se extiende, y continuará haciéndolo hasta que se cumplan las palabras del profeta que dijo: "El pequeño vendrá a ser mil, el menor, un pueblo fuerte. Yo Jehová, a su tiempo haré que esto sea cumplido pronto" [Isaías 60:22], pero Él espera que todo hombre en su lugar magnifique su llamamiento y honre a su Dios. Y aunque hay males… hay muchísimo de bueno, de virtud, de abnegación y un gran deseo de hacer la voluntad de Dios y llevar a cabo Sus propósitos. Es el deber de todo hombre y de toda mujer hacer su parte[8].

Al prestar servicio en la Iglesia, debemos cumplir con la palabra, la voluntad y la ley de Dios.

Estamos aquí como Jesús estuvo aquí, no para hacer nuestra propia voluntad, sino la voluntad del Padre que nos envió [véase Juan 5:30]. Él nos ha puesto aquí; tenemos una obra que realizar en nuestra época y generación; y no hay nada de importancia relacionado con ninguno de nosotros sino nuestra relación con Dios y Su obra, ya sea que se trate del Presidente de la Iglesia, de los Doce Apóstoles, de los presidentes de estaca, los obispos o cualquiera otra persona, y sólo podemos ser útiles si estamos dispuestos a actuar como Dios nos manda. Él regula y dirige los asuntos de Su Iglesia por el beneficio de la humanidad, tanto por los vivos como por los muertos, por los que han vivido antes que nosotros y por los que vivirán después que nosotros. Ninguno de nosotros puede efectuar cosa alguna a no ser que sea ayudado, guiado y dirigido por el Señor…

…Tenemos que despertar y poner nuestras casas en orden y nuestros corazones en orden; debemos cumplir con la palabra, la voluntad y la ley de Dios; debemos dejar que Dios gobierne en Sión, dejar que Su ley se escriba en nuestro corazón, y sentir la responsabilidad de la gran obra que hemos sido llamados a efectuar. Debemos velar por que nuestro cuerpo y nuestro espíritu sean puros, por que estén libres de la contaminación del pecado de toda clase. Estamos aquí para edificar la Sión de Dios, y con ese fin, debemos sujetar nuestro cuerpo y nuestro espíritu a la ley, a la palabra y a la voluntad de Dios. Puesto que estamos aquí en Sión, deseamos ver que se lleve a cabo lo que Jesús dijo a Sus discípulos que pidiesen en oración: "Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra" [véase Mateo 6:10]. ¿Cómo se ha hecho en el cielo? Dios habló y los mundos fueron hechos por Su palabra. Dios dijo hagamos esto, eso y aquello, y así fue. ¿Hubo alguien en el cielo que pusiera objeciones y dijese: "¿No crees que sería mejor posponer eso un poco? ¿No sería mejor hacer esto otro?". Sí, sí lo hubo: el diablo dijo eso y todavía sigue diciéndolo, y a veces es escuchado por pecadores y a veces por santos; puesto que nos volvemos

"Cuando votamos, levantamos la mano derecha en señal, ante Dios, de que sostendremos a aquellos por los cuales votamos".

siervos de aquellos a quienes queremos obedecer [véase D. y C. 29:45]…

…La ley de Dios es perfecta, que convierte el alma [véase Salmos 19:7], y debemos ser gobernados por esa ley y cumplirla, o ser responsables ante el Señor nuestro Dios por el camino que escojamos seguir, o por no cumplir con nuestros deberes. Así veo yo esas cosas y, si no es así, ¿cuál es la razón de que se nos hayan dado esas leyes? ¿Son ellas las leyes de Dios? Así las

entendemos. Entonces, cumplamos nuestros deberes y busquemos magnificar nuestros llamamientos a fin de que seamos aprobados y reconocidos por el Señor…

Por tanto, ¡arriba!, ustedes, élderes de Israel, y ustedes, presbíteros, maestros y diáconos; ustedes, presidentes de estaca, obispos y miembros de sumo consejo; ustedes, apóstoles y miembros de la Primera Presidencia, y todos nosotros, ¡arriba!, levantémonos y pongámonos a trabajar dispuestos a hacer la voluntad de Dios en la tierra, así como se hace en el cielo, puesto que, para que se haga, ¿dónde, creen ustedes, que ha de comenzar a hacerse si no comienza a hacerse aquí, entre nosotros? Dios espera que nosotros lo hagamos. Estamos llenos de debilidades e imperfecciones, todos y cada uno de nosotros, pero deseamos aprender la palabra, la voluntad y la ley de Dios, y cumplir con esa palabra, voluntad y ley. Que esa ley se escriba en nuestro corazón. Busquemos magnificar nuestros llamamientos y honrar a nuestro Dios, y el Señor se encargará de todo lo demás… Depositaremos… nuestra confianza en el Dios viviente y seremos sabios, prudentes e inteligentes. No nos gloriaremos en nosotros mismos, sino en el Señor de los Ejércitos[9].

Al prestar servicio, necesitamos la mano sustentadora del Todopoderoso.

Dios no mira lo que mira el hombre; Él no razona como el hombre. Aun cuando comprendamos parcialmente nuestros deberes individuales, no comprendemos cómo regular la Iglesia de Dios; hacen falta la organización regular y el Espíritu para dirigir[la] a través de los debidos conductos[10].

Actuamos en conexión con el Todopoderoso, con apóstoles y profetas, y con hombres de Dios que han vivido en las diversas edades del mundo para llevar a cabo el gran programa que Dios tuvo en la mente en relación con la familia humana antes que el mundo fuese y que se llevará a cabo tan ciertamente como Dios vive. Al mismo tiempo, nos damos cuenta de que nos vemos circundados de dolencias, debilidades, imperfecciones y flaquezas de la naturaleza humana, y, en muchos casos, nos

equivocamos en nuestros discernimientos, por lo que siempre necesitamos la mano sustentadora del Todopoderoso, la orientación y dirección de Su Santo Espíritu, y el consejo de Su sacerdocio a fin de que seamos guiados y nos conservemos en el camino que conduce a la vida eterna[11].

Decimos que somos los santos de Dios, y lo somos… Hemos creído y creemos que Dios ha hablado, que ángeles han aparecido y que Dios ha abierto la comunicación entre los cielos y la tierra. Eso es parte de nuestra fe y de nuestras creencias. Creemos que Dios va a cambiar fundamentalmente la tierra, que la va a limpiar de iniquidades de toda clase y que va a establecer la rectitud en todos los aspectos hasta que el gran Milenio se introduzca plenamente. Creemos, además, que, habiendo Dios comenzado Su obra, continuará revelando y manifestando Su voluntad a Su sacerdocio, a Su Iglesia y reino sobre la tierra, y que entre este pueblo habrá un despliegue de virtud, de verdad, de santidad, de integridad, de fidelidad, de sabiduría y de conocimiento de Dios[12].

Me considero alistado para la guerra [contra Satanás y contra el mal], que va a durar durante el tiempo de esta vida y a lo largo de toda la eternidad. Si soy siervo de Dios, estoy bajo la dirección de los siervos de Dios a quienes Él ha nombrado para guiarme y aconsejarme por revelación de Él; ellos tienen derecho a darme instrucciones y dirigirme en medio de todos los asuntos de los que están relacionados con el reino de Dios. Considero, además, que todas las cosas, ya sean espirituales o temporales, referentes al tiempo de esta vida o a la eternidad, están vinculadas con el reino de Dios. Por eso, me da lo mismo el rumbo que tomen las cosas; no es asunto de gran trascendencia si se van por ese lado, o por este lado o por aquel otro, ni si el camino es escabroso o llano, pues durarán sólo cierto tiempo, y yo puedo durar sólo cierto tiempo. Lo más importante para mí es aferrarme a mi fe, mantener mi integridad y honrar mi llamamiento, y cuidar de que sea hallado fiel al final no sólo de esta vida, sino por los siglos de los siglos, y continuar progresando en inteligencia, conocimiento, fe, perseverancia, poder y exaltación[13].

Debemos sostener a los demás miembros de la Iglesia en sus llamamientos.

Todos los oficiales de la Iglesia son llamados primero por revelación, o por los que tienen autoridad, según la naturaleza del caso y, a continuación, son sometidos al voto de sostenimiento de las personas a las que hayan de presidir. Cada persona tiene poder según el cargo que ocupe, y se espera que todas las personas a quienes incumba respeten su discernimiento y decisiones[14].

Cuando votamos, levantamos la mano derecha en señal, ante Dios, de que sostendremos a aquellos por los cuales votamos. Si consideramos que no podemos sostenerlos, no debemos levantar la mano, por motivo de que eso sería un acto de hipocresía…

¿Qué significa sostener a una persona? ¿Lo entendemos? Para mí es algo muy sencillo; no sé cómo será para ustedes. Por ejemplo, si un hombre ha sido llamado a ser maestro y yo voto que le sostendré en el cargo, cuando me visite en forma oficial, le recibiré con una bienvenida y le trataré con consideración, con bondad y con respeto. Si necesito consejo, se lo pediré a él y haré todo lo que pueda por sostenerle. Eso sería correcto y un principio de rectitud. No diría nada desfavorable acerca de él. Si eso no es lo que se debe hacer, entonces todavía tengo que aprenderlo. En seguida, si alguien en mi presencia murmurase algo desdeñoso con respecto a su reputación, yo le diría: "Dígame, ¿es usted santo?". Sí. "¿No levantó usted la mano para sostenerle?" Sí. "Entonces, ¿por qué no le sostiene?" Para mí, eso tiene que ver con la acción de sostenerle. Si cualquier persona menoscabara su reputación —a todo hombre le importa mucho su reputación—, yo le defendería.

Cuando votamos por los hombres de la forma solemne en que lo hacemos, ¿respetaremos el convenio que hacemos? ¿O lo violaremos? Si lo violamos, nos hacemos transgresores de ese convenio. Quebrantamos nuestra fe ante Dios y ante nuestros hermanos con respecto a los actos de los hombres a los que hemos hecho convenio de sostener.

Pero supongamos que ese hermano hiciera algo malo, que fuese hallado mintiendo o engañando, o estafando a alguien, o robando, o haciendo algo por el estilo, o incluso que hubiera adquirido hábitos impuros. ¿Continuarían sosteniéndole? En tal caso, sería mi deber hablar con él como lo haría con cualquier otra persona y le diría que las cosas son de tal o cual manera, y que, en esas circunstancias, yo no podría sostenerle. Si averiguara que me habían informado mal, retiraría la acusación; pero, si no fuese así, sería mi deber encargarme de que se le administrara justicia, de que fuese llevado ante el tribunal correspondiente para responder por lo que había hecho. De no existir tal cosa, no sería de mi incumbencia hablar acerca de él[15].

Rueguen en oración por los que Dios ha puesto en los diversos oficios de esta Iglesia, para que puedan cumplir con sus varios deberes. El Señor sustentará a Sus siervos y les dará Su Santo Espíritu y la luz de la revelación si ellos le buscan en la forma que Él ha señalado, y Él los guiará a ellos y los guiará a ustedes por el camino recto. Ése es el orden del reino de Dios como yo lo entiendo… Es nuestra responsabilidad aprender ese orden y ser obedientes a él[16].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Ha recibido usted alguna vez un llamamiento para el cual le parecía no estar preparado? ¿Cómo reaccionó usted al desafío? (Véase también 1 Nefi 17:50.) ¿Cómo podemos prepararnos para servir al Señor en cualquier cargo?
- El presidente Taylor puso de relieve que todos nosotros tenemos deberes que cumplir en la Iglesia. ¿Por qué es importante que cada uno de nosotros preste servicio?
- ¿En qué forma sus llamamientos de la Iglesia le han beneficiado personalmente? ¿Cómo puede usted prestar servicio con mayor esmero?
- ¿De qué forma han sido usted o su familia bendecidos por un miembro de la Iglesia que haya magnificado su llamamiento? ¿Qué sentimientos experimenta con respecto a las personas que le prestan servicio a usted y a su familia?

- ¿Qué experiencias ha tenido usted en las que el Señor le haya ayudado al prestar usted servicio? ¿Qué puede usted hacer para recibir la orientación del Señor más regularmente al prestar servicio? ¿Por qué es importante que al servir no nos gloriemos en nosotros mismos sino en el Señor?
- ¿Cómo podemos sostener a los demás con eficacia en sus llamamientos? ¿De qué modo fortalece a la Iglesia el hecho de que demostremos nuestro apoyo los unos por los otros? ¿Qué podemos hacer en el ámbito de nuestros hogares para ayudar a nuestros familiares a sostener a nuestros líderes de la Iglesia?

Pasajes relacionados: Proverbios 3:5–6; Mosíah 2:17; D. y C. 4:2–7; 24:7; 64:33–34; 76:5.

Notas

1. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 222.
2. B. H. Roberts, *The Life of John Taylor* (1963), pág. 48.
3. Andrew Jenson, *Latter-day Saint Biographical Encyclopedia,* 4 tomos (1901–1936), tomo I, pág. 16.
4. *The Gospel Kingdom,* pág. 209.
5. *Deseret News: Semi-Weekly,* 6 de agosto de 1878, pág. 1.
6. *Deseret News* (Weekly), 11 de abril de 1860, pág. 41.
7. *Deseret News* (Weekly), 16 de diciembre de 1857, pág. 323.
8. *Deseret News: Semi-Weekly,* 5 de septiembre de 1882, pág. 1.
9. *Deseret News: Semi-Weekly,* 24 de marzo de 1885, pág. 1.
10. *The Gospel Kingdom,* pág. 381.
11. *Deseret News: Semi-Weekly,* 26 de enero de 1875, pág. 1.
12. *Deseret News* (Weekly), 22 de abril de 1863, pág. 338.
13. *Deseret News* (Weekly), 25 de mayo de 1854, pág. 2.
14. "Organization of the Church", *Millennial Star,* 15 de noviembre de 1851, pág. 339; los párrafos se han cambiado.
15. *The Gospel Kingdom,* págs. 174–175.
16. *The Gospel Kingdom,* pág. 167.

CAPÍTULO 19

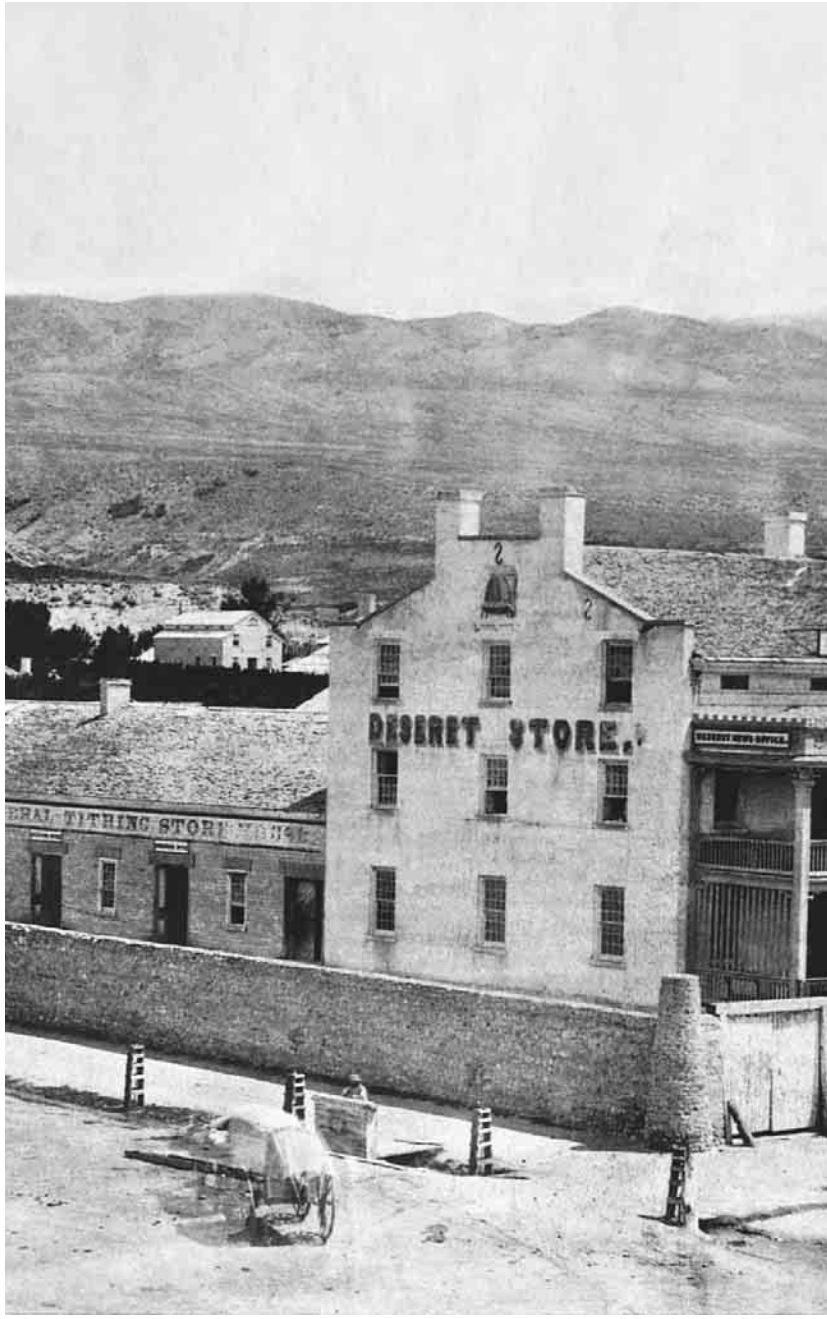
Las bendiciones temporales y la ley del diezmo

Se nos ha enseñado a pagar nuestro diezmo para que reconozcamos ante Dios que somos Su pueblo y para que, puesto que Él nos da todo lo que le pedimos, podamos devolverle la décima parte y, de ese modo, reconocer Su mano[1].

De la vida de John Taylor

John Taylor creía que Dios nos provee de lo necesario para satisfacer nuestras necesidades temporales, además de nuestras bendiciones espirituales. Por consiguiente, él exhortaba a los santos a buscar y a reconocer la mano de Dios en los asuntos temporales, y enseñaba que "tenemos que estar dispuestos a ser guiados y dirigidos por el Señor tanto en las cosas temporales como en las espirituales, o nunca alcanzaremos la gloria que muchos de nosotros estamos buscando"[2].

Al paso que el presidente Taylor reconocía la importancia de los asuntos temporales para el sustentamiento de la vida, también mantenía la debida objetividad referente a las cosas del mundo. Refiriéndose a la actitud del presidente Taylor tocante a las riquezas temporales, el élder B. H. Roberts, de los Setenta, escribió: "Él nunca se dedicó a adquirir riquezas… No obstante, los bienes que reunió en Nauvoo, los cuales sacrificó a fin de huir al desierto con la Iglesia de Cristo, bastan para demostrar que no carecía de aptitudes para prosperar económicamente. Pero él tenía los ojos y el corazón fijos en las riquezas mejores, vale decir, en las que la polilla y el orín no corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan [véase Mateo 6:19–20]. Esas cosas llenaban su alma, absorbían su atención y no le dejaban más que



La Tienda Deseret, contigua al Almacén General de Diezmo. El presidente Taylor enseñó que "todas las cosas temporales y todas las cosas espirituales… tienen que ver con el Evangelio".

un pequeño margen de tiempo para encariñarse con los bienes de este mundo. Su lema era: 'Cuando la verdad es lo que importa, el dinero tiene poca trascendencia' "[3].

Para el presidente Taylor, la observancia de la ley del diezmo era una parte importante del cumplir con sus responsabilidades temporales y del reconocer la mano de Dios en todas las bendiciones. En una época en la que el diezmo se pagaba en especie en lugar de en dinero, él enseñó a sus hijos la importancia de dar sólo lo mejor para el Señor en reconocimiento por todo lo que habían recibido. "Cuando recolectábamos la fruta en el otoño", escribió su hijo Moses W. Taylor, "nuestro padre iba a inspeccionar los canastos y, tras seleccionar la fruta más grande y mejor, decía: 'Saquen el diezmo de esto y asegúrense de pagarlo íntegro' "[4].

Enseñanzas de John Taylor

Somos deudores a Dios por todo lo que tenemos.

¿Quién nos hizo? ¿Quién nos organizó a nosotros y los elementos que nos rodean y que inhalamos? ¿Quién organizó el sistema planetario que vemos a nuestro alrededor? ¿Quién provee del alimento para el desayuno, el almuerzo y la cena a los millones de personas que moran sobre la faz de la tierra? ¿Quién las viste, así como viste los lirios del campo? ¿Quién da al hombre el aliento, la vida, la salud, la facultad de moverse y de pensar, y todos los atributos divinos de que está dotado? ¿De dónde provienen? ¿Quién ha dirigido y administrado los asuntos del mundo desde su creación hasta el tiempo presente? El Gran Yo Soy, el Gran Elohim, el Dios Grande que es nuestro Padre[5].

[Jesús dijo]: "Considerad los lirios del campo, no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos" [véase Mateo 6:28–29]. Además, Él dijo: Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿No os cuidará también a vosotros, hombres de poca fe? [véase Mateo 6:26]…

Si tenemos vida, o salud o bienes; si tenemos hijos, amigos y vivienda; si tenemos la luz de la verdad, las bendiciones del

Evangelio sempiterno, las revelaciones de Dios, el santo sacerdocio, con todas sus bendiciones y gobierno, todo eso, y toda verdadera satisfacción, todo lo que poseemos proviene de Dios. Aun cuando no siempre nos damos cuenta de eso, es, no obstante, verdadero que somos deudores a Dios por toda buena dádiva y don perfecto [véase Santiago 1:17]. Él organizó nuestros cuerpos como existen en toda su perfección, simetría y belleza. Él, como lo expresó el poeta:

"Ha hecho la verde hierba que las colinas adorna,
y los ondulantes campos de maduras mazorcas.
A las bestias de pastos sin cesar alimenta,
y aun a los pajarillos Él tiene en cuenta".

Él es misericordioso, bondadoso y benevolente para con todas Sus criaturas, y haríamos bien en reflexionar a veces en esas cosas, puesto que de esa manera comprendemos lo que dependemos del Todopoderoso.

Cuando se habla de los asuntos de este mundo, muchas personas suelen hacer la pregunta: "¿Pero no debemos preocuparnos de los asuntos de este mundo?". Desde luego que debemos hacerlo. ¿No hablamos acaso de la edificación de Sión? Naturalmente que sí. ¿No hablamos de edificar ciudades, de hacer hermosas viviendas, jardines y huertos, y de buscar la manera de que nosotros y nuestros familiares podamos disfrutar de las bendiciones de la vida? Claro que sí. Dios nos ha dado la tierra y todos los elementos necesarios para ese fin, y Él nos ha dado inteligencia para utilizarlos. Pero lo importante que Él tuvo en cuenta es que, en tanto utilicemos la inteligencia que Él nos da para lograr los diversos objetivos encaminados a nuestro bienestar y felicidad, no debemos olvidarle a Él, que es la fuente de todas nuestras bendiciones, ya sea las relacionadas con el presente o con el futuro[6].

Dios es nuestro Dios en quien ponemos nuestra confianza; no tenemos nada de qué jactarnos nosotros solos. ¿Tenemos riqueza? ¿Quién nos ha dado esa riqueza? El Señor. ¿Tenemos una propiedad o propiedades? ¿Quién las puso en nuestras manos? El Señor. Nuestros caballos, vacas y ovejas, rebaños y

manadas y bienes son dádivas de Él. El oro y la plata, y las cosas preciosas de la tierra, y también los innumerables animales en los collados son Suyos, y nosotros somos Suyos y estamos en Sus manos, y todas las naciones están en Sus manos, y Él hará con nosotros y con ellos conforme bien le parezca. Y, como Padre bondadoso y sabio, velará por el beneficio de ellos; y cuando llegue el tiempo del juicio, Su bondad y sabiduría no serán retenidas. Siempre debemos recordar que nuestra fortaleza está en Dios; no tenemos nada de qué jactarnos, no tenemos inteligencia alguna que Dios no nos haya dado; no tenemos nada en la vida, ni bienes, sino lo que el Señor nos ha dado. Todo lo que poseemos con relación al tiempo de esta vida y a la eternidad lo hemos recibido de Él[7].

Todo lo que tenemos es dádiva de Dios. Debemos reconocerle en todas las cosas. A veces hablamos de que los hombres tienen este derecho y ese otro derecho. No tenemos derechos algunos sino tan sólo los que Dios nos da. Y les diré lo que Él mostrará a los Santos de los Últimos Días: Él todavía les probará que el oro y la plata son Suyos, y los millares de animales en los collados, y que Él da a quien quiere dar y retiene de quien quiere retener. Él aún probará que eso es efectivamente así. Nuestra seguridad y felicidad, y nuestra riqueza dependen de nuestra obediencia a Dios y Sus leyes, y nuestra exaltación en el tiempo y en la eternidad dependen de lo mismo[8].

El comprender nuestras bendiciones y responsabilidades temporales es parte del Evangelio.

Me complace hablar de las cosas referentes al reino de Dios y también de otros asuntos que algunos consideran no están muy directamente relacionados con el reino de Dios, pero, no obstante, sí lo están; porque todas las cosas temporales y todas las cosas espirituales, todo lo que tenga relación con nuestros cuerpos y con nuestros espíritus, todo lo que tenga por objeto incrementar nuestra felicidad y nuestro bienestar en la tierra y llevarnos a obtener una exaltación en el reino del cielo son cosas que tienen que ver con el Evangelio y que nos pertenecen a los Santos de los Últimos Días[9].

La finalidad de nuestra reunión no es sólo tratar asuntos religiosos, sino tratar todos los asuntos que tienen que ver con la prosperidad de la Iglesia y reino de Dios sobre la tierra… También nos reunimos para examinar el mejor procedimiento que podemos seguir con respecto a las cosas temporales, así como a las espirituales. Puesto que poseemos cuerpo, así como espíritu, y para vivir tenemos que comer, beber y vestirnos, es necesario que en nuestras conferencias reflexionemos y examinemos asuntos temporales, y que deliberemos sobre todas las cosas que tengan por objeto beneficiar, bendecir y exaltar a los santos de Dios, ya sea que se refieran a nuestros asuntos espirituales o a nuestros quehaceres y deberes en la vida como maridos o esposas, como padres e hijos, como patrones y servidores… La idea de ocuparnos estrictamente en asuntos religiosos y nada más es inconcebible; no obstante, hacemos todo en el temor de Dios. Nuestra religión es más global que la del mundo y no anima en sus [miembros] el deseo de "pasarse la vida cantando de dichas eternas", sino que abarca todos los intereses de la humanidad en todos los aspectos imaginables, y toda verdad que hay en el mundo está contenida en la misma esfera[10].

El Señor está deseoso de hacernos bien, de iluminar nuestras mentes, de enseñarnos para que juzguemos con acierto, de darnos a conocer Su voluntad y de fortalecernos y prepararnos para los grandes acontecimientos que deben ocurrir en éstos, los últimos días. Él está deseoso de mostrarnos la forma de salvarnos, de bendecirnos temporal, espiritual, intelectual, moral, física y políticamente y de todas las formas posibles en que Él es capaz de otorgar Sus bendiciones sobre los mortales en su estado caído[11].

Mediante el pago del diezmo, reconocemos a Dios, manifestamos nuestra fidelidad y nos preparamos para recibir bendiciones mayores.

Como pueblo, reconocemos que la ley del diezmo proviene del Señor. Entonces, ¿por qué es preciso que se nos hable de ella tan a menudo? Si no somos honrados con nosotros mismos ni somos honrados con nuestro Dios, de nada nos sirve todo lo que

Cuando pagamos el diezmo, reconocemos las bendiciones que el Señor nos ha dado y mostramos nuestra disposición a guardar Sus mandamientos.

profesemos de ser representantes de Dios, de ser élderes de Israel, de poseer el sacerdocio, de ser maestros de los caminos de la vida. Los antiguos judíos, los antiguos fariseos, con toda su iniquidad y corrupción, podían jactarse de pagar diezmos de todo lo que ganaban. Nosotros profesamos ser mejores que los antiguos fariseos y, pese a ello, parece ser muy difícil para algunos hombres entre nosotros ser honrados consigo mismos y con su Dios con respecto a un principio tan sencillo como éste…

[El Señor] desea en primer lugar lograr que los hombres reconozcan a Dios [en] un principio terrenal pequeño. Él desea

que los hombres lleguen a reconocerle al darle una pequeña parte, la décima parte de lo que Él les da a ellos, para ver si ellos serán honrados en esa insignificancia, para ver si actuarán como hombres eminentemente honorables o no, o si intentarán estafarle en eso. Si hacemos esto con honradez y a conciencia hasta que hallamos cumplido con nuestro deber, entonces estaremos preparados para cualquier otra cosa. El principio y no el diezmo que pagamos es lo que estima el Señor; a Él no le importa nuestro diezmo, a Él le importa que hagamos lo correcto. Si no podemos ser fieles sobre poco, no podemos esperar ser puestos como gobernantes sobre mucho [véase Mateo 25:21][12].

[La ley del diezmo] es una prueba para el pueblo de Dios, o sea, para nosotros los que profesamos serlo, para que sepamos si las personas observarán o no una cierta ley específica que ha dado el Todopoderoso y, para que, de ese modo, tengamos prueba de su fidelidad y obediencia. Ahora bien, si cumplimos con esto, todo está bien, pero si no lo hacemos, está escrito: "no serán considerados dignos de permanecer entre vosotros" [D. y C. 119:5]…

Estamos hablando de edificar Sión. Allí es donde el asunto se aplica con gran fuerza tanto a mí como a ustedes, si lo comprenden como es y si lo ven a la luz del Espíritu de verdad, porque está escrito: "Y os digo que si mi pueblo no observa esta ley para guardarla santa, ni me santifica la tierra de Sión por esta ley, a fin de que en ella se guarden mis estatutos y juicios, para que sea la más santa, he aquí, de cierto os digo, no será para vosotros una tierra de Sión" [D. y C. 119:6]. Y bien, estamos hablando de edificar la tierra de Sión, que es una de las razones por las que estamos aquí. Y Dios ha dicho que si no observamos esta ley, no será para nosotros una tierra de Sión…

[El diezmo] es un principio por el cual debemos gobernarnos. Yo no estoy aquí, ni ustedes están aquí, para que llevemos a cabo nuestros propios proyectos, inclinaciones y propósitos. Jesús mismo no vino a hacer eso. Según Sus propias palabras, Él no vino a hacer Su voluntad, sino la voluntad del que le envió, la del Padre [véase Juan 5:30]. Y nosotros no estamos aquí para hacer

nuestra voluntad, sino la voluntad del Padre que también nos envió a nosotros y que nos ha llamado a nuestro santo y exaltado llamamiento…

[Algunas personas] suponen que los asuntos temporales son de muy poca importancia. Son de muy poca importancia si juzgamos basándonos en la forma en la que muchos de nosotros trabajamos; pero son de una importancia muy grande cuando son pesados en las balanzas de la verdad. Los principios de la vida eterna que Dios ha revelado son de la mayor importancia para los santos, tanto para los vivos como para los muertos; para las innumerables personas que han vivido y que vivirán, estas cosas son de una importancia enorme…

Me siento deseoso de ver a las personas observar esta ley del diezmo, por motivo de que es un mandato sencillo y directo que se nos ha dado. No es que me importe personalmente si las personas pagan o no su diezmo, y no creo que al Señor le importe mucho: El oro y la plata son Suyos, y también los millares de animales en los collados son Suyos; y a Él pertenece el poder de mandar todas las cosas. Y lo que poseemos de los bienes de este mundo se nos ha dado para que lo utilicemos con sabiduría, puesto que no podremos llevarlos con nosotros cuando seamos llamados al más allá. Es nuestro deber, como los santos del Altísimo, ser honrados y rectos, y tomar el camino correcto, ser llenos de integridad y cumplir con los principios correctos en todas partes y en todo momento[13].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Podría mencionar algunas de las bendiciones temporales que Dios nos ha dado? ¿Por qué es importante reconocer que todas las bendiciones son dádivas de Dios? ¿Qué hace que algunas personas olviden que Dios es la fuente de todas las bendiciones?
- ¿Qué relación hay entre la forma en que utilicemos los bienes terrenales que tengamos y nuestro bienestar espiritual? (Véase también D. y C. 104:13–18.) ¿Cómo podemos valernos de un modo más eficaz de las bendiciones que Dios nos ha dado?

- ¿Por qué el hecho de pagar nuestro diezmo pone de manifiesto nuestro amor y nuestra gratitud al Señor? ¿Cómo podemos cultivar el sentimiento de acción de gracias al dar nuestros diezmos y ofrendas?
- ¿Qué puede hacer usted para enseñar a sus hijos y a sus nietos a pagar un diezmo íntegro?
- ¿Por qué a veces es un desafío pagar el diezmo? ¿Qué podemos hacer para superar las dificultades de ese desafío?
- ¿Por qué es importante pagar el diezmo aun en medio de nuestras dificultades económicas? ¿Qué bendiciones espirituales o temporales ha recibido usted por haber sido obediente a la ley del diezmo?

Pasajes relacionados: Levítico 27:30; Isaías 45:12; Malaquías 3:8–12; Mosíah 2:20–22; D. y C. 59:21; 104:13–18; 119:1–7; 120.

Notas

1. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 265.
2. *Deseret News: Semi-Weekly,* 11 de febrero de 1879, pág. 1.
3. B. H. Roberts, *The Life of John Taylor* (1963), págs. 424–425.
4. "Stories and Counsel of Prest. Taylor", *Young Woman's Journal,* mayo de 1905, pág. 218; los párrafos se han cambiado.
5. *Deseret News* (Weekly), 1° de enero de 1873, pág. 728.
6. *Deseret News* (Weekly), 15 de enero de 1873, pág. 760.
7. En "Conference Report", abril de 1880, pág. 103.
8. *The Gospel Kingdom,* pág. 248.
9. *Deseret News: Semi-Weekly,* 21 de agosto de 1883, pág. 1.
10. *The Gospel Kingdom,* pág. 168.
11. *Deseret News: Semi-Weekly,* 19 de noviembre de 1865, pág. 2.
12. *The Gospel Kingdom,* págs. 264–265; los párrafos se han cambiado.
13. *Deseret News* (Weekly), 8 de marzo de 1881, pág. 1; los párrafos se han cambiado.

El templo, la puerta de la exaltación

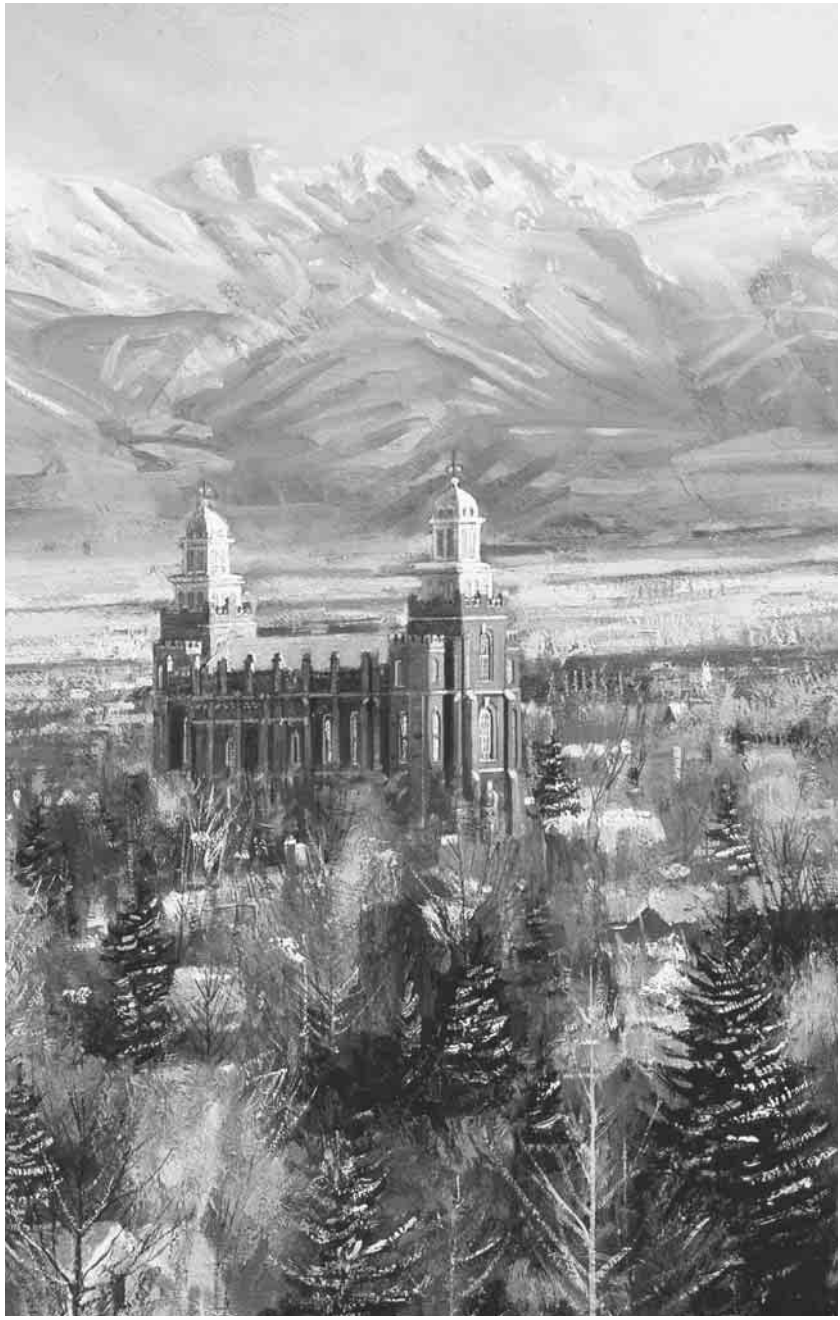
Estamos aquí para colaborar con Dios en la salvación de los vivos [y] en la redención de los muertos[1].

De la vida de John Taylor

Por motivo de la creciente persecución que se desencadenó en Nauvoo, el profeta José Smith pensó en la probabilidad de que no viviese para ver terminado el Templo de Nauvoo. Con el fin de asegurarse de conferir las llaves y el conocimiento necesarios a otras personas, preparó una habitación que se hallaba encima de una tienda en Nauvoo donde pudiese administrar las ordenanzas del templo a un pequeño número de personas escogidas especialmente[2]. Entre éstas se encontraba John Taylor, que se había interesado en particular en las ordenanzas del templo desde la ocasión en que esos principios se revelaron a la Iglesia por primera vez. Tanto de ésa como de otras experiencias, el presidente Taylor adquirió conocimiento y aprecio por el templo y por las ordenanzas que allí se efectúan.

Al dirigir la palabra en la dedicación del sitio del Templo de Logan, Utah, el presidente Taylor contó a la congregación los sentimientos que había experimentado cuando visitó el Templo de St. George, Utah, el primer templo que se construyó en el entonces Territorio de Utah:

"Cuando visité ese santo Templo, acompañado de los hermanos que fueron conmigo, experimentamos un sagrado estremecimiento de regocijo y una sensación solemne y reverencial. Al entrar por sus sagradas puertas, sentimos que nos encontrábamos en suelo sagrado y pensamos con el de antaño: 'Este lugar no es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo' [véase Génesis 28:17]. Ésa no es sencillamente una expresión



El Templo de Logan, Utah, dedicado por el presidente Taylor en 1884. En los templos, "han de efectuarse las más sagradas ordenanzas de Dios, las cuales están vinculadas con el bienestar y la felicidad de la familia humana".

metafórica, sino una realidad, porque en esa Casa, y en la Casa que se edificará en este terreno, han de efectuarse las más sagradas ordenanzas de Dios, las cuales están vinculadas con el bienestar y la felicidad de la familia humana, los vivos y los muertos. Me sentí regocijado de que hubiésemos llegado satisfactoriamente a terminar la construcción de un templo al nombre de nuestro Padre y Dios"[3].

Además de comprender la importancia del templo, el presidente Taylor sabía que el número de templos, así como el de los que administran en ellos, continuaría creciendo a medida que se fuese llevando a cabo el plan de Dios. Cuando mostraba el sitio de la construcción del Templo de Salt Lake a un visitante de otro país, el presidente Taylor profetizó del gran aumento del número de templos que habría en el mundo, al decirle: "Esperamos construir cientos de ellos en los años venideros y administrar en ellos al llevar a cabo la obra de Dios"[4].

Enseñanzas de John Taylor

Dios está interesado tanto en la exaltación de los muertos como en la de los vivos.

Grande y completo fue el plan proyectado por el Todopoderoso y relacionado con la salvación de la familia humana, los integrantes de la cual son Sus hijos, porque Él es el Dios y el Padre de los espíritus de toda carne. Eso significa que Él está interesado en el bienestar, en la prosperidad y en la felicidad de ellos, y en todo lo referente a su exaltación tanto en el tiempo de esta vida como a lo largo de todas las eternidades venideras. Por ese interés de Él y por motivo de que se había revelado tan poco del Evangelio en las diferentes edades del mundo y de que había reinado entre los hombres tanto de la potestad de las tinieblas, fue necesario que algo se hiciese por los muertos, lo mismo que por los vivos. Dios está interesado tanto en los muertos como en los vivos[5].

Estamos aquí para colaborar con Dios en la salvación de los vivos [y] en la redención de los muertos, en la tarea de hacer llegar las bendiciones a nuestros antepasados y en la de derramar

bendiciones sobre nuestros hijos; estamos aquí con el fin de redimir y de regenerar la tierra en que vivimos, y Dios ha puesto Su autoridad y Sus consejos aquí sobre la tierra con esa finalidad, para que los hombres puedan aprender a hacer la voluntad de Dios como en el cielo, así también en la tierra. Ése es el objeto de nuestra existencia y a nosotros nos corresponde comprender eso[6].

Como he indicado, estamos viviendo en una importante época y edad del mundo… [Dios] nos ha reservado para los últimos días, a fin de que efectuemos la obra que Él decretó desde antes de la fundación del mundo. Si ha habido bendiciones que han recibido las personas en las anteriores dispensaciones del mundo, esas bendiciones también serán dadas a ustedes, los Santos de los Últimos Días, si viven de acuerdo con su religión y son obedientes a las leyes de Dios. No hay nada secreto que no haya de ser revelado, dice el Señor. Él está preparado para dar a conocer todas las cosas: todas las cosas que tienen que ver con los cielos y con la tierra, todas las cosas referentes a las gentes que han existido, que existen ahora y que existirán, para que seamos instruidos y enseñados en todo principio de inteligencia relacionado con el mundo en que vivimos y con los Dioses de los mundos eternos[7].

Edificamos templos para la exaltación de todo el género humano.

Cuando Elías el profeta apareció a José Smith, le entregó las llaves de esta dispensación; por esa razón trabajamos en la construcción de templos… Hay ordenanzas detrás de estas cosas que se remontan hacia atrás en la eternidad y se extienden hacia adelante en la eternidad… que tienen por objeto el bienestar, la felicidad y la exaltación del género humano, para beneficio de los que viven, de los que han muerto y de los que vivirán más adelante, que son nuestros progenitores y nuestros descendientes. Y ésa es una de las llaves que se han restaurado[8].

¿Por qué edificamos templos? Porque Elías el profeta entregó a José Smith ciertas llaves que él poseía. Y cuando él impuso sus manos sobre los élderes y les confirió el santo sacerdocio, allí iban contenidos los principios que Elías el profeta impartió a

José, y que de allí se impartieron a ustedes y a otros… Y después que hubo transcurrido un tiempo, cuando la Iglesia comenzó a congregarse, comenzamos a hablar de edificar templos en los cuales recibir y administrar las ordenanzas que fueron reveladas a José Smith referentes al beneficio de los vivos y de los muertos y necesarias para nuestra salvación y exaltación en el reino de nuestro Dios, y también para las de aquellos por los que administramos. Y no sólo hemos hablado de ello, sino que hemos efectuado [una obra] considerable en ese respecto[9].

Ya hemos terminado este templo [el Templo de Logan, Utah], y habrá quienes pregunten: ¿y para qué es?. Es para muchas cosas: para que podamos efectuar nuestros sellamientos y ordenanzas de una manera que sea aceptable ante Dios y los santos ángeles; para que lo que se ate en la tierra de conformidad con las leyes del sacerdocio eterno sea atado en los cielos; para que haya un eslabón conexivo entre los vivos y los muertos, entre los que han vivido, todos los antiguos patriarcas de los cuales he hablado y que están interesados en el bienestar de su posteridad; para que haya un real sacerdocio, un pueblo santo, un pueblo puro y un pueblo virtuoso sobre la tierra que oficie y efectúe la obra en beneficio de los vivos y de los muertos, no ocupándose mucho de sí mismos, sino de Dios, de la obra de Dios y del llevar a cabo las cosas que Dios ha proyectado se lleven a cabo en la dispensación del cumplimiento de los tiempos [véase D. y C. 128:18] cuando todas las cosas se unan en una sola, y puedan estar preparados para efectuar la obra, con el sacerdocio que está en los cielos, de la redención de los habitantes de este mundo desde los días de Adán hasta el tiempo presente[10].

Debemos ser dignos de entrar en el santo templo de Dios.

Las personas que deseen ir a efectuar las ordenanzas en esas [santas] casas deben recibir la recomendación correspondiente de su obispo… En seguida, una vez que hayan obtenido esa recomendación del obispo, ésta debe ser endosada por el presidente de estaca… Eso resulta una prueba muy dura para muchos hombres. Para los hombres y las mujeres que son rectos, virtuosos y honorables es un procedimiento muy

sencillo, debido a que no tienen dificultades en su camino en ningún momento. Pero para los que han descuidado sus deberes, se han apartado de las leyes de Dios y han tratado indebidamente o transgredido las ordenanzas del Evangelio, el momento [de esas entrevistas] es crítico.

Sin embargo, hay algo mucho más difícil que todavía ha de venir. Aquello es sólo un punto de partida en estos asuntos. Las cosas que han de venir son mucho más difíciles de lograr. ¿Qué cosas son ésas? Llegará el momento en el que no sólo tendremos que pasar por [la entrevista] con los oficiales [de la Iglesia] que he mencionado, es decir, recibir la aprobación de nuestro obispo y del presidente de estaca… sino que, se nos dice en este libro (Doctrina y Convenios), tendrán que dejarnos pasar los ángeles y los Dioses que están allí. Puede que hayamos llenado el mínimo de los requisitos para recibir la recomendación; puede que nos las hallamos arreglado medianamente bien y que nos hayan aprobado, y a veces con el mínimo [de nuestros méritos] en ese respecto. Pero, ¿cómo va a ser cuando pasemos al otro lado del velo y tengan que dejarnos pasar los ángeles y los Dioses antes de que podamos entrar en nuestra exaltación? Si no podemos pasar, ¿qué ocurrirá? Y bien, que no podremos pasar, eso es todo. Y si no podemos pasar, ¿podremos entrar en nuestra exaltación? Les digo que no[11].

Podrán engañar al obispo, podrán engañar al presidente de estaca y podrán engañar a las autoridades generales de la Iglesia, pero no pueden engañar al Señor Jesucristo ni al Espíritu Santo. Ustedes mismos saben mejor que nadie más si hay algo malo en ustedes y, si así es, ahora es el tiempo para arrepentirse y enmendarse ante el Señor. Y si no se arrepienten, llegará el momento en el que serán humillados, y cuanto más alto hayan llegado tanto más grande será su caída[12].

Tenemos la responsabilidad de ser salvadores en el monte de Sión.

Estamos aquí para prepararnos para vivir y para enseñar a nuestros hijos a vivir después de nosotros, así como para enseñar al mundo la misma lección si tan sólo desean recibirla.

Sabemos que nuestros espíritus existían con el Padre antes de que viniésemos aquí. Sabemos que somos seres inmortales así como mortales, y que tuvimos que ver con otro mundo, así como con éste. Sabemos que en el mundo abunda la corrupción y que es nuestro deber conservarnos alejados de ella y progresar en virtud, en verdad, en integridad y en santidad.

Hemos venido aquí a ser salvadores. "¿Qué… salvadores?" "Sí". "Pensábamos que había sólo un Salvador". "Ah, sí. Hay muchos, muchísimos. ¿Qué dicen las Escrituras con respecto a eso?" Uno de los profetas antiguos, al hablar de estas cosas, dice que subirán salvadores al monte de Sión [véase Abdías 1:21]. ¿Salvadores? Sí. ¿A quiénes salvarán? En primer lugar, se salvarán ellos mismos; en seguida, salvarán a sus familiares, a sus vecinos, a sus amigos y conocidos, y entonces, a sus antepasados y derramarán bendiciones sobre sus descendientes. ¿Es eso así? Sí, así es…

Estamos deseosos de bendecir a nuestra posteridad. Leemos que Abraham, Isaac y Jacob, antes de irse de este mundo, reunieron a sus familiares a su alrededor y, bajo la inspiración del espíritu de profecía y revelación, pusieron sus manos sobre la cabeza de ellos y les dieron ciertas bendiciones, las cuales habían de descansar sobre su posteridad a lo largo de todo periodo de tiempo subsiguiente. Tenemos el mismo Evangelio y sacerdocio, y la misma luz e inteligencia, y buscamos la salvación y exaltación de nuestros familiares que vendrán después de nosotros, como ellos lo procuraron, y buscamos que las bendiciones de Dios se derramen sobre sus cabezas, como ellos lo procuraron. Y si nuestros padres murieron sin haber conocido el Evangelio, sin haber tenido la oportunidad de escucharlo, los buscaremos e iremos y nos bautizaremos por ellos, para que puedan ser salvos y exaltados en el reino de Dios con nosotros[13].

Cuando vino Jesús, vino a efectuar una obra con muchos pormenores semejante a la obra a la que estamos consagrados, y cuando hubo acabado Su obra aquí, fue el Salvador del mundo y de la familia humana. Él vino a dar buenas nuevas a los pobres, a abrir las puertas de la cárcel a los que estaban encarcelados, a ponerlos en libertad y a predicar el año agradable del Señor, etc.

Era una obra vinculada con las personas que vivieron en la época del Diluvio y que fueron destruidas y encarceladas hasta que el Señor estimase conveniente extenderles las manifestaciones de Su misericordia. Por tanto, leemos: "Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé" [véase 1 Pedro 3:18–20]. Él, después de haber acabado Su obra sobre la tierra por los vivos, fue a efectuar la obra por los muertos, como se nos dice: "fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron… en los días de Noé".

Se nos ha reservado a nosotros el efectuar la obra por los que han muerto y no han obedecido o no han tenido el Evangelio durante su vida. Estamos aquí para realizar la obra vinculada con la redención de los muertos. Cuando se mandó edificar un templo en Nauvoo, después de que se había construido el templo en Kirtland, después de que muchas llaves habían sido restauradas en la tierra y después de que había habido muchas manifestaciones, visiones y ministraciones, aun así, se dijo que no existía lugar sobre la tierra en el cual efectuar la ordenanza del bautismo por los muertos y se le mandó a José edificar una casa para ese propósito[14].

Muchas personas que han pasado al otro lado del velo están esperando que nosotros cumplamos nuestros deberes.

La obra a la que estamos consagrados es mucho más grande de lo que generalmente nos imaginamos. Las acciones y las funciones que realicemos ahora están vinculadas con el pasado, con el presente y con el futuro. Napoleón, en cierta ocasión en que se encontraba en Egipto, dijo a los de su ejército que había cuarenta generaciones que tenían los ojos puestos en ellos. Y bien, las huestes celestiales tienen los ojos puestos en nosotros. Los poseedores del sacerdocio que han administrado en las

diversas generaciones y en las diferentes dispensaciones, desde el principio del mundo, tienen los ojos puestos en nosotros. Nuestros hermanos, con los que nos hemos relacionado aquí sobre la tierra y que ahora están al otro lado del velo, tienen los ojos puestos en nosotros. Los innumerables muertos que han dormido en el silencioso sepulcro sin el conocimiento del Evangelio tienen los ojos puestos en nosotros y están esperando que nosotros cumplamos los deberes y las responsabilidades que se nos han encomendado, en los cuales ellos están interesados.

Todos los poseedores del santo sacerdocio: los antiguos patriarcas, los profetas y los apóstoles, y los hombres de Dios que han vivido en las diversas generaciones tienen los ojos puestos en nosotros y esperan que cumplamos con los grandes e importantes requisitos de Jehová referentes al bienestar y a la redención del mundo: la salvación de los vivos y de los muertos. Dios, nuestro Padre Celestial, y Su Hijo Jesucristo, nuestro Redentor, también tienen los ojos puestos en nosotros y esperan que seamos fieles a los convenios que hemos hecho[15].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Qué significa para usted poder "colaborar con Dios en la salvación de los vivos [y] en la redención de los muertos"? ¿Qué sentimientos experimenta cuando aprovecha la oportunidad de bendecir a sus propios antepasados por medio de la obra del templo?
- ¿Qué finalidad tenía Elías el profeta cuando apareció al profeta José Smith en el Templo de Kirtland? (Véase también D. y C. 110:13–16.) ¿Qué bendiciones tenemos ahora a nuestro alcance gracias a las llaves que restauró Elías el profeta?
- ¿Por qué es importante ser sinceros e íntegros en las entrevistas que tengamos para recibir la recomendación para el templo? ¿Qué bendiciones se nos han prometido si vamos al templo siendo dignos? (Véase también D. y C. 97:15–17.) ¿En qué forma ha experimentado usted esas bendiciones?

¿Qué podemos hacer para preparar a los niños y a los jóvenes para ser dignos de entrar en el templo?

- ¿En qué formas podemos ser "salvadores en el monte de Sión"? ¿Por qué el servicio que prestemos es fundamentalmente importante para los que han muerto?
- ¿Qué siente al reflexionar en que "las huestes celestiales tienen los ojos puestos en nosotros… y están esperando que cumplamos los deberes y las responsabilidades que se nos han encomendado"? ¿Cuáles son nuestros deberes y responsabilidades con respecto a las obras del templo y de historia familiar? ¿De qué modo puede usted perfeccionarse con respecto a sus obras del templo y de historia familiar?
- Lea D. y C. 135:3. ¿Por qué la función del profeta José en la restauración de la obra del templo aumenta su comprensión de ese versículo?
- ¿Por qué debemos ir al templo a menudo? ¿Qué significa el templo para usted? ¿Cómo podemos aumentar la influencia del templo tanto en nuestra propia vida como en la vida de nuestros familiares?

Pasajes relacionados: D. y C. 109; 124:39–41; 128:15–25; 138.

Notas

1. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 286.
2. Véase *The Gospel Kingdom,* págs. 286–287.
3. *Deseret News: Semi-Weekly,* 19 de junio de 1877, pág. 1.
4. *The Gospel Kingdom,* pág. 294.
5. *The Gospel Kingdom,* pág. 286.
6. *The Gospel Kingdom,* pág. 286.
7. *Deseret News: Semi-Weekly,* 10 de junio de 1884, pág. 1.
8. *The Gospel Kingdom,* pág. 292.
9. *The Gospel Kingdom,* pág. 288.
10. *The Gospel Kingdom,* pág. 290.
11. *The Gospel Kingdom,* págs. 290–291.
12. Citado en Matthias F. Cowley, "The Spirit of Discernment Manifested", en N. B. Lundwall, compilador, *Temples of the Most High* (1941), pág. 104.
13. *Deseret News: Semi-Weekly,* 11 de febrero de 1873, pág. 2; los párrafos se han cambiado.
14. *Deseret News: Semi-Weekly,* 10 de junio de 1884, pág. 1.
15. *Deseret News* (Weekly), 7 de mayo de 1879, pág. 211; los párrafos se han cambiado.

Fortalezcamos la familia

Cuídense ustedes mismos y cuiden a su familia, a sus hijos y a sus hijas; y busquemos hacer lo correcto[1].

De la vida de John Taylor

El 1° de febrero de 1885, John Taylor se impuso un destierro voluntario para evitar la persecución de las autoridades federales. Aun cuando esperaba que ese exilio redujese la opresión de que era objeto la Iglesia en esa época, también sabía que su aislamiento probablemente le separaría de la mayor parte de su familia durante el resto de su vida terrenal. No obstante, a lo largo de ese tiempo, siempre se preocupó por el bienestar de ellos. "Diles que siempre los tengo presente", dijo a su sobrino Angus M. Cannon poco antes de su muerte, y añadió: "Los quiero mucho individualmente y nunca dejo de rogar a Dios por ellos"[2].

El presidente Taylor fue un cariñoso y abnegado esposo y padre. De él, su hijo Moses W. Taylor escribió lo siguiente: "Tenía el gran deseo de conservar a sus hijos bajo la influencia familiar y se encargó de que tuviésemos un patio de recreo. Aun cuando tenía más de setenta años de edad se unía a nosotros en nuestros juegos. Nos tenía un gran montón de arena para que jugáramos los pequeños; no recuerdo haberlo pasado mejor en mi vida que cuando cavaba y jugaba en aquella arena…

"Nunca le oí reñir con ningún miembro de la familia; nunca le oí discutir ni estar en desacuerdo con mi madre en presencia de los hijos. Cuando nos hablaba de nuestros deberes en la Iglesia, siempre lo hacía con el espíritu de consejo, y solía decirnos: 'Me haría sentir muy contento que fueses un fiel Santo de los Últimos Días'. Tanto le estimaban sus hijos que agradarle a él era al parecer el mayor deseo de ellos"[3].

"En calidad de padres, instruyamos a nuestros hijos en el temor de Dios y enseñémosles las leyes de la vida. Si lo hacemos, tendremos paz en nuestras almas, paz en nuestras familias y paz en nuestro entorno".

El presidente Taylor enseñó a los santos la importancia que tiene el que los padres den un buen ejemplo a sus hijos. Frank Y. Taylor, uno de sus hijos, habló en una ocasión de la potente y buena influencia que el ejemplo de su padre había ejercido en su vida: "Cuando pienso en la esmerada enseñanza que recibí, en el magnífico ejemplo que se me dio en mi juventud, considero que sería imperdonable que yo hiciera lo que no es correcto precisamente porque se me mostró el ejemplo perfecto de lo que debía hacer. De niño, sin embargo, me sentí tentado como los demás niños; pero la vida de mi padre era tan pura y limpia que cada vez que la tentación me salía al paso, me parecía que mi padre se levantaba delante de mí en toda su majestad, como un monumento, y no podía hacer la maldad que me había sentido tentado a hacer. Pensaba que desagradaría a mi padre y sabía que no había nada en él que me justificase hacer lo que no era aceptable ante nuestro Padre Celestial. Cuando reflexionaba en la forma en que mi padre conducía su vida, me decía: '¡Ah, cómo me gustaría llevar una vida así yo también, para ser una luz que resplandeciera en las tinieblas para mis hijos y mis hijas!' "[4].

Enseñanzas de John Taylor

El matrimonio y las relaciones familiares son eternos.

El Evangelio que predicamos es el Evangelio eterno que se remonta hacia atrás en las eternidades pasadas, que existe en el tiempo de esta vida y que se extiende hacia adelante en las eternidades venideras, y todo lo que está vinculado con él es eterno. Nuestras relaciones matrimoniales, por ejemplo, son eternas. Vayan a las sectas religiosas de la actualidad y hallarán que sus vínculos matrimoniales duran hasta que la muerte los separa; no tienen ningún concepto de la continuación de su unión en el mundo venidero; no creen en cosa alguna de esa índole. Cierto es que hay un ideal natural en las personas que las lleva a tener esperanza en que así fuese; pero no saben nada de eso. Nuestra religión ata al hombre y a la mujer por el tiempo de esta vida y por toda la eternidad. Ésa es la religión que Jesús enseñó: tenía poder para atar en la tierra y atar en los cielos, y tenía poder para desatar

en la tierra y desatar en los cielos [véase Mateo 16:19]. Creemos en los mismos principios y esperamos, en la resurrección, relacionarnos con nuestras esposas y tener nuestros hijos sellados a nosotros por el poder del santo sacerdocio, a fin de que estén unidos con nosotros por los siglos de los siglos[5].

El Evangelio, cuando se le presentó y se le predicó a Adán después de la Caída, por la expiación de Jesucristo, le brindó la posibilidad no sólo de triunfar sobre la muerte, sino de tener a su alcance y llegar a poseer la naturaleza eterna, no sólo de la vida mortal, sino de la vida celestial; no sólo de dominio terrenal, sino también de dominio celestial. Y mediante la ley de ese Evangelio le fue posible (y no únicamente a él, sino a toda su posteridad) obtener no sólo su primer estado, sino una exaltación más alta en la tierra y en los cielos de la que hubiese podido tener si no hubiera caído, siendo los poderes y las bendiciones vinculados con la Expiación totalmente más elevados y superiores a cualquier regocijo o privilegios que hubiese podido tener en su primer estado. Por consiguiente, él y su compañera llegaron a ser el padre y la madre de vidas: vidas temporales, vidas espirituales y vidas eternas, y quedaron en condiciones de llegar a ser Dioses, sí, los hijos y las hijas de Dios, y de que el aumento y la extensión de su dominio no tuviese límites por los siglos de los siglos[6].

Qué es más placentero y agradable que los puros, inocentes y gratos sentimientos que Dios ha puesto en el corazón del hombre y de la mujer unidos en legítimo matrimonio con amor y afecto, puros como el amor de Dios, puesto que emana de Él y es Su don, con cuerpos castos y virtuosos, e hijos encantadores, saludables, puros, inocentes y sin contaminación, que confían el uno en el otro, que viven juntos en el temor de Dios, disfrutando de los dones de la naturaleza sin corrupción e inmaculados como la nieve pura o como las cristalinas aguas del arroyo. Y cómo se intensificaría ese regocijo si entendieran su destino, si pudiesen comprender con claridad los designios de Dios y contemplar una unión eterna en otro estado de existencia, un vínculo con sus vástagos, iniciado aquí, para que dure para siempre y se fortalezcan todas sus ataduras, relación y mutuos afectos.

La madre siente una dicha inmensa al contemplar a su bebé y observar su hermosa forma infantil. Cómo se llenaría su alma de júbilo si previese que podría tener a su criatura para siempre. Si tan sólo comprendiéramos nuestra condición, el propósito por el cual hemos venido al mundo. Y el propósito del reino de Dios, sobre el cual he escrito extensamente, es restablecer todos esos santos principios[7].

La influencia de los padres se extiende hacia las generaciones futuras.

La vida de un santo no es sencillamente un perfeccionamiento personal, puesto que también desempeña una función en el plan total de la redención de la tierra. Nadie puede salvarse solo, por sí mismo, sin ayuda y sin ayudar a los demás. El efecto de nuestra influencia será o bueno o dañino, será una ayuda o un menoscabo a la obra de la procreación humana, y, al paso que asumimos responsabilidades, que formamos vínculos, hacemos convenios, engendramos hijos, incorporamos familias, en esa misma medida aumenta el efecto de nuestra influencia, se amplía su extensión y también se profundiza[8].

El primer mandamiento que se dio al hombre fue: "Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra" [Génesis 1:28]. Puesto que el hombre es un ser eterno y que todas sus acciones tienen relación con la eternidad, es necesario que comprenda bien el lugar que ocupa y que cumpla la medida de su creación. Y, por motivo de que él y sus descendientes están destinados a vivir eternamente, él no es tan sólo responsable de sus propios actos, sino en gran medida, de los de sus hijos, [por lo que] es responsable de educar sus mentes, de regular sus valores morales, de darles un ejemplo correcto y de enseñarles principios correctos, pero sobre todo, es responsable de conservar la pureza de su propio cuerpo.

¿Y por qué? Porque si maltrata su cuerpo y se corrompe no sólo se hace daño él mismo, sino que también lastima a su cónyuge y a otras personas, y acarrea una desdicha incalculable a su posteridad… y eso no sólo en el tiempo de esta vida sino también en la eternidad. Por eso el Señor nos ha dado leyes que

regulan el matrimonio y la castidad, leyes de la naturaleza más estricta, y ha impuesto los más rigurosos castigos a los que en las diversas edades del mundo han transgredido esta sagrada ordenanza… ¿Y por qué? Por motivo de que, si el hombre, al que se ha dado libertad sobre su propio cuerpo a fin de que se ennoblezca tanto él mismo como su posteridad, abusa de ese poder, no sólo se perjudica él mismo, sino que también perjudica cuerpos y espíritus que todavía no nacen, corrompe el mundo, abre las compuertas del vicio, de la inmoralidad y de la separación de Dios… Pero cuando el orden de Dios se cumple, las cosas se sitúan muy bien[9].

Si yo… fuese el cabeza de una familia, querría enseñar a mis hijos lo correcto, enseñarles los principios de la virtud, de la santidad, la pureza, el honor y la integridad, para que fuesen ciudadanos dignos y para que pudieran comparecer delante de Dios, de modo que cuando ellos y yo nos vayamos de este mundo, seamos dignos de congregarnos con los elegidos de Dios (los que Él ha recogido de entre las naciones de la tierra) y con los Dioses en el mundo eterno. Por lo tanto, todas las mañanas, como cabeza de la familia, me dedicaría yo mismo y dedicaría mi familia a Dios[10].

Debemos evitar las palabras y las acciones crueles y duras en nuestra familia.

Jamás digan una palabra ni hagan cosa alguna que no quisieran que sus hijos imitaran. El hecho de que hombres que profesan temer a Dios, y algunos de ellos son élderes de Israel, hayan adquirido el hábito de decir palabrotas… es una vergüenza y un oprobio al alto cielo, y eso a veces lo hacen delante de sus hijos. Es una vergüenza. Y ocurre que algunos hombres se disculpan alegando que tienen mal genio. Yo pagaría lo máximo para que me quitasen tan espantoso hábito. Me esforzaría por que todo lo que dijera o hiciese fuera correcto.

Tratemos bien a nuestras esposas. El hombre que maltrata a una mujer es un hombre malo… ¿No han hecho convenios con su esposa por el tiempo de esta vida y por la eternidad? Sí, sí los han hecho. ¿No les gustaría, una vez que hubiesen salido de esta

vida, poder decir, María, Juana, Ana, o sea cual sea el nombre, nunca en mi vida te lastimé? Y a ustedes, esposas, ¿no les gustaría poder decir, Tomás o Guillermo, en toda mi vida, nunca te lastimé? Y, después, pasar juntos una eternidad en la existencia venidera[11].

Maridos, amen a sus esposas y trátenlas bien. ¿O se consideran grandes magnates con derecho a imponerles su voluntad?… Deben tratarlas con toda benignidad, con misericordia y con paciencia, y no ser nunca ásperos ni duros, ni desear en forma alguna hacer alarde de autoridad. Y, ustedes, esposas, traten bien a sus maridos y procuren hacerlos felices y hacerles sentirse cómodos. Esfuércense por hacer de sus hogares un pedacito de cielo y por dar cabida en ellos al buen Espíritu de Dios. Entonces, en calidad de padres, instruyamos a nuestros hijos en el temor de Dios y enseñémosles las leyes de la vida. Si lo hacemos, tendremos paz en nuestras almas, paz en nuestras familias y paz en nuestro entorno[12].

Abandonen las palabras ásperas o hirientes, y no permitan que haya resentimientos en su corazón ni que éstos se alberguen en sus hogares. Ámense unos a otros, y si cada miembro de la familia procura aumentar el bienestar del otro, el amor caracterizará el círculo familiar, sus hijos participarán de ese mismo sentimiento y, a su vez, imitarán el buen ejemplo de ustedes y perpetuarán lo que hayan aprendido en el hogar[13].

Debemos enseñar y practicar principios de la santidad en nuestra familia.

Padres, sean verídicos y hagan que sus hijos tengan confianza en la palabra de ustedes, de manera que si papá o mamá dice cosa alguna, ellos puedan decir: "Si papá o mamá dice tal o cual cosa, sé que así es y que es correcta, porque lo dice papá o mamá, y ellos nunca mienten ni dicen una falsedad". Ésa es la clase de sentimiento que queremos cultivar entre nosotros y con nuestras familias.

Y repito, debemos ser limpios en nuestra persona, en nuestras casas y en todo. Ustedes, las madres, cultiven en sus corazones el espíritu de paz; ustedes deben ser como ángeles de Dios,

llenas de toda virtud. Y el padre debe tratar bien a la madre. ¿Tiene ella flaquezas y defectos? Sí. Y él también los tiene… Hagan dichosos sus hogares. Dejen ver a sus hijos que se aman el uno al otro, a fin de que crezcan con el mismo sentimiento y sean guiados por el principio de honrar a su padre y a su madre. Ésos son los sentimientos que nos ennoblecerán[14].

¿Oran con su familia?… Y cuando lo hacen, ¿lo hacen en forma automática como una pieza de maquinaria, o se arrodillan con humildad y con un deseo sincero de implorar las bendiciones de Dios sobre ustedes y sobre los de su casa? Ésa es la forma en que debemos hacerlo; debemos cultivar un espíritu de devoción y confianza en Dios, entregándonos a Él y buscando Sus bendiciones[15].

Hemos recibido el mandamiento del Señor de poner nuestras casas en orden. Apóstoles, presidentes de estaca y obispos, ¿han hecho eso con su propia casa? ¿Han velado también por que los santos hayan hecho lo mismo? ¿Han inculcado en la gente que tienen a su cargo la necesidad absoluta de la pureza si desean contar con la bendición y con la protección del Altísimo? Los lobos nunca han vigilado con mayor astucia ni con hambre más voraz a un rebaño de ovejas y corderos como los que ahora vigilan a las personas de sus barrios y estacas y que están listos para devorarlos. ¿Son conscientes de ese peligro y toman todas las precauciones indispensables para protegerse de él?

Padres, ¿son fieles ustedes mismos a todo principio de la santidad y rodean a sus hijos e hijas de toda clase de amparo para protegerlos de las asechanzas de los malvados? ¿Les enseñan que la castidad tanto en el hombre como en la mujer debe ser de mayor estima que la vida misma? ¿O los abandonan a su desconocimiento e inexperiencia y los dejan mezclarse con cualquier clase de personas que escojan, a cualquier hora que les parezca conveniente, exponiéndolos de esa forma a las artimañas de los engañadores y corruptos? Ésas son preguntas que tendrán que contestar ya sea para su vergüenza y condenación o para su dicha y felicidad eternas. Sepan esto, que Dios, al darnos las tan preciadas bendiciones que tenemos, nos exige que le correspondamos en la forma apropiada. Cuando

recibimos esas bendiciones, quedamos bajo obligaciones, y si no las cumplimos, la condenación será la consecuencia inevitable[16].

Padres, traten bien a sus hijos e instrúyanlos en el temor del Señor. Ellos son de mayor importancia para ustedes que muchas de las cosas a las que ustedes prestan atención.

Y ustedes, hijos, obedezcan a sus padres; respeten a su padre y a su madre. Sus madres han velado por ustedes y sus padres desean su bienestar; el corazón, los sentimientos y los afectos de ellos están concentrados en ustedes. No les den el dolor de apartarse de los principios correctos; caminen por la senda estrecha que guía a la vida. Padres, hijos, maridos y esposas, y todas las personas, teman a Dios y pongan su confianza en Él; cumplan con los principios de su santa religión que Dios nos ha revelado[17].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿De qué modo influye en los sentimientos que reinan en su hogar el conocimiento de la naturaleza eterna del matrimonio y de las relaciones familiares? ¿Por qué ese conocimiento le sirve a usted para ser mejor cónyuge o mejor miembro de la familia?
- ¿Qué pueden hacer específicamente marido y mujer que contribuya a que guarden sus convenios matrimoniales?
- ¿De qué manera pueden los padres enseñar a sus hijos los principios que son necesarios para su salvación? ¿Cómo pueden los padres ayudar a los hijos que sean rebeldes o que hayan cometido errores graves?
- Lea Proverbios 3:5–6. ¿Cómo pueden los padres y los abuelos prepararse para oír los susurros del Espíritu, de modo que puedan aconsejar correctamente a sus hijos y a sus nietos? ¿En qué formas le ha ayudado a usted el Espíritu Santo a tomar decisiones que hayan ejercido una buena influencia en sus hijos o en sus nietos?
- ¿Qué ha aprendido usted del ejemplo de sus padres?
- Lea o cante el himno "Soy un hijo de Dios" (*Himnos,* No. 196). ¿Cómo debe influir el saber que todos somos hijos

espirituales de nuestro Padre Celestial en la forma en que tratamos a nuestros hijos? ¿En la forma en que tratamos a nuestro cónyuge?

- John Taylor exhortó a abandonar las palabras y las acciones ásperas o hirientes dentro de la familia. ¿Cómo podemos impedir que eso ocurra en nuestros hogares?
- ¿Por qué el maltrato emocional o físico para con el cónyuge o para con los hijos es un pecado grave a los ojos de Dios? ¿Cómo pueden resolverse las situaciones de maltrato emocional o físico?
- ¿Cómo podemos cultivar el sentimiento de amor y de paz en casa? ¿Qué bendiciones han llegado a su hogar cuando el Espíritu de Dios ha estado presente? ¿Cómo pueden las personas que no viven en un hogar pacífico hallar paz en su propia vida?

Pasajes relacionados: Salmos 127:3–5; Mateo 18:1–6; 3 Nefi 18:21; D. y C. 68:25–28; 93:40–43; 132:19–20.

Notas

1. *Deseret News: Semi-Weekly,* 23 de febrero de 1883, pág. 1.
2. B. H. Roberts, *The Life of John Taylor* (1963), pág. 459.
3. "Stories and Counsel of Prest. Taylor", *Young Woman's Journal,* mayo de 1905, pág. 219; los párrafos se han cambiado.
4. En "Conference Report", octubre de 1919, pág. 156.
5. *Deseret News: Semi-Weekly,* 30 de marzo de 1869, pág. 3.
6. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), págs. 278–279.
7. "Extract from a Work by John Taylor about to Be Published in France", *Millennial Star,* 15 de marzo de 1851, pág. 82; los párrafos se han cambiado.
8. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints,* 6 tomos (1965–1975), tomo III, pág. 87.
9. "Extract from a Work by John Taylor", *Millennial Star,* 15 de marzo de 1851, págs. 81–82; los párrafos se han cambiado.
10. *Deseret News: Semi-Weekly,* 18 de octubre de 1881, pág. 1.
11. *Deseret News: Semi-Weekly,* 10 de marzo de 1885, pág. 1; los párrafos se han cambiado.
12. *The Gospel Kingdom,* pág. 284.
13. *Deseret News: Semi-Weekly,* 16 de abril de 1878, pág. 1.
14. *Deseret News: Semi-Weekly,* 3 de enero de 1882, pág. 1; los párrafos se han cambiado.
15. *The Gospel Kingdom,* pág. 284.
16. *The Gospel Kingdom,* págs. 282–283.
17. *Deseret News: Semi-Weekly,* 1º de junio de 1880, pág. 1; los párrafos se han cambiado.

CAPÍTULO 22

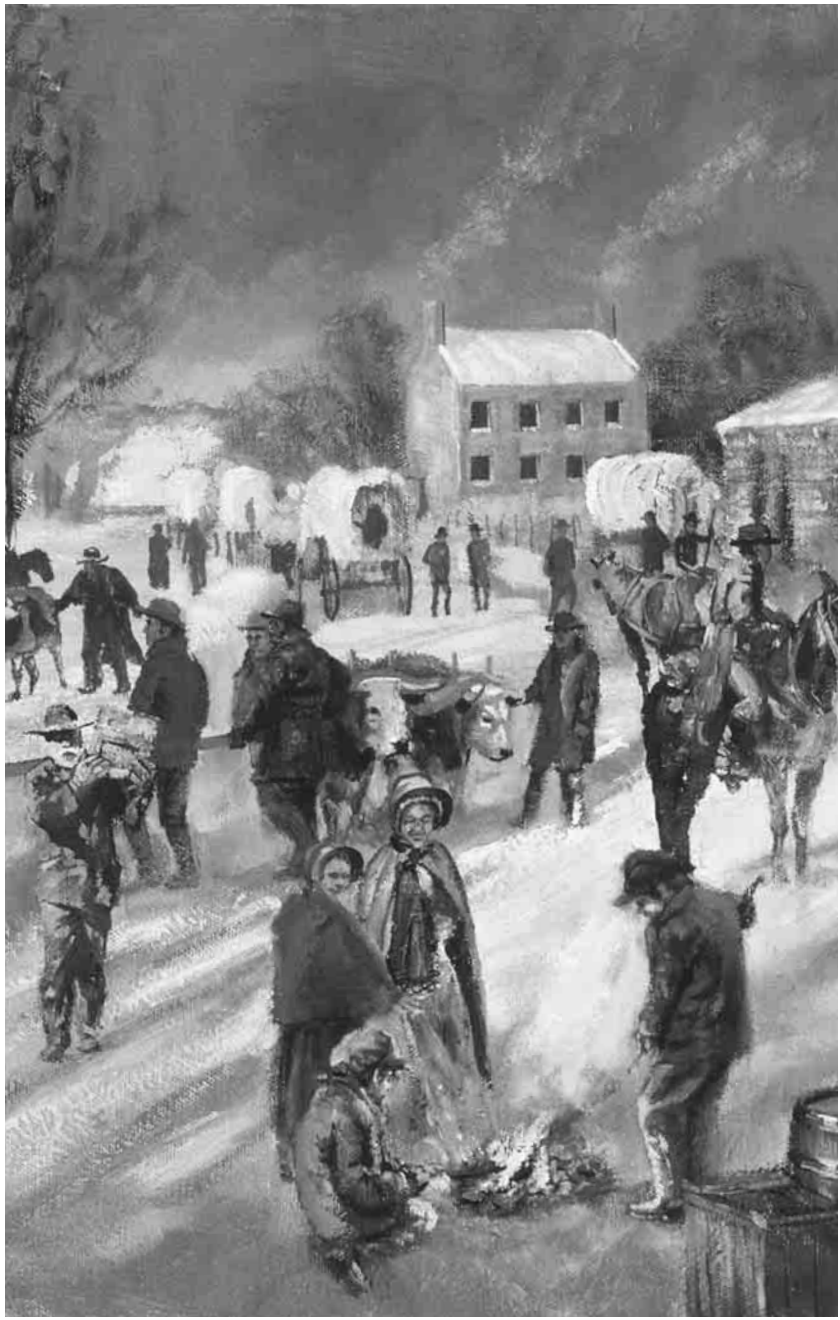
El ser perfeccionados por las tribulaciones

Si tenemos que sufrir unas cuantas tribulaciones, dificultades y aflicciones, y pasar algunas privaciones, [tengamos presente] que todas ellas [sirven para] purificar el metal, quitar la escoria y prepararlo para ser útil al Señor[1].

De la vida de John Taylor

John Taylor pasó por muchas tribulaciones en su vida. Quizás una de las pruebas más grandes que pasó fue la que vivió en la cárcel de Carthage. Durante el ataque en el que el profeta José y su hermano Hyrum fueron martirizados, el élder Taylor recibió varios tiros en el cuerpo. Gravemente herido y, por tanto, imposibilitado de viajar a Nauvoo, permaneció en Carthage unos pocos días, durante los cuales un médico de la localidad le extrajo la bala que se le había alojado en la pierna. Las heridas del élder Taylor eran tan graves que su esposa, poco después de haber llegado, "se retiró a otra habitación para suplicar en oración que él pudiese tener la fortaleza suficiente para aguantar aquello y seguir a su lado y al lado de su familia". Cuando el cirujano preguntó al élder Taylor si deseaba que le amarrasen durante la intervención, el élder Taylor dijo que no. La operación se llevó a cabo sin amarras y sin anestesia[2].

Cuando varios miembros de la Iglesia llegaron a Carthage con el fin de llevar al élder Taylor de regreso a Nauvoo, éste se sentía tan débil debido a la pérdida de sangre que apenas podía susurrar. Puesto que le resultaba imposible viajar en carreta, decidieron llevarle en camilla hasta Nauvoo. Sin embargo, "la pesada marcha de los que llevaban la camilla terminó produciéndole un intenso dolor. Por lo tanto, consiguieron un



Los santos abandonando Nauvoo en febrero de 1846. El presidente Taylor enseñó que "las tribulaciones sirven para probar a los santos y a los que son santos sólo de nombre".

trineo que engancharon a la parte posterior de la carreta. Hicieron una cama en el trineo donde pusieron al élder Taylor, y su esposa fue a su lado lavándole las heridas con agua helada". El trineo se deslizó suavemente sobre el grueso pasto de la pradera hasta Nauvoo[3].

Las tribulaciones continuaron en Nauvoo cuando el élder Taylor junto con cientos de santos comenzaron a abandonar la ciudad durante febrero de 1846 para escapar de la creciente persecución. En un relato histórico de aquel episodio se describe el padecimiento de ellos al acampar al otro lado del río frente a Nauvoo: "Allí se quedaron, expuestos a los rigores de la fría estación, en tanto que tan sólo a una corta distancia —casi al alcance de la vista— se encontraban sus cómodas casas, su hermosa ciudad y el magnífico templo. Las casas que habían abandonado y la ciudad todavía les pertenecían, dado que por la prisa con que salieron no habían tenido tiempo de vender sus propiedades"[4].

Muchos años después, en 1885, cuando los santos se hallaban bien establecidos en el Valle de Salt Lake, el presidente Taylor se vio enfrentado con la prueba de la soledad y el aislamiento. Mientras se encontraba en el exilio con el fin de atenuar la persecución que padecía la Iglesia por parte de las autoridades federales, le fue imposible ver a sus seres queridos, que estaban bajo vigilancia. Su destierro se volvió particularmente difícil durante la enfermedad y el subsiguiente fallecimiento de su esposa Sophia. Por razones de seguridad, no le fue posible visitarla y ni siquiera pudo asistir a su funeral. Aun cuando estaba acongojado, el presidente Taylor "sobrellevó con humildad las difíciles condiciones con la fortaleza cristiana que le caracterizó toda su vida"[5]. Su actitud hacia las tribulaciones tal vez quedó mejor expresada en el pasaje de una carta que escribió a su familia cuando estaba en el exilio: "Hay quienes piensan que las persecuciones y las tribulaciones son aflicciones; pero a veces, y más bien generalmente, si estamos haciendo la voluntad del Señor y guardando Sus mandamientos, se puede afirmar que en realidad son bendiciones encubiertas"[6].

A pesar de que su vida se vio sembrada de duras pruebas, John Taylor siempre fue un siervo valiente del Señor y líder entre los santos, del mismo modo que siempre fue un ejemplo de fe y de entereza en medio de la adversidad.

Enseñanzas de John Taylor

Las tribulaciones son necesarias para nuestra perfección.

Es necesario que las personas sean probadas, limpiadas, purificadas y perfeccionadas mediante el sufrimiento. Por eso hallamos personas en las diversas edades del mundo que han pasado por pruebas y aflicciones de toda clase, y que aprendieron a poner su confianza en Dios y sólo en Dios[7].

Por los padecimientos experimentados, hemos aprendido mucho. Lo llamamos sufrimiento. Yo lo llamo la escuela de la experiencia. Nunca he dedicado mucho tiempo a preocuparme de esas cosas, ni lo hago hoy día. ¿Para qué son esas cosas? ¿Por qué deben ser probados hombres buenos?… Nunca he considerado esas cosas sino como pruebas cuya finalidad es purificar a los santos de Dios para que puedan ser, como dicen las Escrituras, como el oro que ha sido purificado siete veces en el fuego[8].

A veces nos quejamos de las tribulaciones que nos sobrevienen, pero no debemos quejarnos, puesto que las congojas son necesarias para nuestra perfección. A veces pensamos que no se nos trata bien y creo que estamos en lo cierto con respecto a algunas de esas cosas. Pensamos que se traman conspiraciones para hacernos caer en una trampa, y pienso que estamos muy en lo cierto. Al mismo tiempo, no debemos asombrarnos de esas cosas. No debe sorprendernos que haya un sentimiento de odio y animosidad hacia nosotros o nuestra religión. ¿Por qué? Porque estamos viviendo en una época excepcional de la historia del mundo, que se llama claramente los últimos días[9].

Sé que, al igual que las demás personas, tenemos nuestras tribulaciones, aflicciones, pesares y privaciones. Pasamos por dificultades; tenemos que luchar con el mundo, con los poderes de las tinieblas, con las corrupciones de la gente y con una variedad de maldades; sin embargo, al mismo tiempo, por medio de esas pruebas tenemos que perfeccionarnos. Es necesario que tengamos un conocimiento de nosotros mismos, de nuestra verdadera posición y condición ante Dios, y que comprendamos nuestra fortaleza y nuestra debilidad, nuestra ignorancia y nuestra

inteligencia, nuestra sabiduría y nuestra insensatez, para que sepamos apreciar los principios verdaderos y comprender todas las cosas que se presenten a nuestra mente, y adjudicarles su debido valor.

Es preciso que conozcamos nuestras propias debilidades y las debilidades de nuestros semejantes, lo mismo que nuestra propia fortaleza, así como la fortaleza de los demás, y que comprendamos el verdadero lugar que ocupamos ante Dios, los ángeles y los hombres, para que nazca de nosotros la inclinación a tratar a todas las personas con el debido respeto y a no exagerar el valor de nuestra propia sabiduría o fortaleza, ni a desestimarlas, ni tampoco las de los demás; para que pongamos nuestra confianza en el Dios viviente y le sigamos, y entendamos que somos Sus hijos, que Él es nuestro Padre, que dependemos de Él y que toda bendición que recibimos proviene de Su benéfica mano[10].

Pedro, al hablar de las [pruebas], dijo: "Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría" [1 Pedro 4:12–13]. En otras palabras, les dijo que sería así mientras hubiese un Dios en el cielo y un diablo en el infierno. Es absolutamente indispensable que sea así. En lo que tiene que ver con eso, yo no tengo ninguna dificultad. ¡Qué importa si tenemos que padecer aflicciones! Hemos venido aquí con esa finalidad; hemos venido a fin de ser purificados, y eso tiene por objeto darnos un conocimiento de Dios, de nuestra debilidad y de nuestra fortaleza; de nuestras corrupciones… darnos un conocimiento de la vida eterna, a fin de que podamos vencer todo lo malo y ser exaltados a tronos de potestad y gloria[11].

El Salvador comprende íntegramente nuestras pruebas.

Era preciso que Él [Cristo] tuviese un cuerpo como el nuestro y que estuviera sujeto a todas las debilidades de la carne, que el diablo fuese soltado sobre Él y que fuera probado como los demás hombres. Entonces, de nuevo, en Getsemaní, fue dejado solo, y tan intenso fue Su padecimiento que, se nos dice, era Su

sudor como grandes gotas de sangre [véase Lucas 22:44]. El gran día en que estaba a punto de sacrificar Su vida, dijo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" [Mateo 27:46]. Él pasó por todo eso, y cuando los ve a ustedes pasar por estas tribulaciones y aflicciones, Él sabe lo que ustedes sienten y los comprende perfectamente[12].

Cuando el Salvador estuvo sobre la tierra, fue necesario que "fuese tentado en todo según nuestra semejanza", para que pudiera "compadecerse de nuestras debilidades" [véase Hebreos 4:15] y comprendiera las debilidades y la fortaleza, las perfecciones y las imperfecciones de la pobre y caída naturaleza humana. Y una vez que hubo cumplido lo que vino a cumplir en el mundo, una vez que hubo lidiado con la hipocresía, la corrupción, la debilidad y la imbecilidad del hombre, que se vio enfrentado con la tentación y con las tribulaciones en todas sus diversas formas, y que hubo vencido, vino a ser "fiel sumo sacerdote" [véase Hebreos 2:17], para interceder por nosotros en el reino sempiterno de Su Padre. Él sabe cómo considerar y establecer el valor apropiado sobre la naturaleza humana, porque estuvo en la misma posición en que nosotros estamos; sabe tener paciencia con nuestras debilidades y flaquezas, y puede comprender plenamente la profundidad, el poder y la fuerza de las aflicciones y de las pruebas con que las personas tienen que enfrentarse en este mundo; y así, con comprensión y por experiencia, puede soportarlas con paciencia como un padre y un hermano mayor[13].

Si sobrellevamos nuestras pruebas con paciencia y obediencia, seremos bendecidos.

En todos los sucesos que ahora están teniendo lugar, reconocemos la mano de Dios. Hay un sabio propósito en todo eso, el cual Él todavía ha de esclarecernos más plenamente. Una cosa es clara: los santos están siendo probados de una manera nunca antes conocida entre nosotros. Los fieles se regocijan y permanecen incólumes en tanto que los impíos temen y tiemblan. Los que tienen aceite en sus lámparas y las han conservado arregladas y encendidas ahora tienen una lámpara a

Tras haber sido salvado por su reloj de bolsillo de una bala que se estrelló en éste en 1844, el presidente Taylor vivió varias décadas más y enseñó mucho a los santos acerca del propósito de las tribulaciones.

sus pies y no tropiezan ni caen mientras que los que no tienen luz ni aceite están confusos y dudosos, pues no saben qué hacer. ¿No es éste el cumplimiento de la palabra de Dios y las enseñanzas de Sus siervos? ¿No se ha enseñado a los santos todo el tiempo que si desean permanecer fieles y perseverar hasta el fin tienen que vivir de acuerdo con su religión y guardar todo mandamiento de Dios? ¿No se les ha advertido constantemente de la suerte que les aguardaba si cometían pecado? ¿Pueden los adúlteros, los fornicadores, los mentirosos, los ladrones, los borrachos, los que quebrantan el día de reposo, los blasfemos, los pecadores de cualquier clase soportar las tribulaciones por las que los santos deben pasar y esperar mantenerse en pie?…

Si todos los que dicen llamarse Santos de los Últimos Días fuesen leales y fieles a su Dios, a Sus santos convenios y leyes, y vivieran como deben vivir los santos, la persecución no nos

molestaría en lo más mínimo. Pero es doloroso saber que ésa no es su condición… Dios también ha dicho que si los de Su pueblo obedecen Sus leyes, guardan Sus mandamientos y los ponen por obra, no tan sólo de nombre, sino de hecho, Él les será por escudo y será su protector y torre fuerte, y nadie podrá hacerles daño, porque Él será su defensa. Esas pruebas de nuestra fe y de nuestra constancia por las que ahora estamos pasando serán utilizadas para nuestro bien y para nuestra futura prosperidad. En los días venideros podremos mirar hacia el pasado y percibir con claridad cuán visiblemente está la providencia de Dios en todo lo que ahora presenciamos. Hagamos todo lo que esté a nuestro alcance por vivir de tal manera ante el Señor que si somos perseguidos no sea por haber obrado mal, sino por haber actuado con rectitud[14].

¿No ven acaso la necesidad de las tribulaciones, de las aflicciones y de la conmoción por las que tenemos que pasar? El Señor nos pone en situaciones que tienen por objeto aumentar al máximo el progreso de Su pueblo. Mi opinión es que lejos de que las circunstancias que ahora nos rodean nos hagan daño a nosotros y al reino de Dios, nos darán uno de los mayores impulsos hacia el progreso que hayamos tenido hasta ahora, y todo está bien y todo estará bien si guardamos los mandamientos de Dios. ¿Qué es entonces lo que debemos hacer: todo hombre, toda mujer y todo niño? Cumplir nuestro deber para con Dios, honrarle y todo estará bien. Con respecto a los sucesos que todavía han de ocurrir, debemos confiarlos en las manos de Dios y pensar que suceda lo que suceda estará bien, y que Dios regulará todas las cosas para nuestro bien y para el beneficio de Su Iglesia y reino sobre la tierra…

Si tenemos que padecer aflicciones, las sobrellevaremos. Con el paso del tiempo, cuando lleguemos a ver la sabiduría de las cosas que ahora son desconocidas para nosotros, nos daremos cuenta de que, aunque Dios ha actuado de un modo misterioso para llevar a cabo Sus propósitos sobre la tierra y Sus propósitos con respecto a nosotros como personas y como familias, todas las cosas son gobernadas por la sabiduría que emana de Dios y todas las cosas están bien y tienen por objeto aumentar el bienestar eterno de cada persona ante Dios[15].

Decimos a todos los Santos de los Últimos Días que las tribulaciones por las que estamos pasando actualmente servirán para probar a los santos y a los que son santos sólo de nombre. Los que se han esmerado por conservar aceite en sus lámparas tienen ahora la luz que necesitan para guiarles, y los que han estado viviendo con luz prestada o con la que los demás les han proporcionado se hallarán confusos e inseguros con respecto al camino que tienen que seguir. Para todas esas circunstancias, los santos deben estar preparados. Se les ha enseñado y exhortado regular y firmemente a no depender del hombre ni de su fortaleza para poder resistir el día de prueba. Se les ha dicho: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él" [1 Juan 2:15]. Se les ha dicho que nadie puede servir a dos señores; que no podemos servir a Dios y a las riquezas [véase Lucas 16:13]. Los que han observado esas enseñanzas y guardado con diligencia los demás mandamientos del Señor hallarán que poseen la fortaleza y la fe indispensables para soportar toda prueba[16].

Me regocijo en las aflicciones, por motivo de que son necesarias para humillarnos y probarnos, a fin de que nos comprendamos nosotros mismos y lleguemos a familiarizarnos con nuestras debilidades y flaquezas. Y me regocijo cuando triunfo sobre ellas, porque Dios contesta mis oraciones; por consiguiente, siento deseos de regocijarme todo el tiempo[17].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Cuáles son algunos de los propósitos de las tribulaciones? ¿Por qué la adversidad no se retiene de los justos?
- ¿En qué forma sería diferente su vida si no tuviese pruebas ni aflicciones? ¿Qué ha aprendido de usted mismo y de Dios por los sufrimientos que ha padecido?
- Reflexione en las pruebas que esté pasando en la actualidad. ¿Cómo podría su actitud con respecto a sus pruebas cambiar la forma de sobrellevarlas o de superarlas? ¿Cómo podría usted mejorar el modo de hacer frente a sus pruebas?

- ¿Por qué comprende el Salvador íntegramente nuestro sufrimiento? (Véase también Alma 7:11–12; D. y C. 19:16–19; 122:8.) ¿Por qué el conocimiento de lo que el Salvador padeció nos ayuda a ser fieles en medio de nuestras aflicciones?
- ¿Qué podemos hacer para participar más plenamente del consuelo y de la fortaleza que ofrece Jesús? (Véase también Hebreos 4:16; 1 Pedro 5:6–11.) ¿De qué modo ha sido usted fortalecido por el consuelo que ha recibido del Salvador durante los momentos de aflicción?
- ¿Por qué es a veces difícil seguir teniendo paciencia y seguir siendo obedientes cuando recibimos los golpes de la adversidad? ¿Cómo podemos llegar a ver la adversidad desde el punto de vista eterno del Señor?
- ¿Qué han hecho otras personas por ayudarle a usted en medio de sus tribulaciones? ¿Cómo puede usted ayudar a los demás cuando pasen aflicciones? ¿Qué ha aprendido de las enseñanzas del presidente Taylor y que podría compartir con alguna persona que esté pasando duras pruebas?

Pasajes relacionados: Salmos 34:19; 2 Corintios 4:8–18; 1 Pedro 4:12–13; Alma 36:3; Éter 12:6; D. y C. 121:7–8.

Notas

1. *Deseret News: Semi-Weekly,* 9 de agosto de 1857, pág. 1.
2. Véase B. H. Roberts, *The Life of John Taylor* (1963), pág. 146.
3. Véase *The Life of John Taylor,* págs. 148–149.
4. *The Life of John Taylor,* pág. 169.
5. Véase *The Life of John Taylor,* págs. 389–391, 400.
6. *The Life of John Taylor,* págs. 391–392.
7. *Deseret News: Semi-Weekly,* 14 de octubre de 1879, pág. 1.
8. *Deseret News: Semi-Weekly,* 28 de octubre de 1884, pág. 1.
9. *Deseret News: Semi-Weekly,* 28 de octubre de 1884, pág. 1.
10. *Deseret News* (Weekly), 26 de enero de 1854, pág. 1.
11. *Deseret News* (Weekly), 11 de abril de 1860, pág. 41.
12. *Deseret News* (Weekly), 11 de abril de 1860, págs. 41–42.
13. *Deseret News* (Weekly), 26 de enero de 1854, págs. 1–2.
14. En James R. Clark, compilador, *Messages of the First Presidency of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints,* 6 tomos (1965–1975), tomo III, págs. 36–37; los párrafos se han cambiado.
15. *Deseret News* (Weekly), 16 de diciembre de 1857, pág. 324; los párrafos se han cambiado.
16. En *Messages of the First Presidency,* tomo III, pág. 17.
17. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 234.

CAPÍTULO 23

La verdad eterna

Para mí no hay nada de más valor que los principios de la verdad eterna[1].

De la vida de John Taylor

Una de las cualidades más admirables de John Taylor era su devoción a la verdad, fuese cual fuese la opinión de las demás personas. "Cuando se trataba de la verdad, la alabanza o la desaprobación del mundo tenían muy poca influencia en la mente de John Taylor", escribió el élder B. H. Roberts. "Cuanto más despreciaban los hombres [la verdad] tanto más intensa parecía ser la devoción de él [por ella]"[2]. Las circunstancias que llevaron a la conversión de John Taylor al Evangelio nos dan uno de los primeros ejemplos de su amor a la verdad.

John Taylor conoció el Evangelio por conducto de Parley P. Pratt en Canadá. Las enseñanzas del élder Pratt deleitaron a John Taylor y a sus religiosos amigos que tenían ideas semejantes con respecto a ordenanzas tales como el bautismo por inmersión y la imposición de manos para otorgar el don del Espíritu Santo. Sin embargo, cuando el élder Pratt les habló de José Smith y del Libro de Mormón, muchos de los amigos de John Taylor se mostraron reacios a aprender más y algunos incluso se negaron a investigar el Libro de Mormón y sus enseñanzas. Con arrojo, John Taylor habló al grupo del modo siguiente:

"Se supone que nos hemos unido para buscar la verdad. Ya hemos investigado cabalmente otros credos y doctrinas, y hemos tenido pruebas de que son falsos. ¿Por qué habríamos de temer investigar el mormonismo? Este caballero, el señor Pratt, nos ha presentado muchas doctrinas que coinciden con nuestros propios puntos de vista… Hemos orado a Dios, pidiéndole que, si Su Iglesia verdadera está en la tierra, nos enviara un

"Mientras los demás se contentan con la broza y la cáscara de las mieses, [el hombre de Dios] se apresura a tomar el grano, la sustancia, lo esencial de todo lo que es bueno".

mensajero. El señor Pratt ha venido a nosotros… sin bolsa ni alforja, como viajaban los antiguos apóstoles, y ninguno de nosotros puede refutar su doctrina ni con las Escrituras ni con la lógica. Yo deseo investigar la doctrina que él nos presenta y sus afirmaciones de que tiene la debida autoridad… Si encuentro que su religión es verdadera, la aceptaré, sean cuales sean las consecuencias". La investigación a fondo que llevó a cabo John Taylor tuvo como resultado su bautismo el 9 de mayo de 1836. Posteriormente, él dijo: "Desde entonces, nunca he dudado de principio alguno del mormonismo"[3].

En calidad de miembro y de líder de la Iglesia, siempre se podía contar con que John Taylor enseñara y defendiera la verdad. "Él proclamó el Evangelio en muchos países, y como campeón de la verdad, estaba listo para hacer frente a todos los que la atacasen; ya fuese que se enfrentara a oponentes en una reunión pública, a una multitud embravecida y llena de prejuicios contra él, o en las columnas de la prensa pública, salía igualmente victorioso al vencerlos con su poderosa exposición de la verdad"[4].

Enseñanzas de John Taylor

Los que aman la verdad son bendecidos con conocimiento y poder.

Situado sobre el fundamento de la verdad, ceñido con el manto de la verdad, el hombre de Dios, por la fe, escudriña el futuro, descorre las cortinas de la eternidad, descubre el misterio de los cielos y, al pasar la vista por los sucesos acaecidos a lo largo de la historia de la tierra, contempla los propósitos del gran Elohim llevarse a cabo en toda su majestad, poder y gloria. Situado de ese modo en el pequeño espacio de tiempo de su vida terrenal, al contemplar el pasado, el presente y el futuro, se ve a sí mismo un ser eterno que reclama afinidad con Dios, un hijo de Dios, una chispa de Dios que se ha encendido del fuego de Su eterna llamarada. Mira el mundo y al hombre en todas sus diversas fases, conoce sus verdaderos intereses y, con la inteligencia que le ha dado su Padre Celestial, comprende su origen y destino…

Su inteligencia, iluminada por Dios, y ejercida, será extensa como el mundo y se desplegará por el espacio; su ley es la ley del amor; su reglamento, el reglamento de actuar correctamente con todos. Ama a su prójimo y le hace el bien; ama a su Dios y, por consiguiente, le adora; ve el poder de la verdad, el cual, al igual que la luz de Dios, se extiende por todo el espacio, ilumina todos los mundos y penetra donde se conocen hombres o ángeles, Dios o esferas; se aferra a ella: la verdad es su yelmo, su broquel, su escudo, su roca y su defensa, es su todo en el tiempo de esta vida y en la eternidad. Los hombres le llaman necio porque no puede ser dirigido por la insensatez de ellos ni seguir por su senda errática, belicosa y destructiva. Pero mientras ellos buscan atisbos de lo que no existe, él comprende lo que es de verdadero valor. En tanto ellos se contentan con una religión desvencijada e irregular, que estará en boga por un tiempo, pero que no tiene nada que ver con la eternidad, y mientras sofocan los principios más elevados y más nobles del hombre, él se atreve a reconocer a Dios y, al reconocerle, se atreve a obedecerle y a exponer la fe que Dios le ha dado. [El hombre de Dios] se aferra a todas las verdades humanas y divinas; no tiene dogmas personales que apoyar ni credo preferido que respaldar; no tiene nada que perder sino el error y nada que ganar sino la verdad; escarba, trabaja y la busca como quien busca un tesoro escondido, y mientras los demás se contentan con la broza y la cáscara de las mieses, él se apresura a tomar el grano, la sustancia, lo esencial de todo lo que es bueno y se apega a todo lo que ennoblecerá y elevará a la familia humana…

¿Se deleitaron los antiguos hombres de Dios en la verdad? Nosotros también. ¿Tuvieron ellos revelaciones y visiones? Nosotros también las tenemos. ¿Profetizaron? Nosotros también. ¿Se comunicó Dios con ellos? Él se comunica con nosotros. ¿Profetizaron de "la restauración de todas las cosas"? [véase Hechos 3:21]. Nosotros decimos que ya está aquí. ¿Profetizaron de un reino de Dios? Nosotros estamos ayudando a edificarlo. ¿Tuvieron ellos la ministración de ángeles? Nosotros también la tenemos. ¿Tuvieron ellos profetas, apóstoles, pastores, maestros y evangelistas? Nosotros también los tenemos. ¿Tuvieron el

espíritu de profecía y revelación? Nosotros también lo tenemos. ¿Esperaron el segundo advenimiento y la gloriosa aparición de nuestro Señor y Salvador Jesucristo? Nosotros también lo esperamos. ¿Esperaron que Dios cortara a los impíos de la tierra [véase Proverbios 2:22] e introdujese un reino de rectitud? También nosotros lo esperamos. ¿Esperaron que Jesús y los santos reinaran sobre la tierra? Nosotros también. En realidad, esperamos todo lo que ellos esperaron, buscamos saber todo lo que ellos supieron y llevar a cabo todas las cosas de las que ellos profetizaron, la gran consumación de las cuales es la restauración de todas las cosas. Las personas podrán mentir, vituperar y vociferar, pero no podrán frustrar los designios de Dios ni detener el progreso de la verdad eterna ni un solo momento, puesto que su rumbo es *hacia adelante,* HACIA ADELANTE, HACIA ADELANTE, y no admite oposición…

El poder omnipotente de la verdad eterna permanecerá incólume al avistar los ejércitos que se reúnan, y las naciones sabrán que Dios gobierna en los cielos[5].

La verdad, la verdad eterna, es el fundamento de la esperanza del cristiano, es la única roca firme sobre la que éste puede edificar. Si abandona eso para apoyar algún dogma preferido, cae en el laberinto de la deslealtad, del escepticismo, del error y del engaño, y entra en el fácil y rápido camino que conduce a la destrucción. El poder de Dios siempre acompañará a los que amen la verdad y la conserven[6].

El Evangelio nos conducirá de verdad a verdad.

El Evangelio tiene por objeto conducirnos de verdad a verdad y de inteligencia a inteligencia, hasta que se cumpla la Escritura que dice que veremos como somos vistos y conoceremos como somos conocidos [véase D. y C. 76:94], hasta que ya no enseñe más ninguno a su prójimo, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos le conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande [véase Jeremías 31:34], hasta que la luz y la inteligencia de Dios brillen sobre todos y todos disfruten de la luz de la verdad eterna[7].

Con respecto a nuestra religión, diré que abarca todo principio de verdad y de inteligencia que tiene relación con nosotros como seres morales, intelectuales, mortales e inmortales y que tiene relación con este mundo y con el mundo venidero. Somos receptivos a la verdad de toda clase, no importa de dónde venga, dónde se origine ni quién crea en ella. La verdad, cuando es precedida del vocablo "toda", comprende todo lo que ha existido y todo lo que existirá y será conocido por los hombres en el tiempo de esta vida y a lo largo de las interminables edades de la eternidad. Es el deber de todos los seres inteligentes que son responsables de sus actos ante Dios buscar la verdad y permitirle influir en ellos, en sus actos y en el camino de la vida, independientemente de toda parcialidad o concepto preconcebido, por más admisibles y convincentes que éstos sean.

Los Santos de los Últimos Días creemos, primero, en el Evangelio, lo cual es una afirmación importantísima, puesto que el Evangelio comprende principios más profundos, más amplios y más extensos que cualquier otra cosa que podamos concebir. El Evangelio nos enseña con respecto a la existencia de Dios y a Sus atributos. También nos enseña nuestra relación con ese Dios y las diversas responsabilidades que tenemos para con Él como Sus hijos; nos enseña los varios deberes y responsabilidades que tenemos para con nuestros familiares y para con nuestros amigos, para con la comunidad, para con los vivos y para con los muertos; nos da a conocer principios que tienen que ver con lo futuro. De hecho, según lo que dijo uno de los discípulos antiguos, [el Evangelio] "sacó a la luz la vida y la inmortalidad" [véase 2 Timoteo 1:10], nos pone en conexión con Dios y nos prepara para una exaltación en el mundo eterno[3].

Dios nos ha revelado grandes y gloriosas verdades, y Él está preparado para revelarnos más si tan sólo nos ponemos bajo Su orientación y Su dirección. Procuremos seguir el principio que Jesús enseñó reiteradas veces: hacer la voluntad de nuestro Padre que está en los cielos, y que dijo: "…no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre" [Juan

5:30]. Estamos aquí como Él estuvo aquí y tenemos obligaciones como las que Él tuvo de hacer la voluntad de nuestro Padre Celestial. Sujetémonos a la ley de Dios, a la palabra de Dios y a la voluntad de Dios[9].

No debemos tener temor de sacrificarnos por la verdad.

Los hijos de los hombres siempre se han opuesto a la verdad, esto es, cuando la verdad ha empalmado con corazones corruptos y prácticas impías. Los profetas siempre han sido perseguidos, y ¿por qué?, porque se han atrevido a comunicar la palabra del Señor a la gente. Esteban, al hablar del mismo asunto, dijo: "¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores" [véase Hechos 7:52]. "Pero en esta época", dice la gente, "sabemos que ellos eran malvados, y nosotros no habríamos hecho eso". Lo mismo dijeron los judíos a Jesús y, no obstante, le crucificaron…

El Señor ha restaurado el Evangelio que existía en los días de los apóstoles. Este Evangelio no concuerda con los sistemas de los hombres, los cuales son contradictorios y diversos. En lugar de reconocer, como hombres honrados, las verdades que contiene la Biblia, en las cuales dicen creer, pero en las que en realidad no creen, intentan cubrir por completo sus tambaleantes sistemas y teorías desconectadas de las Santas Escrituras, para envolverse en su manto de pretensiones de superioridad moral… Pero la verdad seguirá avanzando; los sinceros de corazón despertarán de su letargo; los propósitos de Dios avanzarán; el reino de Dios será establecido y… la verdad se levantará soberbia y erguida… y ningún poder podrá detener su progreso[10].

Ahora les hablaré de algunos de los sentimientos que experimenté cuando me uní a esta Iglesia. Fue hace mucho tiempo. "Cuando oí el Evangelio por primera vez, no pude menos que admitir que había algo razonable con respecto a él.

Casi deseé que no fuese cierto. 'Si es verdadero', me dije, 'como hombre honrado, me veré obligado a obedecerlo, pues, de lo contrario, no podré tener ninguna confianza en mí mismo' ". Una vez que lo hube estudiado y que me convencí de que era verdadero, me dije: "Ya estoy persuadido; debo abrazarlo, pues no puedo rechazar los principios de la verdad eterna". Y diré, además, que no sé de ocasión alguna en mi vida en la que, si alguien me ha presentado una verdad que no haya sido posible contradecir, yo no estuviese listo para aceptar y seguir, y sigo estándolo hoy en día.

Si alguna persona del ámbito religioso, o del ámbito político o del científico, me presentara un principio que fuese verdadero, estoy preparado para creer en él, no importa de dónde provenga. Y bien, dirá alguien, ¿cree usted en la Biblia? Sí. ¿Cree usted en el Libro de Mormón? Sí. ¿Cree en el libro de Doctrina y Convenios? Sí. Creo en todo lo que Dios ha escrito o hablado, en todo lo que tenemos registrado, y estoy preparado para creer en todo lo que Él comunique a la familia humana. Profesamos creer en toda verdad y en ser gobernados por toda verdad[11].

Cuando me uní a esta Iglesia, di por sentado que sería perseguido y rechazado, y que el pueblo [de la Iglesia] sería perseguido, pero creí que Dios efectivamente había hablado, que los principios eternos de la verdad habían sido revelados y que Dios tenía una obra que llevar a cabo, la cual estaba en contraposición con las ideas, los puntos de vista y los conceptos de los hombres, y supe que quizá me costaría la vida antes de que terminase… Si en la antigüedad mataron a Jesús, ¿no ocasionarían el mismo sentimiento y la misma influencia consecuencias idénticas en estos tiempos? Cuando me uní a esta Iglesia, sabía todo lo que se requeriría de mí y estuve preparado para cumplirlo[12].

El Señor, por medios sencillos, puede cuidar de los de su pueblo y librarlos, pero ellos deben poner una fe y una confianza absolutas en Él; y cuando se encuentren en una situación difícil,

no deben tener temor de sacrificarse por sostener la verdad, y todo estará bien para nosotros, ya sea que vivamos o muramos, en el tiempo de esta vida o en la eternidad[13].

Debemos continuar buscando y aceptando la verdad.

Buscamos la verdad. Comenzamos por buscarla y estamos buscándola constantemente, y en cuanto hallamos algún principio verdadero revelado por algún hombre, por Dios o por santos ángeles, lo aceptamos y lo hacemos parte de nuestras creencias religiosas[14].

La persona que busca la verdad no tiene ningún sistema particular que apoyar, ni dogma especial que defender ni teoría que respaldar, sino que acepta toda verdad, y esa verdad, al igual que el sol en el firmamento, resplandece y esparce sus rayos refulgentes sobre toda la Creación. Si las personas se despojan de fanatismos y prejuicios, y con oración y a conciencia buscan la verdad, la hallarán adondequiera que dirijan su atención[15].

Una de las principales razones por las que los hombres han tropezado tan a menudo en muchas de sus investigaciones de la verdad filosófica ha sido que la han buscado con su propia sabiduría, se han gloriado en su propia inteligencia y no han buscado a Dios para pedirle esa sabiduría que llena y gobierna el universo y regula todas las cosas. Ésa es una gran dificultad de los filósofos del mundo: que el hombre se atribuye el ser el inventor de todo lo que descubre; cualquier ley o principio nuevo que llega a descubrir se lo adjudica a sí mismo en lugar de dar la gloria a Dios[16].

Para mí no hay nada de más valor que los principios de la verdad eterna, que los principios de las vidas eternas, de la salvación y de las exaltaciones eternas en el reino de Dios. Pero es nuestra responsabilidad comprenderlos, puesto que si no los comprendemos, por grandes que sean las verdades, no podrán beneficiarnos[17].

Estamos dispuestos a aceptar toda verdad de cualquier índole que sea y estamos deseosos de obtenerla, de buscarla como buscaríamos tesoros escondidos, de utilizar todo el

conocimiento que Dios nos da para que poseamos también nosotros toda la inteligencia que Él ha dado a otras personas, y de pedirle que nos haga saber Su voluntad con respecto a las cosas que tienen por objeto acrecentar la felicidad y el bienestar de la sociedad humana.

Si hay buenos principios o filosofía moral que todavía no hayamos adquirido, estamos deseosos de conocerlos. Si hay cosa alguna en el mundo científico que todavía no comprendamos, deseamos llegar a conocerla. Si hay rama filosófica alguna que tenga por objeto contribuir al bienestar de la humanidad y que todavía no hayamos captado, queremos adquirirla. Si hay cosa alguna que pertenezca al gobierno de las naciones o de las ciencias políticas que no conozcamos, deseamos conocerla. Si hay conceptos religiosos, verdades teológicas, principios relacionados con Dios que no hayamos aprendido, pedimos al género humano y rogamos a Dios, nuestro Padre Celestial, que nos ilumine la mente para que podamos comprender, discernir, aceptar y vivir de conformidad con ellos como parte de nuestra fe religiosa. De ese modo, nuestros conceptos y pensamientos se extenderán hasta abarcar todo el mundo, adoptando todo lo que tenga que ver con la luz, la vida o la existencia relacionadas con este mundo o con el mundo venidero… Nuestros conceptos y pensamientos se remontarán a buscar la inteligencia de los Dioses que moran en los mundos eternos; captarán todo lo que es bueno, noble y excelente que conduzca a la felicidad y cuyo fin sea incrementar el bienestar de la familia humana.

No hay persona alguna ni grupo de personas que nos hayan indicado el camino que tenemos que seguir en relación con estos asuntos. No hay dogmas ni teorías en el mundo a los que prestemos oídos, a no ser que puedan ser verificados por los principios de la verdad eterna. Escudriñamos, investigamos, juzgamos y examinamos con detenimiento todo lo que se presenta a nuestra vista, y, hasta el punto en que podamos comprender las verdades que existen, con el mayor agrado las consideramos como parte del sistema con que estamos relacionados[18].

Si hay verdad alguna en el cielo, en la tierra o en el infierno, yo deseo adoptarla; no me importa en qué forma llegue a mí, ni quién la traiga ni quién crea en ella; si es popular o impopular, yo deseo rodearme de la verdad, la verdad eterna, y deleitarme en ella[19].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Qué fuentes de la verdad eterna tenemos? ¿Cómo puede usted mejorar la forma en que se pone en contacto con esas fuentes?
- ¿Cómo nos conduce el Evangelio "de verdad a verdad"? ¿Qué cambios ha advertido en usted mismo al haber aprendido y aceptado nuevas verdades?
- ¿Qué sacrificios han hecho por la verdad usted u otras personas que conozca? ¿Qué bendiciones han recibido por ello?
- Muchas personas de Dios han muerto por la verdad. ¿Cómo podemos nosotros *vivir* por la verdad con la misma dedicación y devoción?
- ¿Por qué considera usted que en general el mundo suele oponerse a la verdad eterna? ¿Qué podemos hacer para ayudar a los niños a reconocer y a aceptar la verdad eterna? ¿Qué podemos hacer como familias para fortalecer nuestra dedicación a la verdad?
- ¿Por qué es importante aumentar de continuo nuestro entendimiento de la verdad? ¿De qué forma podemos seguir el consejo del presidente Taylor de continuar buscando la verdad? ¿Cómo podemos discernir entre la verdad y el error?
- ¿Qué verdades del Evangelio considera usted particularmente inspiradoras y fortalecedoras? ¿Cómo puede usted, en calidad de miembro de la Iglesia, ayudar a otras personas a comprender y a aceptar la verdad?

Pasajes relacionados: Filipenses 4:8; 1 Tesalonicenses 5:21; Alma 32:28–29; Moroni 10:4–5; D. y C. 45:57; 93:24; Los Artículos de Fe 1:13.

Notas

1. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 48.
2. B. H. Roberts, *The Life of John Taylor* (1963), pág. iv.
3. *The Life of John Taylor,* págs. 37–38.
4. *The Life of John Taylor,* pág. 20.
5. *The Gospel Kingdom,* págs. 1–3.
6. K. Groves, *Three Nights' Public Discussion between the Revds. C. W. Cleeve, James Robertson, and Philip Later, and Elder John Taylor, of the Church of Jesus Christ of Latter-day Saints* (1850), pág. 28.
7. *Deseret News: Semi-Weekly,* 16 de mayo de 1866, pág. 2.
8. *The Gospel Kingdom,* pág. 93.
9. *Deseret News: Semi-Weekly,* 10 de junio de 1884, pág. 1.
10. K. Groves, *Three Nights' Public Discussion,* págs. 6–7.
11. *The Gospel Kingdom,* pág. 369; los párrafos se han cambiado.
12. *The Gospel Kingdom,* págs. 369–370.
13. *The Gospel Kingdom,* pág. 355.
14. *The Gospel Kingdom,* pág. 47.
15. *The Gospel Kingdom,* pág. 94.
16. *The Gospel Kingdom,* pág. 47.
17. *The Gospel Kingdom,* pág. 48.
18. *The Gospel Kingdom,* págs. 48–49; los párrafos se han cambiado.
19. *Deseret News* (Weekly), 26 de enero de 1854, pág. 2.

El reino de Dios

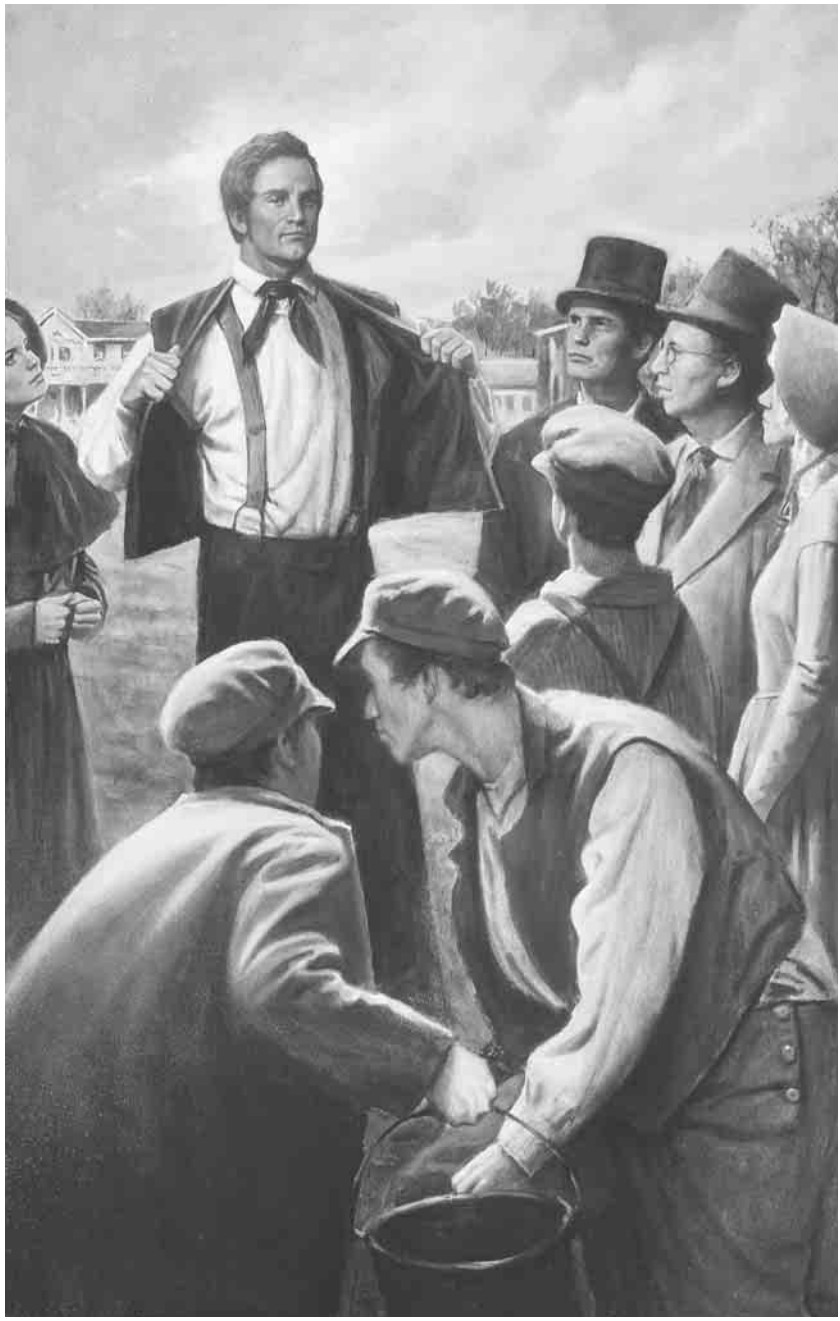
Estamos estableciendo el fundamento de un reino que durará para siempre, que comenzará a florecer en el tiempo de esta vida terrenal y alcanzará su plenitud en la eternidad. Estamos consagrados a una obra más grandiosa que la que haya captado la atención de los mortales[1].

De la vida de John Taylor

John Taylor creía firmemente que el reino de Dios sería establecido sobre la tierra. Comprendía que esa obra no dependía del profeta José Smith ni de ningún otro hombre, sino que era esencialmente dirigida por el Señor. Y estaba preparado para defender esa obra con su vida.

En 1838, poco después de su llamamiento al Quórum de los Doce, John Taylor viajó con destino a Far West, Misuri, para unirse a los santos. Por el camino, tenía previsto hablar a un grupo de personas cerca de Columbus, estado de Ohio. Un poco antes de la hora señalada para que empezara la reunión, algunos de los hermanos fueron a advertirle que se había congregado en el lugar de la reunión un número de hombres que tramaban cubrir de brea y plumas al élder Taylor. Los hermanos le aconsejaron que cancelara la reunión por motivo de que aquellos hombres los superaban en número y ellos no podrían protegerle. No obstante, el élder Taylor insistió en que iría y predicaría como estaba previsto y que lo haría aunque tuviese que ir él solo.

Cuando llegó ante la gran multitud que se había congregado para oírle, les dijo primero que hacía poco había regresado de países gobernados por monarquías y que era un honor para él



Aun al enfrentarse con adversarios, John Taylor testificó de la verdad con intrepidez y trabajó incansablemente por el establecimiento del reino de Dios.

encontrarse en suelo libre. En seguida, refiriéndose a cómo se había logrado esa libertad, dijo: "Caballeros, me encuentro en estos momentos entre hombres cuyos antepasados lucharon por obtener una de las bendiciones más grandes que se haya otorgado a la familia humana: el derecho de pensar, de hablar, de escribir; el derecho de elegir a sus gobernantes y el derecho de adorar a Dios de acuerdo con los dictados de su propia conciencia, todos ellos derechos humanos sagrados y ahora garantizados por la Constitución de los Estados Unidos. Veo aquí, a mi alrededor, a los hijos de esos nobles padres, quienes, antes de inclinarse ante los mandatos de un tirano, comprometieron su vida, su fortuna y su sagrado honor para romper esos grilletes, tener libertad, legarla a su posteridad, o morir en el intento de lograrlo".

El élder Taylor entonces continuó diciendo: "Se me ha informado que hay aquí quienes tienen el propósito de cubrirme con brea y plumas por causa de mis creencias religiosas. ¿Es eso lo que han heredado de sus padres? ¿Es ésa la bendición que ellos les compraron con su preciosa sangre? ¿Es eso lo que significa su libertad? Si es así, acá tienen a su víctima, y tendremos una ofrenda a la diosa de la libertad".

Tras haber dicho eso, se abrió el chaleco y exclamó: "¡Caballeros, acérquense con su brea y sus plumas; su víctima está lista; y ustedes, espíritus de los venerables patriotas muertos, contemplen las obras de sus degenerados hijos! ¡Acérquense, caballeros! ¡Vengan, he dicho; estoy listo!". El élder Taylor hizo una pausa durante unos minutos, pero nadie se movió, nadie pronunció palabra. Después de eso, continuó hablando y predicó a la muchedumbre con arrojo y poder durante tres horas[2].

Como dijo el élder Matthias F. Cowley, del Quórum de los Doce, muchos años después del fallecimiento del presidente Taylor: "Él vivió, trabajó y murió siendo la ejemplificación perfecta de su lema preferido, que era: 'El reino de Dios o nada' "[3].

Enseñanzas de John Taylor

La tierra es del Señor y Él es su gobernante, juez y rey legítimo.

¿Quién hizo esta tierra? El Señor. ¿Quién la sustenta? El Señor. ¿Quién alimenta y viste a los millones de personas, santas y pecadoras, que constituyen la familia humana y que están sobre la tierra? El Señor. ¿Quién sustenta todo lo que hay en el universo? El Señor. ¿Quién ha dado al filósofo, al maquinista, etc., de entre los gentiles cada partícula de inteligencia con respecto a la telegrafía eléctrica, a la fuerza y a la aplicación del vapor a las necesidades de la familia humana, y con respecto a toda clase de invenciones que han surgido durante el último siglo? El Señor… ¿Quién tiene el derecho de regir las naciones, de regular reinos y de gobernar a todas las gentes de la tierra?[4].

Esta tierra es debidamente la morada y la herencia legítima de los santos. Por cuanto pertenece a Jesucristo, también pertenece a Sus siervos y a Sus discípulos, puesto que se nos ha dicho: "De Jehová es la tierra y su plenitud" [Salmos 24:1], y además que, cuando las cosas estén en su debido lugar: "…recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo será dado a los santos del Altísimo" [véase Daniel 7:18, 27]. Por consiguiente, es la herencia legítima de ellos[5].

Las Escrituras… indican a Cristo como el heredero legítimo de este mundo; indican que Él vino a expiar los pecados del mundo y que, posteriormente, Él vendrá como su gobernante, juez y rey[6].

La Iglesia representa la introducción del reino de Dios sobre la tierra.

El reino de Dios significa el gobierno de Dios. Eso significa poder, autoridad, gobierno, dominio y un pueblo que gobernar. Pero ese principio no se cumplirá, no se podrá cumplir en su

totalidad, sino, como se nos dice en las Escrituras, hasta que los reinos de este mundo hayan venido a ser los reinos de nuestro Señor y de Su Cristo, y Él reinará en ellos [véase Apocalipsis 11:15], cuando toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Él es el Cristo [véase D. y C. 88:104], para la gloria de Dios, el Padre. Ese tiempo todavía no ha llegado, pero hay ciertos principios relacionados con ello que sí han llegado, a saber, la introducción de ese reino; y la introducción de ese reino sólo podía llevarla a cabo ese Ser que es el Rey y el Gobernante, y la Cabeza de ese gobierno al comunicar primero a la gente Sus ideas, Sus principios, Sus leyes y Su gobierno. De no ser así, no conoceríamos Sus leyes[7].

¿Cuál es el primer elemento necesario para el establecimiento de Su reino? Es levantar un profeta y hacer que él declare la voluntad de Dios; el siguiente elemento es tener un pueblo que obedezca la mano del Señor por conducto de ese profeta. Si no se pueden tener esos dos elementos, nunca se podrá establecer el reino de Dios sobre la tierra[8].

Dios estaba deseoso de introducir Su reino sobre la tierra, y tuvo, en primer lugar, que organizar Su Iglesia, organizar a las personas que Él había esparcido entre las naciones y congregarlas, para que hubiese un rebaño y un pastor [véase Juan 10:16], y un Señor, una fe y un bautismo, y un Dios, el cual estaría sobre todos, y por todos, y en todos [véase Efesios 4:5–6], y mediante el cual todo se gobernase. Para alcanzar ese objetivo, Él organizó Su santo sacerdocio como existía en los cielos[9].

A veces hablamos de la Iglesia de Dios, ¿y por qué? Hablamos del reino de Dios, ¿y por qué? Por motivo de que, antes de que pudiese haber un reino de Dios, debía haber una Iglesia de Dios, y por eso, era preciso que se predicasen a todas las naciones los primeros principios del Evangelio como eran antiguamente cuando el Señor Jesucristo y los demás estuvieron en la tierra. ¿Y por qué es eso así? Porque es imposible introducir la ley de Dios entre un pueblo que no esté sujeto al espíritu de revelación y sea guiado por él[10].

Dios no podía edificar un reino en la tierra mientras no tuviese una Iglesia y un pueblo que se hubiera sometido a Su ley y que estuviese dispuesto a someterse a ella, y con una organización de personas de ese tipo, congregadas de entre las naciones de la tierra, bajo la dirección de un hombre inspirado por Dios, el portavoz de Jehová a Su pueblo. Y digo que, con una organización así, existe la posibilidad de que el Señor Dios se revele, existe la oportunidad de que se pongan de manifiesto las leyes de la vida, existe la probabilidad de que Dios introduzca en la tierra los principios de los cielos y que se haga la voluntad de Dios, como en el cielo, así también en la tierra[11].

Jesucristo todavía ha de establecer plenamente Su reino y reinar en la tierra.

"Venga tu reino" [Mateo 6:10]… Eso enseñó Jesús a Sus discípulos cuando éstos fueron a Él y le dijeron: "enséñanos a orar"… Venga Tu reino. ¿Qué reino? ¿Cuál es el significado de: "Venga tu reino"? Significa la administración de Dios. Significa la ley de Dios. Significa el gobierno de Dios. Significa los integrantes de un pueblo que han prestado oídos a los mandatos de Jehová y que están dispuestos a escucharlos y a cumplirlos. Significa que hay un Dios que está dispuesto a guiar, a dirigir y a sustentar a Su pueblo. Venga Tu reino, para que Tu gobierno pueda ser establecido y para que los principios de la verdad eterna que existen en los cielos se enseñen a los hombres; y para que, una vez que se hayan enseñado a los hombres, esos hombres se sujeten a esas leyes y a ese gobierno, y vivan en el temor de Dios, guardando Sus mandamientos y estando bajo Su dirección. Venga Tu reino, para que se acabe con la confusión, el mal, la maldad, el asesinato y el derramamiento de sangre que ahora existen entre el género humano y para que los principios de la verdad y de la rectitud, los principios de la bondad, la caridad y el amor que moran en el seno de los Dioses puedan morar con nosotros[12].

He demostrado… que el reino de Dios sería literalmente establecido sobre la tierra. No será una figura fantasmagórica,

Cuando Cristo venga otra vez a establecer Su reino sobre la tierra, dará comienzo a "un reino de paz, de rectitud, de justicia, de felicidad y de prosperidad".

según el decir de algunos visionarios, sino una realidad concreta. Será establecido, como he dicho, literalmente en la tierra y estará integrado literalmente de hombres, mujeres y niños, de santos vivientes que guarden los mandamientos de Dios y de cuerpos resucitados que efectivamente saldrán de sus sepulcros y vivirán sobre la tierra. El Señor será el Rey de toda la tierra, y todo el género humano estará literalmente bajo Su soberanía, y toda nación debajo de los cielos tendrá que reconocer Su autoridad y humillarse ante Su cetro. Los que le sirvan con rectitud tendrán comunicaciones con Dios y con Jesús; tendrán el ministerio de ángeles y conocerán el pasado, el presente y el futuro; y las demás personas, que no rindan obediencia completa a Sus leyes, ni sean totalmente instruidas en Sus convenios tendrán, no obstante, que rendir absoluta obediencia a Su gobierno. Porque será el reino de Dios sobre la tierra, y Él hará valer Sus leyes, y requerirá esa obediencia a las naciones del mundo, lo cual es legítimamente Su derecho. Entonces, a Satanás no se le permitirá ejercer dominio en los habitantes de la tierra, porque el Señor Dios será el Rey de toda la tierra, y el reino y la grandeza del reino debajo del cielo serán dados a los santos[13].

¿Cuál será el resultado del establecimiento del reino de Cristo, o sea, el reino de Dios sobre la tierra?… Será el fin de la guerra, del derramamiento de sangre, de la desdicha, de la enfermedad y del pecado, y el comienzo de un reino de paz, de rectitud, de justicia, de felicidad y de prosperidad. Será la restauración de la tierra y del hombre a su gloria primigenia y a su prístina eminencia; de hecho, la restauración de todas las cosas de que han hablado los profetas desde el principio del mundo [véase Hechos 3:21][14].

El Señor ha llamado a Sus santos para que ayuden a establecer Su reino.

En Francia, un caballero que entabló conversación conmigo deseaba saber si los Santos de los Últimos Días pensábamos llevar a cabo algo grande en el mundo. Le dije que nuestra obra

era predicar el Evangelio a todo el mundo y que éste ya había llegado a los extremos de la tierra, que no es una obra que se efectuará sólo en una pequeña parte del mundo, sino que se extenderá a lo largo del tiempo de esta vida hacia la eternidad, que se remontará hacia atrás en la eternidad y llegará a los que murieron hace miles de años, y los traerá al reino de Dios; que derramará bendiciones sobre las generaciones que aún han de venir y que, al final, unirá el cielo con la tierra; que llevaremos esto a cabo en el nombre del Dios de Israel; que los poderes del cielo nos brindan su ayuda y nuestros antepasados que están en el mundo eterno están unidos a nosotros, pues tenemos la promesa de la vida en la que ahora nos encontramos y también la de la vida venidera.

Apenas hemos comenzado en nuestra maravillosa tarea. Con el transcurso del tiempo, llevaremos a cabo todo lo que los profetas han hablado… Seguiremos adelante, hermanos, y no estudiaremos lo que nos dé la gana estudiar, sino la forma de llevar a cabo el cumplimiento de los prodigiosos propósitos de Dios… El poder de la verdad tiene que avanzar, las cadenas de las tinieblas tienen que romperse y el reino de Dios tiene que ser edificado, y ningún poder podrá detenerlo[15].

Hemos estado hablando desde hace años acerca del dominio y gobierno del reino de Dios y su establecimiento final sobre la tierra con paz y con rectitud, y también del tiempo en el que se oiga decir a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay: "Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos" (Apocalipsis 5:13). Hemos estado hablando de esas cosas, y hay mucho que debe hacerse en el tiempo que queda entre el presente y el impenetrable periodo del gran futuro. No todo es asunto de fe, puesto que también se requiere acción. Es una obra a la que tenemos que consagrarnos individual y colectivamente como pueblo, y es una tarea de suprema importancia[16].

Tenemos una gran misión que efectuar: tenemos que intentar gobernarnos nosotros mismos de conformidad con las leyes del

reino de Dios, y nos parece una de las tareas más difíciles que hayamos emprendido la de aprender a gobernarnos nosotros mismos, ejercer dominio sobre nuestros apetitos, nuestro modo de ser, nuestros hábitos, nuestros sentimientos, nuestras vidas, nuestros espíritus, nuestro discernimiento y el sujetar todos nuestros deseos a la ley del reino de Dios y al espíritu de verdad. Es de importancia fundamental estar consagrados a la edificación del reino de Dios, en el comienzo del cual ya nos encontramos[17].

Teman a Dios; sean sus obras las obras de la rectitud; vivan de acuerdo con su religión; guarden los mandamientos y humíllense ante Él; sean uno y únanse al santo sacerdocio y unos con otros, y les diré en el nombre de Dios que Sión se levantará y brillará, y el poder de Dios descansará sobre ella; su gloria se pondrá de manifiesto y nos regocijaremos con la plenitud de las bendiciones del Evangelio de paz; y la obra de Dios seguirá creciendo hasta que los reinos de este mundo hayan venido a ser los reinos de nuestro Dios y de Su Cristo [véase Apocalipsis 11:15], y se oiga decir a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, la majestad y el dominio por los siglos de los siglos [véase Apocalipsis 5:13][18].

Sugerencias para el estudio y el análisis

- ¿Por qué es Jesucristo el heredero y gobernante legítimo de la tierra? ¿Cómo debiera influir ese conocimiento en la relación que usted tiene con Él?
- ¿Por qué fue necesaria la restauración de la Iglesia para establecer el reino del Señor sobre la tierra? ¿Qué ha aprendido en calidad de miembro de la Iglesia con respecto al prepararse para morar con el Señor? ¿De qué modo puede el servicio que prestemos en la Iglesia contribuir al establecimiento del reino del Señor?
- ¿En qué aspectos ha visto usted crecer y progresar la Iglesia para encaminarse al establecimiento más completo del reino de Dios sobre la tierra? ¿Qué puede usted hacer en forma

individual y con su familia para ayudar a establecer el reino de Dios sobre la tierra?

- El presidente Taylor habló de las grandes bendiciones que tendremos cuando el Salvador vuelva para reinar en Su reino en el Milenio. ¿Cómo va a ser la vida sobre la tierra durante el Milenio? (Véase también D. y C. 29:11; 43:29–32; 101:22–35; Los Artículos de Fe 1:10.)
- El lema personal del presidente Taylor era: "El reino de Dios o nada". ¿Qué ejemplos ha visto usted de personas que tengan esa misma convicción? ¿Qué significa ese lema para usted? ¿Cuál, considera usted, sería el resultado si los miembros de la Iglesia adoptáramos ese lema personalmente?

Pasajes relacionados: Daniel 2:26–45; Mateo 6:33; D. y C. 45:1; 65; 104:58–59.

Notas

1. *Times and Seasons,* 15 de julio de 1844, pág. 578.
2. Véase B. H. Roberts, *The Life of John Taylor* (1963), págs. 47, 53–55.
3. En Kate B. Carter, compiladora, *Our Pioneer Heritage,* 20 tomos (1958–1977), tomo VII, pág. 218.
4. *Deseret News* (Weekly), 11 de noviembre de 1857, pág. 283; los párrafos se han cambiado.
5. *The Government of God* (1852), págs. 72–73.
6. *The Government of God,* pág. 74.
7. *The Gospel Kingdom,* seleccionado por G. Homer Durham (1943), pág. 205.
8. *The Gospel Kingdom,* pág. 214.
9. *The Gospel Kingdom,* págs. 208–209.
10. *The Gospel Kingdom,* pág. 210.
11. *The Gospel Kingdom,* pág. 210.
12. *The Gospel Kingdom,* págs. 205–206.
13. *The Gospel Kingdom,* págs. 207–208.
14. *The Gospel Kingdom,* pág. 216; los párrafos se han cambiado.
15. *Millennial Star,* 1° de diciembre de 1850, págs. 361–362; los párrafos se han cambiado.
16. *The Gospel Kingdom,* pág. 211.
17. *The Gospel Kingdom,* pág. 214.
18. *Deseret News: Semi-Weekly,* 27 de enero de 1880, pág. 1.

Lista de pinturas

En la portada: *John Taylor,* por John Willard Clawson.

Página IV: *John Taylor,* grabado por Frederick Piercy.

Página XX: *El martirio de José y de Hyrum,* por Gary E. Smith.

Página 13: *La gente menosprecia la predicación de Noé,* por Harry Anderson.

Página 23: *El Sermón del Monte,* por Carl Bloch. Usado con permiso del Museo Histórico Nacional de Frederiksborg en Hillerød.

Página 35: *Descendiendo al agua,* por A. Doyle Shaw.

Página 44: *Cristo en Getsemaní,* por Harry Anderson.

Página 55: *Imagen de Cristo,* por Heinrich Hofmann. Photo © C. Harrison Conroy.

Página 75: *Típicos misioneros mormones en Port Gibson, Mississippi, 1897,* por A. M. Robinson. Usado con permiso, "Utah State Historical Society", todos los derechos reservados.

Página 88: *El hermano José,* por David Lindsley. © 1997 David Lindsley.

Página 99: *John Taylor: 1850,* por Lorus Pratt.

Página 110: *Un tiempo para regocijarse,* por Clark Kelley Price. © 2001 Clark Kelley Price.

Página 132: *Cristo ordenando a los Doce Apóstoles,* por Harry Anderson.

Página 143: *Moisés llama a Aarón al ministerio,* por Harry Anderson.

Página 203: *El Templo de Logan,* por Larry Winborg. © 1998 Larry Winborg.

Página 223: *Los santos abandonando Nauvoo en febrero de 1846,* por Glen S. Hopkinson. © 1996 Glen S. Hopkinson.

Página 245: *¡Estoy listo!,* por Del Parson.

Página 250: *La Segunda Venida,* por Harry Anderson.

Índice

A

Adversidad. *Véase* Tribulaciones

Albedrío
- el ejercicio del, determina las bendiciones, 157–158
- Lucifer procuró quitárselo al género humano, 45–46
- necesario para nuestro progreso y nuestra exaltación, 45–47, 155–158
- requiere responsabilidad, 154, 157–159
- un don divino y eterno, 155–157

Amor
- a pesar de la persecución, 22–25
- de los unos por los otros como hermanos y hermanas, 24–26
- ejemplificado en forma perfecta por Jesucristo, 30–31
- requiere el perdonarnos unos a otros, 28–31
- se fortalece cuando se vive el Evangelio, 25–27
- se manifiesta mediante el servicio, 26–28

Apóstol, John Taylor es ordenado en calidad de, IX, XVII–XVIII

Aprendizaje. *Véase* Educación

Arrepentimiento
- necesario para recibir todas las bendiciones de la Expiación, 60–61
- segundo principio del Evangelio, 60–61

B

Bautismo, es necesario para recibir todas las bendiciones de la Expiación, 60–61

Bendiciones temporales
- comprenderlas es parte del Evangelio, 196–197
- provienen de Dios, 194–197

Bondad
- indispensable al ejercer el sacerdocio, 150–152
- necesaria en la familia, 217–220

C

Caída de Adán, los efectos de la, fueron anulados por la Expiación, 46–47

Cannon, Angus M., tributó homenaje funerario al presidente Taylor, XXVIII

Castidad, la transgresión de la, puede afectar a generaciones futuras, 216–217

Concilio de los cielos
- Jesucristo hizo convenio de ser nuestro Salvador, 45–46
- la rebelión de Lucifer en el, 45–46
- se presentó el plan de nuestro Padre Celestial en el, 45–47

Confianza. *Véase* Fe

Cristo. *Véase* Jesucristo

D

Desobediencia, trae consigo dañinas consecuencias, 37–39

Día de reposo
lo observaban los pioneros, 119–121
objetivos del, 121–127

Diezmo
nos prepara para recibir mayores bendiciones, 197–200
señal de nuestra gratitud y fidelidad, 197–200

Dios el Padre
da paz a los que confían en Él, 167–168
nos bendice si le buscamos en oración, 165–167
nos cuida y nos ama a Sus hijos, 163–164
presentó Su plan en el Gran Concilio de los cielos, 45–47

Dios, hijos de. *Véase* Hijos de Dios

Domingo. *Véase* Día de reposo

Don del Espíritu Santo. *Véase* Espíritu Santo

E

Educación
debe ser una ocupación de toda la vida, 240–241
favorecer, el, la causa de la, 100–103
necesaria para edificar Sión, 106–107
obra, la, de John Taylor con respecto a la, 98–100
Élderes. *Véase* Misioneros

Elohim. *Véase* Dios el Padre

Enemigos, debemos mostrar amor por los, 22–25, 31

Enseñar el Evangelio es uno de los propósitos del día de reposo, 122–125

Entretenimiento, sano, es compatible con la religión, 112–114

Escrituras, estudio de las, necesario para la obra misional, 81–83

Espíritu Santo
diferencia entre la influencia del, y el don del, 173–175
fomenta los sentimientos de amor y de bondad, 22–24
fuente de revelación, 171–178
John Taylor siguió las indicaciones del, 171–174
la recepción del, necesaria para recibir todas las bendiciones de la Expiación, 61
necesario para la enseñanza del Evangelio, 122–125
nos enseña las cosas de Dios, 174–176

Esposa, debe actuar con bondad y rectitud, 217–220

Evangelio
abarca toda verdad, 236–238
brinda verdadera felicidad y libertad, 18–20
comprende tanto las cosas temporales como las espirituales, 196–197
da regocijo, 114–116
naturaleza eterna del, 15–18
nos ayuda a cultivar el amor y la unidad, 25–27
nos enseña acerca de los atributos de Dios, 14–15

Exaltación
Dios la desea para todos Sus hijos, 204–206
las ordenanzas del templo son necesarias para la, 205–207
se hizo posible por medio de la Expiación, 57–59

Expiación
la recordamos al participar de la Santa Cena, 62–63, 124–127
necesaria para anular los efectos de la Caída, 46–48
permite a los fieles vencer la muerte espiritual, 57–58
salva a los niños pequeños y a las personas que mueren sin conocer el Evangelio, 58–59
satisface las exigencias de la justicia, 48–50
todas las bendiciones de la, se reciben mediante los primeros principios y ordenanzas del Evangelio, 60–61
todo el género humano resucitará mediante la, 56–57
únicamente Jesucristo podía llevarla a cabo, 50–51

F

Familia
bondad, la, es indispensable en la, 217–218
deben enseñarse principios rectos en la, 218–220
devoción de John Taylor a la, XXII–XXIII, 212–214
naturaleza eterna de la, 214–216

Fe
la, en Dios trae la paz, 166–169
necesaria para recibir todas las bendiciones de la Expiación, 60–61
primer principio del Evangelio, 60
se requiere para la obra misional, 82–85

Felicidad. *Véase* Regocijo

G

Género humano
debilidad y estado mortal del, 2, 4–6
necesita la Expiación para anular los efectos de la Caída, 46–48

Grant, Heber J., testimonio de la inspiración de John Taylor, 171–173

Gratitud
el diezmo es indicación de, 197–200
somos deudores a Dios por todas las bendiciones, 194–196

H

Hijo de Dios. *Véase* Jesucristo

Hijos de Dios
deben amarse unos a otros como hermanos y hermanas, 24–25
hechos a Su imagen, 3–4
pueden llegar a ser como Él, 2–4
somos los, 2–4, 6–8, 163–165

Hogar
bondad, la, se debe evidenciar en el, 217–218
se deben enseñar principios rectos en el, 218–220

Honradez
con Dios, con los demás y con nosotros mismos, 68–70
parte indispensable de la integridad, 68–70

I

Iglesia de Jesucristo
nos ayuda a alcanzar nuestro potencial divino, 6–7
nos educa con respecto a asuntos temporales y eternos, 104–106
representa la introducción del reino de Dios, 247–249

Integridad
bendiciones de la, 72
indispensable para edificar el reino de Dios, 70–72
legado de, de John Taylor, 65
requiere una honradez absoluta, 65–66
significa vivir fielmente los principios de la rectitud, 66–68

Inteligencia, la verdadera, proviene de Dios, 102–104
Véase también Educación

J

Jesucristo
comprende íntegramente nuestras pruebas, 59, 226–227
dio el ejemplo perfecto de amor, 30–31
era el único que podía llevar a acabo la Expiación, 50–52
expiación de, 43–63
gobernante y juez legítimo de la tierra, 247–251
hizo convenio de ser nuestro Salvador antes de la fundación del mundo, 45–46
obedeció la voluntad del Padre desde el principio, 45–46
tomó sobre sí nuestros pecados y padeció la muerte física, 48–50

Justicia, quedó satisfecha mediante la Expiación, 48–49

K

Kimball, Heber C., profetizó a Parley P. Pratt con respecto a la predicación del Evangelio en Canadá, 12

L

Libre albedrío. *Véase* Albedrío

Lucifer
se opuso a la voluntad del Padre en el Gran Concilio de los cielos, 45–46
procuró quitar el albedrío, 45–46

Lujuria. *Véase* Pecado sexual

M

Maltrato, debe evitarse, 217–218

Maridos, deben actuar con bondad y con rectitud, 217–220

Martirio
no pudo detener el crecimiento del reino de Dios, 94–96
John Taylor presenció el, y fue herido durante el, XVIII–XXI, 201

Milenio, el Salvador establecerá Su reino, 249–251

Misioneros
salen a proclamar el Evangelio con la autoridad de Dios, 80–81
deben prepararse espiritualmente, 81–82

Muerte, temporal
Expiación, la, rescata a todo el género humano de la, 56–57

Jesucristo venció a la, 48–50, 56–57
la padeció Jesucristo como parte de la Expiación, 48–50
todo el género humano está sujeto a la, 4–6, 46–48

Muertos, salvación de los. *Véase* Templos, Obra del templo

Música, sana, es compatible con la religión, 112–114

N

Niños (hijos)
deben respetar a los padres, 220
importancia de la educación de los, 100–102
son redimidos por medio de la Expiación, 58–59

O

Obediencia
demostrada por John Taylor al aceptar el llamamiento para ir a la misión, 34–36
ejemplificada por Jesucristo, 45–46
necesaria para sobrellevar las pruebas, 227–230
somos libres para escoger ser obedientes, 154–159
trae muchas bendiciones, 39–41, 159, 227–230

Obra del templo
instrucciones sobre la, impartidas por el profeta José, 202
nos permite ser salvadores en el monte de Sión, 207–209
se observa desde detrás del velo, 209–210

Obra misional
experiencias de John Taylor en la, XXI–XXII, 34–36, 74–76
propósito de la, 76–77
una gran responsabilidad, 77–79

Oración, es una fuente de bendiciones y de consuelo, 165–166

Ordenanzas, primeros principios y, necesarios para recibir todas las bendiciones de la Expiación, 60–61

Orientación familiar, era respetada por John Taylor, 131–133

Origen y destino del hombre
origen divino, 2–4
potencial de llegar a ser como nuestro Padre Celestial, 2–4
reflexiones de John Taylor sobre el, cuando era niño, 1–2

P

Paciencia, para sobrellevar las pruebas, 227–230

Padres
deben amar y enseñar a los hijos, 218–220
influencia de los, se extiende hacia las generaciones futuras, 216–217
obligación de educar a los hijos, 100–102

Padre de familia, el ejemplo de John Taylor como, XXII–XXIII, 212

Paz, don de Dios a los que confían en Él, 167–169

Pecado sexual, puede afectar a muchas generaciones, 216–217

Perdón
dar nuestro, a los demás es necesario para que nosotros seamos perdonados, 28–30
es una manera de mostrar amor a los demás, 28–30

Persecución
debemos amar a pesar de la, 22–24
John Taylor presenció la, a los santos, 22–24

Pioneros
grupo de, dirigidos por John Taylor, 109–111, 119–121
observaban el día de reposo, 119–121

Plan de salvación
función del Salvador en el, 45–47
se presentó en el Gran Concilio de los cielos, 45–46

Pobres y necesitados, el ayudar a los, es una demostración de amor, 27–28

Potencial divino
la Iglesia nos ayuda a alcanzar nuestro, 6–8
se alcanza al colaborar con el Señor, 7–10

Pratt, Parley P., enseñó el Evangelio a John Taylor, XVI, 12–14

Primaria, se organizó formalmente en 1878, XXV

Primera Presidencia
necesidad de la, descripción de John Taylor de la, 142–145
reorganización de la, en 1880, 142–145

Primera Visión
abrió el camino para la Restauración, 89–92
testimonio de John Taylor de la, 90–92

Primeros principios y ordenanzas del Evangelio, son necesarios para contar con todas las bendiciones de la Expiación, 60–61

Prójimo, el amar al, 22–31

R

Recreación, sana, es adecuada, 112–114

Redentor. *Véase* Jesucristo

Reino de Dios
continuó creciendo a pesar del Martirio, 94–96
función de la Iglesia en el establecimiento del, 247–249
nuestra responsabilidad de edificarlo, 251–253
será plenamente establecido por Jesucristo, 249–251
valentía de John Taylor al defender el, 244–246

Regocijo
Dios desea que tengamos, 111–112
proporcionado por el Evangelio, 114–115
puede hallarse en el entretenimiento sano, 112–114

Responsabilidad, incluida con el albedrío, 154–155, 157–159

Resentimiento
hacia los demás dificulta el perdón, 28–30

hacia los enemigos debe ser superado, 22–24
Restauración del Evangelio
por conducto del profeta José Smith, 90–92
puso fin a años de oscuridad, 90–92
Resurrección, se da a todo el género humano mediante la Expiación, 56–57
Revelación
continua, la, es el fundamento de nuestra religión, 175–177
necesaria para cumplir nuestras responsabilidades, 177–178
se recibe por medio del Espíritu Santo, 171–175
Richards, Franklin D.
explicación de, referente a la amistad de John Taylor con el profeta José Smith, XVIII
homenaje funerario de, al presidente Taylor, XXVIII
Richards, Willard, estuvo presente durante el ataque en la cárcel de Carthage, XVIII

S

Sacerdocio
debe ejercerse con bondad, 150–152
deberes que pertenecen al, de Melquisedec y al, Aarónico, 145–146
definición de, 133–134
función de John Taylor en la organización del, XXIII–XXV
magnificar el, 139–140
oficios del, dados para perfeccionar a los santos, 147–148
organizado y dirigido desde el cielo, 134–135, 148–150
respeto de John Taylor para con el, 131–133, 142–145
se ha dado para edificar Sión y bendecir a los demás, 136–138
Sacrificio
de John Taylor al dejar a la familia para ir a la misión, 34–36
suele requerirse por la verdad, 238–240
Santa Cena
en memoria de la Expiación, 62–63, 124–127
instituida por el Salvador, 62–63
regocijo de John Taylor al reflexionar en la Expiación durante la, 43
Salvación, plan de. *Véase* Plan de salvación
Satanás. *Véase* Lucifer
Salvador. *Véase* Jesucristo
Salvadores en el monte de Sión, la obra del templo nos permite ser, 208–209
Segunda Venida, Cristo establecerá plenamente Su reino, 249–251
Servicio
debemos sostener a los demás que sirven, 189–190
es manifestación de nuestro amor al prójimo, 27–28
nuestro deber individual de prestar, 182–184
requiere orientación del Señor, 185–188

Sión
educación, la, es importante para edificar, 106–107
sacerdocio, el, se da para edificar, 136–137

Smith, José, el profeta
consejo que dio a John Taylor con respecto al Espíritu Santo, 171–173
enseñado por el Señor, 92
fue perseguido, 93–94
preordenado como el profeta de la Restauración, 89
testimonio de John Taylor de, 87–89

Sufrimiento. *Véase* Tribulaciones

T

Taylor, Frank Y. (hijo), descripción de la influencia de su padre, 214

Taylor, John
abnegado esposo y padre, XXII–XXIII, 212–214
amigo y defensor del profeta José, XVII–XXI, 87–89
confiaba en el Señor, 161–163
conversión de, XV–XVI, 12–14, 232–234
descripción física de, XIII–XIV
dirigió un grupo de pioneros, 109–111, 119–121
educación religiosa de, XIV–XV
homenaje funerario a, XXVII–XXVIII
integridad de, 65–66
libros que escribió, XXI, 100
llamamiento y ordenación al apostolado, XVII–XVIII, 180
obra misional de, XXI–XXII, 34–36, 74–76
presenció el Martirio y resultó herido, XVIII–XXI, 222–224
presidió la Iglesia entre 1877 y 1887, XI–XII, XXIII–XXVII
talento de, para escribir y redactar, XXI–XXII
valentía de, 244–246

Taylor, Moses W. (hijo), descripciones de su padre, 212

Templos
se construyen para la exaltación de todo el género humano, 205–206
refleja el interés de Dios tanto en los vivos como en los muertos, 204–205
requieren una estricta dignidad de nuestra parte, 207

Tribulaciones
de John Taylor, 222–224
deben sobrellevarse con paciencia y obediencia, 227–230
Jesucristo comprende íntegramente nuestras, 59, 226–227
propósito de las, 225–226

U

Unidad
brinda alegría, 114–115
es parte del vivir el Evangelio, 25–26

V

Valentía
de John Taylor, XXVIII, 244–246
se requiere para la obra misional, 82–85

Verdad
amor de John Taylor a la, 232–234, 240–242

búsqueda de la, debe ser de toda la vida, 240–242
comprensión de la, reporta regocijo, 116–117
plenitud de la, se encuentra en el Evangelio, 236–238
suele requerir sacrificio, 238–240
trae conocimiento y poder, 234–236
Vida eterna. *Véase* Exaltación

W

Wells, Daniel H., homenaje funerario al presidente Taylor, XXVIII